KENNETH MORGAN

CUATRO SIGLOS DE ESCLAVITUD TRASATLÁNTICA

CRÍTICA

LISTA DE MAPAS, TABLAS E ILUSTRACIONES

MAPA

Mapa 1: Las rutas atlánticas de la trata de esclavos

TABLAS

Tabla 1: Embarcaciones esclavistas por pabellón nacional, 1501-1886
Tabla 2: Embarques de esclavos por regiones africanas, 1501-1866
Tabla 3: Principales zonas de desembarco de los esclavos, 1501-1866

FIGURAS

Fig. 1: Castillo de la Costa del Cabo, Ghana, década de 1990. Fuente: Kwesi J. Anquandah, *Castles & Forts of Ghana* (Ghana Museums & Monuments Board, 1999), pág. 47.
Fig. 2: Murallas y cañones en el Castillo de la Costa del Cabo, Ghana, 1986. Fuente: Fotografía de Cristopher DeCorse.
Fig. 3: Fuerte Dixcove, Costa del Oro, 1727. Fuente: William Smith,

Thirty different drafts of Guinea (Londres, *c.* 1727), lámina 10.

Fig. 4: Tratantes de esclavos mandingas y caravana, Senegal, década de 1780. Fuente: René Claude Geoffroy de Villeneuve, *L'Afrique, ou histoire, moeurs, usages et coutumes des Africaines: le Sénégal* (París, 1814), vol. 4, frente a la pág. 43.

Fig. 5: Plano del barco negrero *Brookes*, de Liverpool, 1789. Fuente: «Stowage of the British slave ship *Brookes* under the Regulated Slave Trade Act of 1788», Colección Broadside, División de Libros Raros y Colecciones Especiales, Biblioteca del Congreso.

Fig. 6: Africanos en la bodega de un barco negrero, 1827. Fuente: Johann Moritz Rugendas, *Voyage Pittoresque dans le Brésil. Traduit de l'Allemand* (París, 1835).

Fig. 7: Anuncio de la venta de esclavos, Charleston, Carolina del Sur, 26 de abril de 1760. Fuente: *South Carolina Gazette*.

Fig. 8: Esclavos recién llegados, Surinam, década de 1770. Fuente: John Gabriel Stedman, *Narrative, of a Five Years' Expedition, against the Revolted Negroes of Surinam... From the Year 1727 to 1777* (Londres, 1796), vol. 1, frente a pág. 200.

Fig. 9: Plantación azucarera. Puerto María, Jamaica, 1820-1821. Fuente: James Hakewill, *A Picturesque Tour of the Island of Jamaica, from Drawings made in the Years 1820 and 1821* (Londres, 1825), lámina 11.

Fig. 10: Familia de esclavos africanos de Loango, Surinam, década de 1770. Fuente: John Gabriel Stedman, *Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam ... from the Year 1727 to 1777* (Londres, 1796), vol. 2, frente a pág. 280.

Fig. 11: Esclavos de una plantación yendo a trabajar, Surinam, *c.* 1831. Fuente: Pierre Jacques Benoit, *Voyage à Surinam: descriptions des possessions néerlandaises dans la Guyane, Cent dessins pris sur nature par l'auteur* (Bruselas, 1839), lámina xx, fig. 39.

Fig. 12: Esclavos arrastrando una vagoneta, Brasil. Fuente: James Henderson, *A History of the Brazil: comprising its geography,*

commerce, colonization, aboriginal inhabitants &c &c &c, Londres, 1821, frente a pág. 11.

Fig. 13: Azotando a una esclava, Surinam, década de 1770. Fuente: John Gabriel Stedman, *Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam ... from the Year 1727 to 1777* (Londres, 1796), vol. I, frente a pág. 326.

Fig. 14: Bailarines en la festividad de John Canoe, Jamaica, 1837. Fuente: Isaac Mendes Belisario, *Sketches of Character, in illustration of the habits, occupation, and costume of the Negro population, in the island of Jamaica: drawn after nature, and in lithography* (Kingston, 1837-1838).

Fig. 15: Danza afrobrasileña, Río de Janeiro, 1820-1824. Fuente: Augustus Earle, *Negro fandango scene, Camp St Anna, Rio de Janeiro*, Biblioteca Nacional de Australia, Canberra.

Fig. 16: Esclavo fugitivo, Surinam, *c.* 1831. Fuente: Pierre Jacques Benoit, *Voyage à Surinam: descriptions des possessions néerlandaises dans le Guyane, Cent dessins pris sur nature par l'auteur* (Bruselas, 1839), lámina xliv, fig. 90.

Fig. 17: Toussaint L'Ouverture, Saint-Domingue 1800. Fuente: *Toussaint L'Ouverture, Chef des noirs, Insurgé de Saint Domingue* (París, 1800).

Fig. 18: Conmemoración de la emancipación de los esclavos en el Imperio Británico, 1834. Fuente: Alexander Rippingille, *To the Friends of the Negro Emancipation* (Londres, 1834).

Fig. 19: Día de la Emancipación, Carolina del Sur, 1863. Fuente: Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 24 de enero de 1863, vol. 15, pág. 276.

Fig. 20: Soldados negros en el ejército federal/unionista, *c.* 1863-1864. Fuente: Joseph T. Wilson, *The black phalanx: a history of the Negro soldiers of the United States in the wars of 1775-1812, 1861-1865* (Hartford, Conn., 1888), frente a la pág. 138.

PREFACIO

El intento de llevar a cabo una amplia síntesis de la esclavitud, de la trata de esclavos y de su abolición en el mundo transatlántico a lo largo de cuatro siglos es un trabajo abrumador, más aún si hay que condensarlo en 75.000 palabras, como es la misión de este libro. Quiero hacer justicia a la vitalidad y a la relevancia de los estudios modernos en este campo, aunque necesariamente debo hacerlo de manera sucinta, pues no hay espacio para seguir todos los hilos del tema que debería explicar de forma más pormenorizada. Pero al mismo tiempo es un reto necesario, porque una síntesis actualizada de los principales aspectos de la esclavitud trasatlántica es esencial para los estudiantes a modo de guía para un estudio más profundo. Al escribir este volumen he intentado reflejar los principales hallazgos de los historiadores de la esclavitud trasatlántica en capítulos temáticos, empezando con el surgimiento de la trata de esclavos en el mundo Atlántico y terminando con el periodo posterior a la esclavitud y el abolicionismo. En este texto se destacan las investigaciones recientes, pero también se contemplan estudios anteriores que han superado el paso del tiempo.

Nadie puede pretender haber leído todos los estudios importantes acerca de la esclavitud trasatlántica para escribir un volumen como este, si bien me he propuesto mencionar la mayoría de ellos. Confío en que la voluntad de ofrecer una perspectiva muy amplia no haya ido en detrimento de la profundidad del estudio. Doy las gracias a todos los grandes estudiosos en cuyas obras me he basado. En 2012 una beca en el Robert H. Smith International Center for Jefferson Studies en la Universidad de Virginia, Monticello, me permitió ofrecer un seminario sobre los temas abordados en

el quinto capítulo. Agradezco al director del Centro, Andrew Jackson O'Shaughnessy, así como a su equipo, su amistosa y erudita cooperación durante mi estancia en Charlottesville. En 2013 presenté una primera versión del primer capítulo en la 45 Settimani di Studi del Istituto Internazionale di Storia Economica F. Datini, un texto que posteriormente fue publicado en Simonetta Cavaciocchi (ed.), *Serfdom and Slavery in the European Economy 11th-18th Centuries* (Firenze University Press, 2014). Algunas partes del capítulo sexto se inspiran en el material presentado en Kenneth Morgan (ed.), *Slavery in America: A Reader and Guide* (University of Edinburgh Press / University of Georgia Press, 2005), y en Kenneth Morgan, *Slavery in the British Empire: From Africa to America* (Oxford University Press, 2007).

Doy también las gracias a Jerome S. Handler, Michael Tuite, a la University of Virginia Library y a la Virginia Foundation for the Humanities, que me han permitido reproducir imágenes de la esclavitud entre el material reunido en su página web (http://slaveryimages.org/).

CRONOLOGÍA

1501 El 3 de septiembre la corona española firmó documentos autorizando la introducción de esclavos africanos en sus colonias de las Américas.

1510 El 22 de enero el rey Fernando de España autorizó el traslado de 50 esclavos a Santo Domingo, con lo que se inició la trata de esclavos en las Américas.

1518 El emperador español Carlos V puso en marcha el sistema del *asiento*, legalizando así la trata de esclavos en las colonias españolas en América.

1522 El 28 de diciembre se produjo la primera gran insurrección de los esclavos en las Américas, concretamente en la isla La Española (actualmente la República Dominicana).

1562 John Hawkins transportó 300 esclavos desde el África Occidental a La Española, poniendo de manifiesto los beneficios potenciales de este comercio.

1618 La Company of Royal Adventurers Trading to Africa (Sociedad Real de Aventureros del Comercio con África) británica fundó Fort James en Bathurst, Gambia.

1619 El primer cargamento de africanos desembarcado en Norteamérica en el asentamiento inglés en Jamestown, Virginia.

1621 Fundación de la Dutch West India Company (Compañía Holandesa de las Indias Occidentales), una empresa que se convertiría en uno

de los operadores más importantes de la trata de esclavos trasatlántica.

1655 El 10 de mayo Inglaterra conquistó la colonia española de Jamaica.

1670 Llegada de los primeros esclavos a Carolina del Sur.

1672 El parlamento inglés otorgó un acta de constitución a la Royal African Company (Compañía Real Africana), garantizándole el monopolio para realizar la trata de esclavos inglesa entre África y las Américas.

1673 Se constituyó la Compagnie du Sénégal (Compañía del Senegal), una de las principales empresas francesas de la trata de esclavos.

1676 En Virginia, esclavos y sirvientes contratados unieron sus esfuerzos en la rebelión de Bacon.

1685 El gobierno francés promulgó el *Code Noir* en todos sus asentamientos coloniales. Este edicto exigía que los esclavos fueran instruidos en la fe religiosa y prohibía que los esclavos trabajasen los domingos y los días festivos.

1693 Se descubrió oro en la brasileña región de Minas Gerais, lo cual requirió la importación de gran número de esclavos para trabajar en las explotaciones mineras.

1698 La Royal African Company perdió el monopolio para dirigir la trata de esclavos inglesa entre África y las Américas.

1713 La South Sea Company (Compañía de los Mares del Sur) inglesa recibió el *asiento*, un contrato que le permitía transportar anualmente 4.800 esclavos a las colonias españolas durante treinta años.

1739 El 9 de septiembre estalló la sublevación de los esclavos en la llamada rebelión de Stono, en Carolina del Sur.

1748 El filósofo político francés Barón de Montesquieu publicó *L'esprit des lois*, una importante condena de la esclavitud.

1752 El parlamento británico constituyó la Company of Merchants trading to Africa (Sociedad Africana de Comerciantes), sucesora de la Royal African Company.

1760 En 7 de abril se produjo en Jamaica la llamada revuelta de Tacky.

1763 Inglaterra tomó posesión de las islas de Granada y San Vicente e introdujo esclavos en ambas colonias.

1763 El 23 de febrero se inició un gran levantamiento de esclavos en Berbice, una colonia holandesa, que no fue sofocado hasta 1764.

1772 En un pleito judicial sin precedentes, Knowles *v*. Somersett, el presidente del Tribunal Supremo, lord Mansfield, abolió la esclavitud en Inglaterra.

1780 El poder legislativo de Pensilvania aprobó una medida para la abolición gradual de la esclavitud dentro de las fronteras del estado.

1786 La «Secta de Clapham», un grupo de abolicionistas británicos, creó el Comité de Socorro para los Negros Pobres.

1787 Los abolicionistas británicos crearon el Comité para la Abolición de la Trata de Esclavos.

1787 La Constitución de EE. UU. fue firmada el 17 de septiembre. En ella se contaban a tres de cada cinco esclavos a efectos de impuestos y representación. Asimismo, el documento estipulaba que el congreso no podría prohibir la trata de esclavos africanos hasta 1808.

1787 Los británicos fundaron Sierra Leona como colonia para los esclavos emancipados.

1791 El 22 de agosto se inició una gran revuelta de esclavos en la colonia francesa de Saint-Domingue.

1791 La revolucionaria Asamblea Nacional Francesa abolió la esclavitud en todas las posesiones coloniales francesas.

1792 La corona danesa dictó una orden en la que se hacía constar que todas las importaciones de esclavos africanos a las colonias danesas finalizarían en 1803.

1794 El 22 de marzo el congreso estadounidense prohibió la trata de esclavos a todos los puertos extranjeros y prohibió que los barcos extranjeros dedicados a este comercio se equipasen en los puertos estadounidenses.

1799 El 29 de marzo el poder legislativo de Nueva York promulgó una ley encaminada a la emancipación gradual de los esclavos del estado.

1800 El 30 de agosto las autoridades de Virginia descubrieron y abortaron la rebelión de los esclavos encabezada por Gabriel Prosser.

1802 El 12 de mayo Napoleón restauró la esclavitud en todos los territorios coloniales franceses, en los que había sido declarada ilegal por la Asamblea Nacional Francesa en 1791.

1803 Dinamarca prohibió la trata de esclavos.

1804 Nueva Jersey aprobó la emancipación gradual de los esclavos.

1804 Los negros victoriosos declararon Haití (anteriormente Saint-Domingue) como la primera república negra independiente del hemisferio occidental.

1807 El 25 de marzo Inglaterra abolió su trata de esclavos, con una ley que entraría en vigor el 1 de marzo de 1808.

1808 El 2 de marzo de 1807 el congreso estadounidense prohibió la importación de esclavos, con una ley que entraría en vigor el 1 de enero de 1808.

1810 Venezuela puso fin a la trata de esclavos.

1812 En Cuba estallaron varias revueltas de esclavos conocidas colectivamente como la rebelión de Aponte.

1814 El 15 de enero el gobierno holandés puso fin a las actividades holandesas relacionadas con la trata de esclavos.

1815 El gobierno francés de Luis XVIII dictó una medida para poner fin a la trata de esclavos, aunque no se logró imponer su cumplimiento.

1815 En el Congreso de Viena ocho potencias victoriosas declararon su oposición a la esclavitud.

1817 El gobierno británico proporcionó 400.000 libras a modo de compensación por la promesa española de poner fin a la trata de esclavos al norte del Ecuador.

1817 El 19 de diciembre un tratado anglo-portugués acordó que Portugal aboliría la trata de esclavos al norte del Ecuador.

1818 El 4 de mayo Inglaterra y Holanda firmaron un tratado bilateral para para poner fin a la esclavitud.

1819 El parlamento británico autorizó la creación de Tribunales de Comisión Mixta en Sierra Leona para decidir el destino de los barcos esclavistas apresados en el África Occidental.

1819 El gobierno francés prohibió su trata de esclavos.

1820 El 30 de mayo España abolió la trata de esclavos al sur del Ecuador.

1822 El 2 de julio Denmark Vesey fue ajusticiado en la horca como presunto instigador de una conspiración de esclavos en Charleston, Carolina del Sur.

1823 Entre el 18 y el 20 de agosto se produjo una rebelión de esclavos en Demerara.

1823 El gobierno británico anunció un programa detallado para la mejora de la situación de los esclavos.

1824 El parlamento británico declaró que la participación en el tráfico de esclavos africanos era un acto de piratería.

1825 En Bolivia, Paraguay, Perú, Chile y Argentina se pusieron en marcha programas para la abolición gradual de la esclavitud, que demostraron su eficacia.

1829 En México se decretó la emancipación de los esclavos.

1830 Los gobiernos de Gran Bretaña, Portugal y Brasil firmaron un tratado en el cual Brasil aceptaba poner fin a la trata de esclavos al sur del Ecuador, aunque durante varios años esta legislación fue poco apoyada.

1831 Francia aprobó una ley que autorizaba la incautación de los barcos negreros y el encarcelamiento de sus propietarios.

1831 Durante el mes de agosto se produjo la revuelta de esclavos encabezada por Nat Turner en Southampton County, Virginia.

1831 Bolivia abolió la esclavitud.

1831-1832 Entre el 25 de diciembre de 1831 y el 4 de enero de 1832 se produjo en Jamaica un gran levantamiento de esclavos conocido como la guerra Baptista.

1833 El 1 de agosto Inglaterra aprobó la Ley de Emancipación, que abolió la esclavitud en la mayor parte de las posesiones británicas.

1834 El 1 de agosto Inglaterra inauguró un sistema de aprendizaje para los antiguos esclavos.

1835 En las ciudades cubanas de Jaruco, La Habana y Matanzas se produjeron revueltas de esclavos.

1835 El 25 de enero estalló en Bahía, Brasil, la gran revuelta de los esclavos musulmanes a los que se conocía como los malê.

1838 El 1 de agosto el gobierno británico abolió el aprendizaje.

1839 Inglaterra promulgó la ley Palmerston, que permitía a los barcos británicos abordar y registrar a los buques portugueses sospechosos de transportar esclavos a las Américas.

1839 En julio el barco negrero español *Amistad* fue tomado por la fuerza frente a las costas cubanas cuando los africanos a bordo se sublevaron contra el capitán.

1840 Entre el 12 y el 23 de junio se celebró en Londres la Convención Mundial contra la Esclavitud.

1845 Inglaterra promulgó la ley Aberdeen, que permitía a los barcos británicos abordar y registrar a los buques brasileños sospechosos de transportar esclavos a las Américas.

1846 El rey de Suecia autorizó la emancipación de los esclavos en las colonias suecas.

1847 El rey danés Christian VIII promulgó una ley que otorgaba la libertad a los hijos de los esclavos nacidos en las Indias Occidentales danesas.

1848 El 27 de abril el gobierno francés abolió la esclavitud en las colonias francesas.

1848 El 2 de julio se decretó la libertad de los esclavos de las Indias Occidentales danesas.

1850 En septiembre el gobierno brasileño promulgó la ley Queirós, que puso fin al comercio de esclavos en Brasil.

1852 Ecuador aprobó una ley que otorgaba la libertad a todos los esclavos

del país.

1852 Todos los esclavos que quedaban en Colombia fueron liberados.

1852 Harriet Beecher Stowe publicó una novela antiesclavista, *La cabaña del tío Tom*, que se convirtió en un gran éxito.

1854 Argentina puso en marcha un programa para la abolición gradual de la esclavitud.

1854 Venezuela puso en marcha un programa para la liberación gradual de los esclavos.

1861 El 12 de abril los confederados bombardearon Fort Sumter, en Carolina del Sur, lo que dio inicio a la guerra civil americana.

1862 Paraguay puso en marcha un programa para la abolición gradual de la esclavitud.

1862 Un tratado anglo-americano sobre el comercio de esclavos dispuso que barcos ingleses se desplazasen a aguas cubanas para impedir las importaciones ilegales de esclavos.

1863 Los Países Bajos declararon ilegal el comercio de esclavos para todos los ciudadanos holandeses y liberaron a los esclavos en las colonias holandesas.

1863 El 1 de junio se hizo efectiva la Proclamación de Emancipación de los esclavos en Estados Unidos, declarando la libertad de todos los esclavos de los estados que se habían separado de la Unión, si bien no se aplicaba a los estados que habían abandonado la rebelión.

1865 El 9 de abril terminó la guerra civil americana con la rendición de la Confederación.

1865 El 18 de diciembre la Decimotercera Enmienda, que abolía la esclavitud, pasó a formar parte de la Constitución de Estados Unidos.

1867 El último cargamento de esclavos africanos del que se tiene constancia llegó a Cuba.

1867 España aprobó una ley para poner fin a la trata de esclavos en Cuba.

1870 El 23 de junio España promulgó la Ley Moret, con la que empezó el proceso de emancipación de los esclavos en Cuba.

1871 El 28 de septiembre el gobierno brasileño aprobó la Ley de Rio Branco, que iniciaba el proceso de emancipación de los esclavos en Brasil.

1873 Abolición de la esclavitud en Puerto Rico.

1880 España promulgó la Ley del Patronato, con la que comenzó el proceso de emancipación gradual en las colonias españolas.

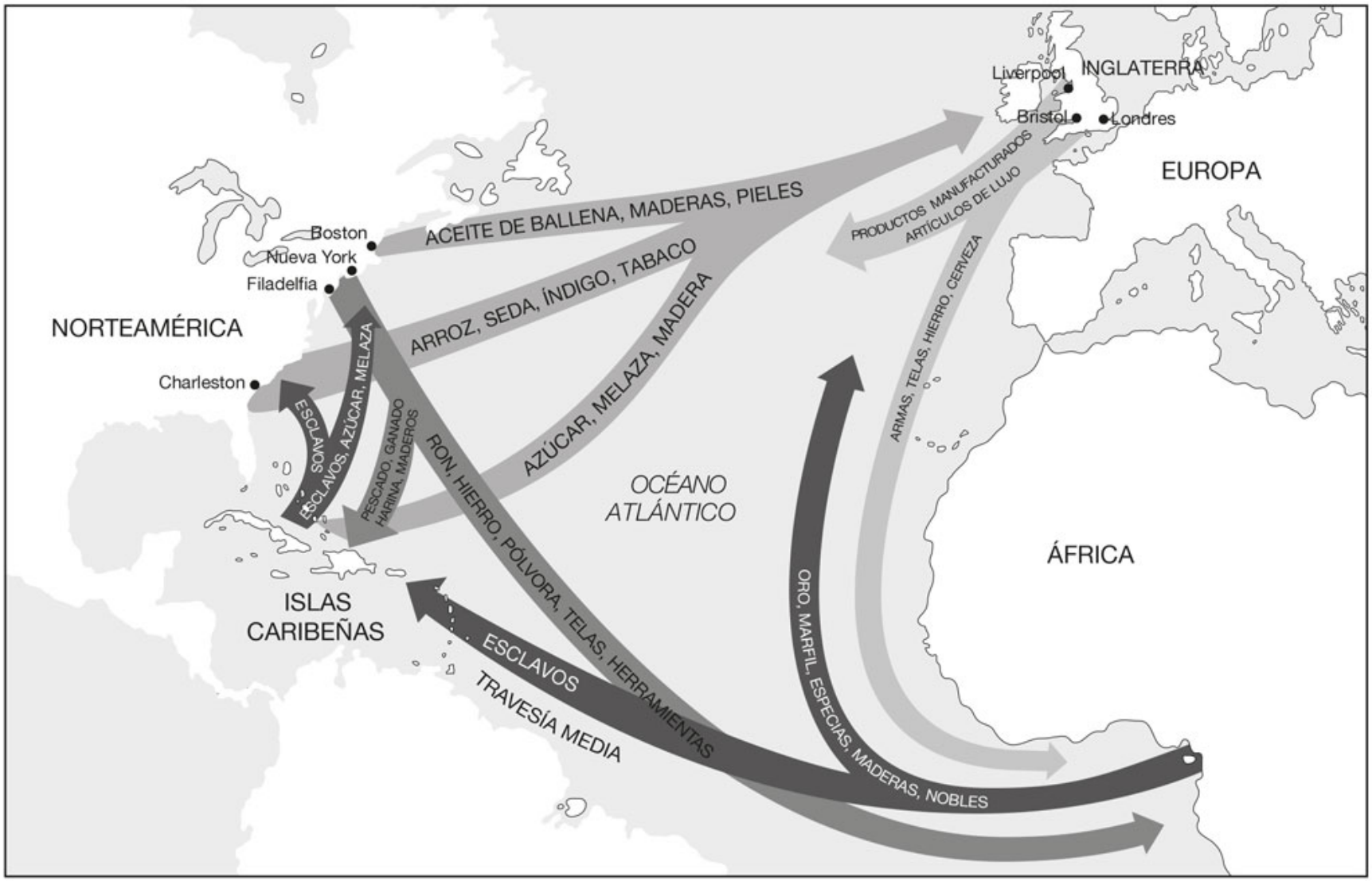
1880 El 7 de septiembre se fundó la Sociedad Antiesclavista Brasileña.

1885 El gobierno brasileño aprobó la Ley de los Sexagenarios, que liberaba a todos los esclavos de Brasil que tuvieran sesenta y cinco años o más.

1886 España abolió la esclavitud en todas sus colonias, incluyendo Cuba.

1886 El gobierno brasileño se comprometió a promulgar la abolición gradual de la esclavitud.

1888 El 13 de mayo la esclavitud fue oficialmente abolida en Brasil.


Liverpool
INGLATERRA
Bristol
Londres
EUROPA
PRODUCTOS MANUFACTURADOS
ARTÍCULOS DE LUJO
ACEITE DE BALLENA, MADERAS, PIELES
Boston
Nueva York
Filadelfia
NORTEAMÉRICA
ARROZ, SEDA, ÍNDIGO, TABACO
AZÚCAR, MELAZA, MADERA
ARMAS, TELAS, HIERRO, CERVEZA
Charleston
ESCLAVOS, AZÚCAR, MELAZA
PESCADO, GANADO
HARINA, MADEROS
RON, HIERRO, PÓLVORA, TELAS, HERRAMIENTAS
OCÉANO
ATLÁNTICO
ÁFRICA
ISLAS
CARIBEÑAS
ESCLAVOS
TRAVESÍA MEDIA
ORO, MARFIL, ESPECIAS, MADERAS, NOBLES

INTRODUCCIÓN

Durante siglos la esclavitud fue una forma extrema de dependencia que coexistió con otras formas de dependencia institucionalizada y vasallaje como la esclavitud por deudas, la servidumbre y los trabajos forzados.[1] Sin embargo, la naturaleza coercitiva y permanente de la esclavitud ha sido descrita como una forma especialmente inhumana de cautiverio. Los esclavos, que vivían en un estado de falta total de libertad, forzados a trabajar en función de las demandas de sus propietarios, y que perpetuaban su condición a través de sus hijos nacidos en la esclavitud, sufrieron el cautiverio hasta su liberación, generalmente por la promulgación de una ley o abolición. Desde el mundo antiguo hasta el auge de la esclavitud trasatlántica, muchas sociedades en Europa, Asia y Oriente Medio tenían esclavos. Por tanto, la cautividad humana era un fenómeno común. Algunos esclavos vivían en sociedades en las que la mayoría de las personas no lo eran, como sucedía en la Grecia y la Roma de la Antigüedad. Otros esclavos formaban parte de sociedades en las que predominaba la esclavitud. Esta fue la norma durante los siglos XVIII y XIX en todo el Caribe, Brasil y las colonias sureñas en Norteamérica que se convirtieron en el sur de Estados Unidos. Cientos de miles de esclavos pertenecieron a ambas categorías.[2]

Se podría suponer que las campañas y las protestas de los últimos dos siglos llevaron al fin de la esclavitud. Pero lejos de haber desaparecido como resultado de la creciente presión en favor de los derechos humanos, la esclavitud y la cautividad siguen existiendo en Asia, África, Europa y América. La explotación contemporánea en condiciones similares a la esclavitud incluye la venta de personas como objetos, forzándolas a trabajar

por poco o ningún salario y manteniéndolas a merced de sus patrones. Entre los negocios basados en la esclavitud en el mundo contemporáneo se encuentran la prostitución en Tailandia, la venta de agua en Mauritania, la producción de carbón en Brasil, la agricultura en general en India, y la albañilería en Paquistán.[3] Según la Organización Mundial del Trabajo (OIT), cerca de 21 millones de hombres, mujeres y niños viven actualmente bajo alguna forma de esclavitud. Anti-Slavery International, una organización benéfica no gubernamental, dedica muchos esfuerzos a procurar la libertad de estas personas.[4]

Este libro explora la importancia de la esclavitud en el tiempo y el espacio dentro del mundo atlántico, trazando paralelos entre la esclavitud y otras formas de trabajos forzados y explicando las dificultades sufridas para poner fin a la esclavitud. El alcance de este libro es amplio. En seis detallados capítulos se abordan las principales características de la trata de esclavos trasatlántica, de la esclavitud y la emancipación en el transcurso de cuatro siglos y medio. Combinar la trata de esclavos, la esclavitud y la emancipación en un libro de esta longitud es todo un reto, pero este estudio mostrará cómo la esclavitud dependía de la reposición de trabajadores esclavizados mediante la continuación de la trata de esclavos, y cómo la abolición de esta y la emancipación de los esclavos fueron procesos complejos que cobraron impulso durante muchos años. El libro sostiene que la esclavitud y la emancipación en el mundo atlántico solo puede comprenderse abordando los eslabones de la cadena que creó la esclavitud, desde la captura inicial de africanos, pasando por los viajes de los esclavizados a través del Atlántico, hasta las experiencias de los esclavos en las Américas y su conquista de la libertad.

El centro geográfico de esta breve historia de la esclavitud trasatlántica se encuentra en las Américas continentales y en el Caribe, si bien contiene múltiples referencias contextuales a los antecedentes europeos de los tratantes de esclavos y de los hacendados, así como a los orígenes africanos de los esclavos. El papel de los amos en el control de los esclavos y en la organización de su vida y sus rutinas de trabajo es una parte esencial de la esclavitud. Asimismo, la conducta y la reacción de los esclavos a su situación de cautividad es un componente importante de la esclavitud. Este

libro contemplará ambas perspectivas de la evolución de la esclavitud en distintas sociedades, poniendo de manifiesto el desequilibrio de las relaciones de poder que caracterizaron la interacción entre los propietarios por una parte y los esclavos por otra.

También examina las diversas formas de la esclavitud trasatlántica a lo largo del tiempo, incluyendo el uso de esclavos domésticos en los hogares y la esclavitud racial basada en la producción de materias primas en las plantaciones de las Américas. Las dimensiones del género y de la edad en el empleo de esclavos son importantes, con algunas sociedades esclavistas que empleaban especialmente hombres esclavos adultos (dominante en todo el comercio transatlántico de esclavos), o que aumentaron el recurso de la esclavitud infantil (la trata de esclavos internacional en el siglo XIX). Y también exploraremos otros aspectos de la esclavitud, como las diferencias entre el trabajo en cuadrillas en las plantaciones y el trabajo a destajo, la gradación de aptitudes entre la mano de obra esclava, y las diferentes condiciones geográficas y climáticas en las que vivían los esclavos.

Cuatro siglos de esclavitud trasatlántica explica la persistencia de un sistema de cautividad humana que evolucionó a lo largo del tiempo en diferentes formas, como una institución permeable de trabajo que fue difícil de erradicar. La esclavitud se reinventaba constantemente a medida que distintas sociedades se adaptaban a utilizar a los esclavos de diferentes maneras. Esta adaptabilidad significaba que era muy difícil acabar con la esclavitud y la trata de esclavos en su conjunto, porque siempre se necesitaba el suministro de nuevos cautivos. Las ventajas de propietarios y empresarios se derivaban de la necesidad de una gran fuerza de trabajo no libre, frente a los suministros alternativos de mano de obra, como las diversas formas de servidumbre temporal y el trabajo libre asalariado, son una cuestión importante que nos ayudará a explicar la perpetuación de la esclavitud.

La trata de esclavos trasatlántica supuso el mayor episodio de migración intercontinental forzosa de la historia mundial. Entre 1501 y 1867 más de 10 millones de esclavos fueron enviados a las Américas desde las regiones costeras del África Occidental. Así, los capítulos 1 y 2 están dedicados a la escala y a la organización de la esclavización trasatlántica. En función de la

magnitud de este tráfico, los principales tratantes de esclavos fueron los ingleses, seguidos por los franceses, los españoles, los portugueses, los norteamericanos y los brasileños. Su contribución cuantitativa a la escala de la trata de esclavos puede calcularse mediante estimaciones estadísticas reunidas en una gran base de datos, lo cual abordamos en el capítulo 1. Empleamos estos datos para determinar las principales regiones suministradoras de esclavos en el África Occidental, así como las regiones en las que se producía el mayor desembarco de esclavos en las Américas. También se especifican las fluctuaciones a lo largo del tiempo de la implicación de cada país en la trata de esclavos. Este primer capítulo aborda también la continuación del tráfico transatlántico de esclavos una vez desembarcados en los principales puertos, a través del tráfico intracaribeño y mediante el tráfico interno de esclavos en Estados Unidos y en Brasil.

En el capítulo 2 se expone la organización de la trata de esclavos. Empresas comerciales privilegiadas se ocuparon del tráfico de esclavos en el siglo XVII y a principios del XVIII, pero con el tiempo fueron ampliamente superadas por tratantes privados que se asociaban para llevar a cabo este comercio. La trata de esclavos en el Atlántico norte se organizaba principalmente de manera triangular. El primer lado del triángulo consistía en los viajes desde el puerto de origen hacia el África Occidental, con mercancías para vender o para negociar con los intermediarios a cambio de esclavos. El segundo lado del triángulo era la travesía del Atlántico, conocida como la «travesía intermedia». El tercer lado era el viaje de regreso a casa una vez realizada la venta de los esclavos en las Américas. Por el contrario, el tráfico de esclavos en el Atlántico sur seguía una pauta bilateral entre el África Occidental, sobre todo al sur del Ecuador, y Sudamérica. En este segundo capítulo abordamos también los aspectos humanos y económicos de la trata de esclavos, haciendo hincapié en la complejidad de los preparativos para realizar el traslado de los esclavos de manera satisfactoria. También en este capítulo nos ocupamos de los beneficios de la trata de esclavos y de las repercusiones económicas de la esclavitud trasatlántica en las naciones que participaban en esta actividad.

El capítulo 3 se centra en el trabajo y en la vida de los esclavos en las plantaciones. Estas grandes propiedades agrícolas fueron el lugar en el que

los esclavos africanos y sus descendientes produjeron cosechas de materias primas para exportar a los mercados europeos. El azúcar fue la mercancía predominante en las plantaciones a lo largo del Caribe, Brasil y Luisiana; el café se cultivaba en las Indias Occidentales y en Brasil. En Carolina del Sur y Georgia abundaban las plantaciones de arroz. En las de Virginia y Maryland predominaban las de tabaco. A lo largo del siglo XIX el sur de Estados Unidos, desde las dos Carolinas hasta Alabama y Misisipi, el algodón se convirtió en el cultivo principal. La historia de la esclavitud en las plantaciones de las Américas está estrechamente relacionada con el tipo concreto de cosecha producida. En este tercer capítulo se estudian las conexiones entre la vida y el trabajo de los esclavos en las distintas regiones americanas y la producción de cosechas.

Los terratenientes aspiraban producir una población esclava autosuficiente mediante el incremento natural, pero, a excepción del sur de Estados Unidos, quedó demostrado que esto era algo bastante difícil. El capítulo 3 expone la demografía de la esclavitud, prestando especial atención a los problemas de fertilidad, mortalidad y nutrición. Como veremos, el azúcar era el cultivo más relacionado con altos niveles de mortalidad. También se aborda la mezcla entre los nuevos suministros de esclavos africanos y el surgimiento de una fuerza de trabajo criolla (es decir, nacida en América), señalando la crucial importancia de esta mezcla para la cultura esclava que se creó en las Américas. Asimismo se analizan los diferentes modelos de trabajo en las plantaciones: el trabajo en cuadrillas, el trabajo a destajo, los niveles de competencia de la mano de obra, al igual que la división de género, que era un elemento importante de esta fuerza de trabajo. También se abordan las principales características de las creencias y las costumbres de los esclavos, y cómo estas fueron transformadas en las Américas. Pese a las penurias y las privaciones de vivir como esclavos, los afroamericanos forjaron una cultura vibrante y polifacética basada en una mezcla de las costumbres regionales africanas y la experiencia de la vida en América.

Los esclavos vivían y trabajaban en una situación de falta absoluta de libertad y de trabajos forzados, y por tanto no sorprende que la resistencia, en distintas formas, fuera un aspecto importante de su conciencia y de sus

acciones. El capítulo 4 explora los diversos tipos de resistencia que ejercieron los esclavos y la manera en la que los propietarios hicieron frente a los mismos. La resistencia cotidiana, en forma de insolencia verbal e interrupciones del trabajo, era algo común. Se analiza cómo estas prácticas conformaron la capacidad de los esclavos para negociar con los amos en el contexto de las relaciones de poder de la esclavitud que les fueron impuestas. En este capítulo se seleccionan ejemplos de localizaciones geográficas en la que las fugas de los esclavos se producían con mayor frecuencia para estudiar sus pautas comunes. Las rebeliones fueron la principal forma abierta de resistencia de los esclavos en las Américas. Se produjeron muchas revueltas de corta duración, pero relativamente pocas de ellas tuvieron éxito, lo cual también explicaremos. La rebelión de esclavos más importante en el hemisferio occidental fue la revuelta de Saint-Domingue/Haití de 1791-1804, la primera vez en la historia en la que un levantamiento masivo de esclavos (en el que participaron más de 100.000 personas) triunfó. Asimismo se analizan las razones de dicho éxito y las implicaciones del mismo.

Antes de 1750 la mayoría de las personas cultivadas aceptaban la esclavitud como una institución más, pues se consideraba una parte normal de las sociedades humanas. En el siglo XVII empezaron a manifestarse algunas críticas ocasionales a la esclavitud, aunque no surgió ningún movimiento antiesclavista. Las cosas cambiaron considerablemente desde mediados del siglo XVIII por distintas razones, entre las que se contaban el cambio de las perspectivas filosóficas sobre la esclavitud debido al pensamiento de la Ilustración; el auge de los conceptos cristianos de benevolencia hacia los esclavos; las decisiones legales sobre los esclavizados, los argumentos de Adam Smith sobre la superioridad del trabajo libre frente a la esclavitud, y la movilización de campañas antiesclavistas. El capítulo 5 analiza el cambio de las actitudes hacia la postura antiesclavista, centrándose seguidamente en la movilización de los grupos abolicionistas en las campañas para poner fin a la trata de esclavos en todo el mundo Atlántico. Dicho capítulo aborda las razones de las diversas maneras en las que se suprimió la trata de esclavos. También explica los intentos internacionales llevados a cabo por los abolicionistas a

fin de combinar sus esfuerzos y combatir la continuidad de la trata de esclavos mediante la presión diplomática, las patrullas navales y los tratados internacionales. Mi exposición pone de manifiesto las diversas razones por las cuales las diferentes tratas de esclavos fueron abolidas.

El capítulo 6 se concentra en los movimientos en favor de la emancipación de los esclavos en todas las Américas. En general, la liberación de los esclavos se produjo unos treinta años después de que las diversas naciones prohibieran la trata de esclavos. También se explica cómo la combinación del apoyo de los partidarios de la esclavitud, la inercia de los gobiernos y la prevalencia de los planes de emancipación gradual se interpuso en las actividades en favor de la liberación de los esclavos. Asimismo se analiza si el proceso de emancipación se produjo principalmente «de arriba abajo», por iniciativa de los gobiernos, o si se logró gracias a la presión de los abolicionistas. El capítulo muestra que no hubo ningún modelo fijado desde una nación a otra, y que existieron muchos impedimentos antes de que los esclavos pudieran ser legalmente libres. En un caso muy destacado, el de Estados Unidos, la emancipación de los esclavos estuvo estrechamente vinculada con complejos debates políticos a escala nacional y con la lucha en una sangrienta guerra civil. En otros casos, las naciones decretaron leyes que emancipaban a los esclavos en un contexto de paz. Como mostraremos en el capítulo 6, fue habitual que las políticas de cada nación optasen por lo que efectivamente era una transición gradual hacia la plena libertad de los antiguos esclavos mediante los planes de aprendizaje o similares.

La esclavitud tuvo una prolongada repercusión en la formación del mundo moderno. Durante cuatro siglos fue una parte fundamental de una masiva diáspora internacional de personas capturadas contra su voluntad y enviadas a diversas partes del mundo atlántico. En el epílogo se exponen los efectos a largo plazo de la esclavitud trasatlántica, que fue una matriz fundamental para la formación de la cultura afroamericana. El prejuicio racial asociado con la esclavitud negra ha tenido un impacto prolongado en la vida moderna. El epílogo concluye con una exposición de los aspectos filosóficos y legales del movimiento para las reparaciones a los descendientes de esclavos y con una sección que aborda el recuerdo de la

esclavitud mediante la conmemoración de aniversarios, ceremonias, exposiciones en museos y monumentos.

1
LOS FLUJOS DE LA TRATA DE ESCLAVOS

No podemos calcular con precisión la magnitud de la trata de esclavos trasatlántica, pues solo es posible hacer estimaciones más o menos aproximadas. Durante el siglo pasado muchos estudiosos intentaron determinar la extensión de este tráfico, pero sus cálculos arrojan cifras muy diferentes. Sin embargo, actualmente podemos hacer estimaciones mucho más precisas que en cualquier otra época. El esfuerzo de investigación colectiva que ha elaborado la Transatlantic Slave Trade Database, accesible en la red, ofrece a los historiadores la información más detallada reunida hasta ahora para analizar los flujos de la esclavitud en el mundo atlántico. Esta base de datos, dedicada a la forma más importante de migración intercontinental forzosa en la historia moderna, contiene información de 33.367 viajes, que embarcaron 10.148.288 esclavos en África y de 33.048 viajes que desembarcaron 8.752.924 esclavos, principalmente en las Américas, entre principios del siglo XVI y mediados del siglo XIX.[1] La base abarca casi el 80 % de todos los viajes del tráfico de esclavos transatlántico.[2] Los compiladores de la misma calcularon el volumen global del tráfico de esclavos a partir de la información de los viajes individuales, así como de inferencias realizadas a partir de datos perdidos, para elaborar estimaciones totales de este tráfico transatlántico.[3]

La base de datos que hemos estudiado ofrece a los historiadores una base sólida para desarrollar investigaciones cuantitativas sobre la magnitud y las características de la trata de esclavos trasatlántica en el tiempo y el espacio.

Las cifras importan porque proporcionan las mejores estimaciones disponibles sobre los diversos aspectos de la trata, permitiendo al historiador determinar con precisión la importancia de algunos pabellones nacionales que transportaron africanos a las Américas en contra de su voluntad, así como la naturaleza periférica de otros pabellones. Esta base también proporciona estadísticas sobre las fluctuaciones en la magnitud del tráfico de esclavos en diferentes épocas y durante tiempos de guerra y tiempos de paz. Solo contextualizando los flujos de esclavos según estos datos recientemente compilados podemos analizar de manera exhaustiva la extensión y la persistencia de este tráfico transatlántico.[4] En este capítulo se emplean las estimaciones procedentes de la mencionada base de datos para abordar la distribución de los cargamentos de esclavos por cada pabellón nacional, así como la región africana de partida y la región americana de llegada durante todo el transcurso de la esclavización trasatlántica.

Los pabellones nacionales y el tráfico de esclavos

Los pabellones nacionales que dominaron el tráfico de esclavos fueron los de las principales potencias comerciales de Europa Occidental, que competían unas con otras por el tráfico ultramarino y el imperio a principios de la era moderna: España, Portugal, Francia, Holanda e Inglaterra. Estas naciones poseían los recursos financieros y la motivación comercial necesarios para llevar a cabo largos viajes oceánicos. La trata de esclavos solo constituía una de las líneas de comercio que seguían los barcos de estas naciones, y estaba estrechamente relacionada con el comercio directo de mercancías entre los puertos europeos, Asia y las Américas. Los africanos abastecían la trata de esclavos, y las mercancías destinadas al comercio directo con los destinos americanos tenían que ver con la proliferación y el crecimiento del sector de las plantaciones que producían materias primas en haciendas agrícolas, unas materias primas que a su vez eran exportadas al Viejo Mundo. Las materias primas que más se exportaban eran el azúcar (sobre todo), el tabaco, el algodón y el café. El desarrollo de todos estos cultivos requería un clima cálido y se necesitaba una enorme cantidad de mano de obra para realizar múltiples tareas como plantar, cultivar y trasportar la cosecha a los barcos.[5]

Las materias primas cultivadas en las plantaciones proveían a un sólido y creciente mercado de comestibles entre los consumidores europeos. Fumar tabaco, tomar rapé, endulzar el té y el café con azúcar, así como el empleo del azúcar y del arroz para cocinar, todos ellos se consolidaron como productos de consumo gracias a las mercancías cultivadas por los esclavos. El algodón, que solo llegó a ser una de las exportaciones importantes después de 1800, fue el único producto importante entre todas estas materias primas que estaba relacionado con la indumentaria y no con la comida y la bebida. [6]

En cinco casos —Portugal, España, Francia, Holanda e Inglaterra— los barcos negreros realizaron viajes triangulares, que comenzaban en su país de origen, rumbo a África, donde compraban esclavos, transportándolos después a través del Atlántico para venderlos en las Américas y, posteriormente, regresar a su puerto de partida original.[7] En el caso de la trata de esclavos en Brasil, los barcos normalmente efectuaban una travesía bilateral entre los puertos brasileños y la costa occidental de África.[8] Los comerciantes de América del Norte también organizaron viajes para traficar con esclavos, que empezaron cuando las trece colonias formaban parte del Imperio Británico, antes de 1776, y continuaron tras la formación de Estados Unidos. También este fue un comercio triangular: los barcos zarpaban de los puertos norteamericanos hacia el África Occidental para intercambiar mercancías por esclavos, que eran trasladados principalmente a destinos en las Indias Occidentales, para después regresar a su puerto de origen en alguna región norteamericana. Dinamarca fue la principal de las pequeñas naciones que participaron en el tráfico negrero triangular; otros gobiernos que participaron en mucha menor medida en la trata de esclavos fueron Suecia y Brandeburgo/Prusia.[9]

Los flujos del tráfico de esclavos

Los flujos del tráfico de esclavos fueron muy modestos en el siglo XVI: solo el 2,2 % de los cautivos embarcados durante toda la era de la trata de esclavos fueron trasladados antes de 1600 (tabla 1). Los viajes negreros transatlánticos aumentaron significativamente a partir de la segunda mitad

del siglo XVII en adelante, y mantuvieron unos altos niveles de transporte de esclavos, hasta alcanzar entre 1 y 2 millones de cautivos africanos embarcados en cada cuarto de siglo entre 1701 y 1850: estos años presenciaron el apogeo de este tráfico transatlántico. En la tabla 1 se muestra la principal contribución de los pabellones nacionales a la trata de esclavos. Los españoles y los portugueses (mediante el tráfico luso-brasileño) fueron los más implicados en la esclavitud trasatlántica. La conquista y colonización de las potencias ibéricas en América Central y del Sur, así como en el Caribe en el siglo XVI, prepararon el camino para la proliferación del trabajo esclavo. Los españoles no desarrollaron un sector de plantaciones hasta la segunda mitad del siglo XVIII, mientras que los portugueses proporcionaban esclavos principalmente a la industria azucarera brasileña.[10] Las potencias ibéricas siguieron enviando esclavos a sus territorios americanos hasta el final del tráfico de esclavos brasileño y cubano en 1851 y 1867.

La tabla 1[11] muestra que las potencias europeas fueron responsables del 55,2 % de los esclavos que cruzaron el Atlántico entre 1501 y 1866.[12] Los principales puertos ibéricos del tráfico fueron Lisboa, Bahía, Recife y Río de Janeiro.[13] El volumen del comercio entre Portugal y Brasil fue especialmente grande en el siglo XIX: cuatro de cada diez africanos transportados a las Américas por este pabellón nacional fueron enviados entre 1801 y 1866. En esta tabla vemos que los portugueses embarcaron hacia Brasil muchos más esclavos que España hacia Uruguay. Sin embargo, hay que hacer una salvedad al respecto. Hasta 1789 España siguió una política de acuerdos, los llamados asientos, mediante los cuales autorizaba a otros países a transportar esclavos a la América española. Después de 1580 las coronas española y portuguesa estuvieron unificadas durante sesenta años. Portugal consiguió el primer asiento oficial en 1595, cuya validez se prolongó hasta la revuelta portuguesa contra España en 1640. Posteriormente entre los poseedores de asientos encontramos países como Holanda, Francia e Inglaterra. Aunque al principio se pensó que España delegaba en gran medida en estos socios comerciales el tráfico de esclavos hacia la América española, investigaciones recientes han descubierto que barcos que navegaban bajo el pabellón español también transportaron gran número de cautivos a las colonias españolas.[14]

Tabla 1: Embarcaciones esclavistas por pabellón nacional,[11] 1501-1866

	España/Uruguay	Portugal/Brasil	Gran Bretaña	Holanda	EE. UU.	Francia	Dinamarca/ Báltico	Totales
1501-1525	6.363	7.000	0	0	0	0	0	**13.363**
1526-1550	25.375	25.387	0	0	0	0	0	**50.763**
1551-1575	28.167	31.089	1.685	0	0	66	0	**61.007**
1576-1600	60.056	90.715	237	1.365	0	0	0	**152.373**
1601-1625	83.496	267.519	0	1.829	0	0	0	**352.843**
1626-1650	44.313	201.609	33.695	31.729	824	1.827	1.053	**315.050**
1651-1675	12.601	244.793	122.367	100.526	0	7.125	653	**488.064**
1676-1700	5.860	297.272	272.200	85.847	3.327	29.484	25.685	**719.674**
1701-1725	0	474.447	410.597	73.816	3.277	120.939	5.833	**1.088.909**
1726-1750	0	536.696	554.042	83.095	34.004	259.095	4.793	**1.471.725**
1751-1775	4.239	528.693	832.047	132.330	84.580	325.918	17.508	**1.925.314**
1776-1800	6.415	673.167	748.612	40.773	67.443	433.061	39.199	**2.008.670**
1801-1825	168.087	1.160.601	283.959	2.669	109.545	135.815	16.316	**1.876.992**
1826-1850	400.728	1.299.969	0	357	1.850	68.074	0	**1.770.979**
1851-1866	215.824	9.309	0	0	476	0	0	**225.609**
Totales	**1.061.524**	**5.848.265**	**3.259.440**	**554.336**	**305.326**	**1.381.404**	**111.041**	**12.521.336**

Fuente: http://www.slavevoyages.org/tast/assessment/estimates.faces

Inglaterra, Holanda y Francia desempeñaron un papel insignificante en los flujos de la trata de esclavos en el siglo XVI. Cada una de estas naciones patrocinó viajes de exploración a las Américas antes de 1600, pero en aquel entonces ninguna de ellas había establecido colonias importantes al otro lado del Atlántico. Sin embargo, el establecimiento de colonias de estas potencias durante el siglo XVII provocó que en estas naciones surgiera un importante tráfico de esclavos. Inglaterra colonizó gran parte de la costa oriental de Norteamérica en el siglo XVII y se hizo con varias islas caribeñas. También en ese siglo Francia y Holanda fundaron colonias en las Indias Occidentales, y los holandeses lograron establecerse en territorios (Demerara, Esequibo, Berbice y sobre todo Surinam) de la «costa salvaje» (así la denominaban) del extremo norte de Sudamérica. De estas tres potencias, Inglaterra fue la que transportó mayor número de esclavos, lo cual refleja que la superficie de los territorios que este país adquirió en América era mucho mayor que la de sus rivales del norte de Europa, lo que permitió un desarrollo mucho mayor del sector de las plantaciones: aproximadamente en 1775 el Imperio Británico en las Américas abarcaba más del doble de millas cuadradas que los imperios atlánticos de Holanda y Francia juntos; y las colonias de estos países en Norteamérica y el Caribe solo tenían un cuarto de la población británica en las mismas regiones.[15]

La trata de esclavos británica creció en las últimas cuatro décadas del siglo XVII y alcanzó su apogeo en el siglo XVIII: entre 1660 y 1807, año en el que Inglaterra abolió este tráfico, los buques que zarpaban de los puertos ingleses hacia Norteamérica y el Caribe embarcaron a más de tres millones de esclavos (tabla 1). Inglaterra fue la nación que más esclavos transportó en el siglo XVIII.[16] Londres fue el principal puerto esclavista desde mediados del siglo XVII hasta aproximadamente la década de 1720, cuando la actividad del tráfico inglés corría principalmente a cargo de la Royal African Company (Compañía Real Africana), con sede en Londres.[17] Pero cuando la trata de esclavos inglesa se abrió a las compañías no oficiales en 1698, las empresas privadas de Bristol desafiaron la posición de Londres y se impusieron a los demás puertos esclavistas británicos en las décadas de 1720 y 1730.[18] Más adelante, Liverpool superó a Bristol y a Londres hasta convertirse en el principal puerto esclavista británico entre 1740 y 1807. Durante este periodo,

Liverpool se convirtió en el puerto más activo del mundo en el despacho de viajes negreros, pues sus comerciantes lograron reunir el capital humano necesario para dirigir con éxito este tráfico.[19]

La flota colonial de la Norteamérica británica contribuyó a los flujos de la trata de esclavos durante el siglo XVIII, sobre todo desde Rhode Island. Newport se convirtió en el principal puerto norteamericano relacionado con la esclavitud trasatlántica, cobrando mayor importancia que el puerto de Nueva York, que era mucho más grande. Los comerciantes de Rhode Island tenían buenas relaciones comerciales en el Caribe, y además disponían de una ventaja añadida, como era la posesión de un grupo de destilerías de ron en Rhode Island —en las que como ingrediente principal se empleaban las melazas de las Indias Occidentales— que les permitían suministrar alcohol a los comerciantes del África Occidental a cambio de esclavos.[20] Tras la Revolución americana, los tratantes estadounidenses embarcaron aproximadamente a unos 177.000 esclavos durante el medio siglo posterior a la independencia (tabla 1). Muchos de ellos fueron enviados desde Charleston, Carolina del Sur, a los mercados sureños estadounidenses antes de la abolición del tráfico de esclavos africanos a Estados Unidos en 1808. Posteriormente, los buques norteamericanos suministraron esclavos a las colonias de otras potencias en Sudamérica y el Caribe; lo cual, en algunos casos, suponía utilizar barcos estadounidenses en empresas esclavistas ilegales.[21]

La trata de esclavos francesa siempre tuvo un volumen inferior a la británica en todos los cuartos de siglo reflejados en la tabla 1, pero aun así los tratantes franceses embarcaron 1,38 millones de esclavos durante todo el periodo de la esclavitud trasatlántica, lo que supone una participación del 11 % en este tráfico. Al igual que en Inglaterra, el siglo XVIII fue el periodo álgido del tráfico esclavista. En 1794 Francia abolió la esclavitud en todas sus posesiones, pero en 1802 Napoleón, que entonces gobernaba en Francia, reinstauró la esclavitud en los territorios productores de caña de azúcar. El tráfico de esclavos francés fue declarado ilegal en 1815 pero continuó hasta 1831, y posteriormente algunos barcos con pabellón francés fueron usados ilegalmente. El tráfico de esclavos transatlántico francés disminuyó sensiblemente en todos los cuartos de siglo posteriores a 1800, pero aun así

entre 1820-1825 transportaron 17.000 esclavos anualmente, una cifra que igualaba la de la década de 1770 (tabla 1).[22]

Nantes dominaba la trata de esclavos francesa, contando en su haber más expediciones esclavistas que todos sus rivales (Le Havre, La Rochelle, Burdeos, St. Malo y Honfleur) juntos. Nantes, situada cerca del estuario del río Loira, a unos cincuenta kilómetros de la costa atlántica francesa, estaba bien situada geográficamente para participar en las empresas esclavistas trasatlánticas. Los comerciantes nanteses controlaron el 42 % de los africanos transportados por los buques franceses en el siglo XVIII.[23] En vísperas de la Revolución francesa, la economía de Nantes dependía de la trata de esclavos. Entre un tercio y la mitad de todas las mercancías tropicales que entraban en la ciudad en aquella época constituían los pagos por los esclavos adquiridos por los traficantes nanteses.[24] Entre 1813 y 1841, Nantes embarcó 102.000 esclavos, que principalmente procedían del golfo de Biafra y cuyo destino era ser vendidos en Cuba.[25]

Holanda jugó un papel menos importante en la trata de esclavos que Inglaterra o Francia, si bien ocupaba el quinto lugar entre los pabellones nacionales que transportaban esclavos a los mercados atlánticos. La trata de esclavos holandesa empezó en el segundo cuarto del siglo XVII, cuando los comerciantes de Ámsterdam se hicieron cargo de su organización. El apogeo de la trata de esclavos holandesa se produjo en los primeros tres cuartos del siglo XVIII, cuando el tráfico se concentró en Middelburg y Vlissingen (p. ej., Flesinga), en Zelanda. Hasta 1738 la empresa privada Dutch West India Company (Compañía Holandesa de las Indias Occidentales), monopolizó el tráfico transatlántico, pero entonces la Middelburg Commercial Company se convirtió en una competidora importante. El tráfico de esclavos holandés alcanzó su punto álgido hacia 1770, pero empezó a declinar a finales de la guerra de la Independencia americana. La armada británica capturó barcos holandeses en la cuarta guerra anglo-holandesa de 1780-1784. La economía de plantación en Surinam, la principal colonia holandesa, estaba endeudada y no importaba muchos esclavos. La participación holandesa en las guerras revolucionarias francesas desde 1795 hizo que la trata de esclavos auspiciada por ese país llegase a su fin.

Holanda decretó el final de su trata de esclavos en 1814, aunque los verdaderos viajes esclavistas holandeses cesaron antes de 1800.[26] Los inversores holandeses también compraron esclavos a través de Suecia, Brandeburgo y Kurland, pero estas empresas tenían más que ver con expediciones comerciales a lo largo de la costa del África Occidental que con el embarque de esclavos para que atravesasen el Atlántico.[27]

El otro país que se implicó de manera significativa en la esclavitud trasatlántica fue Dinamarca, que a lo largo del tiempo embarcó a más de 100.000 esclavos (tabla 1). Los barcos que participaban en el comercio tenían su base en el puerto de Copenhague. En general, la trata de esclavos danesa no alcanzó una gran envergadura, si bien aumentó notablemente en el último cuarto de los siglos XVII y XVIII: en estos periodos se transportaron más de la mitad del total de africanos embarcados durante todo el tráfico esclavista danés. Como en los casos de otros traficantes menores, el incremento de la actividad esclavista danesa en esos periodos refleja el ritmo creciente del volumen de toda la esclavitud trasatlántica. Los barcos de Brandeburgo y las intrusiones de los holandeses se unieron a los buques daneses en el suministro de esclavos a las Indias Occidentales danesas.[28] Las pequeñas colonias danesas en el Caribe —Santa Cruz, Santo Tomás y San Juan— no tenían una gran demanda de suministros de esclavos africanos. Sin embargo, Dinamarca participó activamente en un tráfico de eslavos intercaribeño que manejó casi tantos cautivos como los que fueron traídos directamente desde África.[29]

Regiones africanas de partida

Las regiones africanas de las que partía el tráfico transatlántico estaban situadas principalmente a lo largo de aproximadamente 5.000 kilómetros de costa, que se extendían desde el río Senegal, en el norte, hasta Benguela, en el sudoeste. Estas áreas, enumeradas de noroeste a sudoeste, eran Senegambia, Sierra Leona, la Costa de los Esclavos, la Costa del Oro, el golfo de Benín, el golfo de Biafra y el África Central y Occidental. Los nombres de estas regiones son los adoptados en la edición revisada en la base de datos de la esclavitud trasatlántica.[30] Era imposible obtener suministros

de esclavos en las regiones situadas más arriba del río Senegal, que formaban parte del desierto del Sahara y de los territorios controlados por los marroquíes. Del mismo modo, tampoco podían obtenerse esclavos en los áridos territorios al sur de Luanda. En cualquier caso, a los europeos no les hacía falta adentrarse demasiado en la zona sudoccidental para reunir a los cautivos necesarios para mantener la trata de esclavos, aunque hubo algunas excepciones poco importantes. Así, durante breves periodos de finales del siglo XVII y principios del XVIII, esclavos de Madagascar fueron embarcados hacia las Indias Occidentales, Massachusetts y Nueva York.[31]

Después de 1800, otra región africana entró en escena como proveedora de esclavos para los destinos transatlánticos: esta zona comprendía el sudeste africano y algunas islas del océano Índico. Ello se debió a la creciente demanda de esclavos desde las Américas y a que Inglaterra y otras potencias sometieron a presiones diplomáticas y navales a algunas regiones del África Occidental para restringir su envío de esclavos al otro lado del Atlántico. Ninguna otra área importante susceptible de suministrar esclavos fue explotada durante todo el tiempo que duró este tráfico. En la segunda mitad del siglo XVIII los ingleses barajaron diversos planes para desbloquear el potencial agrícola africano.[32] Pero los europeos no proyectaban establecer plantaciones en África en detrimento de las del Nuevo Mundo. La prevalencia de enfermedades como la malaria, el desconocimiento del África Occidental más allá de sus zonas costeras, y el rígido control que los gobernantes y notables africanos ejercían sobre la penetración europea en el continente africano dieron al traste con la idea de crear un sector de plantaciones en el África Occidental. No obstante, los portugueses controlaban rígidamente Luanda y Benguela y muchas de las redes esclavistas conectadas con estos puertos.[33]

En la tabla 2 vemos cómo algunas regiones proporcionaban más esclavos que otras, lo cual explica que los capitanes de los barcos no tuvieran ninguna necesidad de avanzar más hacia el sur por la escasez de esclavos en las zonas norteñas. Con el paso del tiempo, se produjeron considerables fluctuaciones en el número de esclavos embarcados desde distintas regiones del África Occidental. Pero claramente hubo complejas razones para que los tratantes europeos y americanos explotasen esclavos de distintas zonas. Por ejemplo, habría tenido sentido —en términos de distancia y de costes— que se

hubieran empleado esclavos de Senegambia para enviarlos principalmente a destinos caribeños y en mayor número que los africanos procedentes de regiones más meridionales del África Occidental, pero en muchos periodos no ocurrió así. Las condiciones culturales, económicas y demográficas existentes en África eran más importantes que las consideraciones sobre la menor distancia existente entre la región africano-occidental de procedencia de los esclavos y su lugar de desembarco en América.[34]

TABLA 2. Embarques de esclavos por regiones africanas, 1501-1866

	Senegambia y Atlántico cerca de la costa	Sierra Leona	Windward Coast	Costa del Oro	Golfo de Benín	Golfo de Biafra	África Central Occidental y Santa Elena	Sudeste de África e islas del océano Índico	Totales
1501-1525	12.726	0	0	0	0	0	637	0	**13.363**
1526-1550	44.458	0	0	0	0	2.080	4.225	0	**50.763**
1551-1575	48.319	1.168	0	0	0	3.383	8.137	0	**61.007**
1576-1600	41.778	237	2.482	0	0	2.996	104.879	0	**152.373**
1601-1625	23.862	0	0	68	3.528	2.921	322.119	345	**352.843**
1626-1650	30.360	1.372	0	2.429	6.080	33.540	241.269	0	**315.050**
1651-1675	27.741	906	351	30.806	52.768	80.780	278.079	16.633	**488.064**
1676-1700	54.141	4.565	999	75.377	207.436	69.080	293.340	14.737	**719.674**
1701-1725	55.944	6.585	8.878	229.239	378.101	66.833	331.183	12.146	**1.088.909**
1726-1750	87.028	16.637	37.672	231.418	356.760	182.066	556.981	3.162	**1.471.725**
1751-1775	135.294	84.069	169.094	268.228	288.587	319.709	654.984	5.348	**1.925.314**
1776-1800	84.920	94.694	73.938	285.643	261.137	336.008	822.056	50.274	**2.008.670**
1801-1825	91.225	89.326	37.322	80.895	201.054	264.834	929.999	182.338	**1.876.992**
1826-1850	17.717	84.416	6.131	5.219	209.742	230.328	989.908	227.518	**1.770.979**
1851-1866	0	4.795	0	0	33.867	2	156.779	30.167	**225.609**
Totales	**755.513**	**388.771**	**336.868**	**1.209.321**	**1.999.060**	**1.594.560**	**5.694.574**	**542.668**	**12.521.336**

Fuente: http://www.slavevoyages.org/tast/assessment/estimates.faces

En la tabla 2 se muestran las pautas de los suministros de esclavos desde ocho zonas africanas. En ella destaca el África Central Occidental como principal proveedor. Entre 1514 y 1865 estas zonas proporcionaron más de 5,7 millones (el 45,5 %) de los africanos transportados a las Américas en el último cuarto del siglo XVI. La primera vez que estas regiones aparecieron como las más importantes suministradoras de esclavos fue en el último cuarto del siglo XVI, e incrementaron rápidamente este tráfico en el primer cuarto del siglo XVII, cuando fácilmente alcanzaron la primera posición entre todas las zonas que abastecían el tráfico de esclavos. El África Central Occidental contribuyó de manera especialmente importante al suministro de esclavos en el apogeo de la actividad esclavista trasatlántica, entre los años 1726 y 1850. Los principales puertos que gestionaron la partida de los esclavos de esta región fueron Cabinda, Luanda, Benguela y Malembo.[35] Entre 1701 y 1867 Luanda envió 1.632.000 (o el 37 %) de los esclavos embarcados desde Angola, mientras que Benguela envió 671.100 (el 15 %). [36]

Después de 1575 el África Central Occidental fue siempre el mayor proveedor de esclavos de la región en todos los cuartos de siglo, excepto el de 1701-1725 (tabla 2). El Reino del Congo fue un importante suministrador de esclavos antes de 1700, con más cautivos procedentes de Vili, al norte del río Congo, y de algunos estados mbundu al sur y al este. Durante el siglo XVIII algunos remotos estados interiores, entre los que se contaban las provincias de Luanda y Kambeze, se convirtieron en los principales abastecedores de esclavos para las zonas costeras. Esto se debió a un cambio en la frontera de la esclavización; un cambio que fue más perceptible en el África Centro-Oriental que en otras regiones de las que procedían los esclavos.[37] Los portugueses tenían un bastión en Angola, mientras que los holandeses concentraban el tráfico al norte del río Congo, en Cabinda y Loango y al norte de Luanda, en el estuario del río Bengo. Los barcos negreros ingleses y franceses también recalaban a menudo en diversos pueblos del África Central Occidental.[38] A finales del siglo XVIII, ingleses y franceses desafiaban el suministro de esclavos de los lusobrasileños desde puertos situados al norte de Luanda, especialmente en Cabinda, aunque el tráfico francés con Angola cesó súbitamente después de la revuelta de los

esclavos en Saint-Domingue (1791), y la competencia de los ingleses con los traficantes lusófonos terminó después de que Inglaterra aboliese la trata de esclavos.[39]

La segunda área más importante de la que procedían los esclavos para el tráfico transatlántico a lo largo del tiempo fue el golfo de Benín, al que los contemporáneos denominaban «la Costa de los Esclavos». Los traficantes franceses, británicos y portugueses eran los principales compradores de esclavos en esta región.[40] El golfo de Benín se implicó en la esclavización trasatlántica después del África Central Occidental, y empezó modestamente a traficar con esclavos en la primera mitad del siglo XVII. Pero después las cosas cambiaron considerablemente: el volumen del tráfico de esclavos desde el golfo de Benín aumentó rápidamente en el medio siglo posterior a 1675, pero disminuyó gradualmente en todos los periodos de cuarto de siglo hasta 1850, mientras que otras regiones, como el golfo de Biafra y el África Central Occidental, incrementaron sus exportaciones. Incluso en el segundo cuarto del siglo XIX, el golfo de Benín fue la tercera entre ocho regiones africanas que embarcaron esclavos rumbo a las Américas (tabla 2).[41]

Allada, situada tras las lagunas costeras, dominó la exportación de esclavos desde el golfo de Benín en el siglo XVII. Posteriormente, los dos principales suministradores de esclavos en esa región fueron el reino yoruba de Oyo y Dahomey. La reorganización de este tráfico en el golfo de Benín en el siglo XVIII hizo que el puerto de Ouidah fuese cada vez más importante, hasta convertirse en uno de los principales puertos negreros, siendo el puerto principal de los tratantes de Oyo y Dahomey.[42] Casi la mitad de los envíos estimados de esclavos desde el golfo de Benín entre 1650 y 1865 salieron de Ouidah. En el último cuarto del siglo XVIII, Porto Novo pasó a ser el principal puerto del tráfico de esclavos desde esta región africana, para desaparecer prácticamente después de 1800, cuando Lagos se convirtió en un importante centro de embarque de los esclavos que partían desde el golfo de Benín. Casi el 90 % de los esclavos que salieron de esa zona después de 1800 eran de origen yoruba.[43]

El golfo de Biafra ocupaba el tercer lugar en la trata de esclavos en las regiones africanas. Esta zona abarcaba la zona más interior del golfo de Guinea, que hoy en día ocupa gran parte de Nigeria. Los esclavos eran

adquiridos a pequeña escala desde el golfo de Biafra antes de mediados del siglo XVII. El total de las exportaciones empezó a aumentar después de 1650, pero no fue hasta el siglo XVIII que el volumen del tráfico de esclavos desde el golfo de Biafra aumentó significativamente. El periodo álgido de crecimiento fue en el siglo posterior a 1750, cuando el golfo de Biafra embarcó prácticamente tres cuartos de los cautivos durante toda la era de la esclavización trasatlántica. Entre 1751 y 1825, el golfo de Biafra solo fue superado como región de suministro de esclavos por el África Central Occidental.[44]

El auge de la trata de esclavos biafreña estaba estrechamente relacionada con los aro, que suministraban esclavos del interior del delta del Níger y el río Cross.[45] Probablemente más del 90 % de los esclavos que dejaron el golfo de Biafra eran Igbo. Estos eran reclutados en mercados celebrados tierra adentro y transportados en botes a través de riachuelos y lagunas hasta los tres puertos costeros del delta del Níger: Bonny, la Vieja Calabar y Nueva Calabar (también conocidas como Elem Kalabari). Antes de 1807 el golfo de Biafra estaba dominado principalmente por los traficantes británicos, sobre todo los de Liverpool; y se convirtió en el centro de aprovisionamiento más importante para los barcos que transportaban esclavos a los mercados de la América británica en el siglo XVIII. Después de que los ingleses abolieran la trata de esclavos, otras potencias ocuparon su lugar en el golfo de Biafra: los lusobrasileños, los españoles y los franceses.[46]

La cuarta zona de procedencia de esclavos en el África Occidental era la Costa del Oro, que supuso el 9,7 % del total del tráfico de esclavos hacia las Américas (tabla 2). En el segundo cuarto del siglo XVIII la Costa del Oro solo proporcionó un pequeño número de africanos esclavizados. Posteriormente, su actividad esclavista aumentó, aunque en los años anteriores a 1700 los traficantes estaban más interesados en buscar oro en la región que en los cautivos humanos.[47] Sin embargo, el agotamiento de los suministros de oro desde finales del siglo XVII hizo que en la Costa del Oro el comercio exterior se reorientase hacia el embarque de esclavos.[48] Durante el siglo XVIII, la guerra entre los akan y sus rivales, los asante, proporcionó un creciente número de cautivos procedentes de la Costa del Oro. Esa prolongada lucha por la supremacía hizo que los ejércitos victoriosos de los

asante creasen un fuerte estado centralizado que capturaba a los akans y los entregaba a los traficantes musulmanes en las zonas norteñas de Costa del Oro y en grandes cantidades a los barcos con destinos transatlánticos.[49]

Durante los siglos XVII y principios del XVIII, la trata de esclavos a lo largo de la Costa del Oro se centraba en los fuertes y castillos que, en su mayoría, pertenecían a los tratantes de esclavos portugueses, ingleses y holandeses. Por lo general, estas estructuras disponían de cañones que apuntaban al océano para protegerse de sus rivales; de recintos para albergar a los esclavos y también contaban con almacenes y cuarteles para el personal armado y los empleados africanos. La rivalidad entre las potencias europeas propiciaba que a veces estos fuertes fueran conquistados y utilizados por otras naciones. Por otra parte, estas fortalezas fueron perdiendo importancia a lo largo del tiempo debido a la fuerte competencia de los tratantes privados, y en 1800 ya se habían convertido en una pálida sombra de lo que fueron. De dos de estos fuertes, Anomabu y el Castillo de la Costa del Cabo, partieron más de cuatro de cada diez embarques de esclavos de esa región. En estos recintos los capitanes negreros interactuaban con los oficiales europeos, con los jefes locales (conocidos como *cabeceiros*), con los proveedores de esclavos del interior, con los agentes que manejaban la venta de oro y de esclavos, así como con miembros de las élites africanas.[50] A partir de 1808, la abolición de la trata de esclavos por parte de Inglaterra y Estados Unidos, unida a la presión que ejercían los barcos británicos contra los traficantes, tuvo mucho que ver con la reducción del envío de esclavos desde la Costa del Oro, como se muestra en la tabla 2.[51]

Las tres últimas zonas de procedencia de esclavos en el África Occidental fueron Senegambia, Sierra Leona y la Costa de los Esclavos, situadas en la Alta Guinea. Colectivamente, estas regiones embarcaron más africanos hacia América que la Costa del Oro durante todo el periodo de la trata de esclavos, pero individualmente fueron las tres zonas menos importantes de suministro de esclavos del África Occidental. El tráfico procedente de Senegambia duró menos que el tráfico equivalente en las otras dos regiones. En solo un cuarto de siglo (1751-1775), la Costa de los Esclavos despachó más esclavos para el tráfico transatlántico que Senegambia. A lo largo del tiempo, más de un tercio de los embarques de esclavos procedentes de la Alta Guinea se produjeron desde el fuerte James en Gambia y el de San Luis en Senegal.[52]

FIG. 1. Castillo de la Costa del Cabo, Ghana, década de 1990.

El suministro de esclavos en la Alta Guinea tuvo mucho que ver con las guerras santas musulmanas que se libraban en el interior de la región y cuyo resultado fue la consolidación de Futa Yallon como estado islámico.[53] Los tratantes de Liverpool dominaron el tráfico de esclavos con Alta Guinea en la segunda mitad del siglo XVIII gracias al establecimiento de fuertes redes culturales y económicas con los tratantes a lo largo de la costa, en la isla de Bunce, en el río Sierra Leona, y en pequeños mercados a poca distancia de la costa, como las islas Banana y las islas de Los.[54] La Alta Guinea fue la única excepción al régimen de altos niveles de embarques de esclavos tras la intensificación inicial de este tráfico. Esto indica que en el transcurso de la actividad esclavista trasatlántica, otras regiones del África Occidental ofrecieron mejores oportunidades a los barcos negreros y a sus capitanes.[55]

El sudeste africano solo desempeñó un papel marginal en el tráfico de esclavos transatlántico antes de finales del siglo XVIII. Pero fue una región que presenció una rápida expansión de actividad esclavista para satisfacer la creciente demanda de mano de obra para las plantaciones en el mundo atlántico en la primera mitad del siglo XIX. Así, en la tabla 2 vemos que entre 1801 y 1850 más de 400.000 africanos fueron embarcados desde esta región hacia los mercados atlánticos. Muchos esclavos del sudeste africano, en este medio siglo, procedían de Mozambique, de las islas Mascareñas y del valle del Zambeze.[56] Esta rama del tráfico esclavista floreció a medida que las potencias europeas bloqueaban las fuentes de suministro de esclavos del África Occidental en un intento de aumentar la presión abolicionista sobre este tráfico; pero lo que aún fue más importante para el suministro de esclavos del sudeste africano fue la creciente demanda de africanos en Río de la Plata y Brasil. El incremento del abastecimiento de esclavos desde el océano Índico hacia destinos transatlánticos pone de manifiesto que los esclavistas no dudaban en adaptarse a otras áreas de aprovisionamiento después de que las presiones diplomáticas y las patrullas navales restringiesen el tráfico de esclavos provenientes del África Occidental. Durante el siglo XIX hubo un mercado ansioso de recibir africanos en muchas partes de las Américas, en las que la emancipación de los esclavos tardó mucho tiempo en hacerse realidad.[57]

Los destinos americanos

Tras ser desembarcados y vendidos en las Américas, la mayoría de los esclavos se convirtieron en trabajadores de las plantaciones en las que se cultivaban materias primas. El sector de las plantaciones absorbió probablemente cerca del 90 % de los africanos llevados a las Américas a lo largo del tiempo; los esclavos restantes fueron destinados a realizar tareas domésticas, a trabajar en propiedades ganaderas y a ocupaciones urbanas.[58] El problema no resuelto de la elevada tasa de mortalidad, causada por una dieta inadecuada, el exceso de trabajo y muchas enfermedades letales, combinado con la expansión de las plantaciones en nuevas áreas, contribuyó

durante mucho tiempo a la pervivencia de la trata de esclavos. Naturalmente, en aquellas zonas de las Américas en las que el crecimiento natural entre la población esclava aumentó notablemente (como en Chesapeake y en Carolina del Sur después de 1700, o Barbados después de 1750, aproximadamente), la demanda de cautivos africanos era menor que en aquellos lugares en los que la mortalidad de los esclavos seguía siendo elevada (como en Jamaica, Cuba o Brasil). Era una obviedad que los esclavos desembarcados en zonas en las que predominaba el cultivo del azúcar tenían las tasas más altas de mortalidad.[59]

Las regiones de desembarco de esclavos en las Américas superaban en número a las zonas de embarque de cautivos en África. Sin embargo, la tabla 3 nos muestra que la mayoría de esclavos eran enviados a dos grandes regiones: Brasil y el Caribe, lo cual revela que el azúcar era el principal cultivo producido en esos territorios. Durante todo el periodo de la trata de esclavos la tabla 3 nos indica que el 45,5 % de los desembarcos de africanos esclavizados se produjeron en Brasil, mientras que en el Caribe el porcentaje fue del 37,3 %. Como complemento a las cifras expuestas en la tabla 3, estimaciones recientes sobre el tráfico de esclavos en la América española indican que 1,5 millones de cautivos llegaron directamente desde África a los territorios españoles de ultramar entre 1520 y 1867, y que otros 566.000 esclavos desembarcaron en la América española procedentes de colonias del Nuevo Mundo como Brasil y Jamaica.[60]

En el siglo XVI, en Brasil desembarcaron relativamente pocos esclavos. Sin embargo, la proliferación de las plantaciones azucareras en el siglo XVII en ese país, organizada por portugueses y holandeses, fomentó la demanda de nuevos suministros de esclavos cuando los colonos obtuvieron el capital y el crédito necesarios para comprar africanos.[61] A partir del primer cuarto del siglo XVII, las importaciones de esclavos a Brasil aumentaron ininterrumpidamente cada cuarto de siglo hasta 1850, época en la que la repentina prosperidad del cultivo del café estimuló a su vez la demanda de cautivos africanos. En los siglos posteriores a 1650 —a excepción del cuarto de siglo entre 1751-1775— esta fue la región en la que se produjeron más desembarcos de esclavos (tabla 3). El eje troncal del tráfico brasileño residía en el envío extensivo de esclavos desde el golfo de Benín y Angola hacia

Pernambuco, Bahía y el sudeste de Brasil.[62] Desde 1600 en adelante casi toda la organización de este segmento del tráfico de esclavos tenía su sede en Pernambuco, Bahía y Río de Janeiro, y no tanto en Lisboa. Esto refleja que los barcos zarpaban bilateralmente entre África Occidental y Brasil, en vez de operar de manera triangular desde Lisboa.[63]

El descubrimiento de oro en la provincia brasileña de Minas Gerais entre 1693 y 1695 impulsó el tráfico de esclavos hacia la zona nororiental de Brasil. En los territorios de Pernambuco había grandes plantaciones, y actuaba como centro de distribución para otras áreas brasileñas que empleaban esclavos, como las zonas mineras y las costas de la Amazonia. En Pernambuco, la trata de esclavos llegó a su apogeo a finales de la década de 1810 y principios de la de 1820, debido al creciente rendimiento de las plantaciones y a las oportunidades para aumentar la trata de esclavos derivadas de la abolición de este comercio decretada por británicos y norteamericanos.[64] Después de 1760 el rápido crecimiento de la producción algodonera en la región amazónica aumentó el número de barcos negreros que se dirigían a Pará y a Maranhão.[65]

Bahía, una gran región con una producción extensiva de azúcar, fue otra importante zona brasileña de recepción de esclavos. Un total aproximado de 1,3 millones de esclavos fueron importados a Bahía durante la era de la trata en el Atlántico, y la mayoría de ellos llegaron después de 1650. En aquella época los africanos habían sustituido a los amerindios como fuente principal de mano de obra en los estados azucareros bahianos. Los tratantes suministraban esclavos a estas plantaciones y a las explotaciones mineras de Minas Gerais. La aparición de una industria cafetera a gran escala en São Paulo, Río de Janeiro y Espírito Santo en la primera mitad del siglo XIX fue un nuevo estímulo para la trata de esclavos en Brasil. Aunque después de las guerras napoleónicas Inglaterra intentó restringir este tráfico en Brasil, las importaciones de esclavos a Bahía siguieron a lo largo de 1850. Globalmente, Bahía fue el principal puerto de recepción del tráfico negrero transatlántico, a excepción de Río de Janeiro.[66]

TABLA 3. Principales zonas de desembarco de los esclavos, 1501-1866

	Europa	Norteamérica continental	Caribe británico	Caribe francés	América holandesa	Indias Occidentales danesas	América española	Brasil	África	Totales
1501-1525	452	0	0	0	0	0	8.923	0	0	**9.375**
1526-1550	0	0	0	0	0	0	35.534	0	0	**35.534**
1551-1575	0	0	0	0	0	0	40.671	2.461	0	**43.132**
1576-1600	188	0	0	0	0	0	84.242	26.814	0	**111.244**
1601-1625	85	0	567	0	0	0	117.709	156.468	0	**274.829**
1626-1650	0	100	26.639	545	0	0	61.482	163.938	172	**252.876**
1651-1675	1.281	3.970	86.770	16.746	52.190	0	32.292	204.575	2.457	**400.282**
1676-1700	1.615	11.077	196.501	21.394	71.967	18.146	14.021	259.475	493	**594.689**
1701-1725	158	39.303	280.470	82.147	53.413	8.059	37.856	423.161	0	**924.567**
1726-1750	3.968	106.671	357.150	212.325	73.051	4.515	17.435	468.690	516	**1.244.321**
1751-1775	1.090	118.822	580.824	309.733	118.145	18.271	21.030	476.010	428	**1.644.353**
1776-1800	23	30.687	594.879	390.929	50.606	37.763	69.212	621.156	1.373	**1.796.627**
1801-1825	0	77.613	183.701	63.517	25.355	17.223	254.777	1.012.762	32.224	**1.667.172**
1826-1850	0	91	10.751	22.880	0	5.021	333.781	1.041.964	99.908	**1.514.396**
1851-1866	0	413	0	0	0	0	163.947	6.899	17.998	**189.257**
Totales	**8.860**	**388.747**	**2.318.252**	**1.120.216**	**444.728**	**108.998**	**1.292.912**	**4.864.374**	**155.569**	**10.702.656**

Fuente: http://www.slavevoyages.org/tast/assessment/estimates.faces

Entre 1790 y 1830 Río de Janeiro suministró esclavos a las explotaciones mineras de Minas Gerais y a Río de la Plata, Rio Grande do Sul, Santa Catarina, São Paulo y Espíritu Santo para el pastoreo, la artesanía y el trabajo doméstico. Su participación en la trata de esclavos brasileña aumentó considerablemente en el último siglo de la esclavitud: entre 1750 y 1800 la mitad de los esclavos que llegaban a Brasil entraban desde Río, y entre 1810 y 1870 entre el 70 y el 90 % de ellos llegó a este puerto.[67] En la década de 1830 se inició un tráfico clandestino de esclavos, mediante el cual los barcos que se declaraban de nacionalidad portuguesa y con destino en Montevideo, Uruguay, desembarcaban subrepticiamente cautivos africanos a lo largo de toda la costa brasileña.[68]

La tabla 3 muestra que la trata de esclavos inglesa hacia el Caribe empezó modestamente en el segundo cuarto del siglo XVII. Este fue el periodo en el que varias islas de las Antillas Menores fueron colonizadas por aventureros ingleses y que principalmente se dedicaron al cultivo del azúcar. Entre estas islas se cuentan Barbados, San Cristóbal, Antigua y Nieves. Las importaciones de esclavos a las Indias Occidentales inglesas aumentaron rápidamente en la segunda mitad del siglo XVII. En este periodo, los estados situados en el Caribe oriental aumentaron su producción y en 1655, Jamaica, en el Caribe occidental, fue conquistada a los españoles por los ingleses, que pronto empezaron a plantar caña de azúcar en la isla. El periodo álgido de la trata de esclavos británica en el Caribe se produjo en el siglo XVIII: casi cuatro de cada cinco esclavos desembarcados por los barcos británicos en esa región llegaron durante este siglo (tabla 3). Kingston, el principal puerto jamaicano, dominaba los envíos de esclavos entre los puntos de desembarco específicos en las Indias Occidentales británicas.[69] Además de la creciente producción de las plantaciones en las colonias existentes, en el siglo XVIII Inglaterra se hizo con nuevas y productivas fronteras esclavistas en dos tandas: las Islas de Barlovento «cedidas» por Francia a Inglaterra tras el final de la guerra de los Siete Años (Granada, San Vicente, Dominica y Tobago), y Trinidad, Demerara, Esequibo y Berbice, capturadas a España y a Holanda en las guerras napoleónicas.[70]

En la tabla 3 podemos ver que las Américas españolas fueron la tercera región en la que se produjeron más desembarcos de cautivos africanos en la

era de la trata de esclavos, a bastante distancia de los que fueron llevados al Caribe británico, aunque superando a los enviados a las Indias Occidentales francesas.[71] La América española fue la única zona receptora de esclavos durante todo el periodo que abarca desde 1501 hasta 1866. En el siglo XVI los gobernantes europeos en la América española consideraron que las poblaciones nativas americanas no eran lo bastante numerosas ni accesibles como para emprender todo el trabajo que los colonos necesitaban y rápidamente recurrieron a los esclavos africanos para la producción de exportaciones agrícolas, mineras y pesqueras y también, y aún más importante, para proporcionar alimentos, ropas, cobijo y otros servicios a las comunidades y para producir bienes de consumo (azúcar, tabaco, cueros, cacao y harina) para otros mercados coloniales españoles. Los jesuitas emplearon gran número de esclavos en las costas de Ecuador, Perú y Córdoba (en la Argentina actual), para que trabajasen en las granjas, en los cañavelares, los viñedos y los ranchos ganaderos.[72]

La trata de esclavos hispanoamericana alcanzó su máximo nivel en el siglo XIX, cuando más de 750.000 africanos esclavizados fueron desembarcados en los mercados hispanoamericanos, principalmente en Cuba.[73] Era la época en la que la mayoría de los barcos españoles tenían su base allí. El auge de la producción azucarera, cafetera y tabaquera cubana en las décadas de 1820 y 1830 estimuló la demanda de nuevos suministros de esclavos.[74] Asimismo, también se recurrió a ellos para que trabajasen en las minas de plata de los actuales Bolivia y Perú, así como en los ranchos ganaderos en Río de la Plata.[75] Cartagena era uno de los principales centros de recepción de los esclavos que eran enviados a Colombia, Perú y otras colonias en la Nueva España. Cartagena, dotada de un excelente puerto natural, permitía que los tratantes de esclavos transatlánticos concentrasen sus entregas en un puerto del norte de la Sudamérica continental, en vez de tener que ir a Portobello, en la costa Panameña, una zona considerada insalubre.[76]

La trata de esclavos francesa los enviaba a tres importantes mercados caribeños: Saint-Domingue (que a partir de 1804 se conoce como Haití), y dos de las islas de Barlovento, Martinica y Guadalupe.[77] Al principio, este tráfico, que antes de 1715 era bastante modesto, se centraba en Martinica, seguida de Saint-Domingue y Guadalupe.[78] Los desembarcos de la trata

francesa se concentraron principalmente en el periodo comprendido entre 1725 y 1800: en estos años más de cuatro de cada cinco cautivos africanos fueron enviados al Caribe francés en la era esclavista. En este periodo, las plantaciones de azúcar y café de Saint-Domingue se convirtieron en los principales mercados de la América francófona para los nuevos suministros de esclavos. Esto reflejaba la posición de Saint-Domingue como primer productor de caña de azúcar del mundo antes de que su sistema de plantaciones fuese arrasado durante la rebelión de los esclavos en la década de 1790.[79] Esta colonia tenía la ventaja sobre otros destinos del Caribe francés de tener un gran mercado local de esclavos, y las perspectivas de ventas rápidas que permitían volver a cargar los barcos enseguida. Su desaparición durante la década de 1790 tuvo unos efectos catastróficos para la economía de las plantaciones francesas. El tráfico de esclavos hacia Saint-Domingue nunca se recuperó.[80]

El envío de esclavos a las colonias holandesas y danesas en las Américas fue colectivamente inferior a la mitad de los esclavos desembarcados en el Caribe francés, e inferior también a la cuarta parte de los africanos esclavizados que llegaron al Caribe británico (tabla 3). Los holandeses importaron más de 50.000 esclavos a Surinam, Demerara, Esequibo y Berbice en cada cuarto de siglo entre 1650 y 1800. Este tráfico aumentó entre 1750 y 1775, cuando las inversiones en las plantaciones de Surinam estaban en su apogeo, hasta alcanzar una cifra de casi 120.000 esclavos. Un número muy inferior de ellos acabó en las islas de San Eustaquio y Curaçao, que principalmente eran centros para el reembarque de esclavos y mercancías hacia otros destinos americanos. Paramaribo, la capital de Surinam, fue el puerto en el que los barcos holandeses desembarcaron más esclavos.[81] Pero los problemas económicos en las colonias holandesas, el considerable endeudamiento de las plantaciones en Surinam, y el desmoronamiento de la trata de esclavos holandesa a principios de 1780 redujeron el número de desembarcos de esclavos y nunca se recuperó.[82]

El pequeño tráfico de esclavos danés se dirigía a tres islas danesas situadas al este de Puerto Rico: Santa Cruz, San Juan y Santo Tomás. Más de la mitad de los esclavos desembarcados en las islas caribeñas danesas durante la era de la trata llegaron entre 1750 y 1800 (tabla 3). El destino principal era Santa Cruz, que tenía una considerable población de inversores ingleses,

mientras que San Juan y Santo Tomás iban a la zaga. Dinamarca poseía un pequeño sector de plantación: en 1700 solo vivían unas 17.000 personas en el Caribe danés. Por otra parte, en aquella época las plantaciones danesas estaban muy endeudadas, lo cual no estimulaba la importación de africanos a gran escala.[83]

La otra zona importante de recepción de esclavos mostrada en la tabla 3 consiste en la Norteamérica continental, las trece colonias británicas anteriores a la Revolución americana y, en gran medida, los mismos territorios que los estados de Estados Unidos. Este tráfico fue considerablemente más intenso antes de 1776 que después, salvo entre 1803 y 1807, en los que anualmente entraron más esclavos en Estados Unidos que en cualquier otro año de la era esclavista. El tráfico de esclavos norteamericano estaba vinculado principalmente con las zonas tabaqueras de Virginia y Maryland, así como con las pantanosas zonas bajas arroceras de Carolina del Sur y Georgia. A mediados del siglo XVIII la gran afluencia de africanos esclavizados a Carolina del Sur creó una mayoría negra en esa colonia.[84]

Pensilvania y Nueva York recibieron un modesto número de esclavos, aunque este comercio disminuyó con el tiempo porque estas colonias no tenían plantaciones que necesitasen una gran fuerza de trabajo no libre. La cantidad global de desembarcos de esclavos en Norteamérica fue muy inferior a los que se produjeron en el Caribe británico. Esto hace pensar en ratios de sexo más igualadas y refleja un mejor crecimiento demográfico en la Norteamérica continental que en las Indias Occidentales, lo que a su vez es el resultado de unos regímenes de trabajo menos arduos, posiblemente de una mejor alimentación para los esclavos y de la ausencia de una plantación comparable a las que cultivaban azúcar (con anterioridad al algodón).[85] El congreso estadounidense prohibió las importaciones de esclavos a Estados Unidos en 1807, y antes de esa fecha la mayoría de los estados de la Unión ya habían dictado leyes contra la trata de esclavos, pero aun así, en la misma época de la prohibición del congreso, seguían enviándose esclavos a los estados del sur profundo, sobre todo a Charleston.[86]

LAS ÚLTIMAS ETAPAS DE LOS VIAJES

Ser desembarcados en un puerto importante de América del Norte o del Sur, y de las Indias Occidentales, y después su venta a los amos de las plantaciones, eran la norma para muchos africanos que sobrevivieron a la travesía del Atlántico. Pero para ellos el viaje no terminaba ahí. Muchos miles de esclavos, aunque no la mayoría, volvían a ser embarcados hacia otros destinos. Estas últimas travesías de los esclavos en sus viajes desde África hasta el Nuevo Mundo no están incluidas en la base de datos de la esclavitud trasatlántica que hemos examinado. Uno de los países a los que llegaban los esclavos en su último viaje era Venezuela. Aproximadamente unos 101.000 cautivos desembarcaron en ese país procedentes de otras colonias, mediante el tráfico de esclavos intraamericano. En diversas épocas entre 1526 y 1811 los cautivos eran desembarcados en Santo Domingo, Caracas, Curaçao, Puerto Rico, Trinidad y el Caribe danés antes de ser transportados a Venezuela.[87] A menudo los esclavos que terminaron en Ecuador y Perú durante el siglo XVII habían sido importados a Cartagena antes de ser enviados a Panamá y vendidos a traficantes que realizaban las rutas costeras del Pacífico.[88]

Casi el 15 % de los esclavos que llegaron a la América anglófona fueron dispersados desde su primer lugar de desembarco hacia otros destinos en Norteamérica y el Caribe antes de que ingleses y norteamericanos aboliesen la trata de esclavos. En total, la cifra asciende a unos 72.000 cautivos, cuyos principales suministradores eran Barbados y Jamaica. Otros puertos secundarios cuya participación directa en la trata de esclavos trasatlántica era prácticamente nula se beneficiaron de este movimiento intercolonial de esclavos, pues los traficantes transferían a los africanos que se encontraban en puertos ya saturados en busca de precios de venta más elevados en cualquier otro lugar.[89] Antes de 1700, Virginia y Carolina del Sur dependían mucho de los esclavos importados desde el Caribe, pero más adelante la mayoría de los esclavos que llegaban a estas colonias procedían directamente de África. De hecho, Carolina del Sur adquirió más de 21.000 esclavos procedentes de las Indias Occidentales entre 1670 y 1808. El valle del Misisipi fue otro importante enclave receptor de esclavos —unos 12.000 — que originalmente desembarcaron en el Caribe. Los colonos de Luisiana viajaban a las islas de las Indias Occidentales para comprar a estos cautivos

en la época en la que los españoles controlaban el valle del Misisipi, porque España (según el Tratado de Tordesillas, firmado en 1494), no comerciaba con el África Occidental. Los esclavos inicialmente importados en el Caribe también fueron reembarcados hacia otras colonias británicas en el continente, como Pensilvania, Maryland y Georgia.[90]

Entre 1807 y 1825 existió un tráfico de esclavos entre las islas del Caribe británico. Este tráfico transfirió unos 22.000 esclavos desde colonias ya muy asentadas como Barbados o la isla de San Cristóbal hacia territorios adquiridos más recientemente por Inglaterra que necesitaban nuevos suministros de esclavos, como Trinidad, Demerara y San Vicente. Este tráfico, que era legal gracias a una laguna en la ley británica que abolió la esclavitud, reflejaba una respuesta racional a los imperativos económicos: los precios de los esclavos eran superiores en las colonias que sufrían escasez de mano de obra que en aquellas en las que había suficientes esclavos para realizar todas las tareas en las plantaciones. Finalmente, la presión abolicionista llevó al final de este tráfico a principios de la década de 1820, principalmente gracias a la aplicación del Acta de Consolidación de las Leyes sobre el Tráfico de Esclavos, dictada en 1824. A partir del 1 de enero de 1825, ningún funcionario colonial tenía derecho a autorizar el movimiento intercolonial de esclavos en el Caribe británico.[91]

El tráfico interno de esclavos

El tráfico interno de esclavos floreció durante el siglo XIX en dos de los principales países con plantaciones más extensas: Estados Unidos y Brasil. En el caso del primero, el tráfico interno de esclavos surgió cuando se terminaron las importaciones trasatlánticas de esclavos en 1808, con la consiguiente necesidad de más mano de obra para hacer frente a la expansión de las plantaciones en los nuevos estados sureños entre las fronteras occidentales de Virginia, las dos Carolinas y el delta del río Misisipi. En el caso de este último, un comercio de esclavos interno atendía a la nueva economía regional de las plantaciones. Tanto en Brasil como en Estados Unidos estas tratas de esclavos los trasladaban desde las zonas en las que

había demasiados hasta las regiones que continuamente demandaban más trabajadores para el cultivo de las materias primas.[92]

En Estados Unidos, entre 1790 y 1860, más de 1 millón de esclavos fueron transportados del alto al bajo sur. A dos tercios de estos esclavos los trasladaron como resultado de una venta. En todas las ciudades o pueblos sureños se realizaron estas transacciones. Este tráfico consolidó el empeño del Sur en la esclavitud, porque los propietarios de las plantaciones del alto sur podían aumentar el precio de venta de los esclavos para los plantadores del bajo sur, lo cual se convirtió en una fuente de capital excedente. El reino del algodón en el sur de Estados Unidos fue creado en parte por estas transferencias, que permitían que los esclavos fueran trasladados desde las regiones con exceso de mano de obra a las regiones que necesitaban nuevos suministros de esclavos. En la década de 1840 Nueva Orleans, en Luisiana, se convirtió en el principal centro de venta de esclavos a través del comercio interior, y Natchez, Misisipi, fue el segundo emporio de este tráfico interior. En Nueva Orleans, cientos de tratantes realizaron subastas en las que más de 100.000 hombres, mujeres y niños esclavizados fueron acondicionados y tasados para su venta.[93]

El tráfico interno de esclavos en Brasil fue mucho menos intenso que en Estados Unidos. Sobre todo estuvo activo a principios de la década de 1850, cuando Brasil puso fin a la trata de esclavos trasatlántica. Probablemente, en las décadas de 1850 y 1860, este tráfico interno brasileño transfirió entre 5.000 y 6.000 esclavos cada año, alcanzando una cifra anual de 10.000 personas en la década de 1870. Este tráfico interno de esclavos se producía principalmente desde granjas pequeñas y medianas situadas en el noreste (que no se dedicaban al cultivo del azúcar) hasta los florecientes cafetales de la provincia de Río de Janeiro y São Paulo. Pocos esclavos se trasladaron con sus propietarios, pues más bien el tráfico consistía en ventas de hombres y mujeres esclavizados que eran adquiridos a través del tráfico costero interior. [94] Solo el fin formal de la esclavitud decretado por diversos gobiernos hizo que este tráfico interior y la venta de personas esclavizadas llegase a su fin.

2
EL NEGOCIO DE LA ESCLAVITUD

La trata de esclavos trasatlántica fue una forma sumamente compleja de comercio internacional que conectaba tres continentes. De hecho, esta trata tenía dos sistemas de tráfico: el del Atlántico norte y el del Atlántico sur, ambos determinados por los vientos y las corrientes oceánicas. En el Atlántico norte, los barcos zarpaban al norte del Ecuador en el sentido de las agujas del reloj, y aprovechaban los vientos del oeste desde Norteamérica y el Caribe, así como los vientos alisios del noreste de las costas del África Occidental para poner rumbo a las Américas. En el Atlántico sur, los barcos que operaban por debajo del Ecuador eran impulsados en dirección contraria a las agujas del reloj por los vientos del oeste para cruzar el océano desde Sudamérica hasta África, captando después los vientos alisios del sudeste para navegar a través del océano. Vemos pues que en el Atlántico operaban dos sistemas de trata de esclavos: uno norteño, en el que los viajes se originaban en Europa y Norteamérica, y otro sureño, en el que los viajes se emprendían desde Brasil y Río de la Plata.[1] La única gran excepción a esta división era que los barcos negreros que zarpaban de los puertos del noreste de Brasil seguían los vientos y las corrientes del Atlántico norte cuando cargaban esclavos en África, al norte del Ecuador, pero aprovechaban los vientos y corrientes del Atlántico sur cuando los embarcaban al sur del Ecuador.[2]

La mayoría de los barcos negreros del Atlántico norte seguían una ruta triangular entre Europa, África y las Américas. Debido a ello, generaciones de historiadores se han referido a la esclavitud trasatlántica empleando esta forma geométrica, la de un tráfico triangular.[3] El primer lado del triángulo

consistía en un viaje exterior desde un puerto de matrícula como Bristol, Liverpool, Londres, Nantes, Ámsterdam o Newport, en Rhode Island, hacia las costas occidentales africanas. Los buques zarpaban cargados con mercancías que podían ser intercambiadas por esclavos en África. A veces, hacían una escala en las islas Canarias o en las de Cabo Verde para reabastecerse de agua y provisiones, pero a menudo se dirigían directamente a África. El segundo lado comprendía la infame «travesía media». Este fue el nombre que se dio a la travesía del Atlántico desde África, después de que los esclavos hubieran sido embarcados, hasta el punto en el que eran desembarcados en las Américas. El tercer y último lado era el viaje de regreso a casa tras la venta de los esclavos. Por lo general, los barcos volvían a su puerto de partida. Sin embargo, en el sistema del Atlántico sur, muchos barcos navegaban bilateralmente entre Brasil y el África Central Occidental. En la práctica, el viaje de regreso de África a Sudamérica también constituía una «travesía media» aunque no formase parte de una ruta triangular.

Compañías mercantiles privilegiadas

La organización del tráfico de esclavos en los siglos XVI y XVII corrió a cargo, sobre todo, de grandes sociedades mercantiles legales. La principal de estas empresas en Holanda fue la Dutch West India Company (Compañía Holandesa de las Indias Occidentales), conocida como la WIC, que operó desde 1621 hasta 1791. Francia poseía diversas empresas legales que se dedicaban al tráfico de esclavos, entre las que se contaban la Compagnie des Îles d'Amerique (Compañía de las Islas Americanas), 1635-1651; la Compagnie de l'Occident (Compañía de Occidente), 1664-1667; la Compagnie des Indes Occidentales (Compañía de las Indias Occidentales), 1664-1673; la Compagnie de Guinée (Compañía de Guinea), 1685-1720; y la Compagnie du Sénegal (Compañía del Senegal), 1673-1763. Las principales empresas inglesas eran la English Guinea Company (Compañía de la Guinea Inglesa), 1618-1660; la Company of Royal Adventurers Trading to Africa (Sociedad Real de Aventureros del Comercio con África, 1660-1672, y la Royal African Company (Compañía Real Africana), que tuvo el monopolio entre 1672 y 1698. La South Sea Company (Compañía de los Mares del Sur),

fundada en Londres en 1711, fue una empresa con capital público y privado que era contratada por la Royal African Company para el suministro de esclavos.[4] También existía la Brandenburg African Company (Compañía Africana de Brandeburgo), 1682-1718/21, una rama bastante menor del tráfico de la «Guinea».[5]

FIG. 2 Murallas y cañones en el Castillo de la Costa del Cabo, Ghana, 1986.

Estas compañías comerciales privilegiadas tenían sus cuarteles generales en ciudades importantes de sus respectivos países, y atraían a inversores adinerados para que comprasen acciones y así reunir los recursos necesarios para afrontar los riesgos de un comercio oceánico a larga distancia como el de la trata de esclavos. Aunque algunas veces los inversores eran particulares, el sostén principal de estas compañías era el Estado. Cada una de estas empresas poseía una elaborada estructura de gestión. Por ejemplo, la Royal African Company estaba dirigida por un gobernador, un vicegobernador, un gobernador adjunto y veinticuatro adjuntos. Cada año

celebraba dos juntas generales, una para elegir a los funcionarios y otra para presentar las cuentas de la empresa. El comité de los adjuntos, elegido anualmente por los accionistas, se ocupaba de la mayor parte de los negocios.[6] La Dutch West India Company estaba controlada por dos cámaras en Ámsterdam y Zelanda, en Holanda, que estaban compuestas por abogados, banqueros y comerciantes que trabajaban para ella, más algunos de sus inversores y por un director general en África que contaba con la ayuda de un consejo, un superintendente, un pequeño grupo de funcionarios de alto rango y con los factores, en calidad de responsables de los puestos avanzados.[7]

Las compañías privilegiadas mantenían fuertes y castillos para realizar sus actividades en la costa del África Occidental, especialmente en Senegambia y a lo largo de la Costa del Oro. En muchos casos, estas estructuras a gran escala habían sido construidas para proteger el acceso de los europeos al oro africano, aunque después se adaptaron para la trata de esclavos. Disponían de almacenes y mazmorras para albergar a los esclavos antes de embarcarlos para realizar la travesía media. El control de estos castillos era ejercido por un testaferro, al que solían nombrar gobernador, y se encargaba de rendir cuentas a la sede central de la compañía. En los castillos había personal enviado desde Europa y también *gromettos* o sirvientes negros locales. Los propios esclavos construían y mantenían estos fuertes y castillos negreros; proporcionaban servicio doméstico a los habitantes de los mismos, y actuaban como intérpretes y enlaces entre los europeos y los africanos que se encontraban en los fuertes y en las inmediaciones. En estas grandes instalaciones había también viviendas, barracones y cañones que apuntaban hacia el mar para hacer frente a los ataques enemigos.[8] Por poner un ejemplo representativo, la Royal African Company normalmente mantenía entre quince y veinte edificios fortificados en la Costa del Oro y Senegambia, que albergaban unas doscientas o trescientas personas entre personal civil y militar. Estas corrían un gran riesgo de mortalidad: entre 1648 y 1732, uno de cada tres empleados murió en los primeros cuatro meses en África, y más de tres de cada cinco murieron el primer año.[9] El agente general de la compañía residía en el castillo de la Costa del Cabo en la Costa del Oro. Él canalizaba los servicios de los marinos y de las tripulaciones nativas en pequeñas embarcaciones y canoas, y recibía las cuentas de los factores de la empresa encargados de las factorías

y sus correspondientes alojamientos, como los situados en Anomabu y Accra.[10]

Los fuertes suscitaron grandes rivalidades entre diferentes naciones. Con las potenciales riquezas que podían obtenerse de la venta del oro y de los esclavos, a menudo eran atacados y conquistados por potencias rivales.

Al principio, el castillo de la Costa del Cabo estaba controlado por suecos y daneses, antes de ser conquistado por los ingleses en la década de 1660 y convertirse en el cuartel general de la Royal African Company en la Costa del Oro. Elmina, el principal fuerte al oeste del castillo de Costa del Cabo y el mayor del África Occidental, estuvo gobernado por los portugueses desde 1482, hasta que en 1637 se convirtió en el centro de operaciones de la actividad negrera holandesa en África. Durante los siglos XVII y XVIII, franceses y británicos se disputaron el fuerte de San Luis, cercano al estuario del río Senegal, que cambió de manos varias veces. Los grandes fuertes florecieron durante décadas e incluso siglos, pero muchos establecimientos más pequeños solo duraron unos cuantos años antes de entrar en decadencia y ser abandonados. Sin embargo, los fuertes importantes siguieron traficando con esclavos hasta principios del siglo XIX: el castillo de la Costa del Cabo hasta 1807, Elmina hasta 1814 y Anomabu hasta 1839.[11]

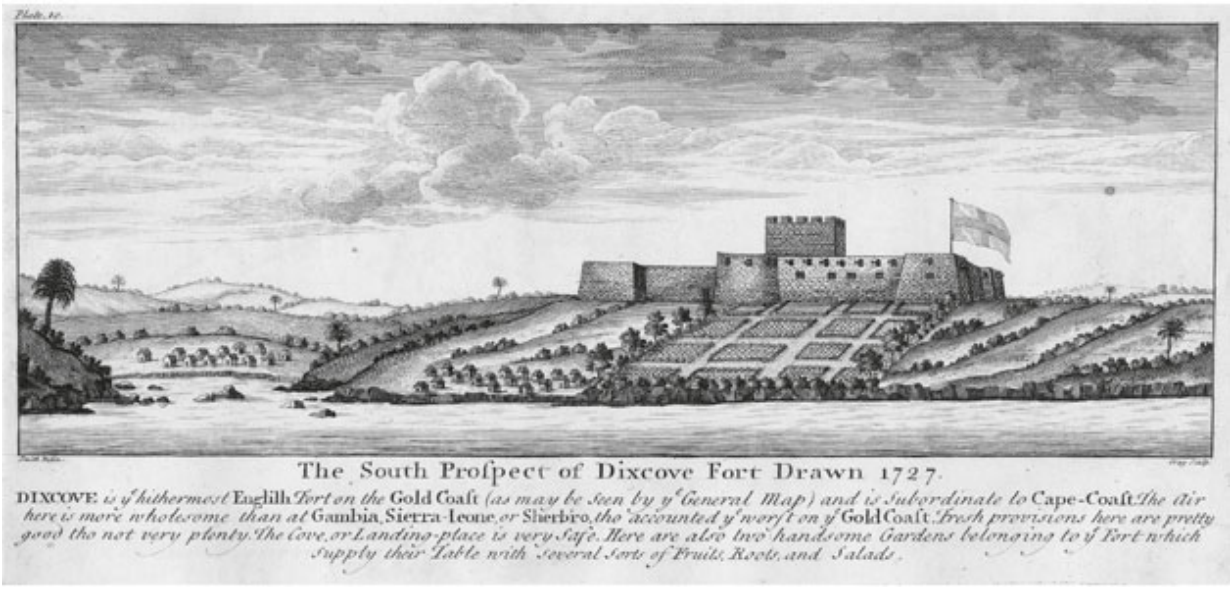


FIG. 3. Fuerte Dixcove, Costa del Oro, 1727.

Pese a sus elaboradas estructuras, muchas compañías privilegiadas experimentaban problemas organizativos y financieros. La Royal African Company fue creada con un capital inicial de 110.000 libras y contaba con una rica e influyente junta directiva. Sin embargo, este capital inicial no fue suficiente para cubrir sus necesidades. Los fuertes, factorías y alojamientos en el África Occidental empobrecieron sus finanzas y además se le adeudaban grandes sumas de dinero por la venta a crédito de esclavos en el Caribe. En 1712 las cargas financieras de la empresa eran tales que, técnicamente, estaba en bancarrota. Las dificultades operativas de la Royal African Company residían en su relativa inflexibilidad. Su actividad se llevaba a cabo mediante la contratación de buques que zarpaban a intervalos predeterminados, y un sindicato de accionistas invertía en estos viajes.[12] No solo las organizaciones privilegiadas inglesas experimentaron dificultades con la trata de esclavos; también las empresas negreras francesas andaban escasas de capital y de recursos, carecían de agentes competentes en África y además soportaban las disensiones internas de sus gobernantes.[13]

En líneas generales, las naciones ibéricas no recurrieron a las compañías para que se ocupasen de su trata de esclavos. En el caso de España, el suministro de esclavos desde el África Occidental hasta Hispanoamérica, incluyendo la Nueva España (México), Nueva Granada (Colombia), y Cuba, solía realizarse mediante la concesión de un asiento (contrato o licencia), por el cual otras naciones europeas se encargaban de los envíos de esclavos. Antes de 1595, la norma era que la corona española vendiese estos contratos, que eran emitidos para viajes individuales; pero más adelante se generalizaron los asientos que garantizaban la autorización durante varios años.[14] Estas licencias solían concederse a los traficantes portugueses hasta que las coronas española y portuguesa se separaron en 1640.[15] Entre 1641 y 1663 no se concedieron más asientos; holandeses y franceses gozaron de estos privilegios en las décadas anteriores al final de la guerra de Sucesión española.[16]

Tras la firma del Tratado de Utrecht (1713), Inglaterra obtuvo uno de estos asientos. Técnicamente, la Royal African Company supervisó el acuerdo, pero en la práctica subcontrató este segmento del tráfico de esclavos a la South Sea Company. Inglaterra conservó sus derechos de asiento hasta el

final de la guerra de Sucesión austríaca en 1718.[17] No fue hasta 1789 que España renunció a los asientos y abrazó una política de libre comercio que permitía a los súbditos españoles comprar eslavos en cualquier país extranjero y venderlos en cualquier colonia española sin pagar impuestos. Esto sucedió porque finalmente España se dio cuenta de la importancia de la trata de esclavos para la expansión comercial y el desarrollo de sus colonias.[18] Pero no todos los esclavos que llegaron a las colonias americanas españolas lo hicieron en buques amparados por los asientos. Entre 1641 y 1789, por ejemplo, la mayoría de los esclavos que desembarcaron en las Américas españolas fueron comprados por tratantes españoles en puertos americanos controlados por otras potencias europeas. Curaçao, Cartagena y Kingston, en Jamaica, eran algunos de los puertos que se dedicaban a este tráfico intraamericano.[19]

Tratantes privados

Pese a las actividades de las grandes compañías comerciales, la mayoría de los esclavos fueron adquiridos y enviados por sociedades de tratantes privados que operaban desde los puertos europeos y americanos. Los tratantes privados invertían capitales en barcos negreros cuando y donde querían; despachaban buques rumbo a África a distintos intervalos temporales para responder a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, y no se les exigía que cada año enviasen un barco a los mismos lugares de la costa africana. Los comerciantes privados que participaron en la trata de esclavos británica también se beneficiaron del cambio en los intereses políticos en Londres después de 1698, desde aquellos que favorecieron el tráfico monopolístico realizado por una compañía privilegiada hasta aquellos cuyas presiones políticas promovieron la desregulación del tráfico. Los tratantes privados no disponían de los enormes capitales de las grandes organizaciones privilegiadas, pero su flexibilidad en la organización del tráfico de esclavos, especialmente su capacidad para comerciar en el África Occidental más allá de las zonas costeras dominadas por los fuertes, fue un factor crucial que consolidó su papel en el tráfico transatlántico.[20]

La trata de esclavos trasatlántica fue una de las actividades comerciales más peligrosas del siglo XVIII. Para que las expediciones se vieran coronadas por el éxito era necesario planificar cuidadosamente cada una de las etapas del viaje. A fin de reunir el capital necesario para alquilar un barco, equiparlo debidamente y pagar los cargamentos, los comerciantes implicados en la trata de esclavos compraban participaciones en los viajes. En otras palabras, varios inversores se unían para financiar un determinado viaje a África y a las Américas, asociándose específicamente para esta empresa. Podían implicarse en nuevos viajes, pero antes de cada uno de ellos las negociaciones correspondientes volvían a iniciarse desde el principio. Al accionista principal se le denominaba el «marido» del barco, y era el responsable de rendir las cuentas del viaje. En Francia, las inversiones en barcos negreros se dividían entre *armateurs* (armadores) y *négociants* (comerciantes). La posibilidad de tener participaciones relativamente pequeñas en los barcos significaba que algunos inversores —como tenderos, marineros, capitanes de barco u otros detallistas— poseían unos capitales modestos, aunque la mayoría de los inversores eran comerciantes.[21] Con el tiempo, durante la trata de esclavos británica (y también en los negocios esclavistas de otras potencias), bastantes capitanes mejoraron su estatus y se convirtieron en comerciantes. En algunos casos los capitanes de los barcos negreros prosperaron hasta convertirse en los principales inversores en tales empresas.[22] En general, los comerciantes que participaban en la trata de esclavos se agrupaban en los puertos más importantes. Esto refleja la manera en la que estos núcleos recurrían a las zonas del interior para obtener productos adecuados para vender en el África Occidental, y disponían de una reserva de comerciantes y trabajadores marítimos para realizar el tráfico con regularidad.[23]

La trata de esclavos en el África Occidental

Para llevar a cabo la trata de esclavos era esencial cargar los barcos con mercancías que fuesen muy apreciadas en el África Occidental. Los capitanes tenían que conseguir el cargamento adecuado de bienes por categoría de producto, precio y calidad para satisfacer la demanda en los distintos lugares

de la costa africana.[24] Pensar que esta demanda era simple, inmutable y orientada a mercancías baratas sería un gran error. Los africanos sabían muy bien qué mercancías querían comprar. Eran muy exigentes respecto al color, la textura y los precios; sus gustos cambiaban con el tiempo, y la mayoría de productos que compraban no eran baratijas. Los capitanes debían tener un conocimiento muy preciso de las mercancías que interesaban a los diferentes africanos. Por ello entraban en contacto con regiones concretas de la costa africana y con los comerciantes de esas zonas para crear una selección que respondiera a sus necesidades. El diario de Antera Duke, tratante de esclavos y jefe de los efik de la Vieja Calabar, contiene muchos detalles sobre las transacciones entre los capitanes y los tratantes africanos que ilustran este punto.[25]

Los textiles eran las principales mercancías enviadas a África para comprar esclavos. Los algodones y algunas sedas de la India Oriental eran unos productos muy apreciados: los colores brillantes, los dibujos y los acabados de estos géneros superaban a todo lo que la industria textil africana podía producir.[26] Desde 1740 en adelante, en la trata de esclavos británica, los tejidos de lana y la ropa de cama, muchos de ellos manufacturados en Lancashire, fueron uno de los elementos principales de las cargas que se transportaban desde los puertos británicos hasta África.[27] Estas telas eran usadas para prendas de vestir, como camisas y vestidos. Los tejidos de lana también tenían salida en África, pues eran adecuados para las frías temperaturas vespertinas y podían emplearse como mantones y chales. Habitualmente, los textiles se vendían en aquellas zonas de la costa del África Occidental que tenían poca o ninguna industria textil.[28]

Además de los textiles, otros muchos bienes fueron exportados a África. Hilos de cobre y de latón, productos de hierro, pólvora, pedernal, perdigones de plomo, mosquetes, pistolas, abalorios y bebidas alcohólicas encontraron su lugar en las bodegas de los barcos negreros. Lo primero que vendían los traficantes al llegar al África Occidental eran las armas, porque las sociedades indígenas no disponían de las técnicas necesarias para fabricarlas.[29] Los metales que se vendían en esa zona eran aquellos cuyos suministros internos no podían satisfacer las demandas de los consumidores o cuando, por lo general, los metales producidos localmente eran más caros y de peor calidad que los importados.[30] La disponibilidad de una mercancía

determinada también ayudó a engrasar los engranajes comerciales. En Luanda, el alcohol brasileño, en forma de brandy barato de azúcar de caña, era una de las principales mercancías empleadas para permutarla por esclavos.[31] Los negreros de Rhode Island se especializaron en la venta de una variedad muy fuerte de ron elaborada en las destilerías de Nueva Inglaterra para comprar cautivos africanos.[32]

La localización del comercio en el África Occidental se decidía antes de que los barcos emprendieran sus viajes. Los capitanes llevaban consigo cartas con instrucciones de los propietarios de las naves, en las que se detallaba dónde debían comerciar, con quién, y en qué términos. En la medida de lo posible, los comerciantes procuraban cultivar el comercio con determinadas zonas de la costa africana, con la ayuda de capitanes experimentados en los rigores de la trata de esclavos.[33] También se valoraba mucho una tripulación que ya hubiera realizado un viaje a «Guinea», aunque por lo general no se les pagaban sus salarios hasta que hubieran entregado los esclavos para su venta. Esto evitaba que los miembros de la tripulación escapasen de un tráfico difícil antes de haber realizado la parte principal de su trabajo. Pero en los viajes negreros siempre se producía una gran rotación de tripulantes a causa de las tasas de mortalidad, las deserciones y el impacto de las levas en épocas de guerra.[34] Algunas veces a los capitanes se les ordenaba que comprasen esclavos en más de un punto de la costa del África Occidental; y a menudo se les pedía que se dirigieran a un sitio para comprar oro, madera de secuoya, de sándalo y marfil, y que después fueran a otro lugar para hacerse con sus esclavos. Sin embargo, en muchos casos a los esclavos se les recogía en uno de los centros comerciales del África Occidental.[35]

A lo largo de la Costa del Oro, la organización de la trata siguió corriendo a cargo, principalmente, de los fuertes europeos hasta bien entrado el siglo XVIII. En el castillo de la Costa del Cabo, la trata de cautivos se vio facilitada por los esclavos de la propia compañía. Estas personas pertenecían a la Britain’s Company of Merchants Trading to Africa, se les pagaba un salario de subsistencia y eran fundamentales para el mantenimiento del castillo.[36] La empresa complementaba esta fuerza de trabajo enviando al castillo trabajadores blancos, cuya salud se veía perjudicada por las enfermedades infecciosas, la escasa alimentación y las alteraciones

climáticas. Los trabajadores cualificados de este grupo enseñaban a los esclavos de la compañía a desarrollar las tareas esenciales. En el castillo de la Costa del Cabo también había funcionarios profesionales, soldados y boticarios. Para mantener el fuerte y seguir permutando oro y esclavos, este personal blanco trabajaba con los mulatos y los esclavos de la compañía, de modo que la organización corría a cargo de una mezcla de razas cooperativa, circunstancia de la cual los ingleses, tanto en su país como en las Américas, no sabían prácticamente nada.[37]

La organización de la esclavitud mediante estos fuertes comerciales constituía una de las maneras en las que se llevaba a cabo la trata de esclavos en el África Occidental, si bien las autoridades africanas no permitieron que los tratantes establecieran fuertes o factorías en muchas zonas costeras. Por tanto, los capitanes tenían que ingeniárselas para conseguir esclavos. Por ello recurrieron principalmente a las diversas variantes de la organización del tráfico marítimo. Cerca del río Sierra Leona y zonas colindantes, la esclavización se organizaba en pequeñas islas próximas a la costa, como la isla de Bunce, las islas Bananas y las islas de Los. En Bonny, la trata se realizaba a bordo, y los tratantes africanos trataban directamente con los capitanes y las tripulaciones de los barcos.[38] En la costa de Loango los buques holandeses establecieron alojamientos temporales en la playa, y a veces capturaban esclavos en más de un lugar.[39] En muchas zonas del África Occidental, a falta de puertos con muelles como los que existían en Europa, los capitanes de los barcos negreros tenían que amarrarlos cerca de la costa o anclarlos en las bocas de los estuarios de los ríos.

El éxito del viaje negrero dependía en gran medida de la habilidad, la conducta y la capacidad de negociación de los capitanes, en quienes sus patrones habían delegado su autoridad. Sus transacciones en la costa africana no eran cosa sencilla. Habían de tener en cuenta las condiciones de suministro locales; necesitaban conocer los impedimentos políticos locales con respecto al tráfico, y esperaban evitar las estaciones lluviosas, en las que las enfermedades se propagaban rápidamente e impedían el suministro de esclavos desde el interior. Los trámites solían realizarse cerca de la costa y consistían en elaboradas ceremonias, en las que participaban notables africanos y en las que se intercambiaban obsequios, lo cual hacía que la compra de esclavos conllevase unas negociaciones muy minuciosas. En

Anomabu, una oficina de trámites servía como tribunal de justicia en el que los ancianos presidían las decisiones relativas a los créditos, las deudas y los empeños (a los cuales nos referiremos más adelante).[40]

Los capitanes tenían que trabar y mantener buenas relaciones con los intermediarios africanos, que suministraban esclavos desde el interior del continente hasta los barcos, y también necesitaban el consentimiento de los gobernantes locales. Así, el éxito de las negociaciones de los capitanes en el África Occidental dependía de su capacidad negociadora, de la interacción cultural con sus proveedores, y de su conocimiento de las condiciones climáticas y estacionales. Al principio de la trata de esclavos portuguesa, los capitanes solían tratar con los *lançados* de la costa de la Alta Guinea. Estos *lançados* eran comerciantes portugueses que residían en la costa y que contaban con la protección de jefes africanos. En Angola, los capitanes portugueses negociaban la compra de esclavos mediante intermediarios conocidos como *pombeiros* o comerciantes itinerantes.[41] En algunas zonas costeras, como la Vieja Calabar, algunos tratantes africanos podían leer y escribir en inglés.[42] Las amistades y conexiones duraderas entre los capitanes ingleses y estos tratantes africanos contribuyeron considerablemente al dominio británico del tráfico de esclavos en el golfo de Biafra. En la región de la Alta Guinea, el éxito de los comerciantes de Liverpool en la segunda mitad del siglo XVIII estuvo íntimamente relacionado con el reiterado comercio que establecieron con los euroafricanos a lo largo de la costa y en las islas cercanas a ella.[43]

Los capitanes permutaban sus mercancías con los intermediarios locales, y los tratos se hacían empleando unidades de cálculo locales. Estas unidades podían ser varas de cobre o de hierro, manillas o caracolas. Las manillas eran unos brazaletes en forma de herradura hechos de latón y cobre, y eran una forma de moneda, sobre todo en el delta del Níger. Las caracolas eran unas conchas recogidas en las Maldivas, en el océano Índico, que se enviaban a Ámsterdam o a Londres y después a los barcos negreros del golfo de Benín, donde eran muy apreciadas. En la época precolonial, los africanos no empleaban un dinero en efectivo, sino que calculaban el número de bienes que recibían mediante estas unidades de medida.[44] La moneda empleada en algunas zonas del África Occidental, sobre todo por los pueblos akan a lo largo de la Costa del Oro, consistía en una «onza» de polvo de oro. Esto

equivalía al valor nominal de las mercancías, que costaban unos 40 chelines en Europa aunque en la costa africana se vendían por 4 libras. El uso del oro como moneda requería cajas y bolsas para guardar el polvo de oro, así como cucharas para depositar este polvo en las balanzas, y pesos y cepillos.[45]

Algunos intermediarios con los que trataban los capitanes en la costa africana eran mulatos u otros nativos africanos. También algunos comerciantes europeos residían allí. Para asegurarse de que les enviarían los esclavos a cambio de los bienes suministrados, los capitanes se basaban en la confianza y en relaciones comerciales anteriores. Y a veces era necesario observar ciertas «normas» con los gobernantes locales como gesto de buena voluntad; lo cual implicaba ofrecer regalos como prueba de un intercambio amistoso. En la Vieja Calabar y en Bonny, donde los ingleses concentraron gran parte de su tráfico de esclavos en el siglo XVIII, el crédito estaba asociado con unas transacciones en las que se intercambiaban mercancías por esclavos mediante peones o compromisos. Un peón era un pariente de un traficante africano que temporalmente quedaba bajo la custodia de los capitanes de los barcos; y se le liberaba cuando los esclavos habían llegado al barco. Esta era una forma de servidumbre por deudas en la cual las personas eran un aval subsidiario que garantizaba la confianza. Fue un procedimiento bastante utilizado —aunque no en todas partes— durante la trata de esclavos en el África Occidental, y resultaba adecuado para las transacciones comerciales que se producían en un entorno en el cual la mayoría de los negocios no quedaban registrados sobre papel ni se atenían a ningún mecanismo institucional, sino que se concertaban cara a cara.[46]

Normalmente, cuando estaban en África, los capitanes y sus tripulaciones permanecían a bordo, no se aventuraban tierra adentro, ni se alejaban mucho de sus barcos mientras estos estaban anclados. Para negociar erigían en sus barcos viviendas temporales que cubrían con esterillas. A veces los miembros de la tripulación eran enviados río arriba en canoas para recoger a los esclavos, aunque normalmente esta tarea la realizaban los intermediarios africanos y sus ayudantes. En Bonny, a finales del siglo XVIII, las grandes canoas despachadas para transportar a los esclavos podían acoger a unas 120 personas.[47] Pero también existían rutas terrestres hacia los mercados de esclavos del interior, transitados a menudo por caravanas de esclavos escoltadas por guardias armados, como las que organizaban en Angola las

autoridades locales entre la bahía de Loango, Malemba y Cabinda en la costa y en el lago Malebo y otras plazas interiores.[48] Los cautivos solían llegar a la costa en un pésimo estado de salud tras una larga marcha desde el interior. Por ejemplo, un responsable de varios fuertes de la Costa del Oro informó en 1789 que, en general, los esclavos que llegaban a la costa tras recorrer grandes distancias «estaban delgados, sufrían grandes erupciones en toda la piel, padecían escrófula, y a menudo tenían graves úlceras».[49]

No cuesta adivinar las razones por las cuales los blancos no se adentraban en el interior de África. Los europeos no conocían demasiado la geografía africana más allá de cien o ciento cincuenta kilómetros desde la costa. En la época de la Revolución americana, África era uno de los principales espacios en blanco en los mapas producidos en Europa.[50] Los intentos serios de explorar más allá de las zonas costeras no se produjeron hasta la expedición de Mungo Park al río Níger, en 1795-1796. Hasta entonces, la geografía africana solía basarse en lugares, pueblos y estados míticos. Muchos africanos eran formidables guerreros que podían resistir los intentos de quienes intentaban internarse en sus territorios. Las enfermedades tropicales, como la malaria, eran otra barrera importante para la penetración europea en el África subsahariana.[51] Por otra parte, los europeos no dominaban las lenguas que les hubieran permitido conversar con muchos grupos étnicos africanos. Pero no solo era la reticencia europea la que determinaba que el personal blanco de los viajes esclavistas permaneciera en la costa o cerca de ella, pues un aspecto crucial de la trata de esclavos trasatlántica era que los estados y los gobernantes africanos tenían el poder de determinar quién podía adentrarse en el interior, y por razones sociales y políticas les convenía mantener a raya a los europeos en la costa.[52]

A diferencia de otras zonas de África, los portugueses en la zona central y occidental del continente se dedicaron a capturar esclavos africanos mediante expediciones hacia el interior de puertos tales como Luanda y Benguela. Portugal fundó una colonia en Luanda en 1576 y en Benguela en 1617, lo cual proporcionó a los administradores y comerciantes portugueses un punto de apoyo en África desde el cual podían organizar incursiones para conseguir esclavos.[53] En el siglo XVII, los portugueses que estaban en esos puertos establecieron relaciones con comerciantes africanos (*guenzes*), que visitaban las ferias del interior en las que trataban con los *pombeiros* que

habían viajado desde la costa con mercancías europeas y africanas. Las comunidades comerciales de Luanda y Benguela confiaban en la protección de las autoridades portuguesas y para hacer redadas en las poblaciones vecinas cuando se necesitaban esclavos.[54] Durante el siglo XVIII, desplegaron tropas negras (*guerras pretas*) para expandir la guerra y la esclavitud en la región. Entre 1730 y 1750 los gobernantes de Kakonda, Kabunda y Kablunda se convirtieron en vasallos de los portugueses y les proporcionaban los cautivos apresados en los conflictos internos. Algunos de estos esclavos fueron capturados en las guerras y otros mediante los tributos o como amortización de las deudas. En la década de 1780 los traficantes de Benguela operaban a través de tres o cuatro grandes firmas que mantenían una estrecha vinculación con los de Río de Janeiro. Las conexiones financieras entre los tratantes brasileños y las autoridades mercantiles y coloniales en Benguela proporcionaron el crédito necesario para que los traficantes itinerantes proporcionasen esclavos, conectando la costa con los mercados interiores.[55]

Los esclavos eran suministrados a los barcos mediante diversos métodos. Algunos eran capturados en las áreas costeras, pero otros eran vendidos a centenares de kilómetros de la costa. Las estimaciones contemporáneas sobre la trata a finales del siglo XVIII indican que, en la Costa del Oro, solo entre un cuarto y un tercio de los cautivos habitaban en la costa; el resto fueron comprados en los mercados del interior.[56] En el siglo XVI-XVII la distancia media que recorrían los esclavos en dirección a la costa era de unos cien kilómetros en el golfo de Biafra; de unos doscientos en la costa de la Alta Guinea y el golfo de Benín; de 300 desde la Costa del Oro y Senegambia, y de unos 600 en Loango y Angola.[57] Entre 1824 y 1841 la mayoría de los esclavos exportados desde el río Pongo, en la Alta Guinea, viajaban más de 160 kilómetros entre que eran esclavizados y los lugares de embarque; aunque en Sierra Leona la distancia solía ser inferior a los 80.[58] Entre 1822 y 1837 la mayoría de los cautivos que abandonaban los Camerunes rumbo a las Américas habían sido apresados a más de 300 kilómetros de la costa.[59] Los esclavos marchaban en caravanas en fila. A los hombres les ponían cadenas en los tobillos para evitar que escapasen, y a veces encadenaban a varias personas juntas. Y también se empleaban yugos con este mismo

propósito. Collares con púas, aros, esposas y grilletes eran los instrumentos empleados para sujetar y castigar a los esclavos.[60]

Los negros africanos fueron tan culpables del suministro de esclavos como lo fueron los europeos blancos que los embarcaban hacia las Américas. Existían sofisticados mecanismos de abastecimiento mediante los cuales los africanos se convirtieron en cómplices voluntarios que capturaban a otros africanos para los capitanes de los barcos ingleses. La esclavitud era una institución con una larga historia en las sociedades africanas. Durante muchos siglos estuvieron en activo diversas tratas de esclavos en el continente africano. Existía un antiguo suministro de esclavos a los países islámicos y del océano Índico, así como la esclavitud indígena dentro de la propia África.[61]

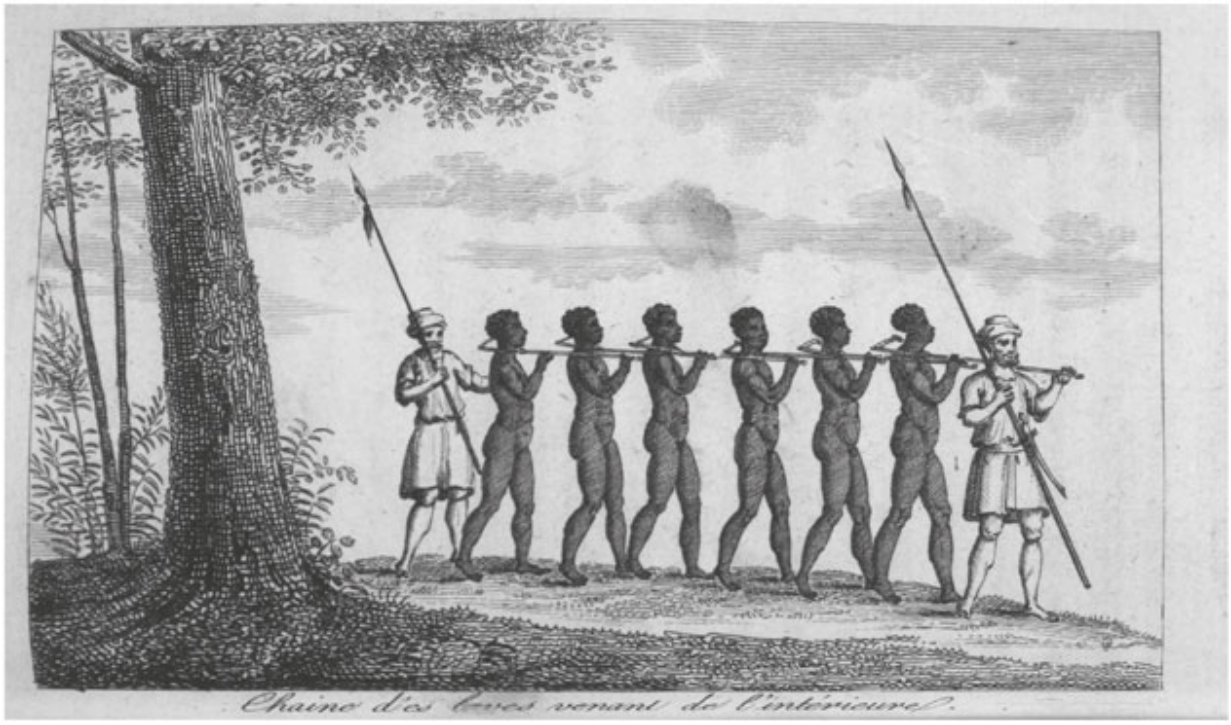


FIG. 4. Tratantes de esclavos mandingas y caravana, Senegal, década de 1780.

Los africanos destinados a la trata de esclavos trasatlántica fueron capturados principalmente en las guerras, o mediante el rapto o las incursiones al efecto, y también podían ser entregados como pago de deudas. Las razias esclavistas al interior del río Senegal comprendían el *grande*

pillage (en el que un rey local enviaba a varios cientos de soldados para que atacasen un poblado), así como pillajes menores y raptos. La captura de individuos —una práctica conocida como *panyarring* o rapto indiscriminado — era frecuente en algunas zonas del África Occidental, especialmente entre los fante, y esta podía ser una fuente del suministro de esclavos a la costa.[62] Los tratantes indígenas en lugares como Bonny y la Vieja Calabar (en el golfo de Biafra), así como en Ambriz, Cabinda y Malemba (en el África Central Occidental), actuaban como intermediarios que procuraban esclavos para su exportación.[63] Los factores determinantes de la venta de esclavos dentro de la propia África o para el tráfico en el océano Índico, el Mediterráneo o el Atlántico formaban parte de la táctica de los intermediarios, con suministros relativamente flexibles. En algunas zonas, como en el interior del golfo de Biafra, se celebraban grandes mercados de esclavos en los cuales se compraba a los africanos aun antes de decidir su destino final.[64]

El equilibrio demográfico de los cargamentos de esclavos destinados a la esclavitud trasatlántica seguía unas pautas determinadas. Los tratantes preferían una ratio de dos hombres adultos por cada mujer adulta. Esto se debía, en parte, a que acertadamente consideraban que un joven adulto en buenas condiciones físicas sería más fácil de vender en el Nuevo Mundo para que trabajase en las plantaciones.[65] Pero también sucedía que las sociedades africanas solían estar más dispuestas a ceder hombres para el tráfico esclavista que a prescindir de las mujeres. En África, las mujeres eran muy valoradas por su trabajo y su papel reproductivo y, por tanto, eran reacios a venderlas en grandes cantidades para la trata de esclavos trasatlántica. Las jóvenes más sanas y agraciadas se reservaban para ser esposas en las zonas africanas en las que se practicaba la poligamia.[66]

Desde el siglo XVIII en adelante los jóvenes y muchachas adolescentes también empezaron a formar parte de los cautivos. Y durante el siglo XIX los niños llegaron a ser un componente aún mayor de los cargamentos de esclavos. Aunque al principio se les consideraba un lastre y solo se les embarcaba para completar los cargamentos de esclavos, la creciente disponibilidad de niños en algunos mercados costeros del África Occidental y la insaciable demanda de nuevos trabajadores por parte de las plantaciones

cafeteras y azucareras, a lo que se sumaba el menor coste de embarque, hicieron que cada vez se les capturase en mayor cantidad.[67]

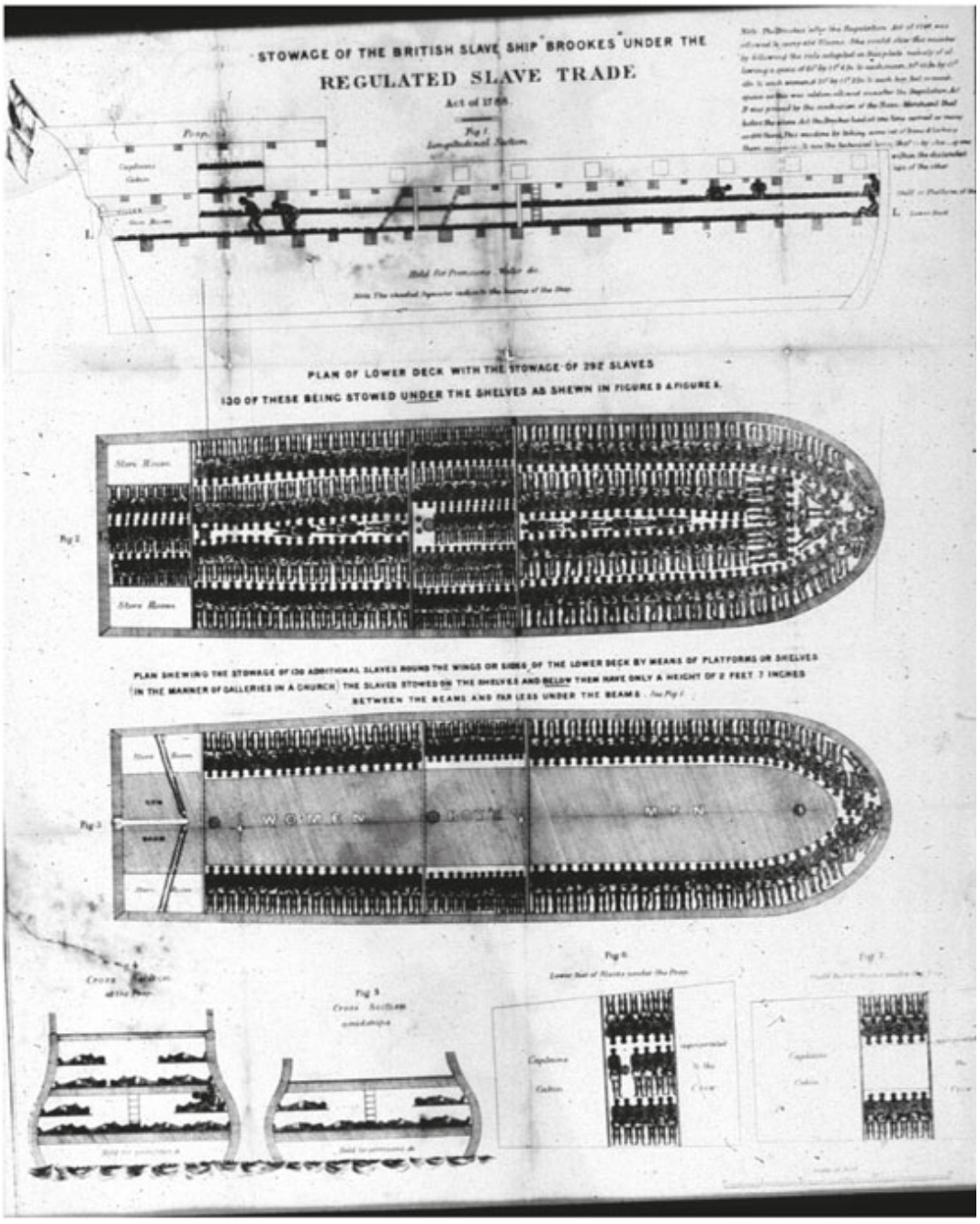


FIG. 5. Plano del barco negrero *Brookes*, de Liverpool, 1789.

En la costa africana era imperativo embarcar a los esclavos con la mayor eficiencia posible: cuanto más estaban en la costa, mayor era la probabilidad

de que tanto ellos como la tripulación enfermasen. También se cargaban provisiones como batatas, arroz y agua potable para alimentar a los esclavos durante la travesía del Atlántico.[68] Los esclavos viajaban debajo de la cubierta, encadenados unos a otros, codo con codo, de la forma en que se muestra en la famosa ilustración del barco negrero *Brookes*, de Liverpool, que se publicó y circuló por doquier al principio de la campaña antiesclavista británica contra la trata de esclavos.[69] A los cautivos se les permitía subir a cubierta una o dos horas al día, para que tomasen el aire y pudieran moverse, pero por lo demás permanecían confinados. Si algún esclavo cometía algún delito a bordo se le castigaba con una paliza. Los capitanes sádicos de la trata de esclavos le dieron una reputación aún más negra a este comercio de la que ya tenía por méritos propios. En los barcos negreros solían erigirse barracones para confinar a los cautivos problemáticos.[70] Un poema titulado «Las penas de Yoruba» (1790) resume el dolor que causaba el tratamiento que se infligía a los esclavos a bordo: «A la señal del salvaje capitán, / como brutos nos hacen brincar: / nos violentan en cubierta / y con desprecio nos obligan a bailar».[71]

La travesía del Atlántico

Para los esclavos africanos, la travesía del Atlántico era una experiencia de sufrimiento y confusión. Nunca antes habían navegado por el océano; muchos estaban aterrorizados, y no tenían ni idea de lo que les esperaba al final del viaje.[72] El padre Lorenzo da Lucca, por ejemplo, que viajó en un barco negrero desde Angola hasta Bahía en 1708, describió a los esclavos tendidos codo con codo en medio de la inmundicia, en una atmósfera caótica «causada por los gritos provenientes de todos lados. Unos lloraban, otros se lamentaban, otros reían».[73] Otro sacerdote describió un viaje desde Luanda hasta Bahía en 1666-1667, como «una situación lamentable ... Los hombres estaban de pie en la bodega, atados a postes por temor a que se sublevasen y matasen a los blancos. Las mujeres se encontraban entre las cubiertas, y las que tenían hijos en la cabina grande, los niños en el entrepuente apretados como arenques en un barril, lo que causaba un calor y un hedor insoportables».[74] Odaulah Equiano, autor de una de las primeras

autobiografías publicadas por un antiguo esclavo, coincide con esta descripción. Equiano recuerda cómo, al subir por primera vez en un barco negrero en el África Occidental, «el saludo fue un hedor inmundo que inundó mi nariz, una pestilencia que nunca había sentido en toda mi vida».[75]

La travesía del Atlántico podía durar unas cuatro, cinco o seis semanas, y estaba asociada con la mortalidad y con la resistencia de los esclavos. En la primera mitad del siglo XVIII, el 16,3 % de los esclavos embarcados en barcos negreros ingleses murieron en el camino hacia las Américas; después de 1750, las pérdidas mortales descendieron hasta el 10 % o menos.[76] Estas cifras suponen una mortalidad más alta en los viajes oceánicos que en otros tráficos a larga distancia, como el envío de convictos a Australia. Por ejemplo, en la trata de esclavos británica, el que tras la aprobación de la ley Dolben, en 1788, los barcos negreros tuvieran que llevar un médico a bordo no pareció disminuir las tasas de mortalidad.[77] Muchos esclavos sucumbieron a graves enfermedades mientras permanecían encerrados en la costa del África Occidental esperando que los embarcasen. En cuanto a la trata de esclavos portuguesa hacia Brasil, se ha comprobado que la sequía, las enfermedades y la hambruna en Angola fueron las principales causas de la mortalidad de los esclavos al cruzar el Atlántico.[78] También los negreros franceses perdieron muchos cautivos antes de embarcarlos.[79] Aunque algunos esclavos murieron a causa de problemas respiratorios como la inflamación pulmonar, la mortalidad durante la travesía del Atlántico se produjo sobre todo debido a enfermedades contraídas en África. El mayor número de muertes se debió a problemas gastrointestinales originados por la suciedad, la falta de higiene y la ingesta de agua y alimentos contaminados. La disentería y las diarreas graves eran los síntomas principales de la gastroenteritis. También fallecieron muchos esclavos aquejados de hidropesía, escarlatina o fiebre amarilla, fiebres malignas, tuberculosis y otras muchas enfermedades.[80]

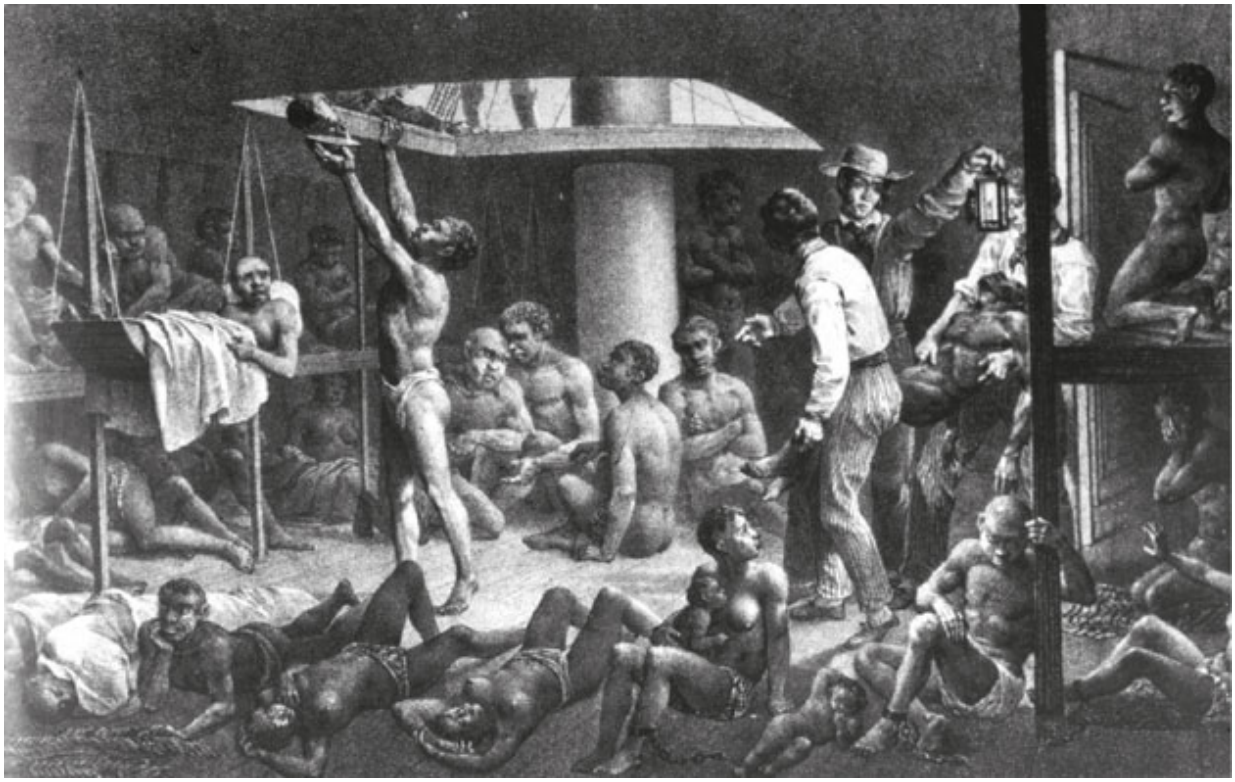


FIG. 6. Africanos en la bodega de un barco negrero, 1827.

El ciclo de mortalidad dependía del tiempo en que los esclavos habían estado retenidos en la costa africana esperando el embarque. Cuanto más tiempo estaban confinados en recintos, mayor era la probabilidad de que enfermasen. La incidencia de la patología seguía el patrón normal de una epidemia: las muertes aumentaban durante el primer tercio de la travesía atlántica y alcanzaban su punto álgido, para después descender y estabilizarse más avanzado el viaje. Además de las enfermedades, algunos esclavos, desesperados por su cautividad, decidían suicidarse, muchas veces tirándose por la borda al océano. A veces, casi al final del viaje, muchos de ellos estaban deshidratados, porque se habían agotado las reservas de agua y se agudizaban los problemas gastrointestinales.[81] Un caso muy sonado fue, en 1781, el del barco negrero *Zong*, en el que los esclavos más enfermos fueron deliberadamente arrojados por la borda para que murieran ahogados cuando el barco estaba a punto de llegar a Jamaica, para que los propietarios pudieran cobrar el seguro por sus pérdidas. A consecuencia de ello tuvo lugar un célebre juicio que los propietarios perdieron.[82]

La mortalidad de la tripulación también era más elevada en los viajes negreros que en otras travesías atlánticas. De hecho, la tripulación estaba sometida a las elevadas tasas de mortalidad tan pronto llegaban a la costa del África Occidental, como advertía una vieja canción marinera: «Vigila y ten cuidado en el golfo de Benín, / solo vuelve uno de cada cuatro que van allí». [83] Las muertes de los tripulantes aumentaban durante las épocas lluviosas en la costa africana, cuando el virus de la fiebre amarilla y los parásitos de la malaria se acumulaban en los mosquitos atraídos por los charcos de agua estancada. El río Gambia era de las zonas especialmente afectadas por este ambiente enfermizo. Los miembros no inmunes de las tripulaciones de los buques negreros morían a unos niveles epidémicos.[84]

No todos los esclavos aceptaban su situación con pasividad; algunos de ellos organizaban rebeliones a bordo intentando deshacerse de sus captores. La mayoría de estas rebeliones (a las cuales nos referiremos en el capítulo 4) ocurrieron casi inmediatamente después de que los barcos zarpasen de África; y aunque muchas de ellas fueron sofocadas, no por ello dejaron de aumentar el sufrimiento, la desesperación y la peligrosidad de los viajes esclavistas. El proceso de esclavización en África y la prevalencia de los levantamientos en los barcos negreros ponen de manifiesto la violencia que caracterizó la trata de seres humanos de color. La represión física, la brutalidad, los agravios y los abusos, incluyendo la explotación sexual de las mujeres, eran sucesos cotidianos para los africanos atrapados en el torbellino de la trata de esclavos.[85]

Los capitanes de los barcos negreros aplicaban una fuerte disciplina a bordo, tanto sobre los esclavos como sobre la tripulación. Las pruebas de la época revelan muchos ejemplos de acoso por parte de los capitanes, que empleaban todo un repertorio de tácticas. Los capitanes a veces singularizaban a personas para intimidarlas, por ejemplo un marinero negro, un grumete o un cocinero. Empleaban un látigo de nueve colas, una larga cuerda llena de nudos, para castigar a los esclavos insubordinados y a los miembros de la tripulación. A veces, durante los viajes largos, reducían provisiones destinadas a la tripulación y a los esclavos y explotaban a la tripulación vendiéndoles ropa, brandy y tabaco a precios desorbitados. Los capitanes mantenían un firme control sobre todas las personas a bordo del barco para consolidar su poder.[86]

En la mayoría de los casos los puertos en los que desembarcaban los barcos negreros los decidían los comerciantes antes de que estos emprendieran el viaje. Y estos mismos comerciantes capitalizaban sus relaciones mercantiles con determinadas regiones. Solían estar bien informados de los niveles de demanda de esclavos, así como de su cotización en el Nuevo Mundo. En sus cartas de instrucciones a los capitanes, les aconsejaban destinos alternativos en los que podían vender sus esclavos. Muchos barcos desembarcaron africanos en un puerto o muelle convenido de antemano en las Américas, pero si en determinados puertos los mercados de esclavos estaban estancados, los barcos podían dirigirse a otro destino. También había zonas de desembarco que a menudo reexportaban esclavos a otros destinos. La mayoría de africanos importados a Dominica, Barbados, Granada y San Vicente entre 1784 y 1806, por ejemplo, fueron reexportados. Como ya se menciona en el capítulo 1, las transferencias de esclavos desde el Caribe a las colonias hispanoamericanas fueron muy numerosas durante mucho tiempo.[87]

TO BE SOLD on board the Ship *Bance-Iſland*, on tueſday the 6th of *May* next, at *Aſhley-Ferry*; a choice cargo of about 250 fine healthy

NEGROES,

juſt arrived from the Windward & Rice Coaſt. —The utmoſt care has already been taken, and ſhall be continued, to keep them free from the leaſt danger of being infected with the SMALL-POX, no boat having been on board, and all other communication with people from *Charles-Town* prevented.

Auſtin, Laurens, & Appleby.

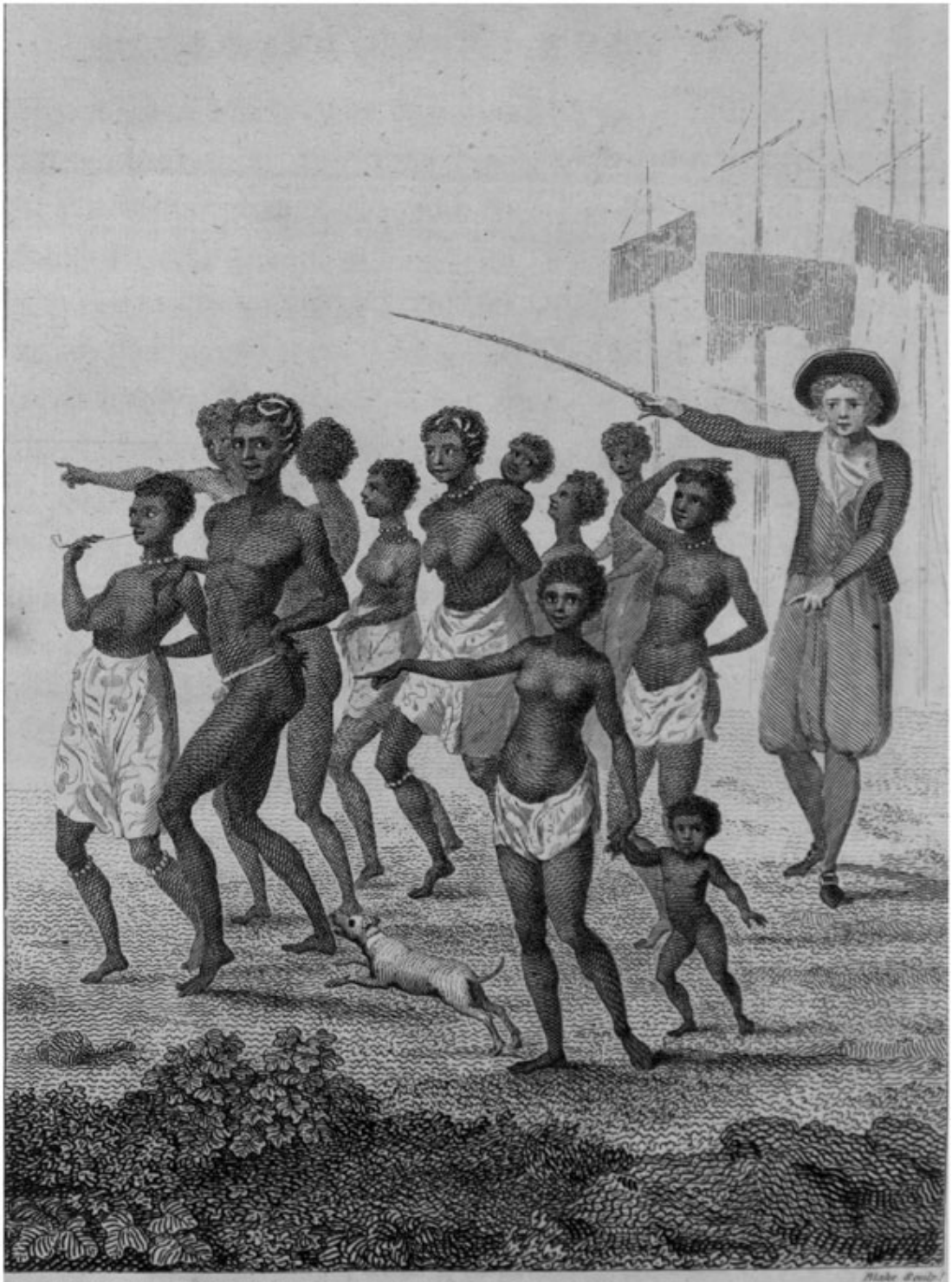
N. B. Full one Half of the above Negroes have had the SMALL-POX in their own Country..

FIG. 7. Anuncio de venta de esclavos, Charleston, Carolina del Sur, 26 de abril de 1760.

En los puertos coloniales se recomendaba específicamente a los factores «de Guinea» para que manejasen a los esclavos. Comerciantes y capitanes querían establecer relaciones de confianza con estos agentes porque negociar con el mismo personal durante varios viajes minimizaba los costes de transacción.[88] Y por eso en las cartas de instrucciones se mencionaban los nombres de los factores con los que los capitanes tenían que tratar en los diferentes puertos coloniales, y a veces incluso se especificaban los parientes de los tratantes de esclavos que trabajaban con ellos. Pero también incluían tratantes independientes que trabajaban a comisión y se dedicaban a la venta de esclavos, pues era una de las maneras más fiables de emprender negocios y obtener buenos beneficios en las plantaciones de las colonias.[89]

El desembarco de los esclavos en las Américas

Los barcos negreros que entraban en los puertos de la América continental y de las Indias Occidentales observaban las leyes de cuarentena y pagaban impuestos por los esclavos que importaban. Las ventas se anunciaban en los periódicos locales, con la fecha y la hora en la que comenzaban. Algunas de estas ventas se realizaban a bordo, y otras en tierra. Vender esclavos como si fueran mercancías resultaba inquietante incluso para algunos hacendados blancos. Cuando John Pinney dejó Dorset por primera vez para ir a sus plantaciones en Navis, se sintió incómodo ante la perspectiva de comprar esclavos. «Puedo asegurarle», le escribió a un amigo, «que me quedé estupefacto la primera vez que vi carne humana expuesta para su venta. Pero seguramente Dios los dispuso para nuestro uso y beneficio: de otro modo, su divina voluntad se hubiera manifestado con algún signo o alguna muestra concreta».[90] No todos los blancos implicados en la compraventa de esclavos hubieran justificado sus actividades con el mismo razonamiento que Pinney, pero dejaban a un lado sus sensibilidades sobre la moralidad de sus acciones para centrarse en los beneficios de sus negocios.



Group of Negros, as imported to be sold for Slaves.

FIG. 8. Esclavos recién llegados, Surinam, década de 1770.

Cuando empezaba una venta de esclavos a veces se producían forcejeos, como describió con gran realismo el cirujano Alexander Falconbridge a principios de la década de 1790, refiriéndose a las Indias Occidentales:

> El día previsto, los negros fueron desembarcados y colocados juntos en un gran patio, perteneciente a los comerciantes consignatarios del barco. Cuando llegó la hora acordada, las puertas del patio se abrieron súbitamente, y muchos compradores entraron corriendo, con una ferocidad brutal. Algunos se hacían instantáneamente con tantos negros como podían coger con sus manos. Otros venían preparados con varios pañuelos anudados, con los que rodeaban a todos los que podían, mientras que otros hacían lo mismo con una cuerda. Es prácticamente imposible describir la confusión que este sistema de venta es capaz de producir ... Con todo esto, los pobres negros estaban tan estupefactos y aterrorizados que algunos de ellos, azuzados por el miedo, escalaron las vallas del patio y echaron a correr por el pueblo con toda su alma; pero pronto fueron perseguidos y apresados.[91]

Otras veces se desarrollaban de manera más ordenada. Los capitanes marchaban con sus esclavos en una ciudad o puerto en el que iban a ser vendidos y los ponían en fila para que fueran examinados y comprados. Las ventas terminaban con subastas al contado para así disponer de los esclavos de inmediato.[92]

Los posibles compradores eran principalmente comerciantes y hacendados locales que compraban uno o dos esclavos o un lote de ellos. Normalmente las ventas de esclavos se pagaban a plazos, excepto en los casos en los que los hacendados tenían dinero y se les podía pedir que pagasen al contado. Por lo general, el crédito se concedía para la venta de los esclavos más sanos y fuertes, que eran los que se vendían primero. Después, también se concedían créditos para las ventas de los esclavos menos robustos y deseables. A menudo estas transacciones se cerraban con letras de cambio (preferiblemente), o con pagarés, asegurando así que las deudas fueran satisfechas a su debido tiempo. Por último, los esclavos «residuales» —los más viejos, los inválidos o los enfermos— se vendían «aparte» en una subasta en la que había que pagar al contado, porque los vendedores consideraban demasiado arriesgado ofrecer crédito para estos esclavos con una previsiblemente alta tasa de mortalidad o para los que eran demasiado débiles como para contribuir a la economía de la plantación. El objetivo era

venderlos a todos, con independencia de su edad o de su estado físico. El proceso significaba cosificar a las personas, vendiendo a los esclavos restantes al final, como cuando un tendero rebaja el precio de la fruta estropeada para librarse de todas sus existencias.[93]

Los compradores de esclavos solían expresar sus preferencias por algún grupo étnico africano concreto. Así, por ejemplo, los esclavos de la Vieja Calabar tenían invariablemente peor reputación en colonias como Carolina del Sur, Antigua y Jamaica: se les consideraba trabajadores de poco fiar y físicamente menos fornidos que otros africanos. Por el contrario, en Jamaica y en algunas de las islas de Barlovento había una marcada preferencia por los esclavos de la Costa del Oro y del golfo de Benín. En Virginia, algunos hacendados preferían a los esclavos de Senegambia, porque se pensaba que tenían una buena constitución física y que eran buenos trabajadores. En el Caribe francés, los hacendados preferían a los esclavos del África Central Occidental a los de Sierra Leona, a los de la Costa de los Esclavos y a los del golfo de Biafra. Sin embargo, la selección de esclavos en función de su lugar de procedencia solo podía efectuarse cuando los cargamentos llegaban desde distintos puertos del occidente africano, lo cual permitía que los hacendados eligieran a placer.[94]

Muchas de las características que se les atribuían a los esclavos de determinadas regiones del África Occidental se basaban en estereotipos. Por lo general, los europeos empleaban categorías etnográficas que simplificaban enormemente la identidad de los grupos africanos.[95] Por otra parte, el hecho de que los hacendados deseasen esclavos de una zona determinada no significaba necesariamente que los recibieran. Los esclavos puestos en venta en los puntos de desembarco en las Américas eran el producto de las condiciones de suministro, y los compradores tenían que quedarse con los esclavos disponibles, pues no podían esperar a que los barcos trajeran africanos de las etnias preferidas para poder seleccionarlos. Lo normal es que llegasen a las Américas unos cargamentos de esclavos heterogéneos, de edades, género, precios y etnias diferentes. No hace falta decir que a menudo, durante las ventas, se separaba a las familias, si ello no había ocurrido ya durante el proceso de captura de esclavos en África. Las ventas eran el punto final del proceso de desorientación de las personas que experimentaban la separación, el confinamiento y la coerción antes de convertirse, mediante un

proceso de adaptación, en esclavos de una plantación. Esta adaptación, que implicaba que los salobres esclavos se ajustasen al trabajo y a las condiciones sanitarias que se encontraban en las plantaciones, podía tardar entre uno y dos años.[96]

Era habitual que, en las Américas, la tripulación quedase reducida al mínimo: cuando ya no era necesario controlar a los esclavos, la tripulación requerida para el viaje de regreso a casa era mucho menor. Por lo general, la tripulación recibía el resto de su salario en los puertos americanos. De todas maneras, algunos decidían abandonar el barco allí, porque ya estaban satisfechos por haber servido en un barco «Guinea». También se dieron algunos casos en los que los capitanes de los barcos intimidaban a la tripulación, con la esperanza de que los marineros desertasen al llegar a su destino transatlántico y así no tener que pagarles.[97]

A veces el pago de los esclavos se hacía con cosechas o dinero en efectivo, pero una forma de pago más segura y preferida era enviar las recaudaciones al país organizador del viaje mediante letras de cambio a intervalos determinados. Estas letras eran como los cheques modernos, con la salvedad de que no necesariamente tenían que hacerse efectivas a través de los bancos; de hecho, a menudo eran emitidas y firmadas por las partes especificadas en las mismas para que los fondos fueran satisfechos por el aceptante nominal. Este sistema de pago sin dinero fue habitual en todos los comercios a larga distancia durante los siglos del apogeo de la trata de esclavos. Para asegurarse del pago de las letras, los negreros de los puertos europeos emplearon cada vez más empresas comerciales y financieras que aceptaban las letras a la vista y garantizaban su pago. Dichos comerciantes siempre eran hombres con una sólida experiencia en los negocios y una excelente reputación por su formalidad en los pagos. Normalmente, los trámites para el cobro de las letras de los factores se realizaban mediante la coordinación entre los comerciantes, los capitanes de los barcos y los factores coloniales antes de iniciar el viaje esclavista.[98]

En los viajes negreros se invertían enormes sumas de capital. Los tratantes ingleses, por ejemplo, gastaron grandes cantidades en este tráfico. Los comerciantes de Bristol invirtieron anualmente entre 50.000 y 60.000 £ en la trata de esclavos *c.* 1710-1711, más de 150.000 £ por año en la década de 1730, y 280.000 £ de promedio en el periodo entre 1788-1792. Las sumas

anuales invertidas en la trata de esclavos en Liverpool eran aproximadamente de 200.000 £ en 1750 y probablemente más de un millón de libras en 1800.[99] Estas cantidades se reunían para alimentar un comercio potencialmente lucrativo: por ejemplo, el valor total de los esclavos enviados a Jamaica fue de unos 25 millones de libras.[100]

¿Qué beneficios se obtuvieron con la trata de esclavos? ¿Y qué pasó con estos beneficios? En cuanto a la trata de esclavos llevada a cabo por los franceses, se ha demostrado que, una vez descontados los riesgos, los vencimientos y la duración, las ganancias obtenidas por los inversores en el tráfico intercontinental fueron superiores a las obtenidas en otros negocios.[101] También se afirmó que los beneficios que lograron los ingleses con la trata de esclavos ascendieron al 30 % del capital invertido en la década de 1780.[102] Pero hace tiempo que esta cifra ha sido desestimada y reducida con sólidos argumentos. Las pruebas halladas principalmente en Liverpool demuestran que, en la segunda mitad del siglo XVIII, la norma era que la tasa de retorno de las inversiones anuales en los viajes esclavistas oscilaba entre el 8 y el 10 % anual.[103] Actualmente se consideraría que cualquier negocio que generase regularmente estos beneficios proporciona un rendimiento satisfactorio del capital invertido. El retorno del 3 % de los bonos del gobierno británico durante el siglo XVIII, una forma de inversión relativamente segura, era normalmente de un 3,5 %. Por tanto, los beneficios de la trata de esclavos merecían los esfuerzos de los tratantes pese al peligro y al plazo enormemente prolongado de los viajes.[104]

La contribución de los beneficios de la trata de esclavos al desarrollo económico de las naciones europeas que participaban en ella ha sido un tema polémico desde que Eric Williams sostuvo, en *Capitalism and Slavery*,[*] publicado en 1944, que estos beneficios fueron fundamentales y relacionados con los orígenes de la industrialización en Inglaterra. Williams afirmó que los beneficios de la trata de esclavos «proporcionaron uno de los principales flujos de acumulación de capital en Inglaterra que financiaron la revolución industrial», y que «el comercio triangular hizo una enorme contribución al desarrollo industrial británico. Los beneficios de este comercio fertilizaron todo el sistema productivo del país».[105] Estas generalizaciones han causado mucha polémica. Algunos historiadores siguen su orientación general sosteniendo que la trata de esclavos, y por extensión la demanda

ultramarina, hicieron una contribución fundamental a los orígenes de la industrialización británica a finales del siglo XVIII. Otros autores son más escépticos sobre la magnitud o el impacto de la trata de esclavos en el crecimiento económico británico, y señalan que no supuso más que una diferencia «marginal». Por lo general, estos últimos historiadores proporcionan unas explicaciones complementarias de la transición de Inglaterra hacia una economía industrializada.[106]

No obstante, la demanda creada por el nexo esclavitud-azúcar fue un estímulo para el desempeño económico británico. Se ha sostenido que la demanda basada en el Caribe puede haber significado un 35 % del crecimiento del total de las exportaciones británicas entre 1748 y 1776, y cerca de un 12 % del aumento de la producción industrial británica en el cuarto de siglo anterior a la Revolución americana.[107] Sería incorrecto afirmar que la riqueza que llegaba a Inglaterra procedente de la trata de esclavos fue uno de los principales estímulos de la industrialización del país.[108] Pero no sería injusto afirmar que la conjunción comercial esclavitud-azúcar fortaleció la economía británica y desempeñó un papel importante, aunque no decisivo, en la evolución de la misma.[109]

Inglaterra fue la única potencia de Europa Occidental en la que la trata de esclavos y el comercio atlántico en general tuvieron una relación importante con la industrialización del país en el siglo XVIII. En los casos de Holanda, España, Portugal y Francia es difícil establecer esta conexión, porque su industrialización fue posterior. Pero incluso en el caso de Inglaterra, la contribución de los ingresos obtenidos por la trata más allá de Europa era modesta comparada con los ingresos derivados de fuentes internas como el sector agrícola. Probablemente la trata de esclavos fue más importante para sus principales participantes por el estímulo que dio a la expansión de las colonias que para la contribución a los beneficios económicos de la esclavitud y de la trata de esclavos a las tasas de crecimiento económico nacional.[110]

Aunque los intentos de relacionar los beneficios de la trata de esclavos con la industrialización nacional o al crecimiento económico nacional han sustentado, sobre todo a partir de las pruebas relacionadas con Inglaterra, argumentos que cuestionan la magnitud del impacto, nuevas investigaciones en Holanda indican que las investigaciones futuras del margen bruto de la

trata de esclavos en las economías nacionales es un prometedor objeto de estudio. Las averiguaciones sobre estos márgenes brutos incluirán estimaciones de las actividades que intervenían en la realización de los viajes negreros, como la construcción de barcos, los salarios de los marineros, los seguros, las comisiones y el equipamiento. Un estudio reciente indica que, en el caso holandés, los márgenes brutos obtenidos por la trata de esclavos trasatlántica eran bastante grandes, alcanzando una cifra entre los 63 y los 79 millones de florines en los siglos XVII y XVIII.[111]

3
LA ESCLAVITUD EN LAS PLANTACIONES

Los esclavos que llegaban a las Américas vivían y trabajaban en diversos lugares. Por ejemplo, era normal que algunos hogares, del campo o de la ciudad, tuvieran unos cuantos esclavos dedicados al servicio doméstico. Los africanos comprados por hombres de negocios y cabezas de familia urbanos vivían en ciudades como Nueva York, Filadelfia, Kingston, Puerto Príncipe y São Paulo, y sobre todo se dedicaban a trabajar como mano de obra, en el pequeño comercio o como peones en los puertos. En los entornos rurales los esclavos tenían que ocuparse del ganado en los corrales o bien se les destinaba a diversas tareas agrícolas no relacionadas con las plantaciones.[1] La diáspora de los esclavos desde África hasta las colonias ibéricas en el Caribe y Sudamérica continental contribuyó en gran medida a las actividades económicas al margen de las plantaciones. Se enviaron esclavos a La Española, Cuba, América Central, Colombia, Venezuela y Brasil para que se hicieran cargo de la producción de materias primas como el cacao, el cuero, el maíz, el vino y las perlas; para que trabajasen en las minas de oro; en las granjas lecheras y de ganado en general; en los molinos textiles y las herrerías; como arrieros, vendedores callejeros o estibadores, así como en tareas que proporcionaban alimentos, ropas, cobijo y otros servicios a los entornos urbanos como la Ciudad de México, Lima, Cartagena, La Habana, Río de Janeiro y Buenos Aires.[2]

Aunque los esclavos podían encontrarse en un gran número de escenarios, la mayoría de los africanos que fueron llevados a las Américas

vivían y trabajaban en las plantaciones, que eran unas grandes fincas agrícolas, con suficientes hectáreas para cultivar materias primas que podían venderse a los consumidores europeos. El azúcar era el cultivo dominante en las plantaciones, y el pilar de las fincas explotadas por la mano de obra esclava en todo el Caribe y en Brasil, y también era un cultivo muy rentable en Luisiana. Otras de las materias primas importantes que se cultivaban en las plantaciones fueron el tabaco en Virginia y Maryland; el arroz en las zonas bajas de Carolina del Sur y Georgia; el café en Brasil y en algunas islas caribeñas, y el algodón en todos los estados del sur de Estados Unidos, desde las dos Carolinas hasta los estados situados al occidente de las mismas, hasta llegar al valle del río Misisipi y Texas. En algunas plantaciones americanas también se cultivaban el jengibre y el cacao.[3] Los productos tropicales producidos por los esclavos en las plantaciones estaban estrechamente relacionados con la comercialización de estas mercancías en Europa, donde respondían a la creciente demanda de nuevos alimentos y bebidas. Fue al principio de la era moderna, cuando empezaron a florecer las plantaciones, cuando los europeos adquirieron el gusto por las cosas dulces y el hábito de la nicotina.[4]

El complejo de las plantaciones, una vez llegó a su madurez, tenía diversas características interconectadas. En primer lugar, la mano de obra era básicamente esclava. Los hacendados, después de experimentar con nativos americanos esclavizados y con sirvientes contratados, se dieron cuenta de que para que las plantaciones fueran productivas necesitaban la permanente falta de libertad asociada con la esclavitud. En segundo lugar, la población de esclavos de la plantación no era autosuficiente: las elevadas tasas de mortalidad hacían que fueran necesarios los nuevos trabajadores esclavizados que les suministraba la trata de esclavos trasatlántica. En tercer lugar, las plantaciones eran explotaciones agrícolas a gran escala que precisaban desde cincuenta a varios centenares de trabajadores. Los propietarios proporcionaban el capital y el equipamiento y empleaban agentes para que organizasen y vigilasen a los esclavos. En cuarto lugar, las plantaciones otorgaban a los propietarios alguna forma de jurisdicción legal sobre las cargas de trabajo de sus esclavos: dichos propietarios determinaban las horas y las condiciones de trabajo, cómo se resolvían las disputas y se infligían los castigos. En quinto lugar, las plantaciones fueron creadas para abastecer a los

mercados lejanos (principalmente en Europa), con materias primas que satisfacían la creciente demanda de los consumidores, con lo que los hacendados se aseguraban los beneficios de sus inversiones. En sexto lugar, hasta el siglo XIX el control político sobre el complejo de las plantaciones residía en los centros metropolitanos de Inglaterra, Holanda, Francia, Portugal y España.[5]

Con independencia de la ubicación y del tipo de trabajo en las Américas, las circunstancias en las cuales vivían los esclavos estaban circunscritas por su estatus de bienes muebles cuya propiedad podía heredarse. Orlando Patterson afirmó que los esclavos vivían en un escenario de «muerte social», en el cual eran impotentes ante el control total que ejercían sus amos. La captura de esclavos en África y su venta en las Américas eran componentes importantes de esta muerte social porque reemplazaban las identidades originarias de los africanos con un nuevo estatus, el de ser esclavo. Este proceso se acentuaba porque a los esclavos se les cambiaba el nombre, se les marcaba y se les vestía de manera diferente según su nueva posición, y también porque la sociedad libre los rechazaba y les sometía a una falta total de libertad. En esta situación, todos los vínculos sociales resultaban superfluos a menos que los amos los consintiesen.[6] No obstante, este concepto de muerte social elaborado por Patterson merece ser revisado críticamente: describir a los esclavos como seres totalmente separados de sus circunstancias resta importancia a los recursos de los esclavos para actuar y luchar contra la alienación. La actuación de los esclavos se desarrollaba dentro de los límites estrictos de lo que podían lograr, pero sería incorrecto interpretar el trabajo y la vida de los esclavos como si los africanos y los criollos se limitasen a reaccionar pasivamente a los parámetros establecidos por sus amos.[7]

Todas las sociedades de esclavos trasatlánticas eran una mezcla de nativos africanos y criollos (es decir, los que habían nacido en las Américas). Los africanos predominaban en los destinos americanos y dependían principalmente del tráfico transatlántico para mantener sus niveles de población, lo que sobre todo sucedía en el Caribe, aunque con el tiempo los esclavos criollos se convirtieron en una parte cada vez más importante de la población esclava. Esto ocurrió sobre todo en las sociedades esclavistas que experimentaban un crecimiento demográfico positivo, como en Estados

Unidos y otras zonas de las Américas, después de que distintos gobiernos prohibiesen la importación de esclavos. Todos los esclavos en las Américas, fuera cual fuese su lugar de nacimiento, experimentaron paulatinamente un proceso de criollización; en otras palabras, un proceso mediante el cual sus raíces, costumbres y tareas en África se transformaron al ser llevadas al Nuevo Mundo. El ritmo y la naturaleza de la criollización fueron sumamente complejos y diversos en diferentes sociedades de esclavos, e implicaba la conservación de algunos aspectos del acervo africano de los esclavos y la adquisición de una nueva cultura a la que podríamos denominar afrocriolla o afroamericana. La medida en la que las etnicidades africanas se conservaron o convirtieron, en ese nuevo entorno, en culturas criollas es una cuestión muy debatida entre los historiadores.[8]

Por qué los africanos se convirtieron en esclavos

La adopción a gran escala de mano de obra africana en las plantaciones americanas fue, en gran medida, el resultado de la conjunción de diversas ramas del tráfico de esclavos internacional financiado y organizado por los comerciantes europeos, norteamericanos y brasileños. Pero no solo el suministro regular de esclavos africanos fue el responsable de la utilización de los africanos como esclavos, a cuya estela se produjo una transformación racial de la población de las Américas, sino que también hay que tener en cuenta las razones sociales y culturales. Las actitudes de los europeos hacia los africanos en la temprana modernidad reflejaban, en parte, un etnocentrismo y una xenofobia generalizada hacia los «otros». Algunos ingleses, por ejemplo, miraban con recelo a los judíos y muy a menudo contemplaban a los católicos irlandeses y a los escoceses de las Tierras Altas con hostilidad o con un odio manifiesto. Sin embargo, ninguno de estos grupos fue esclavizado. Por tanto, la esclavización de los africanos fue algo más que mero etnocentrismo: consistía en un prejuicio racial. La negritud, en términos de color de piel, tenía unas connotaciones negativas para muchos europeos a principios de la modernidad (aunque probablemente estas connotaciones eran mucho menos patentes en Portugal y en España, países

que desde hacía mucho tiempo tenían un contacto regular con los africanos, que en Norteamérica).[9]

La negritud sugería algún tipo de relación con el diablo. También se asociaba a los africanos con que, en la Biblia, en el apartado noveno del libro el Génesis, Noé maldice a los hijos de Cam, aunque en este pasaje, comprendido en los versículos 18-27, no se menciona en absoluto a los negros.[10] Se sabía que los negros eran paganos, por lo cual muchos cristianos de la Europa Occidental les consideraban unos bárbaros, y eran temidos por su supuesta lujuria y salvajismo. Los africanos fueron estigmatizados porque eran muy distintos de los europeos, tanto en su fisiognomía, sus gestos, sus lenguajes, sus indumentarias como sus conductas. En resumen, en los siglos XVI y XVII surgió una amalgama de actitudes negativas que conformaron los prejuicios raciales hacia los africanos.[11] Que estas características socioculturales de los africanos fueron relevantes para que se decidiera esclavizarlos refleja que los imperios coloniales europeos no contemplaban la esclavización de los blancos.[12]

Estas actitudes se vieron reforzadas por la tolerancia generalizada ante la esclavitud propia de los europeos de los siglos XVI y XVII. Las naciones europeas que se dedicaban a este tráfico sabían que la esclavitud existía en las sociedades humanas desde la Antigüedad; que diversos pasajes de las Escrituras aprobaban la existencia de sociedades esclavistas; y que, en general, las clases cultas aceptaban la esclavitud. Aunque algunas voces disidentes manifestaban su preocupación por las implicaciones morales de esclavizar a otras personas, importantes juristas europeos como Hugo Grocio no cuestionaban la existencia de la esclavitud.[13] John Locke, el filósofo de la libertad, subrayaba la naturaleza de las obligaciones contractuales entre gobernantes y gobernados, y el derecho natural de los gobernados a retirar su consentimiento si se les gobernaba de manera injusta. Pero los esclavos estaban explícitamente excluidos de esta teoría contractual. Las razones por las cuales Locke y otros defensores de las teorías de los derechos naturales aprobaban la esclavitud eran que, al parecer, consideraban que esta era una floreciente institución africana.[14] Los esclavos eran una de las principales fuentes de riqueza en África, donde había prosperado un gran tráfico islámico de esclavos varios siglos antes de que los comerciantes europeos participasen en el mismo. Por ello, los intelectuales europeos tenían una

opinión clara sobre la trata de esclavos, porque muchos africanos ya habían malvendido su libertad antes de caer en manos de los capitanes de los barcos en la costa del África Occidental.[15]

Las percepciones negativas sobre los negros africanos, sumadas a una prácticamente inexistente postura antiesclavista, crearon una perspectiva cultural en virtud de la cual los tratantes europeos y los colonos del Nuevo Mundo no tenían ningún reparo moral para esclavizar a seres humanos. Otros factores explican por qué los europeos recurrieron a los africanos como mano de obra a gran escala para las plantaciones. Uno de ellos es que todos los estados europeos implicados en la trata de esclavos poseían unas sólidas administraciones centralizadas y una gran capacidad militar. A principios de la modernidad muchas veces entablaron guerras unos contra otros, aunque la centralización estatal y las amenazas militares hicieron que las potencias europeas individuales se abstuvieran de capturar y vender los súbditos de las demás. Quizá los factores políticos fueron tan importantes como las actitudes culturales a la hora de explicar por qué los cautivos europeos no eran la solución a las demandas de mano de obra de las plantaciones americanas.[16]

Una segunda razón importante por la cual los hacendados recurrieron a la fuerza de trabajo africana consiste en que solo los trabajadores que sufrían una falta absoluta de libertad podían ser obligados a arrostrar los rigores de semejante tarea, proporcionando así la mano de obra para las plantaciones. Los europeos pensaban que, para ser productivas, las plantaciones exigían una falta de libertad permanente y que la mano de obra fuese una propiedad heredable. Durante los siglos XVI y XVII los europeos pensaban que la esclavitud era una institución que solo era aplicable a los no europeos.[17] Las sociedades europeas consideraban que los africanos eran foráneos y que, por tanto, se les podía esclavizar. Cabe señalar que los africanos esclavizados en las Américas se originaron al margen de los grupos responsables de su esclavización.[18]

En la mayoría de las zonas americanas en cuyas plantaciones se estableció la esclavitud, los africanos no fueron la primera opción. En general, los colonos coaccionaban a los nativos americanos para que trabajasen en el cultivo de las materias primas o bien empleaban a trabajadores europeos como sirvientes contratados o *engagés*. Sin embargo, los intentos para persuadir u obligar a los nativos americanos a que

trabajasen en las plantaciones norteamericanas fracasaron, aunque en Bahía la mano de obra fue fundamentalmente india hasta principios del siglo XVII y en Hispanoamérica la mano de obra en Potosí (Bolivia) fue india durante todo el periodo colonial.[19]

Los indios no estaban acostumbrados al tipo de trabajo que se exigía en las plantaciones. Además, su conocimiento del terreno hacía difícil confinarlos en ese sistema de cultivo de la tierra y de las cosechas. También había un grave problema demográfico. En Norteamérica cada cierto tiempo se producían epidemias, a consecuencia de las cuales muchos nativos americanos enfermaban o morían a causa de la tuberculosis, la neumonía, la gripe, la peste, el sarampión, la escarlatina, la viruela o la malaria, enfermedades que se propagaban a través del contacto con personas procedentes de un entorno en el que prevalecían distintas enfermedades en todo el Atlántico.[20] La propagación de las enfermedades debida al contacto con los europeos tuvo un impacto similar, aún más devastador, en los nativos caribes de las Indias Occidentales.[21] Los grupos nativos norteamericanos también se enfrentaron con una violenta resistencia armada a los colonos que invadían sus tierras, demostrando que era muy difícil someterles, lo cual dificultaba su esclavización.[22] No obstante, de no haber existido los nativos americanos, el recurso a los africanos esclavizados para que trabajasen en las plantaciones aún se hubiera implantado con mayor rapidez.[23] En Hispanoamérica, la situación era diferente: los trabajos forzados de los indígenas en las encomiendas y los repartimientos eran algo habitual y, a finales del siglo XVII, los hombres y mujeres indígenas y los mestizos (las personas con mezcla de razas de origen europeo-americano) generaron una tasa positiva de crecimiento de la población.[24]

Los sirvientes blancos contratados también podían formar parte de la mano de obra de las plantaciones. Eran emigrantes que habían firmado un contrato de trabajo por un número determinado de años para financiar su viaje en barco hacia el Nuevo Mundo. Tales trabajadores podían, como así hicieron, arrostrar el trabajo en las plantaciones, pero no eran una solución permanente al problema de la mano de obra. Cuando el plazo de su contrato (que, en general, era de cuatro, cinco o siete años) llegaba a su fin, pasaban a ser personas independientes, y la posesión de los derechos legales les permitía negociar su categoría contractual en los tribunales. Por otra parte, en

el caso de Inglaterra, el suministro de estos trabajadores disminuyó a finales del siglo XVII, una época en la que la población inglesa experimentó una fase de estancamiento y de mejora de la situación económica interna. Los costes de obligar a los africanos a trabajar en la producción de materias primas eran menores que los de intentar disciplinar a una mano de obra compuesta por sirvientes blancos poco dispuestos a desempeñar las mismas tareas. Sin embargo, las transiciones desde el empleo de sirvientes hasta el despliegue de esclavos en las plantaciones de las distintas colonias duraron varios años. El ritmo del cambio varió considerablemente. En Barbados, el cambio en la composición de la mano de obra esclava se produjo de manera relativamente rápida en la década de 1640, mientras que en Chesapeake esta misma transición duró cuatro décadas, entre 1680 y 1720. Las diferentes cronologías de estas transiciones pueden explicarse de distintas maneras, pero un factor crucial fue la disponibilidad del suministro de esclavos en territorios concretos.[25]

La demografía de la población esclava

La composición demográfica de la población esclava conformó los parámetros de la vida de sus integrantes. Las ratios de sexo, grupos de edad y la proporción relativa de esclavos africanos y criollos influyó en las ratios reproductivas, la formación de familias y la cultura negra. Si bien la proporción relativa de hombres y mujeres en la trata de esclavos atlántica varió a lo largo del tiempo y en cada región, en líneas generales existía un desequilibrio demográfico. Había más hombres que mujeres, a menudo en una proporción de dos a uno. Ello se debía a que en África las mujeres eran muy apreciadas como trabajadores y como elementos vitales para la reproducción, y por tanto se las retenía en las sociedades africanas. Al principio, los compradores del otro lado del Atlántico pedían que los esclavos fuesen hombres adultos, preferiblemente jóvenes, sanos y buenos trabajadores. No fue hasta después de 1800 que la rápida expansión del cultivo del azúcar aumentó la demanda de mano de obra complementaria, lo cual provocó un incremento importante del número de niños africanos que cruzaban el Atlántico.[26]

Además de la desproporción entre hombres y mujeres, otros muchos factores afectaron a la capacidad reproductiva de los africanos llevados a las Américas. Muchos esclavos desembarcaban en el Nuevo Mundo muy debilitados por las enfermedades y las penalidades sufridas durante la travesía del Atlántico. El choque epidemiológico experimentado por las personas que entraban a un nuevo continente y a un entorno con enfermedades desconocidas para ellos tendía a producir unas tasas de mortalidad superiores a la media. Una proporción importante de las mujeres adultas esclavas ya tenían una edad avanzada para procrear. Las tasas reproductivas entre la población esclava de las Américas estaba relacionada con la proporción de africanos y criollos en una colonia. El predominio de esclavos criollos en una colonia producía una proporción más equilibrada en cuanto a los sexos que en las colonias en las que la mayoría de esclavos eran africanos. En este último caso, lo que causó el desequilibrio de géneros fue la mayor afluencia de hombres que de mujeres esclavas. Los esclavos criollos tenían otras ventajas demográficas sobre los africanos: los nacimientos se producían cuando las mujeres eran más jóvenes, la adaptación a un nuevo tipo de enfermedades no era problemática y, por tanto, se aumentó la fertilidad y disminuyó la mortalidad. Los esclavos africanos en el nuevo mundo experimentaban unas tasas de mortalidad más altas relacionadas con la edad y unos índices de fertilidad inferiores a los de los esclavos criollos.[27]

Las sociedades esclavistas en las Américas tuvieron distintas experiencias demográficas. En 1650, en México las tasas de reproducción de las personas de ascendencia totalmente indígena o mixta también fueron positivas. En Cuba, durante el apogeo del cultivo del azúcar en el siglo XIX, los índices de crecimiento natural entre los esclavos y las personas de color libres también aumentaron.[28] El de Estados Unidos fue otro de los sistemas esclavistas a gran escala en los que la que la población esclava aumentó considerablemente mediante la reproducción natural.[29] Cuando estalló la guerra de la Independencia americana solo el 20 % de los esclavos en las trece colonias de la Norteamérica británica eran oriundos de África. Por tanto, el crecimiento demográfico de los negros estadounidenses desde el siglo XVIII en adelante se basó principalmente en la reproducción entre los criollos.[30] La situación era distinta en otras zonas de las Américas. Los

altos índices de mortalidad entre los africanos importados significaban que las poblaciones esclavas en muchas islas caribeñas y en Brasil dependían de la continua afluencia de esclavos recién importados. Así, por ejemplo, Jamaica no tuvo una mayoría criolla hasta 1840.[31] A lo largo de la América española y portuguesa el número de muertes entre los esclavos superaba al de los nacimientos, sobre todo en las plantaciones, y la mortalidad infantil era indefectiblemente alta, alcanzando entre un 25 o 30 % de todos los niños esclavos menores de ocho años nacidos en el campo brasileño a principios de la década de 1870.[32] Las altas tasas de mortalidad, sobre todo entre los lactantes y los niños pequeños en el Caribe y Brasil, hicieron que el crecimiento natural de las poblaciones de esclavos fuera muy difícil. Los niños nacidos en África no tenían las defensas inmunitarias ante las enfermedades que los niños criollos heredaban de sus padres.[33]

El espacio nos impide tratar a fondo las distintas experiencias demográficas de todas las sociedades de las Américas, pero es instructivo comparar el crecimiento positivo de las poblaciones esclavas en Norteamérica y la caída de los niveles demográficos de muchas colonias azucareras caribeñas. En América del Norte las enfermedades se manifestaban con menor virulencia que en las condiciones tropicales del Caribe. El régimen de trabajo que exigían las plantaciones de tabaco y de arroz, y aún más en las dispersas comunidades negras del norte de Maryland, eran menos opresivas que el del cultivo de la caña de azúcar. La posibilidad de que los esclavos criollos en Norteamérica adoptasen las prácticas de crianza europeas puede haber contribuido a la reproducción de la población negra en Chesapeake y en las tierras bajas. Tales prácticas fomentaron que la lactancia de los bebés durase como máximo un año, a diferencia de las esclavas africanas en el Caribe británico, que amamantaban a sus hijos durante dos o tres años. Se considera que la reducción de los periodos de amamantamiento propició la reanudación de la lactancia y contribuyó a que en Norteamérica los nacimientos fueran menos espaciados que en las Indias Occidentales.[34] La reproducción contó con otro factor favorable. A medida que la población esclava empezó a reproducirse en Chesapeake, las Carolinas y Georgia, allá por el año 1750, las esclavas criollas empezaron a tener hijos a más temprana edad que sus homólogas africanas, con lo que su periodo

reproductivo era más largo que el de las mujeres nacidas en África, cuyo periodo reproductivo solía ser más corto.[35]

Al parecer, el estatus nutricional de los esclavos en Norteamérica fue un factor crucial que contribuyó a aumentar su tasa de fertilidad. La mayoría de ellos, en Chesapeake y las tierras bajas, se alimentaban a base de maíz, complementado con vegetales, un poco de carne, agua y raciones de ron, así como de la comida que conseguían en los límites de las plantaciones.[36] Durante el siglo XIX, la ingesta diaria de los esclavos en el sur algodonero era más nutritiva que la de muchos de sus homólogos en América Latina y en el Caribe. La mejor alimentación hacía que las tasas de natalidad de los esclavos en Estados Unidos fueran superiores a las de cualquier otro lugar de las Américas, que sus hijos pesaran más y estuvieran más sanos al nacer. Por tanto, los niños esclavos en el sur estadounidense tenían muchas más probabilidades de sobrevivir a los primeros meses de vida, cuando eran más vulnerables, que los bebés nacidos en Cuba, Jamaica o Brasil. Los estudios sobre la altura de los esclavos adultos en Estados Unidos demostraron que, como promedio, dichos esclavos eran más altos que en cualquier lugar de África o en el Caribe británico. Este es otro indicio de que los esclavos que vivían en Estados Unidos se beneficiaron de unas dietas nutritivas.[37] Los historiadores no acaban de ponerse de acuerdo sobre si los hacendados del sur americano practicaban una especie de cría sistemática de esclavos para aumentar su población esclavizada.[38]

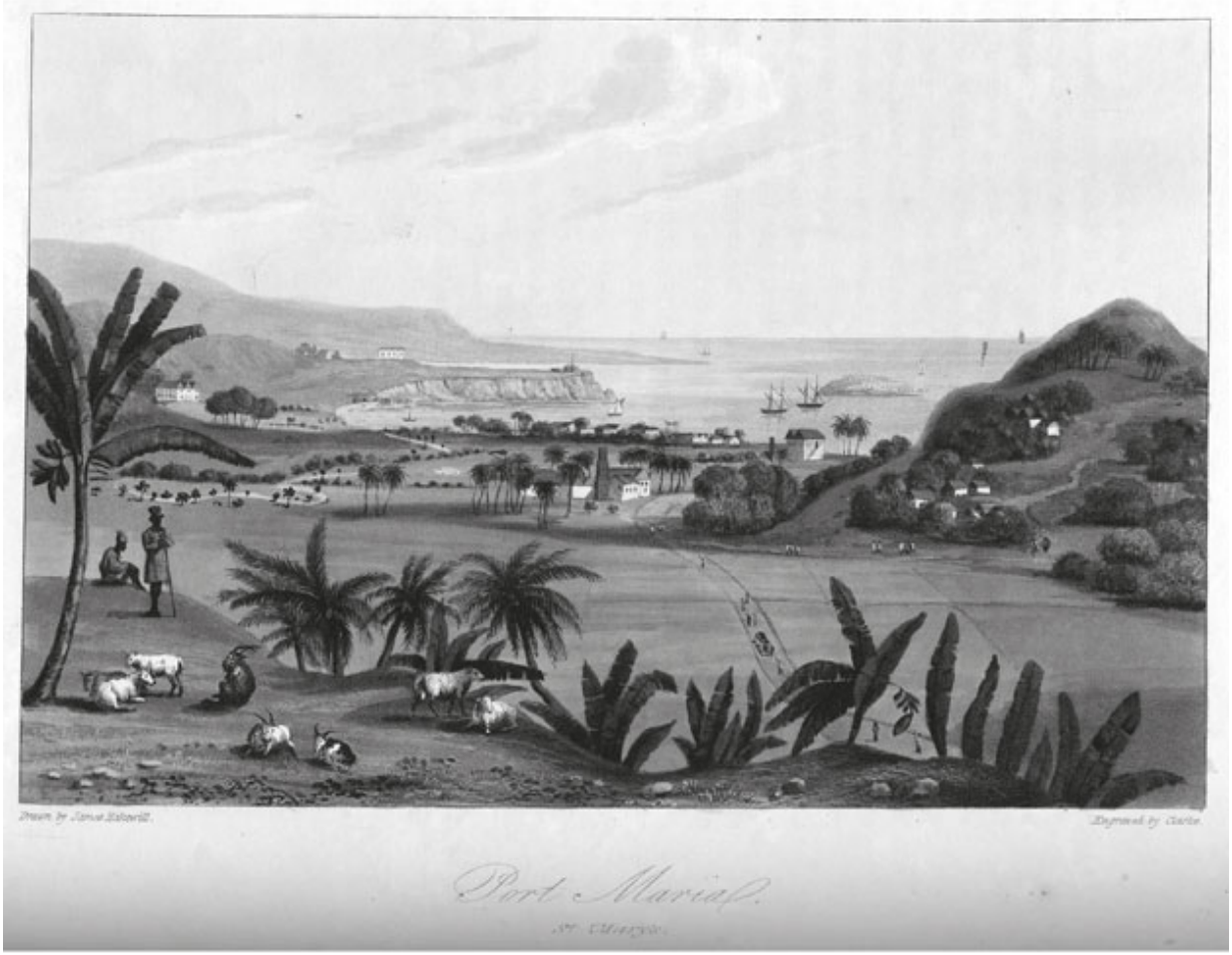


FIG. 9. Plantación azucarera, Puerto María, Jamaica, 1820-1821.

Por el contrario, la experiencia demográfica en muchas colonias azucareras caribeñas fue la de una constante lucha por la supervivencia. A lo largo del siglo XVIII la población esclava en esas islas dependía en gran medida de las nuevas importaciones. Los esclavos de las plantaciones azucareras presentaban una tasa de mortalidad más elevada que la de los esclavos que trabajaban en la producción de cualquier otro cultivo. Por ello, la tasa de mortalidad en las plantaciones de la Jamaica de principios del siglo XIX fue mucho más alta que la de los cafetales o las explotaciones ganaderas.[39] En Trinidad, durante el mismo periodo, murieron tres veces más hombres adultos en las plantaciones azucareras que en las algodoneras.[40]

La elevada mortalidad también era habitual entre los esclavos que se dedicaban a cultivar el azúcar en Luisiana, Cuba y Brasil. Plantar y cultivar

la caña de azúcar era el trabajo manual más exigente físicamente que se realizaba en las plantaciones. Sin embargo, aún sigue debatiéndose si la relación entre el cultivo del azúcar y la elevada mortalidad era, fundamentalmente, el resultado del entorno medioambiental del cultivo del azúcar o si el factor más importante fue la intensidad del trabajo, aunque, naturalmente, ambos factores no son mutuamente excluyentes.[41]

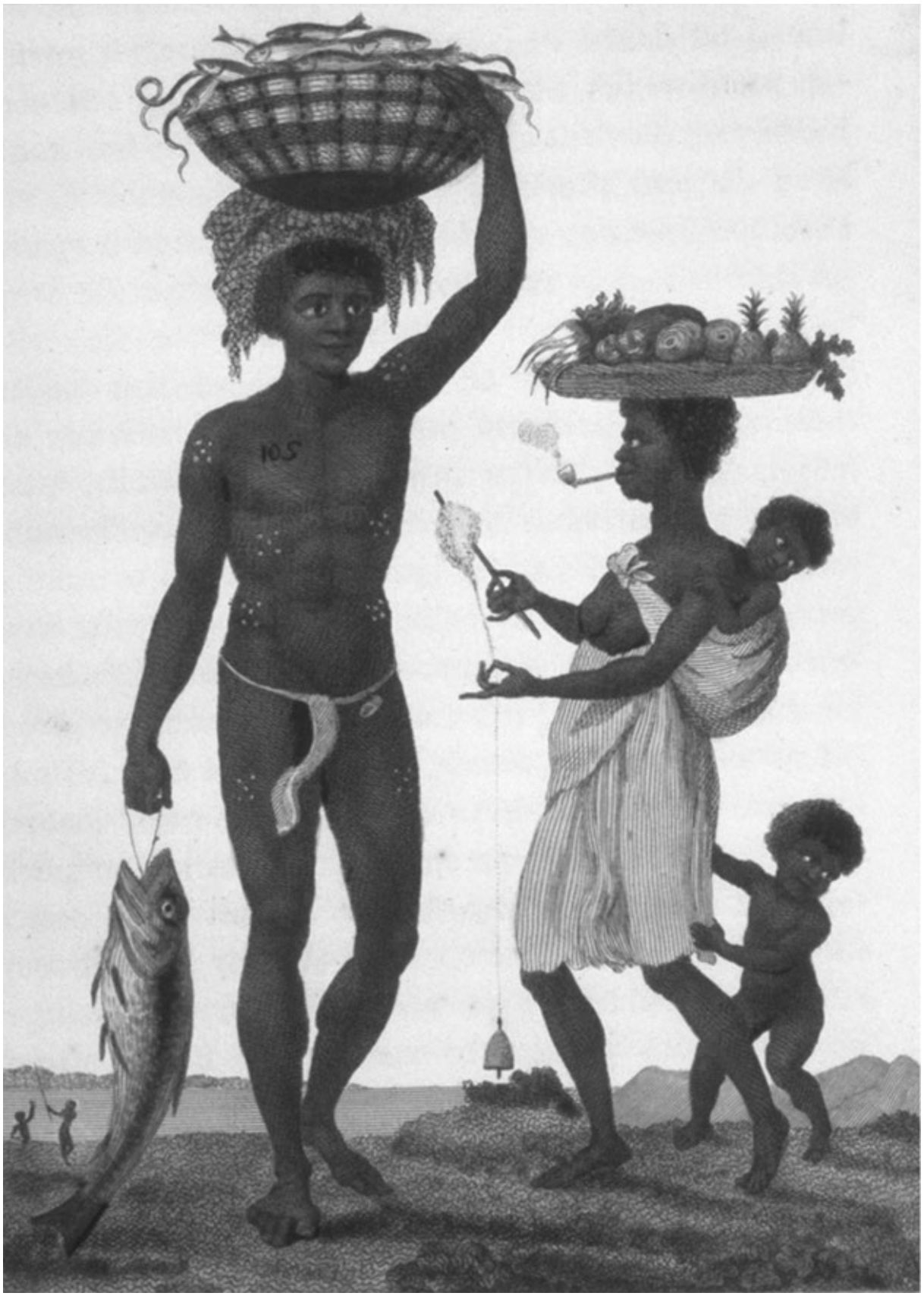

105

FIG. 10. Familia de esclavos africanos de Loango, Surinam, década de 1770.

La reproducción de los esclavos estaba íntimamente relacionada con las vidas materiales y el trabajo en cautividad. En la mayoría de las islas de las Indias Occidentales los esclavos tenían que cultivar sus propias provisiones para alimentarse, pues los amos no se las proporcionaban. Las estimaciones sobre las calorías diarias que ingerían indican que los esclavos caribeños recibían menos energía de la necesaria para realizar las pesadas tareas de los cañaverales y de los ingenios azucareros de las plantaciones.[42] Las condiciones de trabajo de los esclavos exacerbaban el problema nutricional. El duro trabajo en el campo se cobró un caro peaje, especialmente entre las esclavas, pues había más mujeres que hombres en las cuadrillas que trabajaban en el campo y realizaban el trabajo más extenuante. Habitualmente, las mujeres embarazadas que trabajaban en los cañamelares solo abandonaban su tarea seis semanas antes del parto; e inevitablemente reanudaban su labor, acompañadas por sus hijos, tres semanas después del nacimiento del bebé.[43] En zonas productoras de azúcar como Luisiana, Brasil y el Caribe se produjo una combinación letal de escasa ingesta calórica, un trabajo físico extenuante, de cortos periodos de ovulación y de desequilibrio hormonal entre las mujeres fértiles; una combinación que redujo la reproducción.[44]

La mortalidad también fue un factor que incidió notablemente en los problemas demográficos de la población esclava del Caribe británico. La mortalidad fetal, neonatal e infantil era considerablemente elevada; los niños esclavos que sobrevivían hasta llegar a adultos no bastaban. Muchas enfermedades graves, como el tétanos, el trismo y el beriberi, afectaban las probabilidades de supervivencia de los niños. Probablemente el tétanos fue la causa de una quinta parte de la mortalidad total de los esclavos.[45] Las discapacidades y las enfermedades también eran comunes entre los esclavos adultos en el Caribe. Muchos esclavos sufrieron disentería, hidropesía, fiebres y enfermedades de los sistemas digestivo y nervioso. El pian, una forma no venérea de sífilis, dejó su marca en los cuerpos de los esclavos en forma de bubas inflamadas.[46] La única enfermedad grave que se controló a principios del siglo XIX en el Caribe fue la viruela. El conocimiento empírico

de la cuarentena, la inoculación y la vacunación ayudaron a contener los brotes de viruela, pero solo Jamaica (1813) y Trinidad (en 1819), entre todas las colonias azucareras británicas, dispusieron de establecimientos para vacunar a la población antes de la emancipación de los esclavos.[47]

La vida familiar de los esclavos

La vida familiar era uno de los elementos principales mediante los cuales los esclavos procuraban su supervivencia, pues les proporcionaba uno de los pocos medios que les permitían crear una existencia privada e independiente de sus amos. Pero la vida familiar era difícil de mantener porque muchos aspectos de la esclavitud trasatlántica eran contrarios a la creación de familias. A los africanos no se les importaba en grupos familiares. Muchos de ellos experimentaron una secuencia de fracturas en sus vidas personales; a menudo habían sido arrancados de sus familias en África, trasladados en contra de su voluntad a la costa africana y después vendidos en las Américas sin que los tratantes se preocupasen de si estos esclavos tenían vínculos familiares pasados o presentes. La falta de poder y de capital de los esclavos de las plantaciones, las largas y duras jornadas de trabajo y la brutalidad de los blancos también eran un obstáculo para la vida familiar. Además, los encargados y supervisores de las haciendas separaron deliberadamente a las familias tomando amantes negras, practicando el mestizaje, y disgregándolas cada tanto, comprando o vendiendo esclavos a otras plantaciones. El apareamiento interracial empezó a producirse después de que los primeros africanos llegaron a América y, con el tiempo, fue el principal desencadenante de la hibridación de la población afroamericana.[48]

Los estudios modernos han demostrado que la familia nuclear era el tipo de unidad doméstica preferida por los esclavos de las Indias Occidentales británicas. La proporción de esclavos que vivían en dicha unidad era distinta en cada isla. En 1813, el censo elaborado en Trinidad mostró que el 53 % de los esclavos vivía en familias nucleares. En 1796, el 90 % de los esclavos en la hacienda de Newton, en Barbados, vivían en familias nucleares, al igual que el 70 % de los esclavos en la hacienda de Montpelier, en Jamaica, en 1825. En 1821 y 1822, el 54 % de los esclavos bahameños vivían en familias

nucleares sencillas. Los demás esclavos en estas y otras islas caribeñas vivían en diversos grupos familiares, aunque relativamente pocos —menos de un 10 % de los esclavos en Jamaica y Trinidad, por ejemplo— vivían en hogares con familias extensas.[49] Aunque no dispongamos de pruebas concluyentes, podemos afirmar que el hogar individual equivalía a una agrupación familiar y no a una comunidad en la que imperaba la poliginia.

En Norteamérica muchos esclavos fundaban familias estables, lo cual no consiguieron sin conflictos. Durante los periodos de las grandes migraciones africanas a las colonias sureñas, la formación de familias fue muy difícil, pues los esclavos tenían que buscar esposa fuera de sus plantaciones. Estas características de la vida familiar se transformaron cuando los criollos empezaron a predominar entre la población negra esclavizada. Las familias criollas en Chesapeake eran, principalmente, familias biparentales y extensas, y hay pocas pruebas de que se practicase la poliginia derivada de las costumbres africanas. Los matrimonios de esclavos no tenían validez legal, aunque pese a ello los hombres y mujeres esclavos que vivían en pareja se consideraban maridos y esposas. Algunas veces estas relaciones se daban en plantaciones concretas en las que trabajaban ambas personas, pero no era inusual que las relaciones íntimas de los esclavos se produjeran entre personas que trabajaban en distintas plantaciones.[50]

La vida familiar de los esclavos de Carolina del Sur era precaria a principios del siglo XVIII. Hombres y mujeres cambiaban de pareja a menudo. No obstante, a partir de la década de 1740, las posibilidades de que estos esclavos formasen una familia aumentaron, porque su tasa de mortalidad disminuía y las ratios de sexos empezaron a equilibrarse.[51] En el periodo anterior a la guerra casi un tercio de los esclavos que vivían en las plantaciones de Carolina del Sur vivían con parejas que trabajaban en otras haciendas. Pese a las dificultades de los desplazamientos y del escaso tiempo que podían pasar juntos, estas relaciones solían ser permanentes y firmemente salvaguardadas por sus integrantes.[52] En términos generales, durante el periodo anterior a la guerra los esclavos sureños valoraban mucho estos lazos familiares, y las parejas, tanto si estaban casadas como si vivían en régimen de cohabitación, forjaban vínculos muy estrechos, tenían familias extensas y multigeneracionales y relaciones de parentesco.[53]

El matrimonio entre esclavos y las relaciones familiares eran algo generalizado en todo el Brasil colonial. Como correspondía a una nación impregnada por el catolicismo, los esclavos y los negros libres mantenían relaciones estrechas con sus padres, abuelos, hijos, hijas, primos y padrinos. Aunque algunos historiadores han sostenido que en ese país las esclavas eran poco fértiles y el número de matrimonios bajo, investigaciones más recientes sostienen firmemente lo contrario; es decir, que las esclavas eran muy fértiles y los matrimonios mucho más numerosos de lo que se pensaba.[54] Las familias nucleares y extensas predominaron en las grandes plantaciones brasileñas, debido principalmente a que los matrimonios aumentaron en paralelo al número de esclavos. Por su propia naturaleza, las grandes unidades familiares ofrecían más oportunidades para las relaciones íntimas permanentes y el matrimonio que las unidades más pequeñas.[55] El estudio del caso de una gran plantación en Brasil en 1791 ha demostrado que la mayoría de esclavos vivían en unidades familiares independientes creadas por maridos y esposas.[56] En las ciudades brasileñas, como Río de Janeiro, la formación de familias esclavas era mucho más difícil debido al desequilibrio de la ratio de sexos creada por el tráfico transatlántico de esclavos, a que los amos eran reacios a los matrimonios, y a que a los esclavos les resultaba muy difícil encontrar cobijo para las parejas casadas.[57]

La situación en Cuba no se ha estudiado tan detenidamente, pero hay pruebas que demuestran que las familias nucleares y las relaciones de parentesco también prevalecieron en la isla, al igual que lo hicieron en todas las Américas.[58] Sin embargo, la vida familiar de los esclavos en la isla era complicada, porque las relaciones entre los esclavos, los hombres y mujeres libres y la población blanca eran comunes, de manera que a menudo las familias no constituían hogares de esclavos o regímenes domésticos libres. En las últimas décadas de la esclavitud era normal que las familias cubanas fueran transversales; es decir, que tuvieran miembros de distintos colectivos raciales. Así pues, en Cuba la reproducción social seguía las normas raciales pero nunca de una manera rígida. La construcción de familias cubanas en la era de la esclavitud dejó en la identidad cubana una mezcla racial basada en la aceptación de la ascendencia africana.[59]

El trabajo en las plantaciones

Para los amos blancos el trabajo productivo era la principal *raison d'être* para importar y emplear africanos esclavizados en el Nuevo Mundo. Los esclavos pasaban prácticamente todas las horas del día, al menos seis días a la semana, trabajando para sus amos sin recibir a cambio ningún salario. El trabajo en las plantaciones comprendía una amplia gama de tareas, que requerían diferentes niveles de destreza, aunque las que predominaban eran las tareas agrícolas. Normalmente todas estas actividades se realizaban bajo la dirección de un capataz blanco, que organizaba los turnos de trabajo y las rutinas, asegurando el mantenimiento de los niveles de producción. El capataz informaba de todas las incidencias a los directores de las fincas, quienes a su vez informaban a los propietarios o bien, en el caso de los terratenientes absentistas, a sus apoderados. Por debajo del capataz estaban los esclavos negros encargados de controlar el trabajo que el resto de esclavos realizaba cada hora, y actuaban como intermediarios entre el personal de élite blanco de la finca y los esclavos del campo. Algunos esclavos trabajaban como carpinteros o pescadores; otros estaban cualificados para trabajar en los molinos o en otras factorías de una plantación. Aunque los esclavos trabajaban duramente en cualquier parte, la naturaleza del trabajo variaba según el tipo de cultivo.[60]

FIG. 11. Esclavos de una plantación yendo a trabajar, Surinam, *c.* 1831.

El cultivo del tabaco implicaba un trabajo regular y monótono durante un ciclo estacional que duraba desde principios de año hasta el otoño. El trabajo en cuadrillas caracterizaba la mayor parte de las áreas realizadas en las plantaciones tabaqueras de Chesapeake. Bajo este sistema, los esclavos trabajaban en grupo de entre nueve y doce personas. Su ritmo de trabajo lo determinaba el jefe de la cuadrilla, un capataz negro, bajo la mirada vigilante de un supervisor blanco. El trabajo en cuadrillas maximizaba la productividad para los hacendados. Pero para los esclavos el trabajo en los tabacales era muy pesado por dos razones. Una era que el tabaco era un cultivo que degradaba el suelo a intervalos regulares; en general solo podía cultivarse en el mismo terreno durante tres años consecutivos antes de que los esclavos tuvieran que acondicionar nuevas tierras. La segunda razón era que el cultivo del tabaco se trasladó desde las marismas hacia el interior, en

las zonas accidentadas y empinadas de Chesapeake, el trabajo de los esclavos fue aún más duro porque tenían que limpiar zonas boscosas, trabajar la tierra con la azada y plantar nuevas cosechas.[61]

Las tareas de los esclavos en las plantaciones de arroz en las tierras bajas seguían unas pautas distintas. El método normal de trabajo en las fincas de Carolina del Sur y Georgia consistía en una actividad supervisada por un vigilante blanco o un capataz negro, denominado el controlador, o bien por ambos. El propietario o el director asignaban a los esclavos las tareas concretas que tenían que realizar diariamente. Una vez terminadas, los esclavos podían dejar de trabajar ese día y dedicarse a sus propias actividades en la plantación. Este sistema era ventajoso para los propietarios, porque diariamente podían calcular la cantidad y calidad del trabajo realizado.[62]

El trabajo a destajo se empleaba en todas las fases de la producción arrocera. Para los esclavos este tipo de trabajo era bastante ventajoso, pues podían realizar las tareas que se les encomendaban diariamente a su propio ritmo, y los trabajadores diligentes procuraban terminar su tarea a primera hora de la tarde. De esta manera, eran responsables de su propio trabajo y podían adaptar sus prácticas laborales sin demasiadas interferencias directas. Pese a todo, el cultivo del arroz era una forma de trabajo ardua e insana que se llevaba a cabo en zonas cenagosas plagadas de insectos, sobre todo de mosquitos, y de reptiles. El clima subtropical, caliente y húmedo a la vez, con un sol abrasador y unas lluvias torrenciales, hacía que los veranos de Carolina del Sur y de Georgia fueran sofocantes. Los esclavos realizaban grandes esfuerzos construyendo diques y terraplenes en los campos irrigados, limpiando las zanjas y cavando las canalizaciones entre los ríos y las ciénagas. A menudo surgían disputas entre los esclavos y sus superiores blancos acerca del tiempo necesario para terminar determinadas tareas.[63]

Las plantaciones algodoneras en el sur de Estados Unidos aplicaban una rutina de trabajo anual que mantenía a los esclavos constantemente ocupados. En enero y febrero se terminaba la recolección del algodón y las balas eran prensadas y arrastradas en vagones hacia los lugares de embarque. Las nuevas semillas de algodón se plantaban en marzo y abril, cuando los campos de maíz adyacentes eran arados y trabajados con las azadas. Entre mayo y agosto se producían las labores de despunte y aclareo; se eliminaban las hierbas y los hierbajos con la azada, se preparaba el terreno, se reparaban las

plantaciones y se cortaban las hojas de los tallos del maíz. Desde septiembre hasta diciembre se recolectaba el algodón, se pasaba por la desmontadora, se prensaba y se enviaba; se limpiaban las zanjas y se reparaban las vallas; se cortaba y transportaba madera, y se acondicionaban nuevas tierras para el ciclo productivo del año siguiente. Para la producción del algodón muchos hacendados combinaban las cuadrillas con el trabajo a destajo. La elección entre estos dos tipos de organización del trabajo dependía de la naturaleza del mismo. Así, era normal que los que araban fueran en cuadrillas y que a los que trabajaban con azadones se les asignase diariamente un número determinado de hileras para que hicieran los surcos. En los campos de algodón muchos esclavos tenían experiencia en ambos sistemas de rutina laboral.[64]

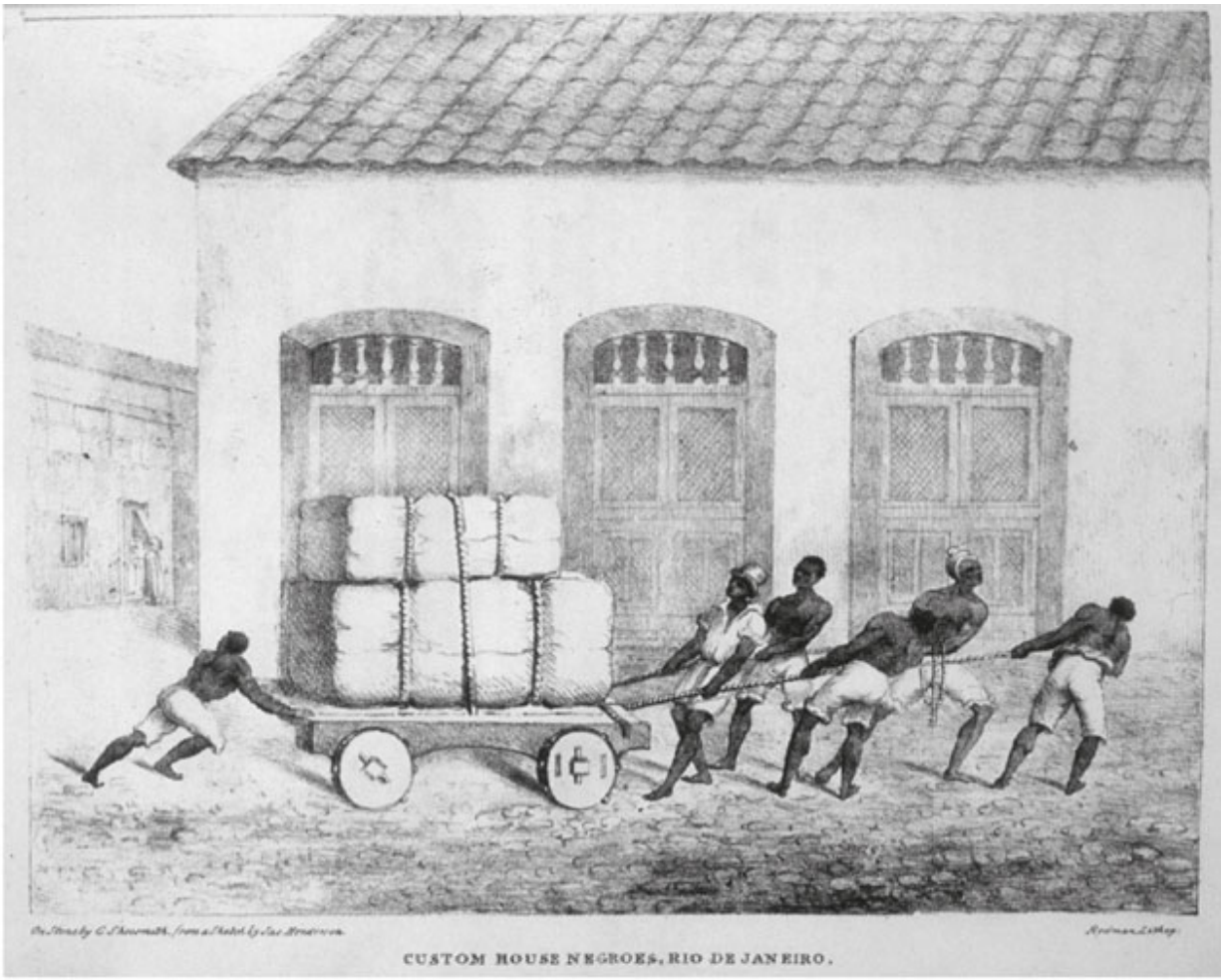


FIG. 12. Esclavos arrastrando una vagoneta, Brasil.

El trabajo en las plantaciones azucareras del Caribe y de Brasil solía realizarse en cuadrillas, aunque algunas tareas también se realizaban a destajo. Este fue especialmente el caso en las Indias Occidentales británicas después de que el gobierno inglés pusiera en práctica políticas de mejora a partir de 1823. Normalmente una finca azucarera disponía de tres cuadrillas. La primera de ellas (a la que solía denominarse la cuadrilla grande) se ocupaba del trabajo más duro desde el punto de vista físico. Los esclavos que trabajaban en ella cavaban los hoyos para la caña, cortaban las cañas maduras, las cargaban en carros y las transportaban a los ingenios azucareros, lo cual resultaba un trabajo agotador en un clima tropical. La segunda cuadrilla era responsable de tareas menos pesadas, como retirar la hojarasca de los cañamelares, recoger y amontonar el estiércol, desbrozar las cañas jóvenes y trillar las delgadas. Esta era una cuadrilla mixta de hombres y mujeres, que contaba con la ayuda de algunos adolescentes. La tercera cuadrilla ayudaba a recoger los desperdicios en los cañamelares y a tirar el estiércol en los hoyos para la caña. Las cuadrillas trabajaban con una precisión militar en filas paralelas, vigilados por un capataz negro y un supervisor blanco. Los supervisores extraían la máxima productividad de los esclavos durante la recolección de la cosecha.[65]

La esclavitud y el derecho

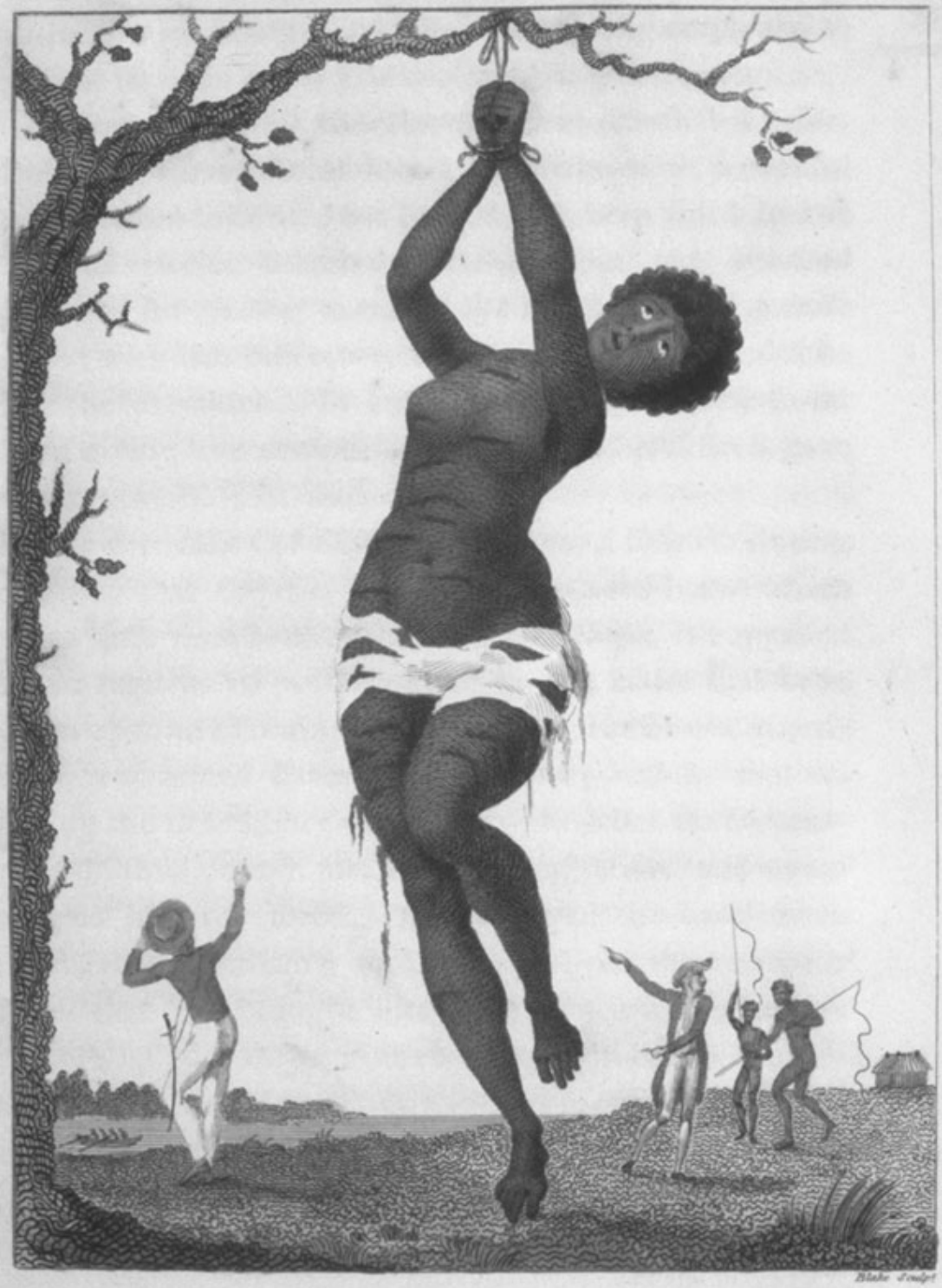
En las Américas, los esclavos eran una propiedad que se podía heredar, y por tanto su estatus estaba estipulado en códigos legales. Diferentes naciones promulgaron leyes según sus propias prioridades y las pusieron en práctica de distintas maneras, pero toda la legislación tenía como objetivo definir la posición de los esclavos en las sociedades trasatlánticas y circunscribir sus derechos. La mayor parte de las leyes relacionadas con los esclavos se originaron y fueron aplicadas en Castilla, así como en la América española. Muchas de estas leyes prohibían que los esclavos llevasen armas, que viajasen por la noche sin un salvoconducto o que se dedicasen al comercio. En España era legal tener esclavos antes de la colonización española de Sudamérica, y se aceptaba que la esclavitud se transmitía de madres a hijos.

Pero la ley española recogía que los amos tenían ciertos deberes hacia los esclavos; pues se consideraba que ser esclavo era una desgracia y que estas personas merecían alguna protección contra los malos tratos. En 1680 el rey Carlos II consolidó las leyes coloniales españolas relativas a los esclavos para que fueran respetadas en toda la América española. Uno de los asuntos principales de las leyes esclavistas españolas era la insistencia en mantener el orden público: los esclavos no podían llevar armas, tenían que observar el toque de queda en las ciudades, y contenían reglamentos para prevenir, derrotar y castigar cualquier insurrección.[66]

La legislación esclavista portuguesa solía ser más local y era autorizada por los ayuntamientos. Esta se basaba en las *Ordenacões Filipinas*, originalmente promulgadas en el siglo XV y revisadas en 1603 durante el reinado de Felipe II. Estas ordenanzas siguieron siendo el principal texto legal relativo a los esclavos y los regímenes esclavistas en Brasil hasta que la esclavitud llegó a su fin.[67] Los católicos portugueses no se esforzaron mucho en regular la esclavitud, excepción hecha de algunos edictos dictados para proteger a los esclavos de un trato despiadado. Las reformas promovidas en Portugal por el marqués de Pombal, entre 1761 y 1773, pretendían ser una legislación humana para los esclavos, pero no está claro que esta legislación se aplicase en Brasil. El derecho colonial holandés evolucionó gradualmente; este incluía la prohibición de los matrimonios entre blancos y negros e intentaba mantener una distancia social entre esclavos y amos. El derecho holandés respecto a la esclavitud fue bastante más duro en Surinam, que tenía una considerable población esclava, que en Curaçao, donde había relativamente pocos africanos.[68]

La legislación poco sistemática promulgada por los funcionarios reales y locales en las colonias francesas fue sistematizada durante el reinado de Luis XIV en el *Code Noir* (1685). Este código, basado en el derecho romano sobre los esclavos, contemplaba sesenta artículos relacionados con el trato y la vigilancia a los esclavos, con su naturaleza como propiedades heredables y comerciales, y con el paso de los esclavos al estatus de personas libres. Algunos detalles del *Code Noir* ponen de manifiesto la naturaleza global de esta legislación para las colonias francesas en el Nuevo Mundo. Las reglamentaciones del código no fijaban ningún límite a la jornada de trabajo de los esclavos, pero el artículo 6 impedía que los propietarios les hicieran

trabajar en domingo o en algunos días festivos. El artículo 11 prohibía a los sacerdotes que casasen a los esclavos sin el consentimiento de su propietario. El artículo 35 prohibía a los amos que casasen a los esclavos contra su voluntad. El artículo 44 declaraba que los esclavos eran bienes muebles y que, como tales, no podían testificar en procesos criminales o civiles, según constaba en los artículos 30 y 31. El artículo 36 prescribía que a los esclavos fugados que permanecieran huidos más de un mes se les cortasen las orejas y les marcasen en el hombro con la flor de lis.[69] El *Code Noir* fue obra del gobierno metropolitano; no pretendía justificar la propiedad de esclavos, sino definir el poder de los amos blancos sobre la comunidad esclava.[70]



Flagellation of a Female Samboe Slave.

FIG. 13. Azotando a una esclava, Surinam, década de 1770.

Los códigos legales reflejaban la represión implícita en las relaciones entre amos y esclavos. Los estatutos promulgados por las legislaturas coloniales después de 1660 en la América británica y los diversos castigos que los blancos infligían a los negros respaldan esta sombría visión de las relaciones amo-esclavo. El primer código esclavista de Virginia fue aprobado en 1680 y endurecido en 1705. Carolina del Sur tenía una serie de códigos esclavistas, que incluían una detallada legislación promulgada en 1712 que fue reforzada en 1740 después de que la rebelión de Stono alarmase a los hacendados de las tierras bajas (véase capítulo 4). A mediados del siglo XVIII, en todas las trece colonias norteamericanas británicas existía un derecho común de la raza y la esclavitud. Estas leyes singularizaban a los esclavos como una casta. Sobre el papel eran unas leyes draconianas, que permitían un amplio abanico de castigos físicos, entre los que se contaban el marcado de las mejillas o de los dedos pulgares, la amputación de extremidades, romper la nariz, la castración y la pena de muerte, unas penas que se aplicaban según la naturaleza de las infracciones de los esclavos. Los esclavos sometidos a estas leyes carecían de muchos derechos: del derecho al matrimonio, del derecho a testificar en un tribunal y del derecho a cuestionar la naturaleza hereditaria de la esclavitud.[71]

Las leyes esclavistas en Barbados y Jamaica en la segunda mitad del siglo XVII empezaron a consolidar la esclavitud racial singularizando a los africanos y sometiéndolos a un trato más severo que a los sirvientes blancos.[72] Posteriormente estas prácticas se generalizaron. Las leyes de las Indias Occidentales británicas del siglo XVIII, por ejemplo, eran considerablemente menos liberales que las leyes esclavistas españolas de los siglos XVI y XVII. Los amos tenían un poder ilimitado sobre sus esclavos, a los que no consideraban como un sujeto, sino como un tipo especial de propiedad. Las cláusulas que protegían a los esclavos eran relativamente pocas. Todas las islas de las Indias Occidentales británicas aprobaron leyes para la captura, eliminación y castigo de los esclavos fugitivos. La ley amparaba graves penas, como la flagelación, la mutilación o la ejecución, para cualquier esclavo que golpease o insultase a un blanco. Los esclavos eran sometidos a

unas formas especiales de juicios y muy pocas disposiciones legales les protegían contra el trato injusto y brutal de los amos. Como resumió sucintamente Elsa Goveia, «la función principal de las leyes esclavistas de las Indias Occidentales británicas era, directa o indirectamente, represiva». [73] No obstante, en el Caribe británico se produjo una cierta liberalización de las leyes esclavistas a medida que crecía un sentimiento humanitario con la propagación del abolicionismo a finales del siglo XVIII. Estos cambios en los códigos esclavistas fomentaban la mejora del trato a los esclavos, con el ánimo de perpetuar los regímenes esclavistas que se enfrentaban a un ataque a su *raison d'être*.[74]

FIG. 14. Bailarines en el desfile de John Canoe, Jamaica, 1837.

En Estados Unidos se dictaron muchas leyes sobre la esclavitud. La formación de una nación federal supuso la implantación de la constitución estadounidense como la ley suprema del territorio; un texto cuyas cláusulas reflejaban una postura proesclavista. Prohibía toda modificación federal respecto a la esclavitud a menos que esta se decretase en una enmienda constitucional y garantizase el derecho de los estados sobre ella. Entre la ratificación de la constitución y el estallido de la guerra civil (1788-1860), en Estados Unidos se produjeron diversos debates acerca de si los cambios relacionados con la esclavitud eran constitucionales.[75] En el Sur, se enmendaron las leyes para salvaguardar los derechos de los propietarios de esclavos y para resistir las presiones abolicionistas.[76] En el Norte, diversos estados introdujeron leyes de emancipación gradual, empezando por Pensilvania (1780), y continuando en Nueva York (1799) y Nueva Jersey (1804).[77] El gobierno federal se mostraba receloso ante cualquier modificación legal relacionada con la esclavitud, puesto que el ambiente político y social en el que esta institución se debatía estaba sumamente caldeado (véase el capítulo 6).[78] En Estados Unidos no fue posible emancipar a los esclavos hasta después de que se hubiera librado una sangrienta guerra civil por la esclavitud y la secesión, y de que se modificase la constitución con la decimotercera enmienda.

Costumbres y creencias

Las costumbres y creencias de los esclavos ponen de manifiesto una rica mezcla de prácticas africanas y de su adaptación a la vida en un nuevo continente, y para las comunidades negras eran un elemento esencial para organizar sus propias actividades en su escaso tiempo libre. Los esclavos disfrutaban con la música y el baile y tocaban muchos instrumentos musicales, desde violines hasta trompas e instrumentos de percusión. Cantaban en el trabajo para paliar el aburrimiento y los rigores de la rutina diaria. Contaban historias populares que solían estar relacionadas con sus recuerdos de las tradiciones orales africanas. A menudo estas historias tenían mucho que ver con la acción de los esclavos. Por ejemplo, un relato muy

común era el de Brer Rabbit, un personaje tramposo basado en las historias de los anansi del África Occidental, que siempre se las arreglaba para burlar a las personas. Las aventuras de Brer Rabbit transmitían la necesidad de que los esclavos empleasen la astucia para enfrentarse al sistema esclavista y así mejorar la situación de los desvalidos. En definitiva, estas narraciones tenían un sentido cultural para los esclavos, propiciando que se imaginasen a sí mismos como personas capaces de burlar a sus amos.[79]

Los festivales y los desfiles de los esclavos se producían en la época de Navidad, año nuevo, Pascua y después de la cosecha. A menudo estas celebraciones consistían en actuaciones públicas como el Jonkanoo, un desfile que se hacía en las festividades navideñas en el Caribe. Durante este desfile callejero un esclavo lucía una máscara y se vestía con todos los harapos que pudiera llevar; entonces desfilaba por la calle con un séquito de esclavos que cantaban y hacían ruido para rendir culto «al John Konner».[80] Los valores espirituales eran una parte esencial de las comunidades esclavas. A los blancos esta creencia en los espíritus les parecía una mera superstición, aunque tenía que ver con una creencia profundamente arraigada entre los negros, según la cual los espíritus lanzaban hechizos que podían dañar o curar, lo que estaba relacionado con los tratamientos de las dolencias con hierbas medicinales. Los esclavos llevaban amuletos, fetiches, brazaletes e ídolos, unos objetos que representaban sus creencias espirituales.[81]

Las creencias religiosas híbridas, que combinaban las cosmologías traídas de África con la difusión de la cristiandad en el mundo atlántico, añadían complejidad a la religión de los esclavos de las Américas. Los africanos compartían la creencia en un mundo espiritual controlado por un Ser Supremo con la ayuda de otras deidades y cultos. Los espíritus ancestrales eran una parte esencial de esta cosmología. Las revelaciones eran los medios a través de los cuales las personas conocían el mundo espiritual. Estas revelaciones podían comunicarlas los sueños, los augurios, la adivinación, las visiones, las voces, las espiritistas o los objetos habitados por espíritus. Una forma de augurio era la observación del paso del tiempo. Por ejemplo, se sabe que en la Costa del Oro existía un calendario con los días fastos y nefastos, y que los africanos evitaban hacer negocios en los días nefastos. Otra forma de augurio era la adivinación. Un oráculo muy extendido en África era el de Ifá, su nombre yoruba. En este ritual, el sacerdote de Ifá

desparramaba conchas de cauri sobre un tablero y a continuación pedía al otro mundo que influyera en el resultado de un acontecimiento, lo cual le permitía responder a las preguntas que se le hiciesen. Los sacerdotes de la Costa del Oro interpretaban los sueños y las visiones. Los médiums espirituales eran comunes en Angola, donde el *xingila* entraba en trance al son de las palmas, los tambores y los bailes, muchas veces en presencia de los restos físicos de algún ancestro. Estas diversas prácticas africanas facilitaban que los esclavos llegados al Nuevo Mundo abrazasen el cristianismo, porque las revelaciones y la creencia en el Espíritu Santo eran unos elementos importantes de la interpretación de la Biblia. Las revelaciones a partir de las prácticas africanas y de la cristiandad se fundieron para crear las prácticas religiosas afroamericanas.[82]

La cristiandad y el islam llegaron a algunas zonas de África antes de que el tráfico transatlántico de esclavos empezase en serio. Senegambia fue uno de los lugares en los que se difundieron las creencias islámicas, mientras que la Angola portuguesa abrazó el catolicismo. Aunque la mayoría de los africanos profesaban sus creencias indígenas antes de ser embarcados en la travesía del Atlántico, algunos elementos del islamismo y de la cristiandad impregnaban el universo mental de muchos esclavos. Por ejemplo, el catolicismo romano avanzó considerablemente en el siglo XVII gracias a la actividad de los jesuitas en el Congo y Angola, produciéndose interacciones entre la cristiandad y las costumbres africanas.[83] En Brasil, los africanos y sus descendientes adoptaron algunos elementos del catolicismo, pero sin renunciar a sus propias cosmologías.[84] Es posible que en algunos lugares los rituales religiosos indígenas de los esclavos y ciertos aspectos de la cristiandad se mezclasen e hicieran que algunos blancos y negros de las plantaciones participasen en los cultos de los demás, aunque por el momento no hay pruebas de que esto se hubiera producido a gran escala.[85]

Uno de los componentes principales de las creencias espirituales en el Caribe británico consistía en la práctica del obehaismo, una forma de magia o brujería. Obeah es un término que probablemente deriva de los esclavos que hablaban la lengua igbo en el golfo de Biafra y que podemos traducir como «señor». Este culto podía llevarse a cabo de manera positiva o negativa, y en él se empleaban artefactos, sustancias y hechizos, ya fuera para envenenar a los enemigos o para curar a los heridos. Muchas comunidades esclavas tenían

un hombre Obeah al que consultaban a estos efectos. Los hacendados y sus partidarios recelaban de la influencia de estos esclavos, y castigaban las supersticiones asociadas con la práctica del obeahismo que tenían que ver con la magia y la brujería. Como resultado de ello, hubo muchos procesos judiciales para regular las prácticas de los obeah.[86] En Trinidad, el obeahismo estuvo íntimamente relacionado con el catolicismo romano; los negros convertidos a la cristiandad en esa isla solían consultar a los practicantes de este ritual sin que ello les supusiera la más mínima contradicción.[87]

Para los esclavos, los acontecimientos más relevantes de la vida —el nacimiento, el bautismo, el matrimonio y la muerte— estaban impregnados de espiritualidad.[88] Sobre todo los funerales, en los que se realizaban diversos rituales y ceremoniales porque muchos negros creían que la muerte significaba el regreso a África.[89] En Brasil se practicaba un ritual africano conocido como el *tambo*, una elaborada ceremonia fúnebre con la que se aseguraba una buena transición del alma del difunto al otro mundo.[90] Los esclavos reclamaban su derecho a enterrar a sus muertos en las Américas, y llevaban a cabo funerales en los que se celebraba la vida de sus ancestros con palmas, cánticos y tambores. Alimentos procedentes de las plantaciones como el pollo, el cerdo o la mandioca se depositaban en calabazas sobre la tumba, o también se tiraban encima del cadáver, con ron y otros víveres. Tras los funerales, al cabo de unos cuantos días, se celebraban fiestas. En Jamaica estas fiestas tenían lugar en la novena y decimocuarta noches después del funeral, y en estas ocasiones los muertos eran tratados como invitados.[91] En el sur de Estados Unidos los funerales de los esclavos solían celebrarse por la noche, con procesiones con antorchas, acompañadas de una música sobrecogedora, y las tumbas se marcaban con pertenencias rotas del difunto.[92]

Es bien sabido que la Iglesia Católica se dedicó durante siglos a convertir a los esclavos que vivían en América Latina.[93] Los países de la península Ibérica estaban empeñados en difundir el catolicismo romano entre los esclavos, y a ello dedicaron mucho tiempo y esfuerzos que fueron bastante recompensados. Una razón importante de ello es que la corona española, desde el principio de la colonización en Sudamérica, insistió en que los africanos debían convertirse al catolicismo. El emperador Carlos V apoyó la

cristianización de los esclavos, y los jesuitas, cuando llegaron a México, mostraron un gran interés en la vida espiritual de los esclavos.[94] Desde el siglo XVI en adelante, en las colonias españolas en el Nuevo Mundo existió una gran tradición clerical. Y en el siglo XVII, en lugares como Cuba y Cartagena de Indias, los jesuitas se esforzaron mucho para convertir a los esclavos a la cristiandad.[95] El catolicismo romano también se filtró a través de las leyes que influían en la vida de los cautivos. En 1785, por ejemplo, santo Domingo elaboró el llamado *Código Negro Carolino*, un código esclavista español relacionado con la conversión al catolicismo y con la participación de los esclavos en los rituales de la Iglesia.[96]

La difusión del catolicismo tuvo un gran impacto entre los esclavos de toda la América Latina. Los esclavos veneraban a los santos y al Dios de los católicos, llevaban a los sacerdotes a sus comunidades para que celebrasen los servicios religiosos y administrasen los sacramentos, y seguían las prácticas cristianas como el bautismo y los rituales previos a la muerte. En el siglo XVII, en el virreinato del Perú, las autoridades eclesiásticas defendieron el derecho de los esclavos a celebrar un matrimonio católico. En Perú, los africanos podían aducir su estatus como fieles católicos para pedir protección ante los abusos de sus propietarios.[97] En la primera mitad del siglo XIX, la Iglesia Católica en Lima siguió celebrando los matrimonios entre esclavos y a menudo intervenía para impedir que los esclavos casados fueran trasladados de un lado a otro. Además, no se podía vender un esclavo si un tribunal eclesiástico no daba su aprobación.[98]

En Brasil, los esclavos vincularon las cualidades de Jesús a las de *Oxalá*, una encarnación del sol y del cielo venerada en África, y reverenciaban a ambos como deidades.[99] También en ese país, se consideraba que el bautismo de los esclavos era responsabilidad de sus propietarios, pues una de las principales justificaciones de la esclavitud era la conversión de los paganos a la cristiandad y la salvación de sus almas.[100] No todos los propietarios de esclavos brasileños procuraban que sus esclavos observasen los preceptos cristianos, pues permitirles practicar su religión libremente podía ser inconveniente y oneroso, aunque no se oponían sistemáticamente a que fueran bautizados.[101]

Desde principios del siglo XVIII se hacían esfuerzos para cristianizar a los esclavos norteamericanos, pero no fue hasta el «Gran Despertar» de la década de 1740 y el evangelismo religioso que arraigó en zonas sureñas en las décadas de 1750 y 1760 que muchos esclavos se convirtieron a la cristiandad. Estas inspiraciones evangelistas del alma tenían mucho que ver con los presbiterianos, los metodistas y los baptistas, que favorecían la itinerancia, las oraciones improvisadas, la minimización de las diferencias doctrinales, la conversión como resultado de la gracia salvadora de Dios, las asambleas al aire libre, el canto fervoroso de himnos, y la perspectiva, para todos los que abrazaban la fe cristiana y conservaban su fe, de vivir eternamente en paz en la otra vida. Esta exhortación evangélica atrajo a muchos negros y también a la población blanca corriente.[102]

La difusión de la cristiandad entre la población negra norteamericana fue más pronunciada tras la guerra de la Independencia, a medida que los afroamericanos, sobre todo en los estados norteños, empezaron a formar sus propias iglesias y capillas.[103] El núcleo de la experiencia cristiana de los negros residía en el éxtasis emocional. En la conversión a la cristiandad, los esclavos y los libertos de color a principios del siglo XIX en el sur estadounidense combinaban himnos protestantes, escritos en papel para que toda la congregación los leyera, con el carácter de pregunta y respuesta tradicional de la música del África Occidental. En las asambleas metodistas las ceremonias se basaban en una danza ritual extática en la que los devotos se movían en círculo, arrastrando los pies y pisando el suelo enérgicamente, mientras daban palmas con las manos y se ponían a cantar o a rezar en voz alta espontáneamente.[104]

Los esfuerzos de cristianizar a los esclavos (entre otros grupos) fue también una parte importante del trabajo de la Sociedad para la Propagación del Evangelio en el Extranjero (SPE), una organización anglicana que floreció sobre todo en el siglo XVIII. Esta sociedad apoyaba el trabajo de los maestros y la construcción de nuevas iglesias en las colonias, y hacía de contrapeso al catolicismo romano. En Barbados, un legado filantrópico contribuyó a su tarea de evangelización de los esclavos en el Codrington College y en la plantación adyacente.[105] La obra de los misioneros también fue cobrando importancia en las comunidades esclavas, más o

menos desde 1750 en adelante. La iglesia morava instaba a sus misioneros a que aprendieran la lengua criolla de los esclavos para favorecer la comunicación, y se popularizó entre los esclavos en islas como Antigua.[106] Las misiones baptistas, presbiterianas y metodistas se establecieron en todo el Caribe británico tras las guerras napoleónicas. La mayoría de ellas se concentraron en Jamaica, la principal isla azucarera británica. Los misioneros desempeñaron un papel muy importante en la difusión de la cristiandad entre los esclavos, así como en su alfabetización. Desde sus sedes centrales les exhortaban a que acatasen los deseos de los hacendados, aunque les resultaba muy difícil seguir estas instrucciones porque cada día tenían que enfrentarse a las duras realidades de la esclavitud.[107]

En las sociedades de esclavos no anglófonos las prácticas religiosas africanas se combinaban con las de la cristiandad católica. Esto llevó a la creación de religiones neoafricanas como la santería en Cuba, el calundus y el candomblé en Brasil y Uruguay, y el *vodun* en Saint-Domingue/Haití. La santería, una religión sincrética desarrollada por los esclavos en Cuba y relacionada con el catolicismo romano, se centraba en los *orishas* o santos que intervenían en diversas ceremonias rituales y prácticas sanadoras cuyo objetivo era ayudar a los esclavos a afrontar la opresión en la que vivían. El lenguaje litúrgico de la santería es el lucumí, un dialecto del yoruba. Sus prácticas comprendían rituales que se celebraban en una casa de santos. Los participantes se comunicaban con sus ancestros y deidades mediante la adivinación y los trances, el sacrificio de animales y con la danza y los tambores.[108] Los practicantes de la santería en Cuba seguían las directrices de la llamada «regla de Ocha» (las reglas de la deidad).[109]

El *calundus* floreció en el Brasil de los siglos XVII y XVIII. Adoptó la forma de una asamblea religiosa basada en prácticas africanas relacionadas con la posesión espiritual. Los tambores y las danzas llevaban a los participantes a un estado de trance. Los jesuitas condenaron a menudo los *calundus* porque sus danzas parecían representar la posesión demoníaca.[110] El *calundus* quedó absorbido en el *candomblé*, que reunía creencias yoruba, fon y bantúes en otra religión sincrética basada en las tradiciones orales. En el *candomblé* la música y la danza tenían gran protagonismo, y los fieles gozaban de la protección de sus deidades u *orishas*.[111] Entre los participantes en los *candomblés* se encontraban personas de diferentes estatus

legales, como esclavos y libertos, y de distintas identidades raciales, incluyendo africanos, criollos, mestizos y blancos.[112]

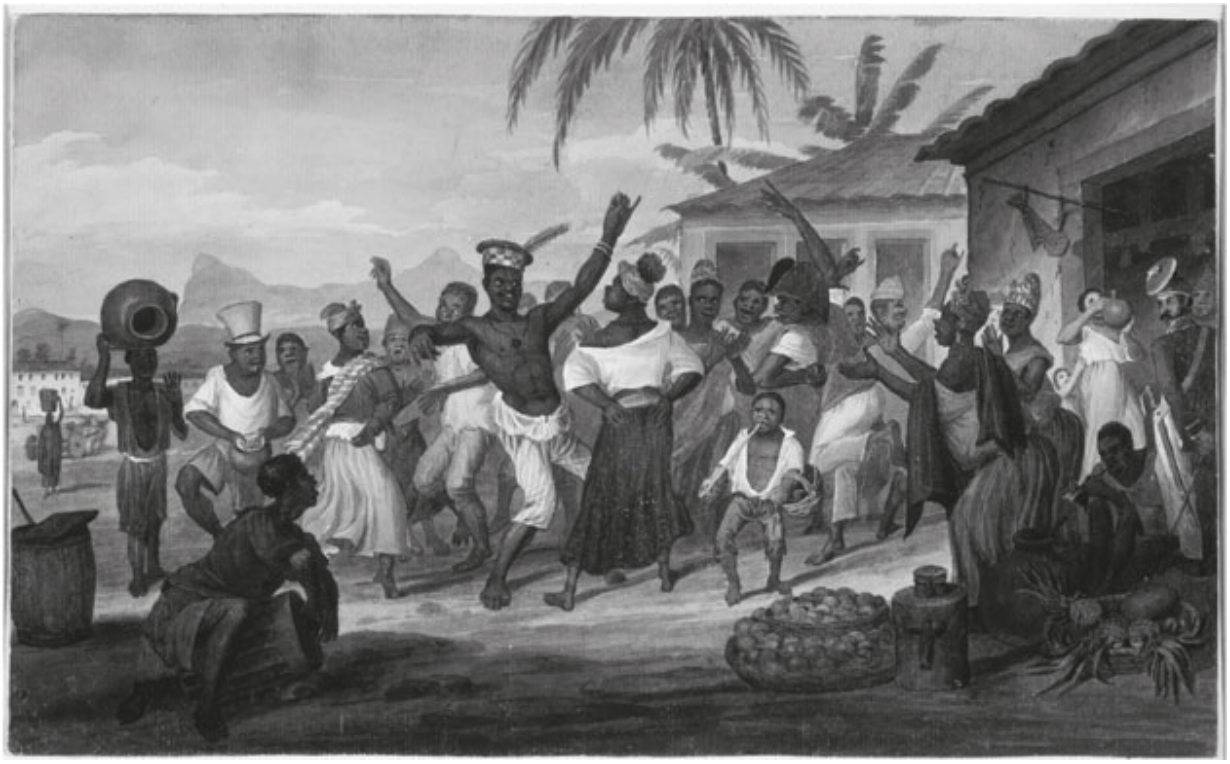


FIG. 15. Danza afrobrasileña, Río de Janeiro, 1820-1824.

El *vodun* (más conocido como vudú) tenía relación con la religión *candomblé*. Practicado habitualmente en Saint-Domingue (Haití), el vudú procedía de la cultura yoruba e implicaba el culto a un dios mayor y a espíritus menores mediante la ofrenda de presentes y sacrificios animales con la esperanza de recibir a cambio mejores recursos alimentarios y buena salud. El vudú, considerado subversivo por las autoridades de Saint-Domingue por sus conexiones con la brujería y las profanaciones, sobrevivió pese a ello como una importante práctica cultural mucho después de que la esclavitud fuese abolida en Haití.[113] El vudú y las demás religiones afroamericanas que hemos comentado aquí combinaban creencias traídas de África con las condiciones en las que se practicaba la esclavitud. Todas ellas tenían profundos elementos espirituales y ritualistas y propiciaban que los esclavos decidieran sus creencias más allá de la influencia de sus amos blancos.

Otra práctica, conocida con el nombre de *candombe* (no confundir con el *candomblé*), era una expresión más extrovertida de la cultura afroamericana que se originó con la esclavitud. Practicada principalmente en Uruguay, y en menor medida en Brasil y Argentina, consistía en una celebración con cánticos, tambores y danza. Los ancianos y los dirigentes espirituales, los músicos y los danzantes subrayaban sus raíces africanas, y actuaban de una manera jubilosa y festiva que ejercía un impacto auditivo y visual muy visceral en la audiencia. Los *candombes* se celebraban los sábados u otras festividades religiosas, y eran unos acontecimientos profundamente espirituales. Al final trascendieron la población esclava para convertirse en una forma de entretenimiento popular: por ejemplo, en el Montevideo de las décadas de 1850 y 1860, los *candombes* fueron el espectáculo al que más público acudía, atrayendo al 10 % de la población de la ciudad.[114]

4
LA RESISTENCIA DE LOS ESCLAVOS

Era normal que los esclavos se resistieran al cautiverio, como cabría esperar en una situación en la que las desiguales relaciones de poder definían la posición de los amos y de los trabajadores no libres. La dureza y la brutalidad del sistema esclavista en muchas plantaciones estaban abocadas a provocar que los esclavos se resistieran a ellas de una manera u otra. Las revueltas colectivas eran la forma más patente de resistencia, aunque los esclavos también se enfrentaban a sus amos con actos de desafío individuales. Era habitual que los esclavos estuvieran poco dispuestos a ejecutar sus tareas correctamente, ya fuese porque su situación provocaba su rechazo o porque eran maltratados. Esta actitud podía manifestarse trabajando por debajo de los niveles de productividad esperados, llegando tarde a trabajar, no acabando las tareas, rompiendo las herramientas o saboteando las rutinas de trabajo. También podían fingir que no aprendían a manejar los nuevos aperos, aparentar que eran descuidados y, a veces, simular que estaban enfermos. Cuando estaban hartos o marginados por su cuadrilla, los esclavos hacían huelga y dejaban de trabajar. Todas estas formas de resistencia no violenta a la esclavitud alteraban el buen funcionamiento de la plantación.[1]

Tenían oportunidades para estropear las propiedades del amo, robar comida e interrumpir las rutinas de trabajo estacionales. Así, los esclavos recolectaban las hojas de tabaco demasiado pronto, inundaban los campos de arroz o robaban caña de azúcar. Las alteraciones en la producción de las cosechas eran un engorro para los hacendados, pero eran algo previsible dadas las circunstancias y por lo general podían solventarse sin alterar demasiado los regímenes de trabajo. Las violaciones de los derechos

consuetudinarios de los esclavos podían desencadenar una resistencia coordinada. Esto es lo que sucedió en Antigua en 1831, cuando miles de esclavos se manifestaron ante la casa del gobernador en Saint John, la capital de la isla, para protestar contra el intento del gobierno británico de abolir los mercados dominicales de los esclavos.[2] Por otra parte, estos también recurrían a la resistencia pasiva negándose a comer después de haber sido castigados.

El sabotaje y los incendios provocados eran otras tácticas de las que los esclavos disponían para perjudicar las plantaciones y atacar las propiedades de los hacendados, y eran unas de las principales armas que empleaban para enfrentarse a sus opresores.[3] Incendiar las casas, prender fuego a la caña de azúcar o quemar los almacenes podía hacerse de manera anónima y al amparo de la noche. En 1740, más de 300 casas fueron incendiadas en Charleston, Carolina del Sur, justo un año después de que la rebelión de Stono hubiera alarmado a los hacendados blancos. Este estallido de incendios fue atribuido a los esclavos. Los legisladores de Carolina del Sur respondieron con presteza a estos ataques, incluyendo en la Negro Act de 1740 la pena de muerte para los esclavos, los negros libertos o los indios que fueran declarados culpables de incendiar propiedades y cultivos deliberadamente.[4] En la Nueva York de 1741 los esclavos fueron acusados de provocar varios incendios.[5] Los rumores e incidentes relacionados con estos fuegos fueron un elemento importante en la última gran rebelión de esclavos anterior a la emancipación, en Jamaica, en los primeros meses de 1832.[6] Estos sabotajes provocados por incendios también ocurrieron a menudo en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX.[7] Los incendios provocados se produjeron en casi todas las revueltas de esclavos, pese a que eran un delito que se castigaba con la muerte.[8]

La resistencia no tenía necesariamente un contenido político; de hecho, en líneas generales, los actos de rebeldía no tenían nada que ver con ella. Por otra parte, la resistencia no siempre tenía como fin último conseguir la plena libertad, aunque sin duda esta fue claramente la intención de muchas revueltas. En las sublevaciones las consideraciones pragmáticas solían prevalecer sobre la ideología, y a menudo lo que se pretendía, más que abolir la esclavitud, era provocar cambios en la gestión del sistema esclavista.[9] Los esclavos eran considerablemente activos en la negociación y en la

renegociación de los límites del poder y de la coacción, así como de las polaridades raciales relacionadas con ello. Lejos de ser dóciles receptores de todo lo que sus amos les impusieran, los esclavos decidían dónde y cuándo debían suspender su cooperación.

Esto no quiere decir que todos los esclavos, durante su periodo de cautiverio, estuvieran activa y continuamente impulsados por un espíritu de oposición a sus propietarios. La realidad de la vida en las plantaciones esclavas era más compleja, pues entre su fuerza de trabajo existían desigualdades en materia de salud y de estatus. Los capataces, los trabajadores manuales cualificados y los esclavos de confianza se encontraban en mucha mejor situación para procurar por ellos mismos y por sus familias que los esclavos que estaban en el campo. Estos esclavos privilegiados no tenían una razón imperiosa para resistirse al sistema. Dadas estas realidades de la vida y del trabajo esclavos, es históricamente impreciso afirmar que toda la población esclava de una plantación tenía motivos para oponerse a sus amos.[10] Por otra parte, las fugas prolongadas eran la excepción a la norma entre los esclavos prófugos, porque la vinculación a un lugar o plantación y a las redes familiares proporcionaba un sentimiento de pertenencia que, a pesar de la coacción, hacía que la incidencia de las fugas permanentes fuera limitada.[11]

Además de la insurrección abierta, había formas de mostrar una resistencia silenciosa o unos gestos que se oponían a la esclavitud. Que los esclavos ofreciesen infusiones medicinales a los capataces, supervisores o directores blancos podía encubrir un envenenamiento, lo cual, al parecer, fue una táctica muy difundida entre los esclavos. Entre 1740 y 1785 en Virginia, por ejemplo, la principal acusación formulada contra los esclavos fue la de envenenamiento, un delito solo superado por el robo.[12] También se producía una resistencia oral o verbal insultando al personal blanco de las fincas. Este tipo de resistencia podía consistir en escupir a la cara a los supervisores, amenazar con huelgas a los administradores o maldecir a los capataces. Por ejemplo, los actos de insubordinación, junto con las fugas, el bajo rendimiento y los desafíos simbólicos a la autoridad, representaron más del 90 % de las infracciones cometidas por los esclavos en Demerara y Essequibo en 1828.[13]

Enfrentarse a los amos blancos era un acto de valentía, pues los castigos podían ser muy graves. Algunos de ellos tenían que ver con los derechos de los esclavos; otros eran castigos físicos que se les aplicaban con gran rigor. Multas, latigazos, confinamiento en mazmorras, poner grilletes en los pies, e incluso la mutilación y la supresión de privilegios eran algunos de los castigos aplicados a determinados actos de resistencia. Todos ellos están descritos con gran realismo en el diario y las acciones de Thomas Thistlewood, un cruel supervisor blanco de una plantación jamaicana a mediados del siglo XVIII. Este hombre combinaba la constante vigilancia de sus esclavos con una absoluta falta de reparos a la hora de flagelar o maltratar a los que se resistían a su control. Su repertorio de castigos compaginaba el dolor psicológico y el físico para intentar coger desprevenidos a los esclavos.[14]

LAS FUGAS DE LOS ESCLAVOS

Aunque las rebeliones representaban la máxima acción de resistencia de los trabajadores cautivos, lo que prevalecía eran otros tipos de resistencia, el más socorrido de los cuales era huir del cautiverio escapándose de los amos. Esta era una manera habitual con la que los esclavos intentaban luchar contra la limitación de movimientos que les imponían sus dueños.[15] Por eso en las Américas había muchos esclavos fugitivos, que solían fugarse solos o con otra persona, disfrazados, a veces llevando con ellos sus herramientas de trabajo para emplearlas en la fuga. Sus objetivos eran diversos: algunos querían escapar de las zonas costeras, por lo general escondiéndose en un barco. Otros desaparecían durante breves periodos de tiempo para visitar a sus amigos o parientes en las zonas rurales. Otros, en cambio, buscaban un relativo anonimato en los pueblos y ciudades. En Brasil, los fugitivos conocidos como *mocambos* se escondían en los bosques cercanos a los pueblos y las granjas.[16]

Muchos fugitivos entraban en la categoría de *petits marronages*, bribones que esperaban obtener con sus acciones pequeños privilegios o concesiones de sus amos antes de volver a las plantaciones.[17] Las comunidades permanentes de esclavos fugados eran infrecuentes. Algunas de ellas se

encontraban en regiones apartadas de las dos Carolinas o de Virginia, desde las que allanaban las plantaciones en busca de comida y forraje en zonas boscosas, aunque para estas comunidades cimarronas el terreno no era tan propicio como las selvas del interior de Surinam o las montañas de Jamaica. La comunidad cimarrona más conocida de Norteamérica era la de Great Dismal Swamp, una zona pantanosa que se extendía desde Norfolk, Virginia, hasta Edenton, en la zona de Abermarle Sound en Carolina del Norte. Un viajero blanco comentó que esta área albergaba «prodigiosas multitudes de todo tipo de bestias salvajes propias de América, así como negros fugitivos, que estaban totalmente a salvo en esos horribles pantanos, donde les resultaba muy fácil eludir la más diligente búsqueda de sus perseguidores». [18]

En las Américas los periódicos estaban llenos de anuncios en busca de prófugos negros, en los que se ofrecían recompensas a los que ayudasen a los amos blancos a encontrarlos. Los fugados que eran capturados padecían todo tipo de castigos: podían ser azotados, encadenados con collares y grilletes de hierro o vendidos. Los fugitivos descritos en los periódicos solo eran la punta del iceberg de los esclavos cautivos que huían intentando ganar su libertad. Otros documentos demuestran que las fugas de los trabajadores cautivos eran mucho más numerosas que las que aparecían en los anuncios, lo cual no sorprende porque, probablemente, los propietarios de los esclavos solo anunciaban las desapariciones en los casos en que el fugado se había ausentado durante más de un mes, o en aquellos en los que valía la pena capturarlo.[19]

Los esclavos huían de sus propietarios por innumerables razones. Uno de los principales motivos para fugarse eran los vínculos sociales con otros negros. Algunos afroamericanos habían sido separados de su familia y sus amigos y querían reunirse con ellos. A veces los esclavos fugitivos tenían parientes entre las personas de color libres, con los cuales contactaban para que les ayudasen a escaparse. Los esclavos también huían por otras razones: por ejemplo, porque no querían que les encontrasen después de haber robado alguna propiedad de su amo; porque deseaban escapar de su crueldad; por la influencia de agitadores externos, y por la desesperación de no ser liberados por sus amos. Las súbitas oportunidades de abandonar precipitadamente las plantaciones eran una tentación para los esclavos, que escapaban sin ninguna

preparación previa. Otras veces los esclavos tenían previsto fugarse a una hora concreta del día o desde algún lugar determinado. Aunque la mayoría de esclavos se fugaban para huir de sus dueños, a veces la huida era consecuencia de la violencia interpersonal y doméstica dentro de la comunidad esclava; una violencia originada por las desigualdades de estatus, recursos y alimentos que existían entre las poblaciones esclavas.[20]

La resistencia de los esclavos tenía objetivos internos y externos. Algunos actos de resistencia eran una forma de rebelión internalizada, psicológica, que podía ser autodestructiva para el esclavo o bien una acción externa de autoafirmación. Estos actos también podían ser un ataque al mundo de las plantaciones, un movimiento para salir de ellas e ir hacia los centros urbanos, o también para abandonar una determinada sociedad. Los esclavos que habían experimentado un proceso de aculturación y adaptado a los blancos y a sus costumbres, que se habían convertido en trabajadores especializados, que hablaban inglés con fluidez y tenían confianza en su capacidad de afrontar la vida fuera de las plantaciones, estaban en mejor situación para afrontar la fuga que los esclavos que aún no reunían esas características. Por tanto, no sorprende que en los anuncios para buscar a los esclavos fugitivos se hiciera referencia a su competencia lingüística.[21]

Algunos esclavos escapaban de sus amos para volver voluntariamente unos días después. Podían haber pasado el tiempo visitando a sus amigos o a su familia, o decidido abandonar el trabajo durante un breve periodo debido a los malos tratos recibidos. Sin embargo, otros fugitivos querían irse de manera permanente. Los factores geográficos tenían mucho que ver con sus posibilidades de éxito. Los fugitivos que estaban cerca de las costas de Norteamérica y Sudamérica, o en el Caribe, solían huir en barcas robadas. Si habían vivido cerca de la costa, de un río, de un lago o de un puerto, a menudo poseían ciertos conocimientos que les servirían para escaparse por vía marítima. Sin embargo, los esclavos que vivían en el interior no tenían esta posibilidad y solo podían esconderse entre la muchedumbre de los centros urbanos o escapar hacia las zonas montañosas o boscosas más escarpadas.[22]

Los puertos y las ciudades eran un imán para los esclavos fugitivos. A finales del siglo XVIII todos los centros urbanos de las Américas contaban con esclavos y trabajadores negros libertos entre su población. En Sudamérica,

ciudades como Río de Janeiro, São Paulo, Buenos Aires y Lima tenían una gran población de negros libertos que absorbía a los esclavos fugitivos, que tenían muchas posibilidades de quedarse allí. Mezclándose con las multitudes y cambiando de nombre, era más probable que no les detuvieran en un entorno urbano que los que permanecían en las plantaciones o cerca de ellas. Además, los fugados siempre podían emplearse y ganarse la vida en los sectores minoristas de las ciudades. Los esclavos cualificados, sobre todo, podían encontrar trabajo como carpinteros, albañiles, sastres, cocineros y en la industria marítima. A finales de la era esclavista existía en Jamaica una gran concentración urbana de esclavos fugitivos: en el Kingston de 1832 calcularon que una quinta parte de los esclavos fugados vivían en la isla.[23] En las Indias Occidentales danesas, ciudades como Christiansted y Frederiksted en la isla de Santa Cruz y Charlotte Amalie en Santo Tomás albergaban esclavos fugitivos que vivían en un relativo anonimato.[24]

FIG. 16. Esclavo fugitivo, Surinam, *c.* 1831.

La mayoría de esclavos que huían eran hombres. En líneas generales, las mujeres representaban entre una décima y una quinta parte de los fugitivos. Esta ratio puede explicarse por el apego de las mujeres esclavas a sus vínculos familiares, sobre todo porque se negaban a abandonar a sus hijos. Además, como había más hombres que mujeres esclavizados que trabajaban como barqueros, timoneles, en las calles o en los caminos como trabajadores contratados, los hombres conocían mejor el terreno y tenían más oportunidades de escapar. La mayoría de las fugas se producían cuando los esclavos estaban en la veintena, pues eran más capaces de sobrellevar las dificultades de la vida del prófugo que los de mayor edad. Por otra parte, era más probable que los esclavos de mediana edad hubieran forjado unas relaciones personales consolidadas, lo que hacía que en algunos casos fueran más refractarios a la huida.[25]

En las fugas de los esclavos se notaba una pronunciada distribución estacional. Por ejemplo, en Carolina del Norte, la época más propicia para que los afroamericanos abandonasen a sus patrones era durante la estación de la cosecha, desde septiembre a noviembre, o entre febrero y abril, cuando terminaba la temporada más descansada y empezaba la siembra de primavera.[26] En Virginia los esclavos solían escaparse en abril, cuando aumentaba el ritmo de siembra del tabaco, más que en ninguno otro mes. En Carolina la principal incidencia de fugas de esclavos se producía en los meses de verano, desde mayo a agosto, cuando el cultivo del arroz resultaba especialmente penoso.[27] En Barbados, la mayoría de esclavos se fugaban en julio y agosto, inmediatamente después de terminar la cosecha del azúcar, momento en el cual solían escasear los alimentos. Puede ser que los esclavos barbadenses huyeran durante esos meses porque la supervisión era más laxa que en pleno apogeo de la cosecha de azúcar, o posiblemente porque el hambre les inducía a escaparse. En innumerables anuncios en los que aparecían los esclavos fugitivos se mencionaba que estos se habían escapado con ropas, armas, las herramientas de su trabajo, pases falsificados, y canoas o caballos, lo cual sugería que la huida había sido cuidadosamente planificada.[28]

Durante las épocas de guerra los esclavos tenían más posibilidades de escapar. Muchos esclavos sirvieron como soldados en la guerra revolucionaria americana (1776-1783) debido a la falta de efectivos británicos, a la elevada mortalidad de las tropas inglesas y a la inmunidad de los esclavos a las enfermedades tropicales.[29] Durante la guerra se perdieron unos 10.000 esclavos de Georgia (dos tercios de su población antes de la guerra), y 20.000 esclavos de Carolina del Sur. No obstante, el mayor éxodo se produjo en 1782, cuando los lealistas blancos y el ejército británico abandonaron Savannah, Charleston y San Agustín, llevándose consigo unos 20.000 esclavos. Algunos cálculos estiman que el número total de negros que huyeron de Estados Unidos durante la guerra ascendía a unos 80.000, que fundaron nuevos hogares en Inglaterra, África y otras zonas del Imperio Británico, incluyendo la Nueva Escocia.[30]

Otras guerras propiciaron que los esclavos abandonasen la esclavitud. Durante la guerra revolucionaria francesa, Inglaterra no pudo reunir suficientes tropas propias para librar las campañas en las Indias Occidentales. Por eso se compraron esclavos para el ejército, a cuenta del erario público, y así reforzar las guarniciones y las defensas de Jamaica y otras islas inglesas de la región contra los ataques enemigos. Entre 1795 y 1808 el gobierno británico compró 13.400 esclavos para que sirvieran en los regimientos de las Indias Occidentales.[31] Sin embargo, el ejemplo más contundente de esclavos que lograron su libertad fue la participación de estos en la guerra civil americana, en la que 250.000 esclavos tomaron las armas en el ejército de la Unión contra las fuerzas de los confederados. Por otra parte, los esclavos también contribuyeron a la guerra en el bando de los confederados, como sirvientes, carreteros y braceros militares.[32] Como explicaremos en el capítulo 6, el ejército de la Unión se convirtió en un ejército de liberación de esclavos, pues a medida que avanzaba hacia el sur, muchos de ellos huyeron para unirse a sus antiguos compañeros cautivos que también estaban en armas.[33]

MAROONS

Las comunidades permanentes de esclavos fugados fueron comunes en muchas partes del Caribe y de Sudamérica. Estas comunidades eran conocidas como *maroons*, palabra procedente del término francés *marronage*, que significa fugitivo (los llamados cimarrones en español). Estas comunidades florecieron en zonas como las del escarpado interior de Jamaica, en áreas boscosas lejanas a las plantaciones costeras; también en Demerara y Surinam, y en zonas remotas de Cuba, Ecuador, Guatemala, Nueva Granada, Perú y Brasil.[34] Sin embargo, en todas partes había pequeñas comunidades cimarronas; por ejemplo, en los bosques de Granada y Dominica. Muchos de estos cimarrones vivían en entornos inaccesibles como las junglas, las selvas y las zonas montañosas. Estas ubicaciones les garantizaban una cierta seguridad ante las milicias que intentaban capturarles, aunque las presiones de vivir en tales circunstancias, a menudo en un terreno árido, hacían que fuera muy difícil forjar comunidades viables. Solo sobrevivieron los grupos más tenaces. Los cimarrones defendían sus escondites con caminos ocultos, rastros falsos y, cuando era posible, con vías subacuáticas. También construyeron fortificaciones alrededor de sus asentamientos, por ejemplo en Surinam y en Brasil, donde a estos asentamientos de esclavos fugitivos se les llamaba quilombos.[35] Durante la época esclavista en Brasil hubo centenares de quilombos, solo en Minas Gerais se contaron más de 110.[36]

Las comunidades cimarronas eran un desafío potencial a la colonización europea de las Américas, y a menudo fueron aniquiladas por diversas autoridades coloniales. En 1545 se libró en Perú una sangrienta batalla en la que una comunidad de 200 prófugos que vivían en una zona pantanosa al norte de Lima fue arrasada por las tropas coloniales.[37] En 1795 unas expediciones españolas sometieron a los esclavos fugitivos que se albergaban en refugios montañosos en la región de la Serranía de Coro venezolana.[38] No obstante, muchas comunidades cimarronas sobrevivieron durante décadas y algunas de ellas se convirtieron en permanentes. Un historiador considera que, a excepción de la revolución haitiana, a la que nos referiremos a continuación, «los cimarrones constituyeron la única forma de resistencia de esclavos en las Américas que logró su objetivo».[39]

El nombre genérico para las comunidades cimarronas hispánicas, conocidas como palenques, procede de las empalizadas que protegían a estas

comunidades. Los palenques existían en las espesas selvas tropicales colombianas. Sus miembros hacían incursiones y pillajes en las zonas cercanas, y a las autoridades les resultaba muy difícil controlar estas actividades.[40] En Guatemala, los esclavos fugitivos también se refugiaban en palenques.[41] Y, desde finales del siglo XVI en adelante, también los hubo en la provincia de Cartagena, en Nueva Granada. Estos palenques eran asentamientos estables con un liderazgo político y militar claramente definido, y que a veces se organizaban según los orígenes étnicos africanos.[42]

Los palenques abundaron en Cuba a principios del siglo XVII, y algunos de ellos duraron muchos años, hasta el punto en que a mediados del siglo XIX seguían existiendo. Los palenques cubanos estaban situados en zonas de difícil acceso y comprendían una serie de chozas dispersas rodeadas de empalizadas. Estas empalizadas consistían en palos de madera dura plantados en tierra, con varios puntos puntiagudos y situados a corta distancia unos de otros. Los líderes de los palenques eran personas electas, que reclutaban más cimarrones y que no permitían que nadie abandonase sus asentamientos ocultos si no habían vivido por lo menos dos años en ellos. Estos cimarrones atacaban a las comunidades locales en busca de pólvora y de armas, e intercambiaban en secreto cera y miel de abeja con otras comunidades esclavas a cambio de mercancías y herramientas.[43]

Las comunidades cimarronas también sobrevivieron durante largos periodos en otras zonas latinoamericanas. Uno de estos asentamientos era el de Mandinga, en la frontera ente Veracruz y Oaxaca, en el México colonial, que sobrevivió casi un siglo después de 1735.[44] Una de las comunidades cimarronas más importantes de Latinoamérica fue la de Palmares, en Brasil, una federación de pueblos de estilo africano occidental en las montañas de Alagaos. En Palmares vivieron entre 10.000 y 15.000 personas. Tenía un gobierno confederado dirigido por un jefe electo que distribuía las parcelas de tierra, nombraba a los oficiales y se encargaba de las fortificaciones. Palmares sobrevivió durante casi un siglo hasta la década de 1690, cuando fue arrasada por las autoridades militares portuguesas.[45]

Los cimarrones sobrevivían económicamente cultivando huertos, ocupándose de las cosechas, cazando y pescando. También hacían utensilios.

Un relato escrito por John Stedman en 1796 describía cómo los cimarrones de Surinam asaban la caza y la pesca para conservarlas; se procuraban una sustancia parecida a la mantequilla y también obtenían vino a partir de las palmeras; fabricaban recipientes con la arcilla que encontraban cerca de sus asentamientos, hacían tapones y velas, y frotaban maderas para conseguir yesca. Los cimarrones tenían una considerable pericia militar, y se convirtieron en expertos en la guerra de guerrillas, empleando arcos, flechas y lanzas, y practicaban sus rituales religiosos para que inspirasen su oposición a la milicia o a los hacendados. Los cimarrones mantenían contactos secretos con comunidades esclavas en Guadalupe y Cuba para el suministro de bienes y servicios.[46] En algunas localidades, las autoridades aunaron esfuerzos para localizar a las comunidades permanentes de esclavos. En ningún lugar esto se hizo de manera tan sistemática como en Cuba, donde, en el siglo XIX, los cazadores profesionales de esclavos, llamados rancheadores, entre los que había muchos negros y mulatos libertos, buscaban los palenques en las selvas y en las montañas de la isla.[47]

Desde el principio los cimarrones constituyeron el núcleo del movimiento de resistencia contra los blancos jamaicanos. Habían librado una serie de guerras cimarronas a finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, lo cual obligó a los oligarcas hacendados a pactar con ellos mediante dos tratados de paz en 1739. Estos tratados dieron a los cimarrones el derecho a cazar libremente en las zonas vírgenes de la isla, les concedieron 1.500 acres de tierra para que la cultivasen, aunque les obligaban a devolver a los esclavos fugitivos que encontrasen. Lo más importante de estos tratados es que los cimarrones se comprometían a apoyar a los colonos blancos cuando se produjeran rebeliones de esclavos.[48] En 1760 los cimarrones se unieron a las fuerzas blancas para derrotar la grave revuelta de esclavos en la Jamaica occidental, liderada por los rebeldes coromanteses, procedentes de la Costa del Oro africana, y mataron a su líder, Tacky.[49]

Los blancos que vivían en Jamaica sospechaban que los cimarrones eran una amenaza potencial a la estabilidad social. Pese a estos recelos, la paz con los cimarrones jamaicanos duró hasta 1795, cuando el comisionado inglés destinado a Trelawny Town hizo flagelar a dos de ellos por robar en las plantaciones. El gobernador de la isla temía a los cimarrones y envió tropas para que capturasen Trelawny Town. Los cimarrones tendieron una

emboscada a las tropas pero el ejército británico salió vencedor, después de asediar sus poblaciones rodeándolas con puestos militares. Las tropas británicas importaron cien perros de caza cubanos y los soltaron entre los cimarrones, que quedaron aterrorizados. Al final, estos accedieron a rendirse a cambio de una amnistía, lo cual redujo las probabilidades de nuevas rebeliones. Sin embargo, después de los tratados de 1739, otras comunidades cimarronas jamaicanas mantuvieron relaciones pacíficas con los blancos.[50]

La insurrección de los esclavos

La resistencia a la esclavitud empezaba tan pronto los esclavos eran apresados en África. Así, en los siglos XVI y XVII, los esclavos capturados por los portugueses en Luanda escapaban muchas veces antes de ser embarcados. A los cautivos les aterrorizaba que les separasen de sus comunidades y que les hicieran cruzar el Atlántico y, sobre todo, que practicasen el canibalismo con ellos. En la primera mitad del siglo XVIII, en Luanda y su región, escaparon de su cautiverio tantos esclavos que se formaron varias sociedades cimarronas. En el África Central Occidental también se dieron otras maneras de resistirse a la esclavitud. Con la ayuda de familiares o de gobernantes, los cautivos podían presentar su caso ante el sistema judicial colonial; los gobernantes podían pedir que los funcionarios coloniales interviniesen para liberar a los cautivos, y se celebraban juicios en los tribunales, conocidos como *mukanos* (procedentes del sistema legal africano).[51]

Los que no lograban escapar a la esclavitud por esos medios eran embarcados rumbo a las Américas, aunque siempre había oportunidades para organizar una insurrección mientras los esclavos estaban confinados en recintos o bien a bordo. Durante el tercer cuarto del siglo XVIII, la pequeña isla de Gorée, situada a tres kilómetros de la costa de Senegal, presenció varios intentos de fuga y rebeliones de esclavos.[52] Y cuando ya estaban embarcados el número de intentos de liberarse fue aún mayor. Basándose en investigaciones desarrolladas principalmente sobre la trata de esclavos británica, americana y francesa, Eric R. Taylor ha identificado 493 insurrecciones de esclavos a bordo, unos intentos en los que participaron

entre 75.000 y 100.000 personas, tres cuartas partes de las cuales se produjeron en la costa del África Occidental o cerca de ella. Aunque hubo pocos casos en los que los africanos se hicieran con los barcos y tuviera éxito su revuelta, los esclavos pudieron recuperar su libertad en más de 100 ocasiones. Más del 40 % de las insurrecciones a bordo se produjeron por la noche. Varias eran las condiciones óptimas para organizar una insurrección, tales como estar cerca de la costa africana, con lo que los esclavos tenían una posibilidad de apoderarse de la nave mientras cargaba las provisiones; que uno o más esclavos pudieran acceder a las cubiertas superiores; la indiferencia de la tripulación hacia los africanos o las condiciones inusualmente duras; el acceso de los esclavos a las herramientas y a las armas cuando la tripulación no las vigilaba; y la desafección y los motines de la tripulación, lo que propiciaba que los esclavos se aprovechasen del caos. Las revueltas que fracasaron se debieron a la traición de la tripulación y de la ayuda prestada a los capitanes y a la tripulación por los barcos que estaban cerca y por los soldados apostados en tierra. Estas revueltas abortadas culminaban con brutales castigos y represalias, a fin de conjurar futuras rebeliones.[53]

El motín de esclavos a bordo más conocido fue un acontecimiento singular que no tenía antecedentes ni se volvió a repetir jamás. Se trata de la revuelta en la goleta *Amistad*, que practicaba un tráfico intercolonial de esclavos y que navegaba desde un puerto de Cuba (La Habana) a otro (Puerto Príncipe), en 1839. La *Amistad* llevaba un cargamento de africanos de Sierra Leona que habían sido vendidos como esclavos en Cuba y posteriormente embarcados hacia Estados Unidos. Cinqué, un esclavo africano que fue el líder del viaje, encabezó un motín que se hizo con el control del barco. Los rebeldes intentaron volver a África, pero fueron traicionados por dos navegantes españoles a bordo de la nave. En vez de poner rumbo a África, la *Amistad* se dirigió hacia Connecticut, donde fue interceptada por un barco de la marina estadounidense. Los cuarenta y cuatro esclavos supervivientes fueron encarcelados en calidad de esclavos prófugos, pero lograron recabar el apoyo de letrados favorables a su causa que, influidos por el abolicionismo, adujeron ante el tribunal que los negros habían sido esclavizados ilegalmente y que por ello había que tratarlos como personas libres. El caso llegó hasta el tribunal supremo estadounidense y los esclavos fueron liberados. Ninguna

otra rebelión de esclavos en la historia de la trata trasatlántica consiguió un resultado positivo similar.[54]

Las insurrecciones de esclavos fueron un fenómeno más frecuente una vez los cautivos habían sido desembarcados en las Américas y vendidos a los propietarios de las plantaciones y a sus representantes. Tales revueltas podían producirse en cualquiera de las plantaciones americanas, por razones muy distintas. La primera revuelta de esclavos africanos en las Américas se desencadenó el día de Navidad de 1521 en Santo Domingo (actualmente la República Dominicana), en la que una veintena de esclavos de la finca del gobernador Diego Colón, hijo de Cristóbal Colón, organizó una insurrección en la que murieron varios blancos. Los rebeldes pronto fueron derrotados, y algunos de ellos asesinados o capturados y brutalmente castigados.[55]

Eugene D. Genovese sostiene que determinadas condiciones favorecían las grades revueltas.[56] Las penurias económicas —sobre todo el hambre— podían ser un catalizador de las insurrecciones de los esclavos. Un buen ejemplo es el del gran levantamiento que se produjo en la isla danesa de San Juan en 1733, que fue el resultado de años de sequía, hambruna y depresión económica.[57] La pertinaz sequía y la escasez de provisiones eran evidentes en Jamaica justo antes de la revuelta de esclavos que estalló en la isla en 1831-1832. La inexistencia de graves deficiencias en el suministro de alimentos en el periodo previo a la guerra estadounidense pudo ser uno de los motivos por los cuales, entre 1831 y 1860, no hubo ninguna revuelta en ese país. Las concentraciones de muchos esclavos en las plantaciones eran más proclives a las revueltas que las zonas en las que la mayoría de los esclavos vivían en fincas que solo contaban con cincuenta de ellos o aún menos. De hecho, las insurrecciones de esclavos fueron más comunes en las plantaciones del Caribe y en los distritos mineros de Venezuela y Colombia que en los estados de Estados Unidos, donde, aparte de Carolina del Sur y Misisipi, los blancos no eran mayoría entre la población total. Los dirigentes rebeldes proliferaban con mayor facilidad en zonas en las que se concentraba una gran cantidad de esclavos. Y las revueltas se producían con mayor frecuencia en los países en los que había más negros que blancos, y más esclavos que hombres libres. Jamaica y Saint-Domingue pertenecían a esta categoría, puesto que, en ambos casos, en la época en la que estallaron las

principales revueltas los esclavos representaban más del 80 % de la población.[58]

Sin embargo, vivieran donde viviesen, para desafiar al poder de los blancos los esclavos tenían que afrontar unos obstáculos formidables y a menudo insuperables. La milicia blanca y los hacendados estaban incomparablemente mejor armados, y las revueltas de los esclavos siempre corrían el peligro de ser delatadas por informadores, espías y traidores. En el sur de Estados Unidos, muchos blancos de las zonas rurales tenían acceso a las armas de fuego y sabían bien cómo usarlas. Entre la comunidad esclava, siempre había hombres que querían ganarse el favor de los propietarios blancos informándoles de cualquier indicio de rebelión.[59] A menudo la brutalidad de los blancos hacia los negros se acrecentaba con las rebeliones, y en general los esclavos rebeldes y sus líderes eran perseguidos, cazados y capturados. Los considerados culpables eran llevados a juicio, condenados y sentenciados a morir. Y como ejemplo para que otros esclavos no se rebelasen, las cabezas decapitadas de los dirigentes se clavaban en una estaca y se exponían en público.[60]

Los levantamientos de los esclavos en Norteamérica

En las Américas las revueltas de los esclavos se producían a intervalos regulares. Pero en realidad hubo más levantamientos abortados que auténticas revueltas; más indicios de conspiración que verdaderas conspiraciones, y muy pocas insurrecciones acabaron con éxito. ¿Por qué las grandes sublevaciones fueron relativamente poco frecuentes en las Américas? Antes de 1670 no había suficientes esclavos para que estallase una verdadera revuelta. A finales del siglo XVII, la llegada de grandes contingentes de africanos a Norteamérica, unida al crecimiento de las plantaciones y a la posterior codificación de los estatutos discriminatorios contra los negros, podría hacernos pensar que los cautivos se rebelaron con frecuencia contra las miserables condiciones en las que vivían. Que esto no sucediera más a menudo se debió, en parte, a la baja densidad de esclavos en Norteamérica hasta aproximadamente la década de 1750, en Virginia y Carolina del Sur, por ejemplo, que geográficamente eran mucho mayores que

Gran Bretaña. En tales circunstancias, a los esclavos se les acomodaba en habitáculos dispersos, lo que reducía enormemente su capacidad de coordinar revueltas. La falta de homogeneidad entre los esclavos procedentes de África y el hecho de que los hacendados residieran en sus plantaciones causaban divisiones entre los trabajadores negros y sometía a los esclavos a la constante vigilancia de sus amos blancos.

La principal insurrección de esclavos en la América británica durante el siglo XVII fue la rebelión de Bacon, en Virginia. Encabezada por Nathaniel Bacon, un hacendado recién llegado, el levantamiento intentaba obtener las tierras de la Virginia occidental para los blancos pobres que no tenían las posibilidades económicas de los ricos hacendados de las marismas, encabezados por el gobernador William Berkeley. Estos blancos pobres intentaban arrebatar la tierra a los nativos americanos. Durante el verano de 1676, las incursiones contra los indios se convirtieron en una rebelión que casi supuso una guerra civil en Virginia. El levantamiento duró poco, pero fue muy sangriento. Las luchas entre los partidarios de Bacon y los indios nativos causaron gran número de bajas. A principios de septiembre los rebeldes hicieron desfilar a los indios cautivos por las calles de Jamestown, y mientras avanzaban ofrecían la libertad a los sirvientes y esclavos que se unieran a Bacon. Este contrajo la fiebre de los pantanos, transmitida por los mosquitos, y murió, probablemente de disentería, el 26 de octubre. Con la desaparición de su líder la rebelión pronto llegó a su fin y veintidós de los partidarios de Bacon murieron en la horca.[61]

En la rebelión de Bacon participaron antiguos sirvientes descontentos, así como otros libertos y esclavos, que se unieron contra el *statu quo*. Aproximadamente uno de cada diez esclavos en Virginia participó en el levantamiento. En 1677, una investigación llevada a cabo por los comisionados del rey concluyó que un contingente importante de las fuerzas rebeldes estaba compuesto por sirvientes que habían sido liberados recientemente. Los historiadores de la rebelión han demostrado que como resultado de esta se produjeron cambios para endurecer los códigos esclavistas en Virginia y para impedir cualquier cooperación futura entre esclavos y libertos. Las medidas lograron su objetivo, porque los negros y los blancos indisciplinados nunca volvieron a rebelarse contra las autoridades en Norteamérica.[62]

La rebelión de Stono en Carolina del Sur (1739) fue la mayor y la única revuelta a gran escala de la historia de las colonias continentales británicas en Norteamérica. Empezó el 9 de septiembre de 1739, cuando un grupo de esclavos rebeldes irrumpió en una tienda cerca del río Stono, en una parroquia costera doce millas al sur de Charleston. Liderada por un angoleño llamado Jemmy, los rebeldes degollaron a dos hombres blancos, se apoderaron de armas y de alcohol, y se dirigieron hacia Florida. En el trayecto reclutaron entre cincuenta y cien personas, marcharon con tambores y banderas, y destruyeron las casas de las plantaciones y las granjas. Por la tarde llegaron al río Edisto, en el que hicieron una pausa esperando que más negros se unieran a su causa, haciéndolos invencibles. Esto dio tiempo a la milicia blanca para organizarse y atacar a los rebeldes, recabar la rápida ayuda de los hacendados locales, y formar piquetes en los cruces estratégicos y en los transbordadores. Avanzada la tarde, la mayor parte de la resistencia negra había sido sofocada. No obstante, algunos esclavos rebeldes escaparon y los blancos concentraron sus esfuerzos en apresarlos. Durante este levantamiento murieron veinte blancos y cuarenta y cuatro negros.[63]

Las causas del levantamiento pertenecen al terreno de la especulación. Es probable que las duras condiciones de vida jugasen un papel. Carolina del Sur había sufrido un brote de una enfermedad infecciosa en el verano de 1739. Quizá fue muy importante que la guarnición española de San Agustín ofreciera la libertad a los esclavos de Carolina poco antes de que se produjera el brote, por la proximidad de Carolina del Sur con la frontera española y al hecho de que los rebeldes de Stono se dirigieran al sur en esa dirección. Esto sucedió cuando las hostilidades angloespañolas se extendieron a la guerra del Asiento (conocida por los británicos como la guerra de la Oreja de Jenkins), un conflicto fundamentalmente colonial causado por las tensiones relacionadas con la seguridad de los barcos ingleses y españoles que surcaban las rutas comerciales atlánticas. La rebelión de Stono fue un levantamiento organizado según las tácticas africanas. La mayoría de los rebeldes, incluyendo a su líder, eran africanos, no criollos, y muchos de ellos eran de origen congoleño. Sus acciones pusieron de manifiesto su capacidad de resistencia, así como las tradiciones marciales de las etnias africanas. Por ejemplo, la decapitación inicial de los dos hombres blancos al principio de la revuelta reflejaba una práctica habitual en África, como era la exposición de

las cabezas cortadas a modo de trofeos, así como sus muestras de pericia militar. La utilización de banderas y tambores mientras los africanos se dirigían al sur desde Stono era propia de los métodos de combate utilizados en la zona occidental del África Central. Puede ser que algunos rebeldes hubieran guerreado en África; al fin y al cabo, así fue como muchos esclavos fueron capturados antes de embarcarlos para cruzar el Atlántico.[64]

La respuesta de los políticos de Carolina del Sur a la rebelión de Stono revela lo importante que era para ellos abordar con efectividad las consecuencias del levantamiento. Carolina del Sur entró en guerra con los españoles en San Agustín para intentar bloquear una obvia vía de escape para sus esclavos. La asamblea de Carolina del Sur fijó un impuesto prohibitivo a la importación de esclavos, lo cual redujo la introducción de esclavos africanos en la provincia durante gran parte de la década siguiente. Y lo que es aún más importante, Carolina del Sur aprobó un exhaustivo código esclavista en 1740. Partiendo de los estatutos anteriores, este código reforzó el control sobre los esclavos y se convirtió prácticamente en la base de las leyes esclavistas de la colonia durante el siglo siguiente. El código de 1740 dispuso unas multas más cuantiosas para los hacendados que no lograsen controlar a sus esclavos.[65]

Las revueltas de los esclavos también podían producirse en situaciones en las que los esclavos criollos eran mayoritarios y, aparentemente, los blancos eran más numerosos que ellos. Un importante levantamiento de este tipo ocurrió cerca de Richmond, Virginia, en el verano de 1800. Conocido como la conspiración de Gabriel, por el nombre de su líder, este levantamiento fue un intento planificado para derrocar el control de los blancos y obtener la libertad de los negros esclavizados. Gabriel Posser, el líder, era un criollo joven y culto que trabajaba como herrero en una plantación en el condado de Henrico, en Virginia. Conocía bien la retórica de la insurgencia negra que había fundamentado la gran insurrección de esclavos de Saint-Domingue (a la cual nos referiremos más adelante). La revuelta se planificó para que estallase en la estación de las cosechas, para que los partidarios de los esclavos no se vieran privados de alimentos. Y se elaboraron unos planes para atacar Richmond, la capital de Virginia, con tres columnas de negros rebeldes. Los conspiradores mantuvieron varias reuniones previas para coordinar la estrategia. Después de haber tomado Richmond, Gabriel

esperaba que las zonas circundantes capitulasen ante los negros insurgentes y que él se convertiría en el rey de un estado gobernado por los negros.[66]

La revuelta de Gabriel no estuvo a la altura de su cuidadosa organización. La mala suerte y la falta de unanimidad entre los esclavos que conocían el inminente levantamiento contribuyeron a su rápida extinción. Prevista para la noche del 30 de agosto de 1800, la insurrección se retrasó un día a causa de las grandes tormentas. Gabriel reunió a unos 1.000 negros para marchar sobre Richmond, pero esta cantidad era muy inferior a la que él preveía o necesitaba. Al parecer, Gabriel actuaba por motivos políticos. Marchó con una bandera con el lema «Muerte o Libertad». Al final, la revuelta fue abortada debido a la división de sus partidarios. Algunos de ellos desertaron; otros informaron a las autoridades locales de lo que iba a suceder. La información transmitida por los renegados y el día de retraso permitieron al gobernador de Virginia llamar a 600 soldados, buscar a los conspiradores y castigarlos. Gabriel fue capturado, juzgado y ahorcado tras negarse a delatar a sus cómplices. Otros treinta y cinco rebeldes fueron capturados y ejecutados. Dos años después, en el condado de Halifax, Virginia, estalló un «complot de Pascua» encabezado por seguidores de Gabriel, pero también fracasó.[67]

La última revuelta importante de esclavos en Estados Unidos también se produjo en Virginia. Fue la rebelión de Nat Turner, que tuvo lugar en el condado de Southampton, el 22 de agosto de 1831. El líder, Nat Turner, era un esclavo culto y profundamente religioso que había sufrido los duros regímenes de trabajo de varios amos blancos. Se presentaba como un predicador baptista, y describía las visiones místicas que había experimentado a las congregaciones de esclavos en las plegarias dominicales. Turner creía que sus visiones le inducían a liberar a los negros de la esclavitud, y planificó una insurrección para el 22 de agosto de 1831. Casi sesenta hombres se movieron rápidamente de una casa a otra, matando a los blancos con hachas, pistolas y porras a medida que avanzaban. Asesinaron a cincuenta y cinco personas blancas. Grupos armados compuestos por blancos, tropas federales y la milicia mataron o capturaron a la mayoría de los insurrectos. Turner consiguió escapar durante un mes, pero al final fue capturado, juzgado, declarado culpable y condenado a muerte. Turner recitó

sus *Confessions* como explicación de sus acciones y fue ahorcado el 5 de noviembre de 1831.[68]

La inesperada rebelión de Turner y la pérdida de vidas lanzaron una onda expansiva a través de la comunidad blanca virginiana. Las repercusiones de la insurrección desencadenaron la discusión más pública y sostenida sobre la esclavitud y la emancipación jamás mantenida en Virginia o en cualquier otro estado sureño. Los ciudadanos se reunían en los tribunales del condado para analizar la insurrección y hacer peticiones a sus legisladores. Algunas de estas peticiones favorecían la emancipación gradual; otras defendían que se expulsase a los negros libertos del estado para proteger la esclavitud. El debate se saldó con la victoria de los virginianos que se oponían a la emancipación de los esclavos, pues el poder legislativo se negó a considerar cualquier plan de emancipación. Esta fue la última vez que el tema se discutió públicamente en Virginia antes de la guerra civil americana. Finalmente las discusiones sobre la rebelión de Nat Turner hicieron que los propietarios de esclavos articulasen una defensa a ultranza y formal de la esclavitud que influyó enormemente a los antiesclavistas en el periodo prebélico.[69]

Las revueltas de esclavos en el Caribe

Las insurrecciones de los esclavos en las Indias Occidentales amenazaban a los amos blancos de manera más directa que en Norteamérica. Con todo, la mayoría de las conspiraciones, revueltas y guerras que se produjeron antes del siglo XIX fueron asuntos de una escala relativamente pequeña y fácilmente sofocados por las autoridades de las islas caribeñas. La única excepción fue la rebelión de Tacky en Jamaica occidental en 1760. Esta fue la segunda gran insurrección de esclavos que se produjo en la isla. Liderada por un rebelde coromantino (es decir, del grupo étnico akan), este estallido quebrantó la complacencia de la oligarquía agrícola jamaicana. El levantamiento empezó el día de Pascua de 1760, en el que los esclavos saquearon el fuerte de Puerto María, una pequeña localidad al norte de Jamaica. Armados con mosquetones y pólvora marcharon hacia el sur, reclutaron más hombres y empezaron una guerra de guerrillas.

FIG. 17. Toussaint L’Ouverture, Saint-Domingue, 1800.

El líder Tacky fue capturado y ejecutado, y su banda de rebeldes se disolvió muy pronto. Sin embargo, la lucha continuó varios meses. Se tomaron duras represalias para calmar a los rebeldes. Más de 400 esclavos murieron durante la revuelta, otros 100 fueron ejecutados y unos 500 transportados a la Honduras británica. Unos sesenta blancos y sesenta negros libertos perdieron su vida en el conflicto.[70]

La revuelta de Tacky fue una combinación de tres levantamientos en Jamaica que demostraron la capacidad de los esclavos para planificar cuidadosamente cómo alterar al máximo el régimen de las plantaciones.[71] Los legisladores jamaicanos estaban muy preocupados por la influencia de Obeah en el comportamiento de los esclavos, estuvieran o no vinculados a la resistencia. Tras la revuelta el obeahismo fue prohibido y se limitaron mucho las reuniones de los esclavos y su acceso a las armas.[72] A consecuencia de la insurrección, los jamaicanos blancos pretendieron separar la mezcla interracial para consolidar la solidaridad blanca. Las bajas, la pérdida de propiedades y el desplazamiento de la población ocasionada por la rebelión de Tacky hicieron que los colonos blancos de Jamaica procurasen que sus esclavos fuesen criollos y así no tener que importar más africanos, aunque no lograron este objetivo hasta pasados cuarenta años, después de que los ingleses abolieran la trata de esclavos en 1807.[73]

En todas las plantaciones americanas la única rebelión de esclavos que consiguió derrocar el poder de los blancos se produjo en 1791 en Saint-Domingue (la mitad occidental de La Española), en la que una insurrección masiva y planificada de 400.000 negros, liderada por el negro liberto Toussaint L’Ouverture e inspirada por los ideales de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa, aspiraba a deponer el poder blanco de los señores franceses y a crear una república negra. Saint-Domingue era una colonia con grandes plantaciones. A finales de la década de 1780 dicha colonia producía más de la mitad del café mundial y exportaba tanto azúcar como Jamaica, Brasil y Cuba juntos.[74] En las décadas de 1770 y 1780 aumentaron mucho los precios de los esclavos en Saint-Domingue, lo que acreditaba la viabilidad del sistema de las plantaciones en la principal colonia

francesa de las Indias Occidentales.[75] La multitudinaria revuelta de esclavos de la década de 1790 quebrantó la prosperidad económica de la isla.

Los blancos de Saint-Domingue no habían aplicado la regla dictada por la asamblea nacional francesa el 15 de mayo de 1791, en virtud de la cual todos los hombres de color económicamente solventes podían ser liberados y convertirse en ciudadanos de pleno derecho, lo cual fomentó la violencia entre los blancos y los negros libertos. La confrontación cobró impulso hasta convertirse en una gran revuelta. Durante el levantamiento, varias partidas de cimarrones sembraron el terror en los puertos y ciudades de Saint-Domingue, aumentando el malestar de los esclavos y desafiando al ejército francés. Toussaint se convirtió en el comandante en jefe de los semiindependientes señores de la guerra africanos y de los «mulatos», muchos de los cuales habían liderado las bandas guerrilleras antes de que él se uniera a la revolución.[76] El *petit marronage* y las reuniones secretas entre los esclavos y los negros libertos precedieron a la revuelta. Entre los dirigentes de la insurrección se contaban los de mayor categoría en el sistema esclavista, así como los que disfrutaban del estatus de semilibertad conocido como *liberté de savanne*.[77]

Preocupado porque la revuelta influyera en el comportamiento de los esclavos en Jamaica, el gobierno británico envió tropas para que ocuparan Saint-Domingue entre 1793 y 1798 en un intento de restaurar la esclavitud. La rebelión fue muy compleja, y en toda la isla se produjeron distintas reacciones según las regiones. Algunos esclavos luchaban con los rebeldes mientras que otros apoyaban a las fuerzas británicas. Los negros libertos adoptaron posturas políticas muy diversas dentro del espectro que abarca desde la adhesión a la monarquía hasta el republicanismo. Muchos esclavos luchaban para mejorar sus condiciones de trabajo más que por sentir un profundo deseo de emancipación. En 1798 las gestiones diplomáticas de Inglaterra y Estados Unidos llevaron a la retirada de las fuerzas de ocupación británicas, después de que más de 30.000 soldados, marineros y regimientos extranjeros de las fuerzas expedicionarias británicas hubieran muerto en la campaña en Saint-Domingue.[78]

Durante los años siguientes los esclavos haitianos ganaron su libertad frente a 50.000 soldados franceses. Muchos esclavos que lucharon por ella tenían un historial militar en África. Habían usado mosquetones y espadas en

guerras libradas en regiones como la Baja Guinea y Angola, en las que aprendieron tácticas de combate antes de su llegada al Caribe. Estos antecedentes fueron de vital importancia cuando se unieron a los esclavos criollos para desafiar a las fuerzas francesas.[79] Las tropas negras ocuparon Santo Domingo (la mitad occidental de La Española, que pertenecía a España), a finales de 1800 y el año siguiente los partidarios de Toussaint le nombraron gobernador general vitalicio. Este restableció el trabajo en las plantaciones, esta vez remunerado, y en 1801 redactó una constitución autónoma para Saint-Domingue. Celebrado como un héroe por Wordsworth y considerado un símbolo de la resistencia por los reformadores progresistas, Toussaint gobernó Saint-Domingue y negoció la retirada de las tropas británicas de la isla.[80] En este proceso profesó su lealtad a Francia, e hizo las paces con la clase hacendada blanca para que las plantaciones pudieran volver a funcionar.[81]

Napoleón decidió que Saint-Domingue tenía que volver al control francés. Con la llegada a la colonia de una fuerza revolucionaria francesa en febrero de 1802 empezó la fase más violenta de la revolución haitiana. Las tropas francesas masacraron a los negros que se resistían encarnizadamente para impedir la restauración del gobierno blanco. Esta fuerza militar engañó y arrestó a Toussaint, que fue enviado a Francia, donde murió en una mazmorra en abril de 1803.[82] Los negros libertos liderados por Jean-Jacques Dessalines, un antiguo esclavo, lucharon ferozmente contra las tropas de Napoleón y al final consiguieron vencerlas. Dos tercios de los soldados franceses murieron a causa de la fiebre amarilla, los demás se vieron obligados a abandonar la colonia antes de finales de 1803, y el 1 de enero de 1804 Dessalines proclamó la independencia de la colonia, que en adelante se llamaría Haití.[83] Sus partidarios masacraron sistemáticamente a los blancos que quedaban en la isla.[84] Durante el proceso en el que la colonia esclavista de Saint-Domingue se convertía en el territorio libre de Haití se produjeron unos cambios tumultuosos. La gran magnitud del triunfo de los antiguos esclavos al derrocar a sus amos franceses hizo que C. L. R. James describiese la revuelta como «un momento crucial de la historia del mundo».[85]

Mientras sucedía todo esto, entre 1799 y 1802, las tropas de Bonaparte participaban en una enconada lucha en Guadalupe, en un intento de

restablecer la esclavitud en la isla. Louis Delgrès, un coronel mestizo nacido en Martinica, lideró un ejército de esclavos guadalupanos contra las fuerzas francesas. Delgrès y sus partidarios se enfrentaban a un ejército francés superior y bien armado, lo que hizo que él y sus tropas fueran derrotadas en la batalla de Matouba el 28 de mayo de 1802. Delgrès prefirió suicidarse antes de ser capturado, y prendió fuego a los barriles de pólvora distribuidos entre sus seguidores. Cuando la pólvora explotó, Delgrès y 500 de sus hombres murieron.[86] La esclavitud se restableció en Guadalupe, pero veinte años después de que Haití lograse su independencia, los hacendados de Martinica y Guadalupe aún temían que los negros libres haitianos inspirasen a sus esclavos a rebelarse.[87]

En el Caribe francés se produjeron más revueltas de esclavos. En febrero de 1831 se produjo un levantamiento en San Pedro, Martinica, en el que esclavos agitadores e insubordinados intentaron incendiar la ciudad y saquear las propiedades de los blancos. El gobernador de Martinica, Jean Dupotet, declaró el estado de sitio y fue apoyado por la milicia, las fuerzas policiales, el ejército y la infantería de marina, que sofocaron la revuelta a los tres días de su inicio. El 22 de mayo de 1848 estalló otra rebelión en San Pedro, cuando la prevista emancipación de los esclavos en las colonias francesas no llegaba a materializarse. Se quemaron veinte casas, dos hombres fueron asesinados y treinta y dos personas, la mayoría de ellas blancas, fueron quemadas vivas. Al día siguiente el gobernador provisional de Martinica anunció la emancipación de los esclavos, que fue declarada oficialmente el 4 de junio de 1848.[88]

Curiosamente, cuando las ideas y el impacto de la Revolución Francesa estaban en su apogeo y se estaba produciendo la rebelión de los esclavos en Saint-Domingue, los esclavos no provocaron grandes disturbios en Jamaica, que estaba a solo unos días por mar del lugar donde se desarrollaba la acción de los esclavos rebeldes franceses. La victoria de los antiesclavistas en Saint-Domingue no tuvo mucha repercusión en la cercana Jamaica. Además, la fuerte presencia militar británica en el Caribe durante las guerras contra los revolucionarios y la Francia napoleónica ayudaron a mantener el orden en la isla. Las guarniciones británicas disuadieron a los esclavos jamaicanos de organizar una rebelión durante la turbulenta década de 1790. Las ideas libertarias surgidas del llamamiento revolucionario francés a la libertad, a la

igualdad y a la fraternidad, así como la revuelta en Saint-Domingue, probablemente influyeron más a los negros libertos que a la población esclava de Jamaica.[89]

La mayor explosión del descontento de los esclavos en el Caribe británico durante la década de 1790 se produjo en Granada, con la rebelión de Fédon en 1795-1796. En esta rebelión se produjo una peculiar mezcla francófona de hacendados, esclavos y negros libertos liderados por el también negro liberto y hacendado Julien Fédon, que se alzaron contra los blancos anglófonos que se asentaron en la isla después de que esta hubiera sido cedida a Inglaterra en 1763. Una sangrienta lucha marcó este levantamiento. En enero de 1796, las fuerzas de Fédon controlaban toda Granada excepto la capital, pero los colonos blancos, con la ayuda de refuerzos militares, ganaron finalmente la batalla. Fédon logró escapar de las garras de sus enemigos y no se sabe qué fue de él. Los británicos aplastaron el levantamiento ejecutando y deportando a los cautivos a territorios extranjeros por toda la bahía hondureña. Este fue el principal desafío de los esclavos y sus partidarios a la autoridad británica en el Caribe durante la época revolucionaria francesa. Aunque al final los británicos siguieron controlando Granada, la insurrección causó unas pérdidas de 2,5 millones de libras y limitó la expansión del cultivo de azúcar en la isla. En la estela de la revuelta de Fédon, los negros caribeños en San Vicente se levantaron contra el poder de los hacendados y controlaron la isla durante seis meses, antes de que la fuerza expedicionaria del general sir Ralph Abercromby, enviada por Inglaterra, derrotase a los insurgentes a principios de junio de 1796.[90]

Entre junio y marzo de 1812 se produjo en Cuba una gran revuelta de esclavos, que comprendía una serie de levantamientos coordinados colectivamente y que se conoce como la conspiración de Aponte. Esclavos y libertos se unieron para lograr su libertad después de que corrieran muchos rumores de que la emancipación estaba a punto de producirse. Una primera fase del levantamiento en Puerto Príncipe fue fácilmente interceptada; los líderes fueron apresados y ejecutados públicamente en la plaza del pueblo el 28 de enero de 1812. Una revuelta planificada en la población de Bayamo, en la zona oriental de la isla, terminó el 7 de febrero cuando un esclavo informó a su amo de la insurrección. El 15 de marzo se desencadenaron las revueltas en las plantaciones próximas a La Habana, en las que se produjeron

incendios provocados. Esclavos y libertos de color iban armados con machetes y cuchillos, pero el gobierno llamó inmediatamente a la milicia, que arrestó a centenares de insurgentes y sofocó la revuelta al día siguiente. No se sabe si se trató de tres revueltas diferentes en distintos lugares o de un levantamiento unificado. Sin embargo, en todos los casos, esclavos y negros libertos se unieron para atacar las propiedades de sus amos blancos después de que los rumores que circulaban sobre la emancipación, las historias sobre la revolución haitiana, y el deseo de libertad política los hubieran unido.[91] Cuando la insurrección fue sofocada, casi 400 personas fueron declaradas culpables de haber participado en la rebelión; treinta y cuatro líderes fueron ejecutados; y otras 200 personas fueron flageladas en ceremonias públicas. [92]

Después de 1825, en Cuba se produjeron revueltas de esclavos con cierta regularidad. Entre estas se cuentan los ataques a las plantaciones del distrito occidental de Guanajay, en agosto de 1833, e insurrecciones en diversas fincas de la provincia de Matanzas en 1839. Los levantamientos más importantes fueron los de 1843 y 1844. Los terratenientes temían por su vida y sus haciendas, y sostenían que el gobierno debía protegerles, ya fuera creando una milicia permanente o acuartelando tropas en las zonas rurales. El gobierno descartó la idea de situar una milicia permanente en el campo por los peligros que implicaba, pero desplegó tropas regulares en las áreas afectadas por los disturbios. Sin embargo, a los hacendados no les agradó tener que compartir con el gobierno los costes de desplegar las tropas. A principios de 1844 corrieron rumores sobre una gran conspiración de los esclavos en el distrito azucarero de Salvanilla, en la zona occidental de la isla, y se desató el pánico. Los esclavos fueron golpeados sin necesidad por los agentes del gobierno; los sospechosos, capturados y torturados, y las persecuciones se generalizaron. A finales de 1844, la conocida como «la conspiración de la escalera», por la escalera a la que ataban a los esclavos antes de azotarles, originó muchos castigos y las ejecuciones de treinta y nueve esclavos, treinta y ocho negros libertos y un blanco. No se trató de una conspiración inventada por las autoridades, sino de una plena insurrección de los esclavos. Cuando la revuelta fue sofocada, el liderazgo de los libertos de color cubanos se vio sumamente mermado y España aumentó su control sobre Cuba durante varias décadas después.[93]

En la última fase de la esclavitud en el Imperio Británico, estallaron tres grandes revueltas en el Caribe inglés. Se produjeron en Barbados (1816), Demerara (1823), y Jamaica (1831-1832). La diversidad geográfica de estos levantamientos, así como su diferencia temporal, hace difícil identificar características comunes que incitasen a los esclavos a rebelarse en cada una de las colonias. Probablemente los factores económicos jugaron algún papel en dos de las rebeliones. En 1816, inmediatamente después de las guerras napoleónicas, Barbados experimentó una caída de precios y una depresión económica. De igual manera, en 1831, las grandes fortunas de Jamaica estaban en recesión. La madurez de las tres colonias y la composición de las poblaciones esclavas no parecen haber sido factores que estimulasen la revuelta.[94]

La difusión de las informaciones sobre la posible liberación de los esclavos parece haber impulsado estas insurrecciones. Los rumores de que William Wilberforce iba a presentar un proyecto de ley al parlamento inglés abundaban en 1815, antes de la rebelión de Barbados en 1816.[95] Algunos esclavos pensaban que este proyecto de ley era el primer paso hacia su libertad. La revuelta de Demerara en 1823 se produjo varios meses antes de que la Sociedad Antiesclavista de Londres anunciase su política de emancipación gradual y de que Bathurst enviase su circular con la política de mejora del gobierno (véase capítulo 6). A los esclavos de las colonias todo esto les pareció el primer paso para la obtención de la libertad. En Jamaica, en 1831-1832, todo el mundo sabía que el gobierno laborista británico se proponía legislar en favor de la emancipación de los esclavos tan pronto el parlamento aprobase la ley de reforma.[96]

El papel de los misioneros y la aparición de un liderazgo criollo también ayudaron a fomentar estas revueltas. Los misioneros inconformistas eran instruidos por sus superiores para que no incitasen a los esclavos a rebelarse y que les enseñasen obediencia, piedad y templanza. Sin embargo, una vez sobre el terreno, los misioneros se dieron cuenta de las injusticias de la esclavitud y se debatían entre lo que se les había enseñado a predicar y sus propios sentimientos. Por si fuera poco, además tenían que lidiar con la hostilidad de los hacendados.[97] Muchos de ellos atribuyeron el estallido de la revuelta de los esclavos jamaicanos de 1831-1832 a la influencia de los misioneros, aunque esta postura era exagerada. Sin embargo, las escuelas de

las misiones fundadas por los predicadores inconformistas difundieron los Evangelios a través de una red de diáconos negros cultos, que se relacionaban con los trabajadores de color. Así, en el caso de Jamaica, el misionero baptista William Knibb se dedicó a condenar la esclavitud tras su estancia en las parroquias occidentales de la isla. Knibb se implicó en la insurrección de 1831-1832, conocida como la revuelta baptista, y fue llevado a juicio porque, presuntamente, había incitado a los esclavos a rebelarse.[98]

Estas tres últimas rebeliones en las Indias Occidentales británicas atrajeron a grandes líderes negros. Bussa, un esclavo africano y antiguo jefe de guardabosques en la plantación de Bayleys, en la parroquia de San Felipe, reclutó esclavos en todo Barbados para que se unieran a su revuelta. No sabemos mucho de él como individuo, aunque al parecer fue un valiente líder militar que fue asesinado en la última batalla de la revuelta. Nanny Grigg, una esclava doméstica culta, también desempeñó un papel importante incitando a los esclavos a rebelarse.[99] Quamina, el principal diácono de la Bethel Chapel, asumió el papel de cabecilla en la revuelta de Demerara. Pese a que el diácono no iba armado, fue atrapado, le dispararon a muerte y su cadáver fue encadenado y colgado fuera de la plantación Success, lugar donde había empezado la rebelión.[100] Samuel Sharpe, un diácono negro de una iglesia baptista, fue el líder de los esclavos en la insurrección jamaicana. Sharpe simbolizaba al líder criollo culto que informaba y organizaba a los esclavos. Se relacionaba con otros negros cultos después de las plegarias; se dirigía a sus semejantes esclavizados con una entrega apasionada y demostró una gran capacidad de organización al principio de la revuelta.[101]

Las rebeliones en Barbados y Demerara duraron una y tres semanas, respectivamente. En el transcurso de las mismas se interrumpieron los trabajos, se causaron estragos en las fincas azucareras, se luchó contra la milicia y, cuando fueron sofocadas, se tomaron graves represalias. En Barbados se vieron afectadas unas setenta plantaciones de azúcar y en Demerara más de cincuenta. En ambos territorios, cerca de 100 esclavos (pero solo dos blancos) murieron en combate. Los cautivos fueron torturados. Se realizaron ejecuciones públicas, después de las cuales se cortaron las cabezas de los reos y se clavaron en postes. Ciento setenta negros fueron deportados de Barbados.[102]

La guerra baptista jamaicana duró mucho más. Estalló repentinamente el 27 de diciembre de 1831, después de que los esclavos hubieran tenido tiempo de descansar y planificar sus actividades durante las fiestas navideñas, y se prolongó hasta marzo de 1832. Empezando en la parroquia de Saint James, se propagó por otras cinco parroquias de la mitad occidental de la isla y en ella participaron unos 60.000 esclavos, que incendiaron fincas azucareras, practicaron la guerra de guerrillas y se ocultaron en las zonas escarpadas del interior. La guarnición militar británica en Jamaica había sido reducida a un 30 % en los dos años que precedieron a la insurrección. Por tanto, los esclavos rebeldes sabían que era un momento oportuno para devolver el golpe a la oligarquía hacendada. Sin embargo, la milicia sofocó la revuelta con gran brutalidad. Más de 200 esclavos fueron asesinados y 312 ejecutados tras haber sido juzgados. Más de 300 fueron encarcelados o transportados. Sam Sharpe, el líder, fue capturado y ahorcado en la bahía de Montego el 23 de mayo de 1832.[103]

Estas tres últimas rebeliones de los esclavos dejaron diversas huellas. La rebelión de Busa solo tuvo un pequeño impacto en Barbados: se restableció el orden y no volvieron a producirse grandes insurrecciones en la isla. Las repercusiones de la revuelta de Demerara causaron más polémicas, porque un misionero congregacionalista, el reverendo John Smith, fue encarcelado en Demerara acusado de llamar a los esclavos a la rebelión. El reverendo Smith murió en prisión y ello desató la indignación en la prensa británica. La opinión pública inglesa se enfureció por el maltrato infligido a un clérigo blanco, si bien la respuesta de los abolicionistas se concentró en la victimización de los esclavos rebeldes. La revuelta jamaicana coincidió temporalmente con las últimas fases de la lucha por la ley de reforma inglesa, que seguía debatiéndose en el parlamento y en todos los ambientes políticos de la nación, y dio un gran impulso a la causa de los esclavos, porque era de sobra conocido que la ley de reforma daría paso a la emancipación de los esclavos, tal como había prometido el gobierno liberal.[104]

Las revueltas de los esclavos en Brasil

Los levantamientos de esclavos se produjeron a menudo en la Bahía de principios del siglo XIX: en 1807, 1809, 1813, 1816, 1826, 1827, 1830 y, sobre todo, en 1835.[105] Muy pocas de estas insurrecciones tenían que ver con la ideología política de resistencia proyectada por el levantamiento haitiano y su relación con las ideas revolucionarias francesas. Ni tampoco fueron influidas por las campañas abolicionistas, que tuvieron poca repercusión en Brasil.[106] Por el contrario, las revueltas fueron más bien inspiradas por las tradiciones, ideas y símbolos africanos que los esclavos llevaron consigo a Brasil. Durante el siglo XIX, en ese país predominaban los esclavos nacidos en África, porque hasta 1850 siguió existiendo el tráfico de esclavos transatlántico con destino Río de Janeiro, Pernambuco y otros puertos. Aunque algunos criollos participaron en las revueltas de esclavos que se produjeron en Brasil, la mayoría de los implicados en las insurrecciones eran esclavos nacidos en África, sobre todo las que se declararon en Bahía y en el noreste del país. Muchos de ellos eran musulmanes africanos que habían adquirido experiencia militar en su Benín natal. Los esclavos criollos en Brasil tenían más oportunidades para conseguir la manumisión que los africanos recién llegados, y tenían más experiencia para negociar con las autoridades existentes. Esta fue una de las razones por las cuales la revuelta no era un elemento importante de las estrategias de los esclavos criollos brasileños para mejorar su situación.[107]

Los esclavos musulmanes nacidos en África (conocidos en Brasil como los malês), fueron los principales impulsores del gran levantamiento de 1835 en Salvador de Bahía. Los dirigentes decidieron que la insurrección coincidiera con una festividad religiosa, cuando la policía estuviera distraída controlando las procesiones religiosas lejos del centro de la ciudad. Los rebeldes tomaron las calles vestidos a la manera de los practicantes del islam. Se produjo un ataque a una prisión en la que iban a ahorcar a un líder musulmán, pero este fue repelido por las armas de fuego de los guardianes de la prisión. Los esclavos se vieron superados por la caballería apostada fuera de los barracones militares y huyeron rápidamente. La policía encontró amuletos musulmanes y papeles con plegarias y pasajes del Corán en los cuerpos de los rebeldes caídos. Algunos de ellos llevaban collares grabados con el nombre de Dessalines, el líder de la revolución haitiana. Estos esclavos insurrectos no contaron con el apoyo de los esclavos criollos ni

tampoco de la población liberta de color, que se distanciaron de los africanos más combativos. Estas divisiones entre los potenciales rebeldes propiciaron que las autoridades centrales dominasen la revuelta y que la esclavitud continuase en Brasil. Algunos dirigentes de la insurrección fueron deportados a África. El levantamiento producido en 1835 en El Salvador fue probablemente la sublevación urbana de los esclavos mejor planificada de la historia de las Américas, pero fue aplastada —como lo fueron casi todas las revueltas— porque las autoridades blancas disponían de más armas y estaban mejor organizadas.[108] En Brasil ya no se produjeron más levantamientos relevantes. La derrota de prácticamente todas las insurrecciones de los esclavos es una prueba elocuente de la falta de conexión entre tales rebeliones y el proceso de su emancipación: la única excepción a esta regla fue Saint-Domingue.[109]

5
LA ABOLICIÓN DE LA TRATA DE ESCLAVOS

Desde el mundo antiguo hasta el final de la Edad Media la esclavitud fue aceptada en muchas sociedades, sin que se dieran muchas controversias sobre su legitimidad. Lejos de ser un estatus social aberrante, la esclavitud era común en muchas sociedades, ya fueran las ciudades-estado de la Grecia y la Roma antiguas o la Rusia medieval y el Imperio Otomano.[1] La posesión de esclavos en Europa y Oriente Medio, a diferencia de la esclavitud trasatlántica, normalmente no implicaba una subyugación racial, ni exigía que los esclavos cultivasen los alimentos básicos. En estos aspectos, las primeras formas de esclavitud diferían de la esclavitud racial imperante en las plantaciones que dominaron la experiencia de la esclavitud trasatlántica. No obstante, el que la esclavitud ya fuese ampliamente tolerada antes de implantarse en las Américas, a menudo con referencias a ejemplos bíblicos, facilitó que los colonizadores europeos generalizasen el recurso a los africanos en todas las Américas, desde el siglo XVI hasta el XIX.[2]

A mediados del siglo XVIII, antes de la Ilustración europea, las ideas antiesclavistas ya eran conocidas, aunque eran escasas y distantes entre sí. Antes de 1750, aproximadamente, la esclavitud era tolerada, y teólogos y filósofos solían apoyarla. Por ejemplo, Thomas Hobbes, en su influyente *Leviatán* (1651), sostenía que los esclavos eran un elemento normal de las sociedades humanas, que a su entender se basaban en una pirámide de

poder que abarcaba desde los propietarios de esclavos, próximos a la cúspide de una jerarquía vertical, hasta las personas esclavizadas, que estaban en la base de la misma.[3] Las ideas antiesclavistas solo empezaron a popularizarse —cosa que hicieron rápidamente— cuando se gestaron las ideas filosóficas de la Ilustración, en las tres décadas comprendidas entre 1750 y 1780, época en la que las posturas antiesclavistas empezaron a difundirse en textos legales y literarios. A partir de la era revolucionaria americana, los defensores de la esclavitud y los antiesclavistas se enfrascaron en una guerra de ideas y palabras, a medida que exponían sus respectivos puntos de vista sobre la necesidad de mantener o derrocar la esclavitud y la trata de esclavos.[4]

Los líderes de los defensores de la esclavitud eran los hacendados y los comerciantes directamente implicados en la esclavitud y la trata de esclavos, que solían recurrir a menudo al apoyo político favorable de diversos colectivos, parlamentos y monarcas. En Gran Bretaña el grupo de presión esclavista estaba dominado por el West India Interest, nombre colectivo por el cual se conocía a los comerciantes y hacendados que participaban en el tráfico transatlántico de esclavos al Caribe. Muchos de estos hombres que hicieron fortunas con sus propiedades esclavistas en las Indias Occidentales regresaron a Gran Bretaña como propietarios absentistas, y estaban bien relacionados con la élite política.[5] Redactaron peticiones, escribieron panfletos y cabildearon dentro y fuera del parlamento para apoyar su caso. La clase hacendada no dejaba de proclamar su importancia económica para el Imperio Británico y contrarrestaba los argumentos elaborados por sus oponentes, según los cuales el libre comercio y el trabajo libre asalariado debían reemplazar al proteccionismo y a la esclavitud.[6]

Los defensores de la esclavitud en Gran Bretaña influyeron en el pensamiento proesclavista estadounidense. Escritores, predicadores y oradores recalcaban el histórico estado servil de los esclavos negros, su degradada vida en África antes de ser esclavizados y sostenían que los esclavos necesitaban ser cristianizados y educados antes de pensar en la posibilidad de liberarlos. Conforme a los argumentos de los economistas

políticos, los partidarios de la esclavitud la consideraban un ejemplo de confianza divina avalado por un precedente bíblico.[7]

Las ideas antiesclavistas avanzaron mucho en la década de 1750 como resultado de las ideas de la Ilustración, que difundían los conceptos de progreso humano y que consideraban que la esclavitud era una institución retrógrada. La circulación de las ideas antiesclavistas se produjo rápidamente a través de redes internacionales de pensadores. El texto clave que hizo avanzar tales actitudes fue el tratado de Montesquieu, *Del espíritu de las leyes* (1748). Este texto efectuaba un ataque transversal contra la esclavitud, sugiriendo que era moralmente incorrecto mantener a seres humanos en una situación de cautiverio.[8] La obra de Montesquieu fue muy leída y se la consideró una importante obra filosófica. Los filósofos escoceses enseguida adoptaron las líneas argumentales contra la esclavitud que Montesquieu había expresado. En la década de 1750, Francis Hutcheson y otros autores produjeron un aluvión de folletos y panfletos que propagaron estos puntos de vista. Las ideas antiesclavistas también se extendieron a los campos de derecho y economía. William Blackstone, el destacado jurista y cronista conservador británico, se opuso públicamente a la esclavitud y al comercio de esclavos en sus *Comentarios sobre las Leyes de Inglaterra* (1765-1769).[9] Aún más importantes, a largo plazo, fueron los argumentos de Adam Smith, quien, en su obra *La riqueza de las naciones* (1776), expuso unos sólidos argumentos acerca de las ventajas económicas del trabajo libre asalariado sobre el trabajo de los esclavos. En la citada obra defendía su convicción de que el trabajo de los esclavos era relativamente improductivo porque se basaba en la coacción de trabajadores poco dispuestos, mientras que el trabajo libre ofrecía unos incentivos salariales que podían aumentar la productividad.[10]

En 1776, las ideas antiesclavistas empezaron a avanzar tímidamente en Norteamérica, y el impacto de las mismas se intensificó en el cuarto de siglo posterior. Además de cambiar puntos de vista filosóficos, la condena a la posesión de esclavos aumentó entre los grupos religiosos, sobre todo los protestantes. Metodistas como John Wesley y Francis Asbury predicaron sobre la inmoralidad de la posesión de esclavos.[11] Los cuáqueros criticaban duramente el disfrute de bienes robados, a partir del cual

extrapolaron la situación de los esclavos, denunciando la perversidad de la esclavitud y de su comercio.[12] Desde la década de 1780 en adelante, los evangelistas de la Iglesia de Inglaterra atacaron la esclavitud y la trata de esclavos, porque consideraban que este tráfico era un pecado que había que redimir lo antes posible. Estos grupos creían en la difusión del concepto cristiano de benevolencia en relación con la esclavitud y la trata de esclavos, y defendían el mandato paulino de tratar a los demás como nos gustaría que nos tratasen a nosotros aplicándolo a los esclavos. También había otros dos temas que salían a menudo a colación. Uno de ellos era el énfasis en la providencia divina, explicando que Dios recompensaría a las sociedades que obraban bien y castigaría a las que obrasen mal. El otro era resaltar la progresiva revelación divina, cuya principal idea era que la paz y la abundancia para las sociedades que eliminasen la esclavitud eran un signo de providencialismo.[13]

Muchas de estas ideas circularon en todo el mundo transatlántico, ya fuese a través de la correspondencia, por la difusión de la literatura impresa, las visitas a Norteamérica o los discursos, sermones o lecturas. Los cuáqueros, sobre todo, jugaron un papel crucial en la difusión del mensaje antiesclavista gracias a sus fuertes vínculos transatlánticos. Importantes miembros de la Sociedad Religiosa de Amigos, como John Woolman y Anthony Benezed, defendían la causa tanto en su país como en sus visitas a Inglaterra.[14] Esta sociedad creía en el pacifismo y condenaba la guerra, y se oponía a la captura de esclavos en los conflictos del África Occidental. También creía que todas las personas son iguales a los ojos de Dios, fuera cual fuese el color de su piel y su estatus mundano. Los cuáqueros prohibían a sus fieles que participasen en la trata de esclavos y criticaban a los amigos que los poseían. Sin embargo, ni siquiera a los cuáqueros les resultó sencillo iniciar la cruzada contra la esclavitud. En la patria norteamericana del cuaquerismo —Pensilvania y Nueva Jersey— los amigos lucharon durante generaciones hasta 1770, aproximadamente, antes de que se aceptase que los miembros de la congregación no podían tener esclavos.[15]

La difusión de las ideas antiesclavistas fue un paso preliminar necesario para que las naciones considerasen la posibilidad de abolir la trata de

esclavos, si bien la influencia de tales actitudes sobre las acciones individuales encaminadas a la abolición varió considerablemente. En algunos países, las protestas contra la trata de esclavos propiciaron el crecimiento del cabildeo y de los grupos de presión, normalmente influidos por los principios cristianos. Estos grupos jugaron un papel activo para persuadir a los gobiernos de que las consideraciones humanitarias sobre la inmoralidad de la trata de esclavos debían conducir a la abolición de la misma. Este fue el caso, aunque todos los países con un floreciente tráfico de esclavos en la era de la Revolución Francesa tenían amplias vías de comunicación, ya fueran reuniones, correspondencia, discursos y peticiones, muchas de las cuales ponían de manifiesto la preocupación internacional por la persistente existencia de la esclavitud y la trata de esclavos.[16]

Las redes de partidarios antiesclavistas, así como las estrategias para difundir sus ideas proliferaron desde finales de la década de 1780 en adelante, e inicialmente fueron inspiradas por la cooperación angloamericana entre los cuáqueros y los anglicanos evangelistas contrarios a la trata de esclavos. La humillación británica por la pérdida de sus colonias americanas en 1783 proporcionó un contexto ideal para que los detractores de la trata de esclavos promocionasen sus actividades como una expiación de los pecados nacionales y para atacar a la vulnerable clase dirigente británica.[17] No obstante, la actividad de los cuáqueros y de los anglicanos evangelistas en los años inmediatamente posteriores a la guerra revolucionaria americana (1783-1786) no indica que estos pudieran explotar una pérdida de confianza en la estabilidad económica y la superioridad británicas. Por el contrario, la Inglaterra de 1788, cuando se formularon las primeras interpelaciones del movimiento abolicionista ante el parlamento, mostraba muchos signos de confianza en el Imperio y de su persistente apoyo a la esclavitud y al comercio con las Indias Occidentales.[18] Por ello a los detractores de la trata de esclavos les fue difícil afilar sus armas con prontitud, ya que los partidarios de la esclavitud, firmemente afianzados, se resistían a los argumentos planteados por los abolicionistas y organizaban sus propios grupos para mantener el *statu quo*. Quienes se oponían a la trata de esclavos pronto vieron que era mejor combatir la trata

de esclavos sin asociarla al mismo tiempo con un ataque abolicionista a la esclavitud. Así, en la mayoría de los casos, la abolición de la trata de esclavos precedió a la emancipación de los mismos, que se produjo, aproximadamente, veinticinco años después.[19]

Dinamarca

Dinamarca, un actor relativamente menor en el tráfico de esclavos transatlántico, fue la primera nación que abolió su trata de esclavos de manera permanente. La propaganda antiesclavista circulaba en Copenhague a finales de la década de 1780, sobre todo en artículos de periódico traducidos del inglés y del francés, aunque tuvo relativamente poca influencia en la decisión de poner fin a la trata danesa. Gobernada por el monarca de Dinamarca-Noruega y sin un parlamento, la trata de esclavos danesa llegó a su fin con un edicto real del 16 de marzo de 1792, que tenía que entrar en vigor el 1 de enero de 1803. En este caso, la abolición se produjo básicamente por razones económicas. En 1791 se creó una gran comisión sobre el comercio de los negros, cuya misión era decidir si la trata de esclavos danesa debía abolirse, asegurando al propio tiempo que la producción azucarera en las colonias caribeñas danesas, sobre todo en Santa Cruz, pudiera seguir adelante. Su conclusión fue que si se permitía que se importasen entre 30.000 y 45.000 esclavos a los territorios daneses en la década de 1790, la mano de obra en las plantaciones azucareras aumentaría lo suficiente como para permitir la abolición de la trata de esclavos. La comisión estaba poderosamente influida por las ideas de Ernst Schimmelman, un rico e influyente político originario de Alemania, que sostenía que los esclavos podían sobrevivir en los territorios daneses gracias a la reproducción natural sin que se necesitase una afluencia constante de esclavos oriundos de África.[20] Schimmelman y otros estadistas pensaban que Dinamarca podía intentar desarrollar plantaciones en África que no dependieran del trabajo esclavo. Este argumento también influyó en la decisión de abolir el tráfico de esclavos danés, pues estos intentos harían que la trata de esclavos resultase superflua.[21]

La Gran Comisión Danesa sobre la Trata de Esclavos era consciente de la agitación que desencadenó la discusión sobre la trata de esclavos en la agenda del parlamento británico de 1788. Dicha comisión se reunió y debatió las cláusulas estipuladas en el edicto real de 1788 con la esperanza de que los británicos estuvieran a punto de abolir su tráfico de esclavos. Los detalles sobre los horrores de la travesía media, tomados de los escritos de Thomas Clarkson y Alexander Falconbridge fundamentaron las discusiones, pero no había un gran interés para poner fin a la trata de esclavos por razones humanitarias. Más bien había un acuerdo según el cual Dinamarca continuaría con la esclavitud y las plantaciones de azúcar durante un futuro previsible, y que la abolición de la trata de esclavos debía calcularse en términos del número de esclavos necesarios para que las plantaciones danesas mantuvieran su productividad. Esta consideración es la que justifica el lapso temporal entre el edicto real de 1792 y la entrada en vigor de su política en 1803. En Inglaterra, William Wilberforce, en una alocución ante la cámara de los comunes pronunciada el 2 de abril de 1972, señaló que Dinamarca «ya había rechazado todo el intercambio. Un logro notable que debería hacer sonrojar a los británicos por haber perdido la oportunidad de liderar tan glorioso ejemplo».[22] Sin embargo, Dinamarca no se benefició plenamente de los supuestos contemplados en la ordenanza de 1792 porque la reproducción de su población esclava nunca llegó a los niveles esperados.[23]

Inglaterra y Estados Unidos

La abolición de la trata de esclavos británica y estadounidense fueron dos prohibiciones de la esclavitud trasatlántica, independientes pero cercanas en el tiempo. En menos de un mes, en la primavera de 1807, Inglaterra y Estados Unidos, acordaron, cada uno por su parte, legislar contra la continuidad de la importación de esclavos africanos. En Inglaterra, el estatuto para abolir el tráfico de esclavos fue aprobado por las dos cámaras parlamentarias el 25 de marzo de 1807. Sin embargo, en Estados Unidos, la cámara de representantes votó el 2 de marzo de 1807, con el resultado de

113 votos a favor y 5 en contra, para poner fin a las importaciones de esclavos en el país. Esta votación fue aprobada por el senado y bendecida por el presidente Thomas Jefferson. La ley estadounidense para la abolición del tráfico de esclavos estipulaba que ninguna nave podía pasar (las aduanas) después del 1 de mayo de 1807, y que ningún barco negrero podía desembarcar en las Indias Occidentales británicas después del 1 de marzo de 1808.[24] Inglaterra y Estados Unidos estaban al corriente de sus respectivos progresos respecto de la abolición, y hubo una cierta competencia para ver cuál de las dos naciones tendría el honor de llegar primero a la meta.[25]

Estas dos medidas abolicionistas fueron unos hitos importantes en la historia del abolicionismo. Inglaterra y Estados Unidos eran las primeras naciones que comerciaban con esclavos que pusieron fin a este tráfico transatlántico de una vez por todas. En ambos casos, la trata de esclavos hubiera podido continuar, quizá indefinidamente, si las prohibiciones no hubieran tenido lugar, ya que desde las Américas siempre se pedían más esclavos. Las estadísticas demuestran la persistente importancia del tráfico de esclavos británico y estadounidense cuando se produjo la abolición. Entre 1800 y 1808, los barcos británicos enviaron a 288.000 esclavos a las Américas, principalmente al Caribe. Algunos destinos en las Indias Occidentales eran colonias británicas; otros, territorios que los británicos conquistaron a franceses y holandeses durante las guerras napoleónicas.[26] En la primera década del siglo XIX, cuando las importaciones de esclavos a Estados Unidos se limitaban exclusivamente al bajo Sur, casi 67.000 africanos llegaron a las dos Carolinas y a Georgia.[27]

Las diferentes tradiciones políticas de Inglaterra y Estados Unidos incidieron directamente en el proceso de abolición de la trata de esclavos. En Inglaterra, las normas parlamentarias dictaban que el fin de este tráfico solo podía producirse mediante una ley aprobada en el contexto de un Estado unitario, basado en la soberanía parlamentaria y en una monarquía constitucional. En Estados Unidos, un país federal y republicano, cada estado podía promulgar leyes contra la importación de esclavos a sus propias jurisdicciones, si bien una prohibición total solo podía lograrse con la aprobación del congreso, que se basaba en la decisión constitucional (de

preservar los derechos de cada estado), de que no se podía interferir en las importaciones de esclavos hasta veinte años después de que la constitución estadounidense fuese refrendada en 1788. A partir de 1794 el congreso aprobó una serie de leyes que restringían la participación de los estadounidenses en la trata de esclavos, pero hasta 1807, aproximadamente, no fue posible promulgar una ley que suprimiese cualquier tipo de implicación estadounidense en este tráfico.[28]

A pesar de las diferencias, en los procesos que culminaron con la abolición hubo elementos comunes. La moral humanitaria de la lucha contra el tráfico de esclavos en ambos países fue un notable punto de contacto entre ambas aboliciones. Las dos tratas de esclavos tenían que encontrar mecanismos políticos que les permitieran movilizar las protestas tanto a nivel no institucional, mediante discursos, peticiones, cabildeos y otros tipos de presión, ya fuera entre las bases o a través de la promulgación de leyes. Inglaterra y Estados Unidos necesitaban portavoces que denunciasen los aspectos inhumanos del cautiverio y defendieran la necesidad ética de acabar con la trata de esclavos. Ambos países sabían que la abolición de esta trata estaba relacionada con cuestiones más amplias, como la persistencia de la esclavitud en Estados Unidos y en el Imperio Británico y el objetivo final de la emancipación de los esclavos en las dos naciones. En ambos casos, los activistas eran conscientes de que formaban parte de «un poderoso experimento».[29] Inglaterra y Estados Unidos experimentaron los argumentos abolicionistas formulados desde hacía varias décadas, una lucha contra la trata de esclavos que fue muy disputada y contrarrestada con fuertes argumentos, y la necesidad de calcular el calendario óptimo para decretar la abolición.[30]

A principios del siglo XIX Inglaterra tenía un movimiento abolicionista más organizado que Estados Unidos, lo que sucedió pese a que muchas ideas abolicionistas fueron difundidas previamente en Norteamérica antes de llegar a Inglaterra y a que, además, la revolución estadounidense divulgaba los temas del republicanismo, la libertad y los derechos naturales, mientras que Inglaterra evitaba poner en práctica los principios revolucionarios y el republicanismo. Naturalmente, los esclavos eran una presencia visible en Norteamérica, pero en Inglaterra no había ninguno. La

razón de las diversas orientaciones abolicionistas en ambos países no suponía que hubiera ninguna diferencia en las ideas morales, ya que en ambos casos eran muy similares, sino que residían en la movilización y en la organización. En pocas palabras, el abolicionismo estadounidense floreció sobre todo a nivel local, en cada colonia y estado, y sufrió una considerable fragmentación, mientras que el abolicionismo británico tuvo una dirección nacional gracias al trabajo de la Society for Effecting the Abolition of the Slave Trade (Sociedad para Lograr la Abolición de la Esclavitud), fundada en Londres en 1787. Dada su influencia en la opinión pública del país, sus reuniones periódicas en Londres hicieron que se le prestase una gran atención en la capital de la nación.[31]

La Society for Effecting the Abolition of the Slave Trade estaba muy unida y dominada por los cuáqueros. Se reunían periódicamente y se centraban en la movilización de la opinión pública contra la trata de esclavos, dejando para más adelante las campañas contra la esclavitud. La sociedad distribuyó muchos panfletos a través de una red de libreros, y se movilizó vigorosamente de un lado a otro en todo lo largo y ancho de Inglaterra, sobre todo entre 1787 y 1792, unos años en los que el abolicionismo tuvo un notable impacto en el parlamento. La sociedad también contribuyó a la difusión del escándalo humanitario causado por la tripulación del barco negrero *Zong*, de Liverpool. Los tripulantes tiraron por la borda a 132 esclavos mientras atravesaban el Atlántico cuando el agua potable empezó a escasear, y después, al llegar a Jamaica, reclamaron a la compañía aseguradora por las pérdidas sufridas. Los propietarios llevaron su caso a juicio, pero el presidente del tribunal supremo de Inglaterra, lord Mansfield, falló en su contra basándose en que el capitán y la tripulación fueron los responsables de lo sucedido. La sociedad reunió pruebas de cómo se realizaba el tráfico de esclavos gracias a Thomas Clarkson, infatigable recopilador de información oral en los principales puertos esclavistas británicos. Clarkson reunió estas pruebas con rapidez y eficacia, de manera que las lacras de la trata de esclavos, el trato cruel al que eran sometidos, la separación de las familias, la gran mortalidad, y los horrores de la travesía del Atlántico, fueron presentados ante los comités parlamentarios. Una potente campaña pidiendo la abolición de la trata y el

uso de material emblemático simbólico —principalmente el conocido grabado del barco negrero *Brookes*, de Liverpool— tuvo un impacto vital en la difusión del mensaje abolicionista entre los parlamentarios y el pueblo británico.[32]

En la década de 1780 el abolicionismo norteamericano no disponía de nada que causase este efecto. No había ninguna organización nacional que canalizase el movimiento, lo cual no sorprende en una nueva nación que aún estaba organizando un gobierno nacional eficiente; el abolicionismo existía sobre todo a nivel regional o estatal y se concentraba principalmente en los estados norteños.[33] Además, los antiesclavistas estadounidenses y, en menor medida, las acciones en favor de la manumisión de los esclavos tenían mayor seguimiento que el abolicionismo, en la década de 1780, cuando la campaña contra la trata de esclavos empezó a ganar notoriedad en la vida pública británica. En vez de tener un grupo de abolicionistas fuerte y organizado en la principal ciudad de la nación, como lo tuvo Inglaterra desde 1787 en adelante, los estadounidenses tenían sociedades cuyos nombres indicaban que no participaban directamente en el movimiento contra la trata de esclavos, sino que lo que pretendían era oponerse a la esclavitud en general. Este es el caso de la Pennsylvania Abolition Society (Sociedad Abolicionista de Pensilvania), la cual, no obstante, también dedicó sus energías a las peticiones contra la trata de esclavos, y la New York Manumission Society (Sociedad Neoyorquina en favor de la Manumisión). A finales del siglo XVIII, los estadounidenses que defendían la libertad por motivos raciales centraron más sus energías en la promulgación de una legislación antiesclavista, como las leyes de emancipación gradual de Pensilvania, Nueva Jersey y Nueva York, que en coordinar los ataques contra la trata de esclavos.[34]

Los estadounidenses se concentraron más en la injusticia que representaba la esclavitud que en las lacras del tráfico de esclavos porque en el suelo americano la esclavitud ya existía y era una parte insoslayable de la vida del país, sobre todo en el sur, mientras que la esclavitud británica existía a cuatro o cinco mil kilómetros lejos de casa, en el Caribe, y por tanto era una realidad que no estaba a la vista. Sin embargo, algunas leyes estadounidenses prohibían la trata de esclavos a nivel estatal. Este fue el

caso, por ejemplo, de Virginia, que puso fin al tráfico de esclavos en 1778, o el de la ley que promulgó en 1780 el estado de Pensilvania, que dictó la abolición gradual.[35] No obstante, a finales de la década de 1780, en Estados Unidos hubo más empeño en limitar la esclavitud de manera gradual que en la prohibición de la trata de esclavos como tal.

A principios del siglo XIX la organización abolicionista consiguió algunos éxitos notables en Inglaterra y en Estados Unidos. En el ámbito norteamericano, algunos estados norteños, como Nueva York y Nueva Jersey, prohibieron las importaciones de esclavos cuando se ratificó la constitución estadounidense. En aquel momento, solo dos estados norteamericanos, Georgia y Carolina del Norte, seguían permitiendo las importaciones de esclavos, ya que Carolina del Sur las prohibió en marzo de 1787. Una década después, cuando Georgia puso fin a su tráfico de esclavos en 1798, Carolina del Sur fue el único estado que seguía importando africanos.[36] En el caso británico, la presión abolicionista en el parlamento llevó a la aprobación de la ley Dolben (1788), que restringía el número de esclavos que se podían transportar en función del tonelaje del barco; a una resolución de la cámara de los comunes en 1792 en virtud de la cual la trata de esclavos debería terminar, en principio, en 1796 —aunque llegado el momento no fue así— y a otras restricciones sobre el transporte marítimo de esclavos recogidas en un estatuto de 1799.[37]

Pese a todo ello, tanto en el caso estadounidense como en el británico, la presión abolicionista solo fue parcialmente responsable de estos logros. Algunos estados americanos prohibieron las importaciones de esclavos básicamente por razones económicas. Así, la prohibición de importar esclavos promulgada en Virginia en 1788 fue impulsada por la necesidad económica de proteger una economía regional que ya tenía un excedente de esclavos.[38] Y el motivo por el cual se prohibieron las importaciones de esclavos en Carolina del Sur en 1787 no fue otro que la depresión económica.[39] En el caso de Inglaterra puede trazarse una relación más directa entre el movimiento abolicionista y las restricciones al tráfico de esclavos, como la ley Dolben y la ley de Transporte de Esclavos de 1799. Sin embargo, podemos aducir que con estas restricciones el parlamento inglés intentaba mejorar las condiciones a bordo de los barcos negreros para

mantener activa la trata de esclavos con unas bases más humanitarias.[40] El abolicionismo por sí mismo no acabó con la trata de esclavos en Inglaterra ni en Estados Unidos. Más bien hizo falta que las ideas y las presiones abolicionistas coincidieran con un movimiento político y con unas secuencias temporales adecuadas que les permitieron lograr su objetivo.

A primera vista, la agitación política relacionada con la abolición del tráfico de esclavos en Estados Unidos e Inglaterra no tuvo muchos puntos en común, si bien en ambos países el calendario de la legislación abolicionista fue bastante congruente. En Estados Unidos, el primer Congreso Continental, celebrado en 1774, fue el primer organismo que declaró que las importaciones de esclavos a las colonias británicas de Norteamérica debían suspenderse. Esta decisión tenía que ver con el boicot a la importación de mercancías británicas que se declaró en respuesta a las leyes coercitivas promulgadas por el gobierno inglés en 1774. Pero esta medida no era más que una declaración de intenciones, pues el Congreso Continental no tenía poder para hacerla cumplir.[41] La trata de esclavos fue omitida de los artículos de la Confederación (1781), que en ningún caso hubiera tenido el poder político necesario para obligar a los nuevos Estados Unidos a llevarlos a cabo.[42]

Hubo que esperar a la Convención Constitucional de 1787 para que, por primera vez, las maniobras políticas encaminadas a garantizar la prohibición de la trata de esclavos tuvieran repercusiones a nivel nacional. Los delegados no sabían muy bien qué hacer, desde el punto de vista constitucional, con la trata de esclavos, porque había que acomodar las distintas opiniones de los estados individuales. Al final, el resultado fue un compromiso entre los estados de Nueva Inglaterra y los del sur profundo sobre las importaciones de esclavos. Este insólito grupo de extrañas parejas tuvo en cuenta las necesidades económicas de sus respectivos estados. Los delegados de Nueva Inglaterra querían protección para sus importaciones de bienes de consumo, mientras que Georgia y Carolina del Sur querían conservar la opción de abrir o cerrar sus puertos para importar esclavos en función de su situación económica. A final, se acordó incorporar la novena sección en el artículo primero de la constitución (apoyada por el artículo

quinto), en la que se prohibía la interferencia federal en las importaciones de esclavos durante veinte años, hasta 1808.[43]

Tanto en la convención constitucional como en el proceso de ratificación en los estados, los delegados y otras partes interesadas presentaron diversas opiniones a favor y en contra de la cláusula del tráfico de esclavos en la constitución.[44] Los virginianos, sobre todo, no se ponían de acuerdo en esta cuestión. A algunos importantes hacendados de Virginia, como George Mason y James Madison, les hubiera alegrado presenciar el fin de la trata de esclavos. Sin embargo, William Livingston, de Nueva Jersey, y otros delegados, se dieron cuenta de que era preciso seguir manteniendo la trata de esclavos para que Carolina del Sur y Georgia accedieran a formar parte de la Unión Americana.[45] Se ha dicho que la amenaza de sus delegados, según la cual estos dos estados se separarían de la Unión si no se salían con la suya respecto de la cláusula del tráfico de esclavos, era un farol, porque en otros aspectos los políticos y votantes de ambos estados sabían que se beneficiarían de la ratificación.[46] Pero si nos atenemos al lenguaje empleado por los delegados de Carolina del Sur durante los debates de Filadelfia, vemos que es un lenguaje explícito e inequívoco, y que sus palabras no parecen un farol.[47]

De hecho, las acciones políticas encaminadas a prohibir las importaciones de esclavos a Estados Unidos se vieron obstaculizadas durante los veinte años posteriores a 1788 por el artículo primero, sección novena de la constitución. La cuestión de la trata de esclavos siguió planteándose a nivel nacional, aunque ello solo sirvió para frustrar las esperanzas de los abolicionistas. En 1790, por ejemplo, el primer congreso federal abordó las peticiones que se oponían al tráfico, que fueron rechazadas en virtud de la cláusula constitucional, en virtud de la cual este tema se consideraba intocable.[48] Durante la década de 1790 se planteó la cuestión de la importación de esclavos a los territorios federales. Aquí el congreso sí que podía actuar, porque los territorios, a diferencia de los estados, estaban sometidos al control federal. Así, en 1798, el congreso prohibió la importación de esclavos desde el extranjero al territorio de Misisipi. En 1804 esta prohibición se amplió al territorio de Orleans y al resto de tierras que formaban parte de la compra de Luisiana, un vasto

territorio de 2.144.476 kilómetros cuadrados que Estados Unidos acababa de adquirir a Francia.[49] Pero esto no resolvía el hecho de que Carolina del Sur y Georgia no podían ser forzadas a poner fin al tráfico. De hecho, Georgia cesó las importaciones de esclavos en 1798, como ya hemos mencionado, pero Carolina del Sur quería conservar su derecho estatal sobre esta cuestión y, en consecuencia, abría y cerraba su trata de eslavos cuando su asamblea legislativa así lo decidía.[50]

Mientras la constitución estadounidense impedía progresar en la erradicación de la trata de eslavos, la movilización británica para abolir esta trata aumentó la presión política a nivel nacional, y los abolicionistas habían reunido un considerable «capital moral» para atacarla.[51] Más allá del parlamento, las campañas de base emprendidas por los abolicionistas consiguieron grandes avances a finales de la década de 1780 y en la de 1790. En 1792, más de una quinta parte de la población masculina adulta británica —una proporción superior a la de aquellos que tenían derecho al voto— había firmado peticiones para que se pusiera fin a la trata de esclavos británica.[52] Muchos folletos y panfletos criticaban esta actividad, y los objetos publicitarios de la causa abolicionista circulaban por todas partes. Entre dichos objetos había un medallón patrocinado por el fabricante de cerámica Josiah Wedgwood, en el que sobre la figura de un esclavo arrodillado con las manos encadenadas figuraba la frase «¿Soy un esclavo y un hermano?», pieza que se convirtió en un emblema icónico de las campañas contra la trata de esclavos.[53] El estallido de la guerra entre Inglaterra y Francia en 1793 y su prolongado desarrollo a principios del siglo XIX impidieron que los parlamentarios abordasen el tema de la abolición de la trata de esclavos. Los estadistas británicos tenían asuntos más apremiantes que tratar, y la matanza causada por la rebelión de esclavos de Saint-Domingue (1791) y los intentos de restaurar el orden civil en la isla hicieron que interferir en la trata de esclavos se considerase una imprudencia.[54]

Con todo, en los casos de Inglaterra y América, en los años 1803 y 1804 no había ningún indicio de que, en un futuro inmediato, las importaciones de esclavos llegasen legalmente a su fin. En Estados Unidos, las perspectivas de una prohibición total de dichas importaciones parecieron

esfumarse cuando, por diversas razones, Carolina del Sur reanudó este comercio en 1803. Sus objetivos eran traer más africanos para maximizar la producción algodonera, erradicar los envíos ilegales de esclavos desde el Caribe, y ampliar la esclavitud al territorio de la compra de Luisiana.[55] Sin embargo, en el plazo de cuatro años, tanto Inglaterra como Estados Unidos promulgaron leyes proscribiendo el tráfico de esclavos en sus respectivas jurisdicciones. La cronología de estos cambios es significativa, pues aunque los procesos funcionaron de manera diferente, la interacción entre el abolicionismo, las maniobras políticas y el contexto político y económico de cada nación inspiraron las decisiones favorables a la abolición.

En Inglaterra el movimiento contra la trata de esclavos se transformó cuando el parlamento admitió que, después de 1800, al menos dos terceras partes de los africanos embarcados en barcos británicos eran vendidos en territorios extranjeros y conquistados en el Caribe (sobre todo en las colonias holandesas, francesas y españolas). Ello se debía a que los precios de los esclavos en esos asentamientos eran superiores a los del Caribe británico. El parlamento consideró que, en época de guerra, era peligroso que los ingleses suministrasen esclavos a sus enemigos, que de este modo podían aumentar sus propias poblaciones esclavas y los beneficios de sus plantaciones a expensas de Inglaterra. Después de que Gran Bretaña ganase la supremacía naval en los océanos, tras la derrota de Francia en la batalla de Trafalgar (1805), pareció que había llegado el momento de actuar.[56] Las medidas contra la trata de esclavos se dictaron rápidamente. Después de que en 1805 la cámara de los comunes rechazase el llamamiento abolicionista para que cesase la trata de esclavos, Wilberforce explicó al primer ministro Pitt que el abolicionismo no podría sufrir otro revés similar. Pitt tuvo en cuenta esta opinión y en 1805 elaboró un proyecto ley para poner fin a la trata de esclavos británica en las colonias extranjeras y conquistadas; proyecto que fue confirmado en una ley parlamentaria en 1806.[57] Estas dos medidas relacionadas transformaron las perspectivas de la abolición. Solo Jamaica, Trinidad y la Guyana británica y las colonias del Caribe británico tenían un mercado de esclavos boyante en 1805.[58]

Con la muerte de Pitt en 1806 y la llegada al poder de una nueva coalición ministerial partidaria de la abolición, más el agotamiento del sistema de trata de esclavos británica, el asalto final a este comercio en el parlamento británico fue relativamente sencillo. Roger Anstey mencionó una vez que el momento de esta coyuntura político-económica concreta era favorable a la abolición debido al número de partidarios de la misma en el «ministerio de todos los talentos».[59] Los argumentos debatidos en el parlamento en 1806-1807 contra la trata de esclavos combinaron las ideas centrales del abolicionismo con la constatación del penoso estado del mercado azucarero británico. En 1807, el parlamento votó mayoritariamente a favor de la abolición de la trata. Hace mucho tiempo que los historiadores discrepan sobre si el impulso final para lograr la abolición se debió principalmente a las presiones abolicionistas al parlamento o a que los parlamentarios eran plenamente conscientes de que la trata de esclavos era prescindible desde el punto de vista económico. Eric Williams y Seymour Drescher son los máximos representantes de estas posturas antagónicas, aunque otros muchos historiadores han contribuido a este debate.[60]

Sin embargo, creo que situar al abolicionismo en una parte y al déficit económico en la otra es una dicotomía falsa, pues en la decisión de 1807 de poner fin a la trata de esclavos intervinieron elementos de ambas partes. Lo que me parece más importante es que el parlamento respondió a una situación de guerra que implicaba cuestiones geopolíticas y a economías azucareras y esclavistas rivales con una gran dosis de patriotismo nacional para acabar con la trata de esclavos, y que lo hizo en las tres fases mencionadas: el proyecto de ley de 1805, la ley contra el suministro de esclavos a las colonias extranjeras y conquistadas de 1806 y, por último, la ley de abolición de 1807. En realidad, todos estos logros frenaron el desarrollo de la economía de las plantaciones en Trinidad, Demerara, Essequibo y Berbice hasta después de que Inglaterra emancipase a los esclavos en 1834. El abolicionismo había creado un clima intelectual y moral en el que la trata de esclavos era considerada regresiva e impropia de las ideas ilustradas, pero lo que condujo a la abolición de la trata de esclavos británica fue una mezcla de maniobras políticas y de

consideraciones sobre la situación geopolítica del país. El abolicionismo, por sí solo, no habría logrado este resultado.

En cuanto a Estados Unidos, la reanudación de la trata de esclavos en Carolina del Sur en 1803 fue influida por una coalición de hacendados del interior del país, que necesitaban trabajadores cautivos para cubrir las necesidades del auge algodonero, y de los hacendados de las tierras bajas que veían en ella oportunidades de negocio.[61] Esta afluencia de africanos a Carolina del Sur no era estrictamente necesaria desde el punto de vista económico, sino que respondía al tráfico interestatal de esclavos, en el que participaban los estados del alto sur, que desde finales de la década de 1780 suministraban esclavos a los estados del sudeste, ampliando así las zonas esclavistas. Además, se daban buenas condiciones para el crecimiento de la población negra nacida en Estados Unidos.[62] Sin embargo, no todos los habitantes de Carolina del Sur querían que se reanudase el tráfico de eslavos, pero los intentos de acabar con él, incluso con el apoyo del gobernador, fracasaron en 1804, 1805 y 1806, principalmente debido a la existencia de un lucrativo mercado de esclavos de Nueva Orleans.[63]

La única manera en la que la trata de esclavos en Carolina del Sur pudo proscribirse de una vez por todas, fue invocando la cláusula constitucional que prescribía en 1808. Es lo que hizo Jefferson en su discurso anual al congreso de la nación el 2 de diciembre de 1806, al señalar que se acercaba el día en el que la prohibición federal de la trata de esclavos entraría en vigor.[64] Su llamamiento a hacer cumplir la prohibición total de importar esclavos no encontró ninguna oposición. Como señala Robin Blackburn, fue una «abolición tranquila».[65] Durante los debates en el congreso se produjeron negociaciones políticas, pero al final se tomó la decisión tajante de poner fin a este tráfico.[66] En ese contexto, ningún congresista sureño estaba dispuesto a defender el tráfico internacional de esclavos.[67] Cabe señalar la notable ausencia del abolicionismo en estos debates en el congreso, lo cual no es de sorprender porque las consideraciones morales sobre la trata de esclavos no se habían expuesto seriamente en el congreso desde que se celebraron sus primeras reuniones, en 1789-1790, hasta 1807.[68] Los debates mantenidos en el congreso sobre el cese de la trata de esclavos estadounidenses en 1807 no se centraron en poner fin al tráfico

como tal, sino en el estatus de los negros importados de manera ilegal.[69] El fin de la trata de esclavos en Estados Unidos se logró porque comprendía una parte específica del problema de la esclavitud que, en 1808, permitió que el gobierno federal actuase sobre bases constitucionales.

Las acciones internacionales sobre la trata de esclavos

Tras las abolliciones de sus respectivas tratas de esclavos en 1807-1808, Inglaterra y Estados Unidos influyeron en las prohibiciones posteriores del tráfico. Sin embargo, el acusado crecimiento de la trata de esclavos durante los cuarenta años siguientes, sobre todo en Brasil y en Cuba (como hemos visto en el capítulo 1), indica que la influencia de ambas abolliciones en las de otras potencias fue bastante limitada.[70] No obstante, después de 1808, Inglaterra asumió el papel de controlar los tráficos transatlánticos de otros países, y mantuvo un escuadrón en el Atlántico para interceptar los cargamentos de esclavos sospechosos de ser ilegales. Con el tiempo, este escuadrón aumentó el número de sus barcos.[71] Se crearon los tribunales de la comisión mixta, así como los del vicealmirantazgo en Sierra Leona y Cape Town, en los cuales jueces británicos, portugueses, españoles, holandeses y brasileños presidían los casos. Concretamente, entre 1814 y 1830 la diplomacia británica demostró su influencia asegurando la abolición de la trata de esclavos holandesa, francesa, española y portuguesa. Solo las nuevas repúblicas independientes de Venezuela y Argentina decretaron la abolición por sí mismas, entre 1810 y 1813, en parte porque querían que los británicos reconocieran su nuevo estatus. En la mayoría de los casos, las abolliciones que se produjeron después de que los británicos cesasen su trata de esclavos no tuvieron tras de sí un importante movimiento antiesclavista de base que influyera en este resultado. El ejemplo de Inglaterra fue sumamente importante, porque demostró que las naciones con florecientes tráficos de esclavos podían poner fin a la esclavitud trasatlántica.[72]

Inglaterra, sobre todo, dedicó muchos esfuerzos a la erradicación de la trata de esclavos internacional. Estas iniciativas tuvieron un gran alcance en términos geográficos. Entre ellas se contaban escritos, discursos,

actividades de cabildeo y peticiones de abolicionistas; diversas organizaciones que sirvieron de foco a estas iniciativas; presiones y negociaciones diplomáticas entre funcionarios de los gobiernos, abolicionistas, representantes y estadistas de otras naciones; los esfuerzos de la marina real para suprimir el comercio esclavista en la costa occidental africana; la contribución de la comisión mixta y de los tribunales del almirantazgo para liberar a los africanos que habían sido esclavizados anteriormente, así como las contribuciones inglesas a los tratados y conferencias internacionales. Los tribunales de la comisión mixta, resultantes de los tratados entre Inglaterra y Portugal, España, Holanda, Brasil y Estados Unidos (1817-1862), fueron más activos cuando estuvieron en manos de los comisionados británicos.[73] Algunas de las medidas británicas para suprimir la trata de esclavos se centraron en el África Occidental. La marina real, por ejemplo, organizó el bloqueo naval de Ouidah, el principal puerto del reino de Dahomey, e intervino militarmente en Lagos en 1851 y 1852.[74]

Los británicos interceptaron prácticamente el 90 % de todos los barcos negreros capturados en el siglo XIX, y unos 200.000 esclavos fueron liberados de esos barcos.[75] No obstante, existían unas estrictas limitaciones prácticas y estratégicas al uso de la fuerza para lograr la abolición internacional de la trata de esclavos trasatlántica. En las décadas de 1840 y 1850 Inglaterra no tenía autoridad legal para perseguir a los barcos negreros que navegaban entre Angola y Brasil. Las dificultades operativas y los impedimentos diplomáticos también entorpecieron los intentos para frenar esta rama de la trata. Estados Unidos rechazó unirse al sistema de comisiones mixtas hasta que Abraham Lincoln se convirtió en presidente en 1861.[76] Tampoco aceptó los derechos mutuos de interceptación con los británicos, y a finales de la década de 1830 la bandera estadounidense fue empleada a menudo por los tratantes de esclavos españoles y portugueses.[77] Ni siquiera la propia Inglaterra pudo lograr la aquiescencia total de sus propios ciudadanos con la supresión de la trata de esclavos. Mientras que el país actuaba desde una superioridad moral para intentar abolir la trata de esclavos de otras potencias, algunos comerciantes británicos siguieron proporcionando capital, créditos,

mercancías y seguros a los tratantes extranjeros. A veces ello se debió a que algunas empresas británicas en Sudamérica, como las minas de oro en Brasil y las de cobre en Cuba, necesitaban nuevos suministros de esclavos. [78]

HOLANDA

Holanda abandonó su trata de esclavos discretamente. En ese país, este comercio había disminuido sustancialmente antes de que se iniciasen la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Durante este conflicto, Inglaterra capturó colonias holandesas en la «costa salvaje» de Sudamérica. Demerara, Essequibo, Berbice y Surinam estuvieron dominadas por hacendados ingleses en las fases finales de las guerras, y aún estaban en manos británicas en 1806, cuando el parlamento británico aprobó una ley para cesar el suministro de esclavos a las colonias extranjeras y conquistadas. Así, *ipso facto*, en ese mismo momento, la trata de esclavos holandesa llegó a su fin. Surinam, la economía más floreciente de las plantaciones holandesas, dejó de importar esclavos legalmente. El fin de la trata holandesa se caracterizó más por el pragmatismo político que por motivos humanitarios. El nuevo rey, Guillermo I, vivió varios años exiliado en Inglaterra, y accedió a abolir la trata para complacer a los británicos y, a cambio, obtener su apoyo para la devolución de las colonias conquistadas a Holanda en el Congreso de Viena de 1814-1815. Todo esto sucedió sin que en Holanda hubiera ninguna presión abolicionista.[79]

La aceptación formal de la abolición de la trata de esclavos fue la condición por la cual Inglaterra devolvió Surinam al rey holandés en 1814. Poco después de la formación del nuevo reino de Holanda, el 15 de junio de 1814, un decreto ley sancionó la ilegalidad de la trata de esclavos desde los puertos holandeses. Un tratado angloholandés firmado dos meses después incluía un artículo para abolir la trata de esclavos holandesa. El 4 de mayo de 1818 Inglaterra y Holanda firmaron aparte un tratado bilateral para poner fin a la trata de esclavos; un tratado que fue respetado en general por los comerciantes holandeses, aunque siguió existiendo cierto tráfico ilegal. Para

asegurar el cumplimiento de los acuerdos se crearon tribunales angloholandeses en Sierra Leona y Surinam. Así pues, el cese de la trata de esclavos holandesa se logró sin controversias, gracias a las acciones ejecutivas y diplomáticas y no debido a las actividades de los abolicionistas.[80]

Francia

Los intentos franceses de abolir la trata de esclavos no tuvieron mucho apoyo por parte de los abolicionistas y se prolongaron mucho por razones políticas. Francia abolió la esclavitud, pero no la trata de esclavos, durante la Revolución Francesa. Un movimiento abolicionista conocido como la Société des Amis des Noirs, respaldado por los textos abolicionistas británicos, fue creado en 1788 bajo la dirección del periodista Jacques Pierre Brissot. Esta asociación concentró sus actividades en el cambio legislativo más que en los llamamientos a la opinión pública, y fue prohibida por Robespierre y sus partidarios durante el periodo del Terror en 1793. La Convención francesa emancipó a los esclavos del Caribe en 1794, poniendo fin a la trata, pero Napoleón restableció la esclavitud en 1802 mientras luchaba infructuosamente para recuperar la colonia insurgente de Saint-Domingue. Mientras Napoleón permaneció en el poder el abolicionismo fue oficialmente suprimido.[81] En 1814 Napoleón abdicó como emperador de Francia, y al año siguiente, cuando volvió de su exilio en la isla de Elba, abolió la trata de esclavos francesa, en un intento de ganarse el apoyo de los británicos durante sus cien últimos días como emperador, aunque esta táctica no funcionó. Sin embargo, al final de las guerras napoleónicas, las presiones británicas persuadieron al restaurado régimen borbónico de Luis XVIII de que mantuviera la prohibición.[82]

En 1817-1818, Francia adoptó nuevas medidas contra la trata de esclavos, aunque estas no lograron interrumpir los suministros ilegales de africanos esclavizados que llegaban al Caribe francés. El gobierno francés, consciente de que a sus hacendados se les había negado el acceso a nuevos suministros de esclavos cuando los británicos ocuparon sus colonias durante

las guerras napoleónicas, no se esforzó demasiado en restringir la trata de esclavos.[83] Las patrullas contra la trata de esclavos francesa tardaron en ponerse en marcha, pero estuvieron operativas a finales de 1823. Tras la revolución de 1830, Francia tomó más medidas contra la trata. Al año siguiente, la monarquía de julio aprobó una ley que sancionaba la captura de los barcos negreros franceses y el encarcelamiento de sus propietarios, y concluyó las negociaciones con Inglaterra con dos tratados que otorgaban el derecho mutuo a interceptar los barcos sospechosos de transportar esclavos fuera de la costa africana. Este tratado de supresión de la trata de esclavos quedó consolidado con el nuevo tratado de 1833. Aunque en aquella época ya existían en Francia organizaciones abolicionistas, estos avances se debieron más a las acciones directas del gobierno francés y a la presión británica que al entusiasmo de los franceses por las ideas y actividades abolicionistas.[84]

Portugal y Brasil

El fin de la trata de esclavos en los territorios americanos relacionados con las potencias ibéricas fue un proceso muy largo. Las presiones de los británicos hicieron que Portugal y España accedieran a abolir la trata de esclavos. Se crearon tribunales de la comisión mixta en Sierra Leona y La Habana para interceptar los cargamentos. Sin embargo, esta medida no surtió efecto porque España y Portugal no estaban dispuestos a actuar contra sus compatriotas. El gobierno portugués en Lisboa, presionado por los británicos, abolió su trata de esclavos entre 1807 y 1834, pero logró resistirse a las peticiones de abolición.[85]

Al final, la presión diplomática desencadenó un ataque más decisivo contra la persistente participación de las potencias ibéricas en la esclavitud trasatlántica. En 1835 Inglaterra persuadió a España para que firmase un convenio que estipulaba el derecho recíproco de registro. En 1839 el ministro de asuntos exteriores británico, lord Palmerston, obtuvo el apoyo parlamentario para que el almirantazgo pudiera capturar cualquier barco negrero que llevase la bandera portuguesa aunque fuera una nave inglesa.

La ley Aberdeen de 1945 situaba a los barcos que llevasen los colores brasileños en la misma categoría que los barcos portugueses.[86] Estas medidas eliminaron parte del tráfico esclavista, aunque la demanda de esclavos en Brasil era tan grande que, a finales de la década de 1840, las perspectivas de hacer cumplir rigurosamente las medidas antiesclavistas eran poco prometedoras.[87]

Las interminables negociaciones mediante las cuales Inglaterra intentó presionar, primero a Portugal y después a Brasil (tras su independencia en 1822) para que restringieran el tráfico de esclavos son una muestra de los límites de la diplomacia con respecto a las medidas antiesclavistas. En 1815, las presiones diplomáticas británicas lograron que Portugal garantizase que su tráfico de esclavos al norte del Ecuador sería declarado ilegal. Esto puso fin al envío de esclavos a algunas zonas de Brasil —Bahía, Pernambuco y Maranhão— pero dejó abierto el tráfico desde Angola hasta el sur de Brasil, que era más importante. He aquí otra muestra de que la prohibición de la trata de esclavos no equivalía a la supresión de la misma. Durante muchos años después del final de las guerras napoleónicas, la mayor parte de la trata de esclavos brasileña estuvo a cubierto de interferencias por parte de la marina británica.[88] Pese a todo, durante casi medio siglo Inglaterra libró una cruzada moral contra la trata de esclavos brasileña, que le costó 12,4 millones libras, entre 1816 y 1865.[89]

El recientemente independizado Brasil no tenía ningún interés en la abolición inmediata de este comercio. Pero tras prolongadas negociaciones, en 1826 se firmó un tratado anglobrasileño contra la trata de esclavos en virtud del cual Inglaterra reconocía la independencia brasileña a cambio de que Brasil garantizase la abolición de este tráfico. Pero aunque en 1830 se produjo el fin oficial del mismo, la trata de esclavos ilegal continuó durante las dos décadas siguientes. Sucesivos gobiernos brasileños demostraron su ineficacia a la hora de limitar esta afluencia, e Inglaterra no tenía la capacidad naval suficiente para patrullar las extensas costas brasileñas. En la década de 1830, los intentos británicos para ejercer más presiones diplomáticas sobre el gobierno brasileño para que promulgase una legislación más eficaz contra el tráfico de esclavos no llegaron a nada. En 1840 no se había firmado ningún tratado angloportugués viable, y la marina

británica solo disponía de recursos limitados para suprimir la trata ilegal de esclavos en Brasil. Los escuadrones británicos del occidente africano y de Sudamérica no disponían de los barcos necesarios, ni sus naves eran suficientemente veloces como para impedir este tráfico.[90]

Entre 1839 y 1844 el gobierno británico reanudó sus esfuerzos para reforzar el tratado anglobrasileño de 1826 contra la trata de esclavos. La ley de lord Aberdeen de 1845 daba instrucciones a los buques de guerra británicos para que capturasen a todos los barcos negreros brasileños y recurrieran a los tribunales del vicealmirantazgo inglés para que adjudicasen las embarcaciones confiscadas. Esta acción unilateral implicaba abandonar los anteriores esfuerzos diplomáticos conjuntos. A finales de 1840, la marina británica capturó a un número sin precedentes de barcos que transportaban africanos eslavizados ilegalmente a Brasil. A finales de 1849 el ministro brasileño de justicia, Eusébio de Queirós, empezó a reforzar las leyes existentes contra el tráfico en las zonas marítimas cercanas a Río de Janeiro.[91] En 1849-1850, Inglaterra desplegó sus naves para arrestar a los barcos negreros en los ríos y puertos brasileños, pese a que esta acción violaba la soberanía de un estado independiente.[92]

La abolición de la trata de esclavos brasileña fue una acción repentina que no se debió a las presiones abolicionistas internas del país. No está claro si la resistencia de los esclavos en Brasil atemorizó a las autoridades para que se decidieran a abolir la trata de esclavos, o si la epidemia de fiebre amarilla que se declaró en Bahía en octubre de 1849 tuvo que ver con la supresión de la misma.[93] Pero está claro que la abolición fue el resultado de las presiones diplomáticas y políticas inglesas y de la voluntad del gabinete brasileño de aprobar la medida. Las patrullas navales británicas en aguas brasileñas intentaban demostrar la efectividad de la intervención en un momento en el que los partidarios del libre comercio presionaban al parlamento para que suprimiesen dichas patrullas porque eran poco efectivas y un escollo para el libre intercambio de mercancías con Brasil, uno de los grandes mercados de las exportaciones británicas. Prescindiendo de la soberanía, los barcos británicos apresaron y destruyeron barcos negreros en aguas brasileñas. Uno de los ataques más señalados se produjo en 1850, cuando el HMS (barco de su majestad) *Cormorant* quemó dos

barcos en Paranaguá que habían desembarcado 800 esclavos. Brasil no pudo resistir estas capturas.[94] Palmerston aprovechó la libertad que concedían las leyes de 1839 y 1845 para que la marina real interviniese contra los esclavistas portugueses y brasileños sin restricciones territoriales. Brasil protestó ante tales acciones, pero el Ministerio de Asuntos Exteriores inglés ignoró sus objeciones.[95]

El poder legislativo brasileño se alarmó por la amenaza planteada por la diplomacia cañonera de Palmerston, respaldada por la marina más poderosa del mundo. En consecuencia, inició debates para dirimir la abolición de la trata de esclavos. Los políticos brasileños querían evitar que la marina británica bloquease sus puertos, y también querían evitar la guerra. La marina real cesó sus actividades durante seis meses para permitir que los brasileños organizasen sus propias políticas para poner fin a la trata de esclavos, pero reanudó los ataques porque estas políticas no llegaron a materializarse. El gobierno brasileño decidió que había llegado el momento de actuar, una decisión que se aceleró debido a la presión británica.[96] Aunque en Brasil no existía una fuerte oposición al tráfico de esclavos y con la intención de evitar un conflicto armado con Inglaterra, aunque también con la clara sensación de que poner fin al tráfico no afectaría mucho al estatus de la esclavitud en el país, el gobierno brasileño actuó rápidamente para acabar con las importaciones de esclavos. Por otra parte, al gobierno brasileño le facilitó las cosas la considerable hostilidad existente contra los portugueses, que dominaban la trata de esclavos en los puertos brasileños. No hay pruebas concluyentes de que los intereses económicos de Brasil se beneficiasen de la restricción del tráfico de esclavos, porque los sectores azucareros y cafeteros de su economía seguían necesitando africanos esclavizados.[97]

España y Cuba

Los intentos británicos de persuadir a España para que restringiese su tráfico de esclavos se prolongaron durante medio siglo después de finalizadas las guerras napoleónicas. Un tratado angloespañol, firmado en

1817, puso fin a la trata española a partir de mayo de 1820 a cambio de 400.000 libras esterlinas que los británicos ofrecieron a modo de compensación. Sin embargo, costó mucho que el tratado entrase en vigor, porque las dos principales colonias afectadas, Cuba y Puerto Rico, se oponían categóricamente al cese de este comercio. Los buques de la marina real británica patrullaron en aguas cubanas durante la década de 1820, pero en el Caribe había otras muchas tareas que los barcos de guerra tenían que afrontar, además de dedicarse a capturar a los esclavistas ilegales. Por si fuera poco, los funcionarios españoles en Cuba protegían a los proveedores ilegales de esclavos africanos. La presión británica sobre España y Cuba con respecto a este tráfico se intensificó en la década de 1830. En 1835, un tratado con España autorizaba la captura y la condena de los barcos que transportaban equipamiento específico para la trata de esclavos. Sin embargo, España y Cuba estaban decididas a seguir protegiendo la esclavitud trasatlántica porque la economía de las plantaciones exigía el suministro de africanos. En 1845, tras considerables presiones británicas, se promulgó una nueva legislación penal, si bien el gobierno español garantizó a los hacendados cubanos que protegería las propiedades esclavistas existentes aunque se importasen nuevos esclavos.[98]

La legislación penal de 1845 fue la única medida oficial cuyo objetivo era contrarrestar la trata de esclavos cubana durante los veinte años siguientes, pero lo cierto es que fue un fracaso. Los comerciantes cubanos la burlaron en parte utilizando el gran número de barcos estadounidenses disponibles. Era una estratagema astuta, porque entre Inglaterra y Estados Unidos no había ningún acuerdo de derecho de interceptación. Estados Unidos consideraba que el Caribe estaba dentro de su ámbito de influencia, y se oponía a que los buques británicos interceptasen y pidieran sus credenciales a los buques que llevasen el pabellón estadounidense. A los británicos les preocupaba que los americanos se anexionasen la isla de Cuba, aunque procuraron no enfrentarse al gobierno estadounidense por la continuidad del tráfico de esclavos cubano. Las reticencias de dicho gobierno a interferir en el tráfico esclavista en Cuba pudieron verse influidas, en cierta medida, por el hecho de que los capitanes, las

tripulaciones y los barcos estadounidenses desempeñaban un papel vital en el suministro de esclavos a la isla.[99]

En 1858 Inglaterra resolvió poner fin al tráfico de esclavos cubano destinando una patrulla de cañoneros a aguas cubanas, aunque estos barcos pronto tuvieron que retirarse para evitar una confrontación con Estados Unidos. En 1860 seguía sin remediarse la continuidad de la trata de esclavos cubana. La isla seguía siendo una colonia española y, por tanto, carecía de un gobierno propio que pudiera decidir sobre este asunto. Palmerston, a la sazón primer ministro, no estaba dispuesto a desplegar barcos de la marina contra Cuba, tal como hizo en Brasil, porque temía que ello fomentase la rebelión de los esclavos y el regreso al absolutismo español de la década de 1830, o que los estadounidenses emprendieran alguna acción para anexionarse Cuba. Palmerston no estaba en situación de que este asunto se convirtiese en algo que provocase una declaración de guerra.[100]

Las cosas cambiaron mucho durante la guerra civil americana. A la administración Lincoln le preocupaba que los estados confederados intervinieran para controlar el tráfico esclavista cubano. En 1862, un tratado angloamericano sobre la trata de esclavos permitió que más barcos ingleses fueran enviados a aguas cubanas para interceptar las importaciones ilegales de esclavos. Esta medida, conocida como el Tratado Lyons-Seward, por los nombres del embajador británico en Washington DC y el secretario de Estado de Lincoln, fue la primera que reflejó un acuerdo conjunto angloamericano contra la trata cubana. Gracias a ella, el gobierno británico pudo reforzar su escuadrón del África Occidental para combatir el tráfico ilegal de africanos en los barcos que se dirigían a Cuba. En 1863 Inglaterra y Estados Unidos aumentaron su presencia naval en aguas cubanas y abordaban los barcos sospechosos de manera más agresiva. Los factores económicos contribuyeron a la presión angloamericana sobre Cuba. Concretamente, el desplome de los precios del azúcar cubano en la década de 1860, combinado con los altos precios de los esclavos africanos, provocaron que en Cuba la demanda de esclavos importados cayese estrepitosamente.[101]

Hacia el final de la guerra civil americana, Inglaterra se dio cuenta de que los últimos pasos para poner fin a la trata de esclavos en Cuba debían proceder de la propia España. Algunos políticos españoles consideraban que la Confederación sureña apoyaba la continuidad de la esclavitud en la isla, pero el triunfo de la Unión al final de la guerra hizo que el gobierno español temiese que el poder militar de los estados del norte acabase anexionándose la isla. Entonces España tomó la iniciativa, y sus políticos redactaron un proyecto de ley, que fue aprobado por un real decreto en septiembre de 1866, al que siguió una ley en mayo de 1867. Esta ley fue aceptada en Cuba tres meses después. Inglaterra desempeñó un papel menor en esta legislación. Las autoridades cubanas no tenían que jugar un papel activo para apoyar estos cambios. Así, el fin de la trata de esclavos en Cuba surgió de una mezcla de temas diplomáticos y políticos, sobre todo la derrota de la Confederación sureña. El abolicionismo desempeñó un papel relativamente pequeño en este desenlace.[102]

El estudio de las complejas razones de la abolición de la trata de esclavos de las distintas potencias durante el siglo XIX indica que la campaña abolicionista británica dejó un legado importante, aunque en sí misma no bastó para persuadir a otros países para que hicieran lo mismo. Inglaterra empleó gran cantidad de recursos navales, propaganda abolicionista y presiones diplomáticas para que otros países pusieran fin a su trata de esclavos. Sin embargo, las restricciones a la misma por parte de diversas potencias siguieron diversos caminos. Dinamarca fue la única nación que emitió un real decreto para cesar su actividad esclavista. Inglaterra puso fin a ella, después de muchas presiones abolicionistas, como respuesta a sus prioridades humanitarias y económicas. Estados Unidos, atrapado en el proceso que llevó a la suspensión del tráfico por parte de los británicos, tuvo que esperar a prohibir las importaciones de esclavos hasta que el mandato constitucional de no interferencia en la trata de esclavos llegase a su vencimiento. Holanda, una aliada dependiente de Inglaterra, abolió su tráfico prácticamente sin ninguna polémica treinta años después de que este hubiera dejado de operar. Francia cesó su trata de esclavos mediante una ley que autorizaba la abolición y con la firma de tratados con Inglaterra a estos efectos. La abolición de la trata en Brasil fue el único

ejemplo de una intervención beligerante (por parte de los barcos británicos que bloqueaban este tráfico), que hizo que un gobierno se apresurase a legislar su trata de esclavos. En el caso de Cuba, la cooperación naval de británicos y estadounidenses, junto a las rigurosas medidas tomadas por las autoridades cubanas y españolas, desempeñaron un papel importante en la abolición del tráfico de esclavos. Así pues, el abolicionismo solo influyó de manera indirecta en la prohibición de las diversas ramificaciones de la trata de esclavos en la esfera angloamericana; pero actuó indirectamente en las decisiones políticas internas de cada país.

6
LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS

Los caminos hacia la liberación de los esclavos fueron diversos. Una manera de convertirse en una persona libre era escapar permanentemente de sus propietarios, pero, como hemos visto en el capítulo 4, esto no era nada sencillo. Además de las leyes que abordaban la emancipación de los esclavos, estos tenían otras dos maneras de ganar su libertad. Una de ellas era que se comprasen a sí mismos, lo cual era algo relativamente infrecuente en Norteamérica y en el Caribe británico, puesto que la mayoría de esclavos nunca reunían el dinero suficiente para comprar su libertad.[1] Pero en Cuba y en otras partes de la América española, existían mecanismos legales (la llamada coartación), mediante los cuales los esclavos podían pedir que se les valorase a un precio justo y después trabajar para comprar su libertad.[2] Una ley esclavista cubana de 1842 garantizaba a los esclavos el derecho a iniciar y a completar la compra de su libertad a través de la coartación.[3] El equivalente portugués a esta práctica se conocía con el nombre de *coartaçao*, en virtud de la cual los esclavos podían comprar a plazos su libertad después de negociarla con sus amos. Esta práctica fue muy común en la zona brasileña de Minas Gerais.[4]

El otro método muy utilizado para liberar a los esclavos era el proceso de manumisión. La manera normal de llevarlo a cabo residía en una serie de condiciones que debían protocolizarse ante notario o bien cuando el testamento de algún propietario así lo indicaba. Detrás de la manumisión había diversos motivos. En algunos casos, los propietarios decidían liberar a los esclavos de confianza que le habían servido lealmente, y las disposiciones para manumitirlos eran una recompensa por sus servicios. En otras

circunstancias, la manumisión se debía a la necesidad de deshacerse de un excedente de esclavos cuando la actividad había disminuido y las tareas agrícolas no requerían tanto personal. En este contexto, no sorprende que la transición del monocultivo del tabaco a la producción de cereales en Chesapeake, a finales del siglo XIX, provocase la manumisión de esclavos, porque para cultivar cereales se necesitaban menos trabajadores que para el tabaco, y también porque este nuevo cultivo no se limitaba a las plantaciones y podía llevarse a cabo con una fuerza de trabajo compuesta por negros y blancos.[5]

Los estudios sobre la manumisión en diferentes sociedades esclavistas nos dan pistas sobre la manera en la que los esclavos se beneficiaban de ella. En la isla de Barbados, en el siglo XVII, la manumisión se efectuaba mediante las últimas voluntades o testamento, un acta notarial o una medida legal o jurídica, y se precisaban documentos que acreditasen que se había otorgado la manumisión. Sin embargo, en la Barbados de esa época la proporción de manumisiones con respecto al total de mano de obra esclava era mínima. La mayoría de los manumitidos eran niños o esclavos domésticos que trabajaban en casas y, como parte del proceso, solían incluirse legados de dinero y azúcar, e incluso de terreno y ropas. La libertad obtenida por este medio no se producía automáticamente después de la muerte del testador, sino algún tiempo después. El promedio de tiempo para que los esclavos manumitidos fueran libres en la Barbados del siglo XVII era de cinco años y medio. Muchos testamentos no especificaban ninguna razón para la manumisión y, cuando lo hacían, el motivo que normalmente aducían era el de un servicio leal y concienzudo.[6]

En la Bahía de finales del siglo XVII y principios del XVIII, las manumisiones solían redactarse en una carta conocida como la *carta del alforria* o *carta da Liberdade*. Una de las razones que solían darse en estos documentos para liberar a los esclavos era la de una paternidad sustituta. En otras palabras, los esclavos a quienes sus amos apreciaban porque los habían criado en su casa como hijos se veían favorecidos con la manumisión. No se han conservado pruebas suficientes para determinar si la mayoría de estos esclavos eran descendientes biológicos de sus amos. En Bahía la manumisión podía obtenerse gratuitamente, pero un considerable número de esclavos la

adquirieron reuniendo el dinero por sí mismos o con la ayuda de sus parientes. El hecho de que casi la mitad de esclavos manumitidos en Bahía entre 1684 y 1745 lo lograran comprando su libertad nos indica que los esclavos podían ganar dinero en una economía de mercado y que consideraban que la manumisión era un objetivo deseable.[7] La compra de la manumisión por parte de los esclavos también fue una práctica común en Buenos Aires, la capital del virreinato de Río de la Plata, entre 1776 y 1810.[8] Las razones de la manumisión cambiaron a lo largo del tiempo, en función del cambio de los contextos sociales, económicos y demográficos.[9]

La manumisión de los esclavos fue mucho más habitual en Brasil que en Estados Unidos, donde en el siglo XIX varios estados restringieron este método de liberación.[10] En el sur del país, por ejemplo, los tribunales se negaban a refrendar los contratos en los que los propietarios de esclavos ofrecían la manumisión a los esclavizados; las leyes y los tribunales restringían el derecho de los propietarios a manumitir a sus esclavos en su testamento; hacían falta muchas pruebas para que los esclavos demostrasen que sus ancestros eran libres; y había muchos impedimentos para que los propietarios liberasen a sus estados trasladándolos a estados o territorios no esclavistas.[11] En los lugares donde la manumisión se concedía sin dificultades, como en la ciudad de Baltimore, ello más bien se debía al propio interés de los propietarios que a la ideología republicana o a las consideraciones humanitarias.[12] En Brasil, en cambio, el empleo de los diversos métodos para liberar a los esclavos que hemos señalado anteriormente, hizo que, en el siglo XIX, el número de personas de color libres aumentase considerablemente. En la época de su primer censo nacional, en 1872, Brasil tenía 4,2 millones de personas de color libres frente a 1,5 millones de esclavos. De hecho, Brasil tenía más negros libres que cualquier otra sociedad esclavista americana.[13]

En las Antillas francesas la mayoría de esclavos manumitidos eran mujeres y niños, principalmente mestizos. La forma más recurrente de manumisión tenía una base conyugal. En ella se daban las categorías de *libre de savanne* y *libre de fait*, que eran actos de liberación extraoficiales e incompletos que los propietarios de esclavos procuraban a las esclavas mestizas.[14] En este y otros casos, en todas las sociedades esclavistas trasatlánticas, la manumisión era una recompensa individual a un esclavo por

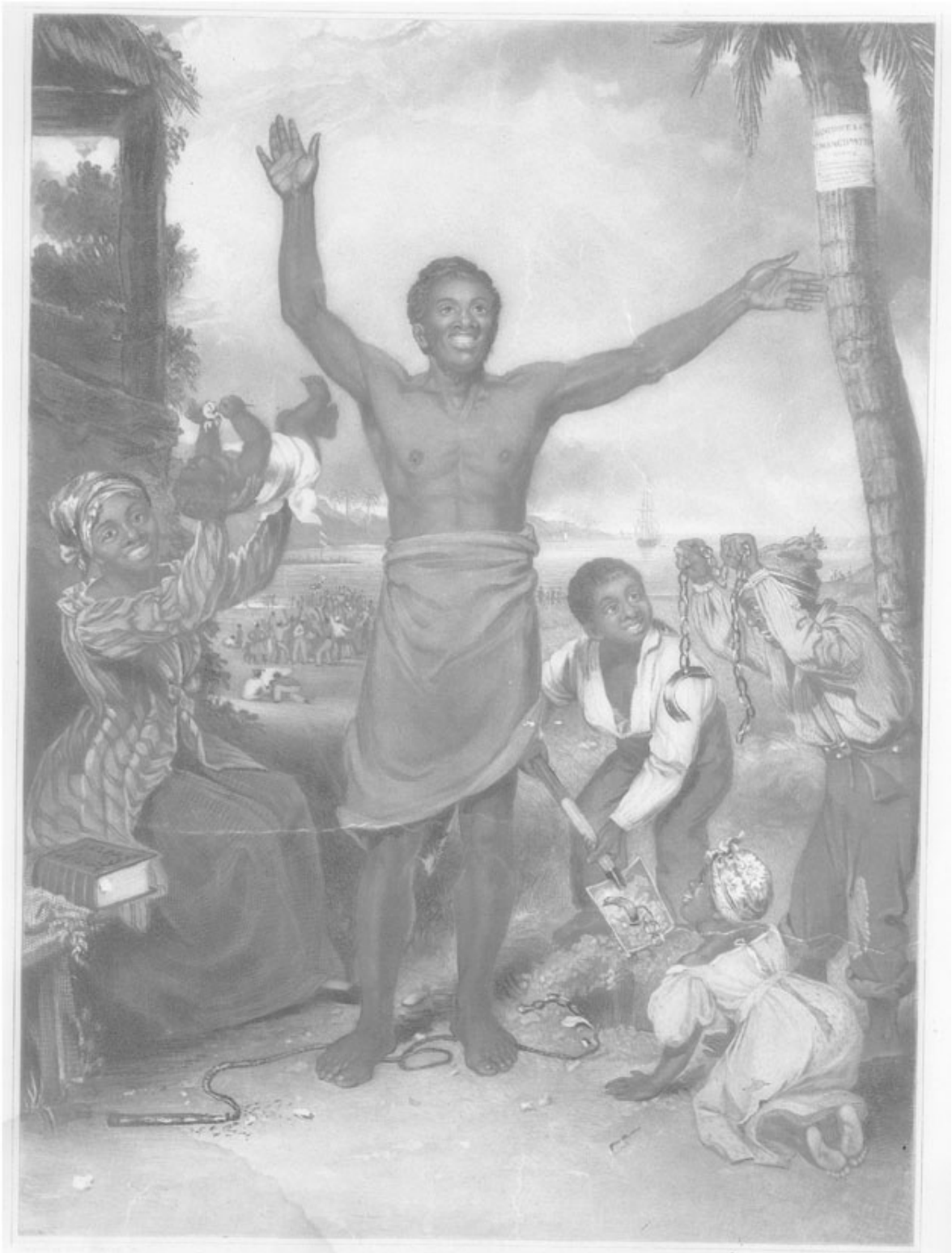
parte de un amo o de un juez, una recompensa que se caracterizaba por su discreción y con la que no se pretendía llegar a la emancipación general ni alterar el *statu quo* de la esclavitud. Así, la manumisión era un acto que, por su propia naturaleza, no permitía que un gran número de esclavos lograsen la libertad a corto plazo.[15]

Al margen del tumultuoso derrocamiento de la esclavitud llevado a cabo por los esclavos y los negros libres en Saint-Domingue en la década de 1790 (y que abordamos en el capítulo 4), la vía principal de liberación de los esclavos fueron las leyes emancipadoras promulgadas por cada una de las naciones implicadas. En la mayoría de los casos este fue un proceso muy largo. La emancipación de los esclavos no se produjo inmediatamente después de la abolición de la trata de esclavos en ninguno de los países que participaban en el tráfico transatlántico. En muchas naciones, la norma fue un proceso de emancipación gradual, que solo se aceleró en las últimas fases del movimiento en favor de la emancipación. Por lo general, la resistencia a liberar a los esclavos se debía a que los políticos blancos insistían en que a los afroamericanos había que prepararles para la libertad mediante la alfabetización, la educación moral y la cristianización. De hecho, los hacendados blancos consideraban que todo intento de liberar a los esclavos de un día para otro, sin haberlos formado concienzudamente para que fueran libres, implicaba la posibilidad de un caos social y de carencia de mano de obra. El escenario temporal de la emancipación dependía de una combinación cuidadosamente calibrada de la actividad del movimiento abolicionista y de la oportunidad política, aunque esta combinación experimentó retrasos, a veces falta de coordinación, y también la necesidad de luchar contra los arraigados intereses de los hacendados. En dos casos —Saint-Domingue y Estados Unidos— la lucha por la emancipación de los esclavos desencadenó una larga y sangrienta guerra civil.

Inglaterra y el Caribe

Entre 1830 y 1880 se desarrollaron con éxito muchas campañas en favor de la emancipación de los esclavos, e Inglaterra iba a la vanguardia de estos movimientos. No obstante, la emancipación de los esclavos en el Imperio

Británico no fue nada fácil de lograr. Inmediatamente después de 1807, las actividades del movimiento abolicionista inglés, favorable a la emancipación gradual, experimentaron una pausa, y durante algunos años la campaña contra la esclavitud pareció haber perdido el rumbo. La Society for Effecting the Abolition of the Slave Trade se liquidó en 1807, una vez alcanzado su objetivo, y fue sustituida por una nueva organización, la African Institution, cuyos miembros eran prácticamente los mismos que los de la anterior sociedad. Los objetivos de esta nueva institución eran asegurar que las leyes contra la trata de esclavos se aplicaban adecuadamente; fomentar la expansión comercial mediante el comercio directo de mercancías entre Inglaterra y África, y persuadir a otras potencias europeas para que se sumasen a los británicos y también abolieran sus tratas de esclavos. Se procuraba que los dos primeros objetivos se cumpliesen, aunque no siempre con éxito. La marina real envió buques para que patrullasen por las rutas atlánticas procedentes de África e interceptasen a los barcos ilegales. El comercio directo, desde África y hacia ella, sobre todo el del aceite de palma, se realizaba desde los puertos británicos. El tercer objetivo (tal como comentamos en el capítulo 5), lo emprendió la diplomacia británica.



To the Friends of NEGRO EMANCIPATION, this Print is Inscribed

FIG. 18. Conmemoración de la emancipación de los esclavos en el Imperio Británico, 1834.

Lamentablemente, la African Institution nunca despertó un gran entusiasmo popular, posiblemente porque postergó el ataque directo a la esclavitud en tanto que institución del Imperio Británico, y pronto sus actividades se centraron en intentar gobernar el territorio de la corona británica de Sierra Leona como si fuera una colonia progresista, en vez de dedicarse a combatir la esclavitud.[16] El principal logro abolicionista del periodo comprendido entre 1807 y 1823 fue que el parlamento promulgó una ley para que se llevase un registro de los esclavos. El principal personaje que impulsó esta medida fue James Stephen, un letrado del Ministerio de las Colonias británico. Stephen actuó partiendo de la premisa según la cual un sistema que registrase las principales características de los esclavos podría determinar si, efectivamente, se producían las mejoras que los hacendados tenían que emprender para procurar un mejor trato a los esclavos e incrementar así su fertilidad. La ley para el registro de los esclavos fue aprobada en 1817, aunque ya en 1813 el Ministerio de las Colonias de la corona británica puso en marcha este mecanismo en la isla de Trinidad. El registro de los esclavos se realizaba cada tres años y tenía cuatro objetivos. El primero, proporcionar datos sobre el tamaño de las poblaciones esclavas en las plantaciones individuales, enumerando a los negros por edad, nombre y oficio, y así poder determinar si las importaciones ilegales de esclavos seguían produciéndose. En segundo lugar, ofrecía unas estadísticas precisas sobre la fertilidad y la mortalidad de los esclavos, lo cual permitía que el gobierno británico calibrase si los hacendados trataban mejor a sus esclavos y fomentaban su reproducción. En tercer lugar, los datos del censo daban a conocer las condiciones de vida y de trabajo de los esclavos en todo el Caribe británico. Por último, este registro servía como plataforma para nuevas reformas relacionadas con la esclavitud. Se esperaba que, ante estas duras estadísticas, los hacendados no tuvieran más opción que seguir unas políticas que mejorasen la vida de sus esclavos. Y, si no las seguían, estaría justificado que el gobierno interviniese para enmendar la situación.[17]

Entre 1821 y 1823 se inició una nueva ola de celo abolicionista con la creación de una Sociedad Antiesclavista. Respaldada sobre todo por los

cuáqueros, esta sociedad estaba dirigida por Zachary Macaulay, un filántropo que en diversos momentos fue contable y director de fincas en Jamaica; gobernador de Sierra Leona y editor del *Christian Observer*, una destacada publicación abolicionista. Oficialmente, esta sociedad se denominaba Society for the Mitigation and Gradual Abolition of Slavery Through the British Commonwealth, un nombre que resumía las intenciones, bastante moderadas, de sus fundadores. La sociedad quería presionar al parlamento para que mejorase la vida de todos los esclavos, siendo su objetivo final la emancipación gradual.[18]

En mayo de 1823, el fabricante de cerveza y abolicionista sir Thomas Fowell Buxton presentó los objetivos de la sociedad en una alocución parlamentaria, durante la cual esbozó los planes para liberar a los niños esclavos a su nacimiento, afirmando también que la esclavitud «repugnaba a los principios de la constitución británica y de la religión cristiana... y que debía ser abolida gradualmente en todas las colonias británicas, con la debida consideración al bienestar de las partes implicadas».[19] Estas cautelosas declaraciones pretendían calmar a los hacendados; eran inconcretas sobre los plazos de la emancipación gradual, pero ayudaron a disipar la alarma entre los comerciantes y hacendados de las Indias Occidentales y sus partidarios. La política del gobierno fue anunciada por George Canning, el ministro de Exteriores, solo unos días después del discurso de Buxton. Canning declaró que debían tomarse «medidas enérgicas» para mejorar la situación de los esclavos en el Caribe británico. Tales medidas se aplicarían para «mejorar progresivamente la naturaleza de la población esclava».[20] En ciertos aspectos el énfasis abolicionista sobre la emancipación gradual era similar a la voluntad de mejora del gobierno, y la principal diferencia entre ambas posturas era el resultado que se pretendía: la libertad de los esclavos, por una parte, y la continuación de la esclavitud por la otra. Tanto el Ministerio de las Colonias como los abolicionistas preveían que los esclavos pasarían a ser una laboriosa y respetable fuerza de trabajo libre.[21]

Poco tiempo después, lord Bathurst, el ministro de las Colonias, envió una circular a los gobernantes de las islas de la corona en el Caribe en la que se especificaba un detallado programa de mejora. El texto de esta circular tenía mucho que ver con las ideas de la Society of West India Merchants and Planters (Sociedad de Comerciantes y Hacendados de las Indias

Occidentales) londinense. Las propuestas de Bathurst hacían hincapié en la necesidad de instruir a los esclavos en la fe cristiana para mejorar su manera de ser, y pedía que las asambleas locales prohibieran los mercados dominicales para mantener la observancia religiosa del Sabbat. Otras propuestas contemplaban la posibilidad de ofrecer a los esclavos el derecho a presentar pruebas en tribunales de justicia; de eliminar los obstáculos a la manumisión; prohibir la venta de esclavos de una finca para saldar las deudas de los propietarios; crear cajas de ahorro para los esclavos y modificar las leyes sobre los castigos. La circular de Bathurst también solicitaba que los capataces dejasen de utilizar látigos y prohibía que se infligieran castigos corporales a las esclavas. Esta circular se vio enormemente reforzada con un decreto ley de 1824 en el que se ordenaba que estas reformas se pusieran en marcha en Trinidad y, además, se defendía la manumisión obligatoria de los esclavos.[22]

Los hacendados del Caribe se resistían a implantar las propuestas sugeridas por el Ministerio de las Colonias, y en muchas asambleas isleñas se consideró que las ideas planteadas eran incompatibles con la autonomía legislativa. A mediados de la década de 1820 la asociación West India Interest dirigió una campaña de propaganda para convencer a la opinión pública británica de que la mayoría de los propietarios de esclavos eran cristianos piadosos que admitían la necesidad de tratar bien a los esclavos, y que el proselitismo cristiano había logrado grandes progresos en las comunidades esclavas de las Indias Occidentales.[23] Sin embargo, estas afirmaciones quedaron desmentidas por las pruebas procedentes de la zona, que demostraban los malos tratos que los hacendados dispensaban a los misioneros. Los relatos de la persecución del reverendo John Smith, ocurrida en Demerara en 1823, causaron un gran impacto. Smith, un pastor congregacionalista enviado por la London Missionary Society, pasó siete años en Demerara y, en parte, fue capturado durante la revuelta que se produjo en la isla porque uno de sus diáconos negros, llamado Quamina, era el líder de los insurgentes. Acusado de llamar a los esclavos a la rebelión, Smith fue declarado culpable de complicidad y condenado a muerte. Y aunque el monarca lo indultó, al final murió en la cárcel tras contraer unas fiebres. Su muerte tuvo gran repercusión en la prensa británica, y se le

presentó como «el mártir de Demerara», alguien que había muerto por la brutalidad del sistema esclavista en las Indias Occidentales británicas.[24]

La muerte de Smith y la política obstruccionista de las asambleas a la mejora de la situación de los esclavos favoreció el recrudecimiento de la actividad abolicionista. El movimiento antiesclavista se benefició de una gran cobertura en los periódicos, sobre todo en su propia publicación, *The Anti-Slavery Reporter*, cuyo primer número apareció en 1825. Los abolicionistas imprimieron y distribuyeron grandes cantidades de publicaciones más breves. Entre 1823 y 1831 la Anti-Slavery Society publicó 2,8 millones de panfletos, que se distribuyeron en toda la nación. Se celebraron sermones, discursos y mítines. Destacados militantes emprendieron giras para dar conferencias y se reanudaron las peticiones al parlamento. Por ejemplo, entre 1828 y 1830 se enviaron al parlamento unas 5.000 peticiones solicitando la abolición gradual de la esclavitud. Probablemente más de una quinta parte de todos los hombres británicos mayores de cincuenta años firmó las peticiones antiesclavistas de 1833.[25] En diferentes ciudades británicas se crearon asociaciones antiesclavistas femeninas, en las que las mujeres de clase media emplearon su energía distribuyendo folletos, convenciendo a personas para que firmasen peticiones y haciendo publicidad de los mítines. Estas asociaciones fueron un buen medio para la participación política de las mujeres en una época en la que estaban excluidas del parlamento y de la función pública, y básicamente se apoyaron en congregaciones inconformistas, en las que las mujeres siempre habían sido muy importantes por su participación y su liderazgo.[26]

A finales de la década de 1820 se crearon fuertes vínculos entre los grupos inconformistas y los abolicionistas. Sobre todo los metodistas, que condenaban de manera casi unánime la esclavitud por razones morales: más de 229.000 metodistas wesleyanos (casi el 95 % de la congregación), firmaron peticiones en contra de la esclavitud que fueron presentadas al parlamento en 1833.[27] En aquella época, los misioneros predicaban en casi todas las islas del Caribe. La mayoría de ellos eran metodistas wesleyanos, aunque también había muchos baptistas, congregacionalistas y moravianos. La presencia de estos misioneros y su actividad pastoral y evangélica entre los esclavos llenó un vació dejado por la relativa indiferencia de la Iglesia establecida y sus representantes ante el sufrimiento de los esclavos. Al igual

que los abolicionistas, los misioneros disidentes creían firmemente que la providencia divina defendía el orden moral en el mundo. La redención era indispensable para la salvación y, en lo concerniente a la esclavitud, dicha salvación solo podía lograrse con la destrucción del cautiverio físico.[28]

La elección de un gobierno liberal en 1830 dio un gran impulso al movimiento para la emancipación de los esclavos en el Imperio Británico. Los abolicionistas sabían que tenían las oportunidades políticas para presentar su caso porque, a diferencia de los conservadores, los liberales eran considerados un partido reformista. Los abolicionistas aumentaron considerablemente su presión en el parlamento en los tres años posteriores a 1830. Las peticiones se organizaron con gran eficiencia y se celebraron grandes mítines públicos en todo el país para difundir el mensaje abolicionista. La creación del Comité Abolicionista en 1830 sirvió para acelerar el ritmo de los ataques abolicionistas y priorizar los argumentos expuestos. Este comité estaba compuesto por un grupo de militantes radicales, mayoritariamente jóvenes, que estaban cansados de los aplazamientos asociados con la emancipación gradual. El comité organizó una gira para que conferenciantes profesionales debidamente remunerados viajasen por todo el país para difundir el mensaje abolicionista, y consiguió que las antiguas tradiciones de la emancipación gradual se convirtieran en peticiones de emancipación inmediata. Este cambio político estuvo respaldado por el profundo sentimiento evangélico de que la esclavitud era un pecado grave y que todo individuo, si quería estar en paz con su conciencia, o lograr la redención, tenía que redimir este pecado inmediatamente. Sin embargo, William Wilberforce y muchos otros abolicionistas seguían defendiendo la emancipación gradual. En 1832 las desavenencias entre gradualistas e inmediatistas llegaron hasta el punto de que el Agency Committe se desgajó de la Anti-Slavery Society para formar la Agency Anti-Slavery Society.[29]

Los abolicionistas tuvieron que ser pacientes durante los primeros dieciocho meses de la nueva administración liberal, porque el gobierno estaba enfrascado en garantizar la reforma parlamentaria. La ley de la gran reforma fue aprobada en junio de 1832. Esta ley otorgaba el derecho al voto a un gran número de personas de clase media, entre las cuales se contaban muchos simpatizantes de las tesis antiesclavistas. Este impulso en favor de la

emancipación se vio reforzado por la gran rebelión de esclavos que se desató en Jamaica tras las navidades de 1831. La persecución de los misioneros blancos en la isla, la quema de sus capillas y el salvajismo con el que los rebeldes negros fueron apresados, llevados a juicio y ejecutados o encarcelados, llegaron en el momento oportuno para que los abolicionistas sacasen el mayor partido de estas circunstancias.[30] Los argumentos en favor de la emancipación inmediata también se beneficiaron de la creencia, cada vez más popular, de que el trabajo libre asalariado era superior al trabajo esclavo. Ya medio siglo antes Adam Smith había defendido con éxito este argumento en su obra *La riqueza de las naciones* (1776). Durante los últimos años de la esclavitud británica, el pensamiento económico abandonó el proteccionismo y la idea de que el trabajo esclavo era ineficiente se implantó cada vez más.[31]

Los últimos debates sobre la emancipación empezaron en el parlamento el 14 de mayo de 1833, cuando Edward Stanley, el nuevo ministro de las colonias, anunció un plan para la emancipación de los esclavos. Stanley explicó que inmediatamente se tomarían medidas para poner fin a la esclavitud en el Imperio Británico: el proyecto de emancipación disponía que todos los niños esclavos menores de seis años fueran liberados y que los esclavos adultos pasasen a ser aprendices durante un periodo de tiempo antes de lograr la plena libertad. El sistema de aprendizaje sería supervisado por 132 magistrados especiales (o jueces de paz) enviados por Inglaterra para garantizar que los nuevos acuerdos temporales relacionados con la población negra se ponían en marcha sin dificultades. El gobierno ofrecería un préstamo de 15 millones de libras para compensar a los hacendados por la pérdida de su mano de obra esclava.[32]

Buxton lideró el ataque abolicionista en la cámara de los comunes sobre el plan de emancipación de gobierno, porque no respondía al tipo de legislación que los movimientos antiesclavistas habían anticipado, y se llegó a un compromiso. El importe de las compensaciones a pagar ascendió a los 20 millones de libras. Además, se trataría de una subvención, no de un préstamo, pues, a última hora, el gobierno tuvo que rectificar debido a la reclamación de los hacendados por la pérdida de sus propiedades. Por otra parte, los hacendados aducían que el registro de esclavos los calificaba de bienes muebles. El aprendizaje se desarrollaría durante seis años para los

esclavos que trabajaban en el campo (o prediales), y durante cuatro años para los esclavos domésticos. En este régimen los negros trabajarían durante 40 o 45 horas a la semana sin percibir ningún salario, y los aprendices recibirían alguna remuneración por las horas extraordinarias. Una vez concluidos estos plazos, los aprendices se convertirían en negros libres. La excepción a esta regla era que todos los niños esclavos menores de seis años serían inmediatamente liberados según lo dispuesto en la ley de emancipación de 1834.[33]

Tras pequeñas enmiendas en la cámara de los lores, la ley de emancipación fue aprobada por un cómodo margen en la cámara de los comunes el 31 de julio de 1833, un mes después de la muerte de Wilberforce. En la medianoche del 31 de julio de 1834, unos 775.000 esclavos en las Indias Occidentales británicas se convirtieron en personas libres.[34] El mérito de lograr la emancipación de los esclavos en el Imperio Británico debe atribuirse a las continuas presiones de los abolicionistas dentro y fuera del parlamento; a la gran implicación de los grupos inconformistas, que no cejaron en su lucha moral y humanitaria; a la buena fortuna del cambio radical del clima político después de que el partido conservador entrase en una fase convulsa a finales de la década de 1820; a la elección de un gobierno liberal dispuesto a legislar sobre la emancipación de los esclavos y al papel desempeñado por los misioneros y los esclavos en el Caribe, sobre todo en la revuelta de los esclavos en Jamaica de 1831, que demostró la necesidad urgente de emancipar a los esclavos. Estas diversas facetas de movimiento antiesclavista coincidieron, aproximadamente, en los cinco años posteriores a 1828, y produjeron el impulso necesario para que la esclavitud en el Caribe británico llegase rápidamente a su fin. Inglaterra mantuvo un profundo compromiso contra la esclavitud hasta bien entrada la era victoriana.[35]

Suecia y Dinamarca

La emancipación de los esclavos en las pequeñas posesiones coloniales de Suecia y Dinamarca empezó en 1846-1847. La moderada Swedish Abolition Society (Sociedad Sueca para la Abolición) no se dedicó a hacer peticiones

públicas, sino que se dirigió directamente al monarca. Como resultado de ello, el rey concedió la emancipación de los esclavos en 1846 y proporcionó los fondos para asegurarla. Gracias a ello, los poco más de 500 esclavos en la pequeña colonia de San Bartolomé fueron liberados. En cambio, el proceso danés fue un poco más largo. Influido por los abolicionistas británicos en la década de 1830, el gobierno danés introdujo medidas de mejora para los esclavos de sus colonias caribeñas. Muchos de estos planes, destinados a mejorar las condiciones de trabajo y educativas de los esclavos en las Indias Occidentales danesas, fueron puestas en práctica por Peter von Scholten, que era el gobernador general de estos territorios desde hacía mucho tiempo.[36]

En 1847 empezó la emancipación gradual en el Caribe danés, que preveía un periodo de transición desde la esclavitud a la libertad. Pero la actividad de los esclavos en las Indias Occidentales danesas aceleró la marcha hacia la libertad mediante grandes movilizaciones populares, espoleadas por la emancipación de los esclavos en las colonias francesas (a la cual nos referiremos a continuación). En 1848 los esclavos en San Juan se levantaron contra los hacendados y destruyeron muchas propiedades, tal como hicieron sus predecesores en una revuelta producida a finales de 1733. El 3 de julio de 1848, 8.000 esclavos se concentraron a las puertas del fuerte Frederiksted, en Santa Cruz, pidiendo su libertad. Ese mismo día, un poco más tarde, Von Scholten emitió un decreto en virtud del cual todos los esclavos de las Indias Occidentales danesas eran declarados personas libres. No se produjo ningún derramamiento de sangre. La orden también prohibía que nadie fuera esclavizado en el futuro y declaraba la libertad de todos los niños hijos de esclavos, aunque exigía que los esclavos permaneciesen en sus plantaciones hasta 1859.[37]

Francia y el Caribe

Al principio, Francia actuó mucho antes que Inglaterra para liberar a los esclavos en sus colonias caribeñas, aunque este fenómeno duró poco porque fue anulado. Después, hizo falta otro medio siglo para que los franceses promulgaran una segunda emancipación. La primera se produjo el 4 de febrero de 1794, a iniciativa de la convención revolucionaria. Esta fue un *fait*

accompli desencadenado por la masiva sublevación de esclavos en Saint-Domingue en 1791. La ley de emancipación se ajustaba a la Declaración de los Derechos Humanos de 1789, uno de los hitos de la ideología revolucionaria francesa. A la agitación de la década de 1790 en Saint-Domingue le siguieron otros levantamientos desde 1801 hasta 1804 (a los cuales nos hemos referido en el capítulo 4), que desembocaron en la creación de la república independiente de Haití. El gobierno haitiano intentó obligar a los antiguos esclavos a trabajar como campesinos en las plantaciones, pero al final abandonó esta política.[38]

Después de 1815, la monarquía francesa de Luis XVIII se oponía radicalmente al abolicionismo, al que identificaba con el republicanismo. La segunda emancipación de los esclavos de las colonias francesas tuvo que esperar hasta que la Revolución Francesa marcó el comienzo de la segunda república en la primavera de 1848. El movimiento abolicionista francés se gestó lentamente. Antes de 1830 se habían producido pocas iniciativas encaminadas a la emancipación de los esclavos. El abolicionismo siguió actuando en un contexto poco propicio bajo la monarquía de julio de Luis-Felipe (1830-1848). Ello se debía, en parte, a que el rey temía los cambios y era absolutamente contrario a la liberación de los esclavos. Los abolicionistas británicos proporcionaron ideas, dinero y apoyo a los abolicionistas franceses, pero esto no bastó para que en Francia se desencadenase un movimiento en favor de la libertad de los esclavos. El abolicionismo francés reaccionó al éxito de la emancipación de los esclavos británica en 1834 sin producir un programa atractivo que pudiera traducirse en un movimiento efectivo.[39]

La Société de la Morale Chrétienne (Sociedad de la Moral Cristiana), que existió desde 1821 hasta 1861, era un importante grupo francés que defendía la emancipación gradual, aunque sus presiones eran intermitentes. Su sucesora bajo la monarquía de julio fue la Société Française Pour l'Abolition de l'Esclavage (Sociedad Francesa para la Abolición de la Esclavitud). Dicha sociedad tenía pocos miembros, menos de un centenar, y todos ellos pertenecían a la élite política y social; solo se reunían cuando lo dictaba el calendario legislativo y actuaban con cautela. Ambas sociedades tenían que vérselas con una poderosa y atrincherada clase hacendada y unos políticos que apoyaban la esclavitud.[40]

El abolicionismo francés también tuvo limitaciones más allá de los límites de estas sociedades. Los abolicionistas actuaban de manera más individual que sus homónimos ingleses; discutían interminablemente entre ellos, no estaban muy bien organizados y, a diferencia de sus equivalentes británicos, no lograron reclutar a la Iglesia Católica, a las mujeres o a la opinión pública para que apoyaran su causa. Mientras que el movimiento femenino y los disidentes protestantes fueron muy importantes en la campaña propagandística contra la esclavitud colonial británica, los abolicionistas franceses no supieron pulsar el apoyo de las mujeres, y la Iglesia Católica permaneció impasible ante los males de la esclavitud. Además, las peticiones masivas para movilizar la opinión popular, tan efectivas en Inglaterra, se evitaron en Francia hasta la década de 1840. Aun entonces, el recuerdo de la violencia que caracterizó la primera emancipación en 1974 fue en contra del apoyo popular generalizado a la libertad de los esclavos. Hubo algunos episodios de movilización en favor de la emancipación, como las peticiones de los impresores a la cámara de los diputados en 1884, aunque no lograron muchos apoyos.[41]

La situación del abolicionismo en Francia, mal coordinada y bastante debilitada, probablemente hubiera seguido igual, sin ninguna agitación política importante que incitase a la acción. En Francia nunca existió el mismo grado de apoyo popular a la lucha contra la esclavitud que se dio en Inglaterra.[42] Hizo falta el advenimiento de la segunda república y que un pequeño grupo de partidarios de la emancipación aprovechasen la oportunidad y propugnasen el fin inmediato de la esclavitud en las colonias francesas en 1848. El 4 de marzo de ese año el gobierno provisional formó una Comisión para la Abolición de la Esclavitud liderada por el escritor abolicionista francés Victor Schoelcher, que había visitado Haití y trazado planes para continuar la producción de azúcar en la isla sin tener que utilizar esclavos. Con su visita a las Indias Occidentales francesas en 1840, Schoelcher fue testigo de primera mano de la esclavitud. Su idealismo, y el haber contemplado la crueldad hacia los esclavos y la desdicha que les causaba su destino, le convencieron de que la esclavitud debía ser abolida. [43]

Schoelcher llegó a Francia procedente del Caribe el 3 de marzo de 1848, e inmediatamente persuadió a François Arago, el nuevo ministro de la marina

y de las colonias, de que era preciso promulgar un decreto de emancipación inmediata. Los hacendados del Caribe francés y sus representantes protestaron ante esta iniciativa, pero la lucha de Schoelcher en favor de la emancipación resistió a los ataques. Su influencia se dejó sentir en todo el Caribe francés. La Comisión para la Abolición de la Esclavitud solicitó la liberación total e incondicional del cuarto de millón de esclavos que habitaban en las Antillas francesas. El decreto de emancipación fruto de esta petición fue emitido el 27 de abril de 1848. Schoelcher, autor de dicho decreto, y el abolicionista Cyril Bissette, un negro liberto, fueron los personajes fundamentales que propiciaron este resultado. Schoelcher y Bissette fueron elegidos para la asamblea legislativa de Martinica en 1848 y 1849.[44]

Estados Unidos

El fin de la esclavitud en Estados Unidos fue un proceso muy lento. Las seis décadas transcurridas entre principios del siglo XIX y la extinción de la esclavitud durante la guerra civil americana presenciaron el afianzamiento de la esclavitud en el sur profundo, la propagación de la esclavitud a lo largo de un cinturón algodonero que avanzaba hacia los estados del sudoeste, y la creación de una civilización sureña consciente de sí misma que, fundamentalmente, se basaba en el mantenimiento de la esclavitud en el periodo prebélico. Estas décadas también vieron el auge del sentimiento abolicionista en el norte; los diversos intentos de exponer la bancarrota moral de la esclavitud; y la necesidad de erradicarla en una nación que se fundamentaba en unos principios liberales. Durante esas décadas, la esclavitud y sus ramificaciones también asumieron un papel aún mayor en la política estadounidense.

Las materias primas que se cultivaban en las plantaciones norteamericanas siempre habían tenido mucho que ver con las posibilidades de su comercialización en Europa. El tabaco se enviaba a Inglaterra y al norte de Europa para satisfacer la creciente adicción a la nicotina de los consumidores. El arroz se enviaba a las Indias Occidentales y, cruzando el Atlántico, a los mercados de Alemania, los Países Bajos y la península

Ibérica en calidad de sucedáneo de los cereales.[45] Sin embargo, la materia prima por excelencia que abastecía a los mercados europeos era el algodón. La demanda de la industria textil británica de algodón en bruto para la fabricación de telas alcanzó unos niveles considerables. En la primera mitad del siglo XIX, el algodón se convirtió en un elemento central de la economía atlántica, relacionando los puertos de Londres, Liverpool, Nueva York y Mobile, en Alabama. La producción algodonera estadounidense aumentó desde unas 3.000 balas en 1790 a más de 4 millones de ellas en 1860. El «rey algodón» fue el estímulo que hizo que los productores de algodón de Lancashire prestasen su apoyo a la causa confederada en la guerra civil americana.[46]

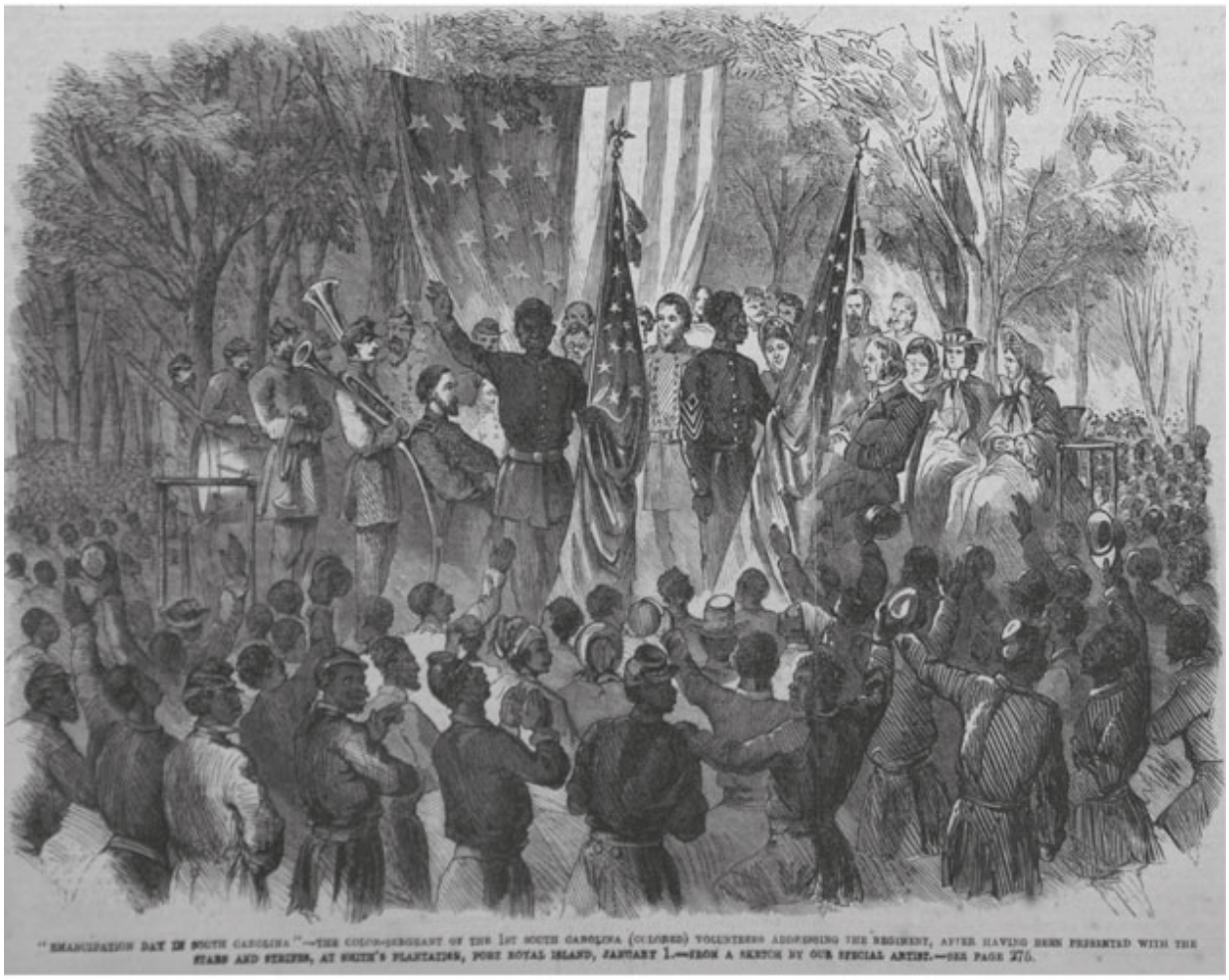


FIG. 19. Día de la Emancipación, Carolina del Sur, 1863.

A principios del siglo XIX, la producción de algodón se expandió desde Georgia y Carolina del Sur en dirección sudoeste, hasta los nuevos estados de Arkansas, Alabama, Florida, Texas, Misisipi y Luisiana. Las plantaciones algodoneras dependían del trabajo de cuadrillas como las que se empleaban en los tabacales, a las que vigilantes y mayorales proporcionaban la disciplina adecuada. Estos recurrían al intenso tráfico interno de esclavos mediante el cual los que ya no eran necesarios en los estados orientales eran trasladados y vendidos en mercados como los de Nueva Orleans y Natchez. Este tráfico ayudó a crear las grandes fortunas de los comerciantes y hacendados del delta del Misisipi.[47] En 1860, según el censo de ese año, cerca de un millón de esclavos pertenecía a los hacendados americanos, y la mayoría de ellos estaban en las plantaciones de algodón.[48]

Si las plantaciones eran unidades eficientes de producción que maximizaban o recompensaban la productividad de los esclavos o un vestigio de un orden agrícola caduco que no supo industrializarse o modernizarse, son unas preguntas sobre la naturaleza económica de la esclavitud en la época prebélica que los historiadores siguen debatiendo. Lo mismo puede decirse de la valoración de la contribución de las plantaciones al desarrollo económico sureño.[49] El viejo sur se vinculó progresivamente a la esclavitud por razones económicas. Aparte de ciertas áreas como Carolina del Sur, en la que los esclavos ya superaban en número a los blancos en 1710, en la mayoría de los estados sureños había dos blancos por cada negro. Muchos sureños blancos no poseían ningún esclavo, y los que sí solo tenían unos cuantos, no un gran número de ellos. Pero la «gente sencilla» del viejo sur estaba tan aferrada a la continuidad de la esclavitud como los grandes propietarios algodoneros.[50]

La esclavitud era parte integrante de la vida en el sur y los sureños la consideraban algo indeleblemente vinculado a la prosperidad de la región, al derecho de los individuos a elegir su estilo de vida sin interferencias federales, y a perpetuar la jerarquía social de las personas dictada por la clase y la raza. Algunos intelectuales sureños defendían el mundo de las plantaciones porque lo veían con una mirada nostálgica, un mundo en el que los felices esclavos eran tratados amablemente por los amos como si fueran miembros de la familia. Los defensores sureños de la esclavitud basaban sus argumentos en diversas razones, entre las que se contaba la idea de John C.

Calhoun según la cual la esclavitud era «un bien positivo», que se justificaba por la supremacía blanca, el paternalismo y la división intelectual y racial entre los blancos libres y los esclavizados.[51]

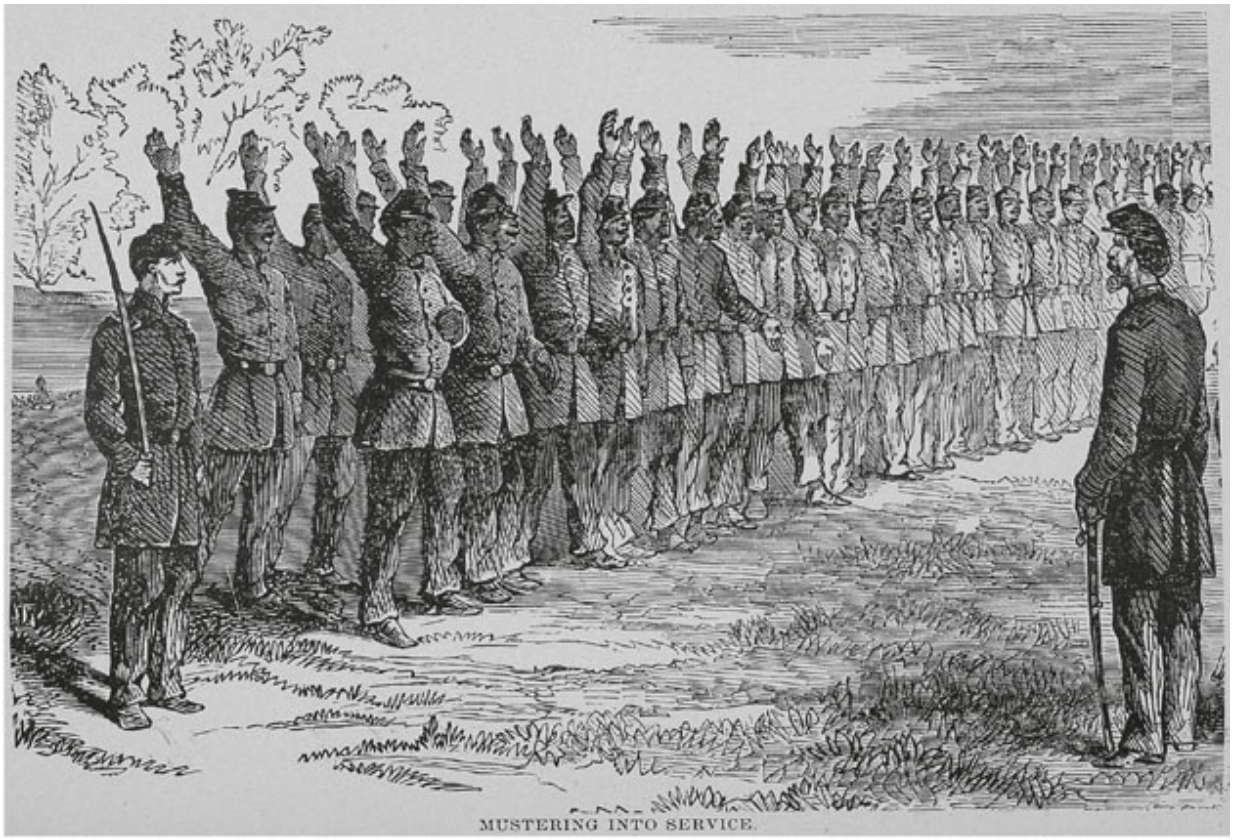


FIG. 20. Soldados negros en el ejército federal/unionista, *c.* 1863-1864.

El gobierno federal marginó la cuestión de la esclavitud durante las presidencias de Jefferson y Madison, aunque en 1808 el congreso acordó que la importación de esclavos debía llegar a su fin, tal como, según algunos intérpretes, indicaba una cláusula de la constitución.[52] Durante la presidencia de Jefferson tuvo lugar la compra de Luisiana, un presagio para el futuro, porque cuando algunas partes de esos territorios solicitaron la categoría de estados, el gobierno federal tuvo que decidir si estos nuevos estados podrían tener esclavos o ser zonas libres. La inquietud que causó la propagación de la esclavitud en los nuevos territorios occidentales colonizados se hizo más patente aún con la crisis de Missouri (1819-1821). La incorporación de Missouri como nuevo estado de la Unión planteó la

cuestión de si se le debía permitir que tuviera esclavos. Tras muchas y enconadas discusiones, se alcanzó un compromiso mediante el cual Missouri se convirtió en un estado esclavista, pero la esclavitud quedó prohibida en el resto de territorios incluidos en la compra de Luisiana. Para lograr un equilibrio en toda la nación, Maine fue admitido como estado libre al tiempo que Missouri pasó a ser un estado esclavista.[53] Sucedió que Missouri se convirtió en un estado fronterizo y que en 1860 solo un 10 % de su población era esclava.[54] No obstante, a los estadounidenses lo que les preocupaba no era la proporción de esclavos en un estado concreto, sino el principio sobre si debía permitirse o no la expansión de la esclavitud.

En la década de 1820, Carolina del Sur se situó a la vanguardia de la protección sureña de la esclavitud. Durante esos años, en el estado Palmetto se produjeron diversas conspiraciones, especialmente la de Denmark Vesey, un negro libre que organizó un formidable complot entre los esclavos de Charleston en 1822.[55] En todos los casos, los hacendados consideraron que estos levantamientos se debían a interferencias externas, sobre todo por parte de los abolicionistas norteños, y no a las deficiencias de su propio sistema esclavista. Algunos articulistas se oponían a que redactase una amplia constitución federal, para proteger la apuesta sureña por la esclavitud. John C. Calhoun fue el cabecilla intelectual de la defensa del derecho de los sureños a declarar la nulidad de la ley federal. También desarrolló la teoría de la «mayoría coincidente»; es decir, del derecho de una minoría a vetar la regla del gobierno de la mayoría. Según esta perspectiva, la nulidad se basaba en el supuesto de que la constitución era un pacto entre los estados individuales y los ciudadanos individuales, en el que ambos ratificaban los convenios, y que los firmantes de este pacto tenían tanto derecho a vetar las leyes como el gobierno federal. En 1831-1832 se produjo en Carolina del Sur la crisis de la nulidad, que desembocó inmediatamente en la defensa explícita de la institución de la esclavitud por parte de los habitantes de ese estado. En Carolina del Sur no existía ninguna conciencia de que la esclavitud fuese un mal. Durante las tres décadas siguientes, el resto del sur siguió el ejemplo de Carolina del Sur.[56]

Los acontecimientos relacionados con la esclavitud estadounidense, entre la admisión de Missouri en la Unión en calidad de estado esclavista, y la decisión de Carolina del Sur de plantearse seriamente su retirada de la Unión

durante la crisis de la nulidad, desencadenaron un intenso sentimiento zonal. Los antagonismos territoriales surgieron porque los partidarios sureños de la esclavitud discrepaban totalmente de la reavivación del abolicionismo en el norte, después de que William Lloyd Garrison lanzase el periódico *The Liberator* en 1831. En el norte no todo el mundo estaba en contra de la esclavitud, y en el sur no todo el mundo estaba a favor de ella. En los estados abolicionistas norteños había personas a favor de la emancipación gradual y quienes pedían que los negros fuesen liberados inmediatamente. Muchos abolicionistas estaban dispuestos a diluir su programa en pro de la justicia social para que este fuera aceptable para un mayor número de estadounidenses.[57]

Durante la época de Jackson, a los abolicionistas de los estados del norte se les trataba a menudo como intrusos marginales, y la turba reventaba sus mítines.[58] Algunos norteños no eran abolicionistas, sino que simplemente se oponían a la expansión de la esclavitud a lo largo del río Misisipi. En el sur había muy pocos simpatizantes de la causa abolicionista, aunque muchos sureños estaban tan preocupados por los temas relacionados con el desarrollo económico, la banca y los aranceles como por la esclavitud. Tal vez esto explique por qué Carolina del Sur fue siempre un caso extremo de un estado que defendía la esclavitud contra viento y marea en el sur prebélico, y por qué el secesionismo sureño no se convirtió en un movimiento general hasta que estalló la guerra en 1861.[59]

Los negros libres desempeñaron un papel importante en el periodo prebélico estadounidense, oponiéndose a la discriminación racial y a los planes para colonizar a los negros libres de África. Entre la década de 1790 y la de 1830, el número de negros libres aumentó en los estados norteños, y también se convirtieron en el segmento de la población sureña que crecía con mayor rapidez. Todos ellos eran conscientes de la retórica política y de las ideas de su época, y se hicieron un planteamiento muy concreto de sus derechos legales y políticas. En algunas ciudades norteñas, como Filadelfia y Nueva York, los líderes negros libres se activaron por el éxito de la insurrección de Saint-Domingue en la década de 1790. Este levantamiento les hizo pensar que las ideas antiesclavistas se difundirían en Estados Unidos y que la esclavitud sería erradicada del país. Los líderes negros libres, como James Forten y Frederick Douglas, se oponían a los planes colonialistas de

los negros estadounidenses en ultramar: en las décadas de 1820 y 1830 organizaron mítines de protesta contra la American Colonization Society y contribuyeron activamente en las publicaciones que defendían la emancipación de los esclavos. En la década de 1840 los negros libres estadounidenses tenían un conjunto de respuestas muy bien formuladas sobre la esclavitud, que informaban de los complejos temas políticos y jurisdiccionales relativos a esta «institución peculiar».[60]

La anexión de Texas (1845) y la guerra mexicana (1846-1848), fueron criticadas por muchos norteños, que consideraban que James K. Polk era un presidente sureño dispuesto a ampliar el territorio de Estados Unidos en zonas potencialmente esclavistas pero sin seguir la misma política para adquirir Oregón, un territorio ubicado en el noroeste, en el litoral del Pacífico. Entre 1846 y 1850 se desencadenó una crisis política sobre la esclavitud, que culminó con el Compromiso de 1850 y la incorporación de la cláusula del esclavo fugitivo. Esta última obligaba a los ciudadanos estadounidenses a participar en la captura de los esclavos huidos. En las mentes de los sureños esta crisis confirmó la amenaza a su idiosincrasia que, aparentemente, provocó el abolicionismo norteño. Las consecuencias de la crisis revelaron claramente que en el sur se estaba produciendo un proceso de separatismo político y cultural. Un aspecto importante de la diferenciación sureña surgido después de 1846 fue la opinión, totalmente consciente, de que la esclavitud era algo legítimo y virtuoso. Los sureños se convencieron cada vez más de que la esclavitud era un elemento permanente de su sociedad. Todos los ingredientes de la secesión ya existían en 1850; solo los sentimientos de lealtad y de vinculación sentimental a la Unión la retrasaron durante otra década.[61]

La crisis alcanzó una dimensión cultural más amplia con la publicación del libro *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, que se convirtió en un gran éxito y en un punto de referencia del sectorialismo en la década de 1850. La novela de Stowe presentaba a la esclavitud y a los propietarios de esclavos como una actividad y unas personas impropias de los americanos y de los cristianos. Este parecer fue ampliamente suscrito en el norte y enérgicamente condenado en el sur. En el furor que se desató tras el éxito de la novela, con todo lo que ello implicaba, norteños como Thaddeus Stevens atacaron no solo a la esclavitud sino también a la clase hacendada, a las que

calificó como una violación de la democracia americana. En cambio, George Fitzhugh y otros sureños adoptaron la postura contraria. Consideraban que la orientación mercantilista de la sociedad norteña era cruel e inhumana, y sostenían que el vínculo personal entre amo y esclavo situaba al sur por encima de la sociedad norteña. La postura sureña se reforzó a partir de la publicación de la novela de Stowe, mostrándose poco inclinada a llegar a un compromiso como el de 1850.[62]

Durante la década de 1850, los partidos políticos estadounidenses experimentaron una gran transformación debido a la crisis territorial provocada por las discrepancias sobre la esclavitud. El partido demócrata sobrevivió; el partido conservador desapareció, y surgió una nueva agrupación, el partido republicano. El partido demócrata tenía unos intereses sumamente diversos, entre los que se contaban un fuerte sentimiento antiesclavista, la voluntad de que los territorios fueran libres, elementos proesclavistas y secesionistas; pero tuvo apoyos y supo conservar la cohesión para votar unánimemente en el congreso, prescindiendo de las controversias sobre Texas y México.[63] Por el contrario, el partido conservador se resquebrajó, y en 1850 perdió dirigentes como Henry Clay y Daniel Webster. Por otra parte, el partido apoyaba el indigenismo, lo que le hizo perder gran parte del apoyo de los inmigrantes, y parecía estar al borde de la desintegración. Se hundió como partido en la controversia sobre Kansas y Nebraska (1845-1846), a consecuencia de la cual esos territorios se convirtieron en estados con derecho a decidir si permitían la esclavitud si así lo manifestaba la soberanía popular. Los conservadores fueron reemplazados por el partido republicano, que veía esta oportunidad como algo fundamental para la sociedad estadounidense. Hasta después de las elecciones presidenciales de 1856 el republicano era un partido rebelde que defendía su política desde un estrado, pero en 1860 amplió sus intereses para ganar votos. Su continuidad quedó garantizada a finales de la década de 1850 a consecuencia de la agitación en Kansas, evidenciada por el grave ataque del congresista Preston Brooks, de Carolina del Sur, al senador Charles Sumner después de que este arremetiese contra ese estado por su obcecada postura respecto a la esclavitud.[64]

La controversia sobre la esclavitud se puso de manifiesto en el caso de Dred Scott y la Convención de Lecompton en 1857, y en los cruciales

debates entre Lincoln y Douglas durante el año siguiente. El presidente del tribunal supremo, Roger B. Taney, resolvió que Dred Scott, que había vivido como un negro libre en Illinois y en Wisconsin, no tenía derecho a demandar la ciudadanía porque se había trasladado al estado esclavista de Misuri. Efectivamente, la decisión del caso Dred Scott declaró que el Compromiso de Misuri era inconstitucional, aunque esto no supuso ningún cambio porque dicho compromiso había sido reemplazado en 1854 por la ley Kansas-Nebraska. Esta ley abrió los territorios de Kansas y de Nebraska a la esclavitud, así como la futura admisión de estados esclavistas en la Unión, permitiendo que los colonos blancos en estos territorios decidieran si querían o no la esclavitud en virtud de la soberanía popular. No obstante, la decisión sobre Dred Scott inflamó a la opinión pública.[65] Como también lo hizo la convención de Lecompton (1857), en la que la legislatura proesclavista de Kansas intentó ratificar una constitución que se ajustase a su postura política.[66]

Stephen A. Douglas escindió el partido demócrata en 1858 e hizo campaña en Illinois contra Abraham Lincoln por el puesto de senador. En los debates Lincoln-Douglas de 1858, el destino de Estados Unidos parecía estar en juego. En su discurso de la «casa dividida», Abraham Lincoln afirmó que la extinción final de la esclavitud era un objetivo legítimo impregnado en el pensamiento de los padres fundadores de Estados Unidos. Douglas calificó este discurso de revolucionario. Pensaba que Lincoln favorecía la igualdad de los negros con los blancos, mientras que él creía que los negros eran inferiores y que no tenían derechos. Douglas era partidario de la soberanía popular y sostenía que la nación debía seguir la línea que había mantenido hasta entonces; que no había ninguna necesidad de abolir la esclavitud. También atacó a Lincoln porque pensaba que su rival de Illinois quería reforzar el gobierno nacional.[67] Lincoln se oponía a la postura de Douglas sobre la soberanía popular afirmando que esta daba a los blancos el derecho a tratar a los negros como si fueran propiedades y no personas.[68]

En la década de 1850 Lincoln sostuvo que el partido republicano era nacional y no sectorial. Sus creencias morales coincidían con los ideales expuestos en la Declaración de Independencia y el credo revolucionario liberal. Se opuso vigorosamente a la soberanía popular en los territorios porque esto daría a los estadounidenses la libertad de elegir la justicia o la

injusticia; y pensaba que la erradicación de la injusticia correspondía al gobierno federal. También era contrario a ella porque era una política que parecía quebrantar el poder del gobierno federal. Lincoln dijo que Estados Unidos era «la última y mejor esperanza sobre la faz de la Tierra» porque la constitución implicaba que la esclavitud finalmente se extinguiría y que Estados Unidos progresaría hacia una Unión más perfecta.[69] Lincoln atacaba constantemente la inmortalidad de la esclavitud, y la extinción final de esta institución era un elemento fundamental de su creencia en el destino progresista estadounidense. Él creía que la moralidad no podía divorciarse de la política y que en Estados Unidos el principal tema político y humanitario que había que afrontar era la esclavitud. Lincoln quería preservar la Unión: esto lo definía políticamente y era la piedra angular de la ideología del partido republicano.[70]

La muerte de la esclavitud en Estados Unidos no fue una muerte plácida. Tras el ataque de la Unión a Fort Sumter en 1861, varios estados sureños optaron gradualmente por la secesión y formaron la Confederación bajo el liderazgo de Jefferson Davis. A ello siguieron cuatro años de una sangrienta guerra civil, que dejó cicatrices en toda la nación.[71] Durante la guerra, Lincoln formuló sus proclamas en favor de la emancipación, creyendo que esta era la única manera de ganar la guerra y preservar la Unión. Los confederados se negaron a ofrecer la libertad a sus esclavos a cambio de su servicio militar en defensa de la secesión sureña. Pero el norte adoptó una perspectiva distinta. El ejército de la Unión reclutó tropas negras. En el sur, muchos esclavos sabotearon deliberadamente el sistema de las plantaciones. [72] Estas fueron las maneras en la que los negros participaron en la guerra para resolver su propio estatus en la sociedad estadounidense. Los esclavos se alistaron entusiásticamente en las filas de la Unión. Casi 33.000 soldados negros fueron reclutados en el norte y 140.000 por la Confederación. Todos ellos tenían que lidiar con la discriminación salarial y con su papel en los combates, y sirvieron en regimientos segregados por razas, pero llegaron a considerarse a sí mismos como los salvadores de la Unión y los libertadores de su propio pueblo. Con su incorporación a las líneas militares, las tropas negras influyeron en la decisión de Lincoln de seguir adelante con la emancipación de los esclavos.[73]

En 1863 la proclamación de emancipación de Lincoln liberó a los esclavos en la Confederación, pero no en las zonas de la Unión ocupadas por sus propias tropas o en Tennessee (que Lincoln omitió a sugerencia de Andrew Johnson, el gobernador del estado durante la guerra). Esto permitió que los gobernadores norteños empezasen a reclutar a antiguos esclavos en sus estados. A finales de 1863 Lincoln y sus generales estaban convencidos de que las tropas negras eran esenciales para que el norte ganase la guerra. En 1864 Lincoln instó al congreso a aprobar la decimotercera enmienda de la constitución para abolir la esclavitud en todo el país, lo cual se logró a finales de 1865, ocho meses después de que Lincoln fuese asesinado por John Wilkes Booth.[74]

Un programa de reconstrucción intentó resolver los problemas de la derrotada Confederación y de la posición de los negros en la sociedad sureña, pero lo hizo de una manera en gran medida insuficiente, incompleta y equívoca con respecto a los derechos de los negros.[75] Los dirigentes de la vencida Confederación, después de la emancipación, solo imaginaban un mundo de servidumbre y peonaje; muchos unionistas se oponían a la entrada de negros libres en sus estados; y los abolicionistas norteños no eran progresistas raciales.[76] La discriminación contra los negros libres continuó durante casi un siglo después, con segregación, linchamientos, el auge de Ku Klux Klan y las leyes Jim Crow. Todo esto se combinó para demostrar que el legado de la esclavitud en Estados Unidos proyectaba una sombra oscura y alargada.

Holanda y Surinam

Después de que Estados Unidos aprobase la abolición, aún seguían existiendo algunas potencias esclavistas. Los holandeses fueron la última potencia norteña europea en decretar la abolición de los esclavos, lo cual se produjo en 1873. La tardanza de esta emancipación se debió principalmente a la ausencia de un movimiento abolicionista importante en Holanda. Aun cuando los holandeses eran conocidos por su tolerancia y su humanitarismo, la tibia reacción del gobierno holandés ante las emancipaciones producidas en Inglaterra, Francia, Suecia y Dinamarca entre 1833 y 1844, refleja en

parte a la falta de presiones domésticas en favor del abolicionismo.[77] Cuando se estableció la constitución democrática holandesa, en 1848-1849, solo ocho de 1.500 peticiones para la nueva constitución solicitaban que esta incluyera la emancipación de los esclavos.[78]

No obstante, en 1853, dirigentes políticos holandeses, tanto liberales como conservadores, acordaron que, finalmente, debía decretarse la libertad de los esclavos en las posesiones coloniales holandesas, aunque no establecieron ningún calendario concreto para ello. Una potente campaña abolicionista hubiera podido influir al gobierno holandés a actuar de tal modo, pero en la Holanda de 1860 el abolicionismo seguía sin progresar demasiado. Podemos plantear tres explicaciones de este estado de cosas. La primera es la limitada influencia de los grupos religiosos, ya fueran católicos o protestantes, en las discusiones sobre la moralidad de la esclavitud, lo cual no contribuyó a la causa de los antiesclavistas holandeses. La segunda es que no se plantearon los argumentos económicos según los cuales el trabajo forzado solo podía resultar más caro que el trabajo libre. La tercera es que la clase menestral, que había desempeñado un papel importante en Francia y (sobre todo) en Inglaterra, en Holanda no se organizó a gran escala hasta finales de la década de 1870.[79] También contaba la limitada proyección del abolicionismo holandés en las colonias. Los hacendados de Surinam estaban decididos a mantener la esclavitud hasta el final. En 1863, Holanda decretó la emancipación de los esclavos, influida por la Proclamación de Emancipación promulgada por Lincoln en Estados Unidos. La emancipación de los esclavos en las colonias holandesas desembocó en un largo aprendizaje de diez años para los antiguos esclavos de Surinam antes de llegar a ser plenamente libres.[80]

La América española

La emancipación de los esclavos fue un proceso muy lento en toda la América española. Pero se logró con más facilidad en las diversas entidades políticas en las que la esclavitud era estructuralmente menos importante que en los países, como Cuba y en menor medida Puerto Rico, en los que la esclavitud era parte integrante de la economía o no resultaba fácilmente

prescindible. Algunos estados sudamericanos recientemente independizados promulgaron leyes de «vientre libre», en virtud de las cuales los niños nacidos tras la declaración de independencia eran considerados libres. Esto es lo que ocurrió en Chile (1811), Río de la Plata (1813), Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela (todos ellos en 1821), y Uruguay (1825). Estas leyes no eran una concesión destinada a garantizar esclavos para el servicio militar en las diversas guerras de independencia sudamericanas, ni una recompensa por haber servido en la guerra. La plena emancipación de los esclavos fue decretada en Chile (1823), la Federación Centroamericana (1824) y México (1829).[81] El proceso fue mucho más largo en todo el resto de Sudamérica. En el Ecuador de la década de 1820, las personas esclavizadas empleaban el lenguaje republicano en las peticiones que enviaban para solicitar su liberación, aunque hasta 1852 la asamblea ecuatoriana no votó la abolición de la esclavitud, que se hizo efectiva en 1854.[82] Perú declaró formalmente su independencia en 1821, pero el intento de decretar una ley de «vientres libres» no llegó a buen término por la oposición de hacendados y propietarios de esclavos, y hubo que esperar a que se aboliera la esclavitud en 1854.[83]

En 1860, Cuba y Puerto Rico seguían formando parte del Imperio Español. Por tanto, en ambos países, los cambios en favor de la emancipación de los esclavos dependían de la influencia y del poder de la metrópolis. En ambos casos, aunque menos en Puerto Rico que en Cuba, se habían producido pocos movimientos hacia la liberación de los esclavos antes del inicio de la guerra civil americana. Los hacendados en Cuba y Puerto Rico se oponían firmemente a la emancipación, y en España los acreedores hipotecarios, banqueros, armadores y comerciantes tenían intereses personales en la continuidad de la esclavitud. Entre 1859 y 1866 los capitanes generales de Cuba intentaron prohibir la discusión sobre la abolición para que los esclavos no escuchasen el discurso abolicionista. Los partidarios de la emancipación en Cuba argumentaban en favor de la reforma de la esclavitud y de la abolición de la misma en el futuro. No obstante, la guerra civil americana y el otorgamiento de la libertad a los esclavos en Estados Unidos fueron un poderoso estímulo para la actividad de los antiesclavistas españoles.[84] Durante la guerra, los políticos españoles contemplaban a la Confederación sureña como un bastión contra cualquier tentativa estadounidense de anexionarse Cuba. Pero la victoria unionista, y la

liberación de los esclavos proclamada por Lincoln en Estados Unidos, dejaron a Cuba, Puerto Rico y Brasil en 1865 como los últimos bastiones esclavistas importantes en el mundo atlántico. En aquella época, los minoritarios sectores liberales españoles esperaban que la esclavitud en Cuba y Puerto Rico fuese abolida gradualmente, aunque no había ningún plan que propiciase la obtención de este resultado.[85]

El abolicionismo empezó a progresar modestamente en España en 1865, cuando se constituyó la Sociedad Abolicionista Española, que se proponía imitar las tácticas empleadas décadas atrás por los abolicionistas ingleses. Así, en España empezaron a proliferar las peticiones, los artículos en la prensa popular y las manifestaciones que apoyaban la emancipación. Los miembros de esta sociedad eran mayoritariamente laicos, pues la Iglesia Católica romana se mantenía al margen de los argumentos en favor de la libertad de los esclavos. En España no hubo nada parecido al apoyo popular al abolicionismo que prestaron los protestantes inconformistas en Inglaterra y Estados Unidos. Ni Cuba ni Puerto Rico tenían representación en las cortes generales españolas (una legislatura bicameral). Por ello, no existía ninguna vía parlamentaria mediante la cual los partidarios del abolicionismo pudieran ejercer su influencia. No obstante, cuando el tráfico de esclavos en la isla de Cuba llegó a su fin, en 1867, españoles y cubanos eran cada vez más conscientes de que era preciso abordar la emancipación de los esclavos para apaciguar a Inglaterra y a Estados Unidos.[86]

Y pronto se pasó a la acción. El gobierno liberal español que llegó al poder en 1868 no tardó en dirigir su atención a la esclavitud. En parte, ello respondió a los levantamientos cubanos y portorriqueños de 1868 contra el gobierno español. En 1870, Segismundo Moret y Prendergast, ministro de Ultramar, redactó y aprobó la ley Moret que garantizaba la emancipación gradual de los esclavos en Cuba y Puerto Rico. Este fue un intento español de fomentar la gratitud de los esclavos y los negros libertos en Cuba para asegurarse de que los insurgentes de la revolución cubana (1868-1878), no acaparasen la autoridad moral. El gobierno español calculó que los propietarios de esclavos cubanos aceptarían la nueva ley. Los términos de la legislación eran liberar a todos los esclavos a partir de los sesenta y cinco años, y a todos los niños nacidos de madres esclavas después de que la ley entrase en vigor; aunque esos niños tenían que trabajar como mano de obra

para sus amos, en un sistema de patronato, durante cuatro años más. Estos términos liberaron a muy pocos esclavos en edad de trabajar. El artículo 21 de la ley Moret prometía próximas legislaciones que pondrían fin a la esclavitud cuando terminase la revuelta.[87]

Las fuerzas abolicionistas portorriqueñas aumentaron su confianza con la ley Moret. Un pequeño grupo de abolicionistas, bien organizado y activo en el país, capitalizó el hecho de que algunos hacendados admitieron el estancamiento de la población esclava de la isla y estaban dispuestos a considerar una transición al trabajo libre previa indemnización. El nuevo gobierno republicano español abolió la esclavitud en Puerto Rico en 1873. A los esclavos se les exigió firmar contratos de tres años con sus antiguos propietarios. Estos recibieron del Tesoro español la cantidad de 200 pesos por esclavo a modo de compensación. Puerto Rico logró la emancipación de sus 31.000 esclavos debido en parte a la presión abolicionista, y en parte también porque la transición de los trabajadores esclavos a trabajadores contratados ya estaba en marcha, lo cual quiere decir que el trabajo en las fincas no tenía un estigma racial.[88]

Se solía aducir que, durante la larga rebelión anticolonial cubana en la década posterior a 1868, los rebeldes criollos reclamaban la abolición gradual de la esclavitud, aunque no se produjo ningún levantamiento de esclavos que apoyase este objetivo.[89] Pero hoy sabemos que esta perspectiva es incorrecta. De hecho, entre 1868 y 1878, miles de esclavos se unieron a la insurrección por la independencia cubana. Abandonaron granjas y fincas para incorporarse a las fuerzas insurgentes que apoyaban su propia liberación de la esclavitud, así como la liberación de Cuba del colonialismo. Los dirigentes militares iniciaron a los esclavos en el movimientos abolicionista, y desplegaron insurgentes en numerosas acciones de guerra de guerrillas. Atacaron plantaciones, sirvieron de mensajeros y, gradualmente, llegaron a importantes posiciones militares. En 1878, unos 16.000 esclavos cubanos obtuvieron su libertad legal rebelándose contra España.[90] Los trastornos de la guerra propiciaron que los esclavos consiguieran la libertad. Además, los hacendados de la Cuba oriental, cuyas situaciones económicas eran peores que en la mitad occidental de la isla, manumitieron a sus esclavos y los sustituyeron por trabajadores asiáticos contratados hasta 1873, cuando una

ley de pasajeros chinos prohibió a norteamericanos y británicos que continuasen su participación en el tráfico.[91]

A finales de la década de 1870 los propietarios de esclavos cubanos «habían disminuido su apego emocional a la institución formal de la esclavitud».[92] Esto se debía a la libertad concedida por la ley Moret a determinadas categorías de esclavos y al declive demográfico de la esclavitud en Cuba. El número de esclavos en la isla cayó desde los 363.000 que había en 1868 hasta solo 20.000 una década después. Pero aunque la rebelión debilitó la esclavitud en Cuba, el impulso final hacia la emancipación solo se produjo tras el fin de la rebelión. En 1880 el gobierno español promulgó una ley de emancipación inmediata, en la que se exigía que los antiguos esclavos trabajasen para sus antiguos amos durante ocho años, bajo un sistema de patronato o de aprendizaje, y también podían comprar su libertad ateniéndose a esas regulaciones. A consecuencia de las presiones abolicionistas este sistema duró hasta 1886, dos años antes de lo previsto. Para entonces, la fuerza de trabajo cubana se había reorganizado: multitudes de esclavos se fugaron de sus plantaciones y los inmigrantes llenaron el vacío dejado por el trabajo esclavo.[93] Que esto no fuera un desastre para los propietarios azucareros cubanos se debió al rápido desarrollo de la tecnología azucarera que se produjo después de la emancipación: los propietarios de los ingenios modernizaron sus instalaciones, inyectaron capital a sus propiedades y se convirtieron en hacendados-empresarios.[94]

Brasil

Brasil fue la última potencia esclavista del mundo atlántico que emancipó a los esclavos. Sin embargo, había pocos indicios de que sucediese tal cosa en la época en la que los esclavos de Estados Unidos ganaron su libertad. En 1865, las plantaciones de café, algodón y azúcar seguían dominando la economía brasileña y un intenso tráfico interno de esclavos transfería a los trabajadores negros de las regiones en las que se apreciaba un cierto declive económico hacia otras zonas más productivas.[95] No obstante, a finales de la década de 1860, muchos brasileños se dieron cuenta de que la esclavitud

se estaba convirtiendo en una institución desacreditada y que era necesario actuar prontamente contra ella. La emancipación en Estados Unidos se había convertido en un ejemplo a seguir para las naciones que seguían manteniendo la esclavitud. Además, la destrucción de la propiedad y la pérdida de vidas sufridas en la guerra civil americana fueron una advertencia de que las divisiones internas sobre la esclavitud podían desencadenar graves desastres.[96]

Los movimientos hacia la liberación de los esclavos en Brasil se produjeron en dos fases. Las acciones de la élite encaminadas a la emancipación gradual empezaron en la década de 1870. Después de 1880 se produjeron movilizaciones más populares contra la esclavitud, así como las disensiones entre gradualistas e inmediatistas. Las preocupaciones de las élites sobre la esclavitud se iniciaron con las dudas sobre la institución del segundo y último emperador de Brasil, Dom Pedro II, quien consideraba que la proclamación de emancipación de Lincoln y la aprobación de la decimotercera enmienda a la constitución estadounidense señalaban los cambios necesarios para otras sociedades esclavistas en las Américas.[97] Dom Pedro II no se enfrentaba a ninguna agitación abolicionista grave en su país, pero aquellas medidas decisivas le provocaron una profunda sensación de aislamiento moral.[98] Pero aunque apoyaba la abolición de la esclavitud como un asunto merecedor del debate público, en 1866 Dom Pedro II decidió no actuar en consecuencia porque Brasil estaba en guerra con Paraguay.[99]

Al final, Dom Pedro II fue el responsable de garantizar las acciones políticas contra la esclavitud que se producían en Brasil. Con grandes dificultades reunió un gabinete dispuesto a considerar la cuestión de la esclavitud. Tras cinco meses de encarnizados debates en el senado y en la cámara de diputados, en septiembre de 1871 se aprobó una ley de emancipación gradual, a la que se conoció como la ley Rio Branco, por el estadista vizconde de Rio Branco cuyo gobierno conservador aprobó la ley. Esta ley de «vientres libres» otorgaba la libertad a todos los esclavos nacidos después de que la ley entrase en vigor. A los amos se les pidió que criasen a los niños hasta que tuvieran ocho años, aunque podían renunciar a su responsabilidad mediante una indemnización o bien empleando el trabajo de los niños hasta que cumplieran los veintiún años. Los que seguían siendo esclavos tenían la opción de comprar el valor de su trabajo como mano de

obra. Esta cautelosa medida fue recibida con poca oposición popular por parte de los abolicionistas, aunque los comerciantes y hacendados de Río de Janeiro y zonas adyacentes hicieron pública su disconformidad con ella. La ley fue aprobada sin el apoyo de las poderosas sociedades antiesclavistas. [100]

La década de 1880 presenció en Brasil una oposición antiesclavista más amplia y coordinada. En 1880 se crearon dos grupos: la Asociación en favor de la Emancipación y la Sociedad Antiesclavista Brasileña. Tres años después los líderes negros empezaron a destacar en el movimiento abolicionista brasileño, sobre todo el consumado orador José de Patrocinio. Los incidentes violentos perpetrados por los hacendados contra los esclavos fueron publicados en los periódicos, en los que empezaron a escribirse artículos más favorables contra la continuidad de la esclavitud. Las provincias brasileñas como Amazonas o Ceará, cuya dependencia de la mano de obra esclava era cada vez más limitada o menguante, eran sensibles a la influencia de los antiesclavistas y a sus ideas. En la gran provincia de Bahía los esclavos activistas se unieron a los abolicionistas. En el conjunto del país, los censos demostraron que la población esclava había disminuido casi una quinta parte entre 1874 y 1884.[101]

En 1885 las mujeres empezaron a hacer campaña contra la esclavitud en las calles de ciudades como Río y São Paulo, pese a que existían fuertes barreras culturales contra la participación de las mujeres en la vida pública. Muchísimos esclavos huían de las plantaciones. Los hacendados recurrieron a la violencia para intentar detener a los fugitivos, pero no pudieron impedir que la mayoría de ellos huyera hacia la libertad. Dom Pedro II y un nuevo ministerio con un líder liberal reaccionaron ante estas presiones, decretando en 1885 que todos los esclavos mayores de sesenta años debían ser liberados, aunque esta medida no disminuyó el ímpetu abolicionista. En 1886, los abolicionistas estaban suficientemente organizados como para visitar las plantaciones y animar a los esclavos a que abandonasen las fincas. Estas acciones se produjeron a gran escala, pues los negros recurrieron a la extensa red ferroviaria brasileña para que facilitase su huida.[102]

La fuga de los esclavos de las fincas, más la intensificación de la actividad abolicionista, convenció a muchos hacendados de que la esclavitud en Brasil pronto llegaría a su fin. En consecuencia, empezaron a importar

trabajadores libres de fuera del país para que paliasen la carencia de mano de obra. Algunos propietarios de fincas también iniciaron un proceso de manumisión voluntaria de sus esclavos. Las cosas se agravaron en 1888, cuando el senado y la cámara de diputados, con el apoyo de la regente Isabel, proclamaron sin más una ley que abolía la esclavitud en Brasil. Fue un acto de emancipación inmediata que se logró sin ninguna presión violenta. Los hacendados esperaban recibir una compensación equivalente a unos 20 millones de libras por la pérdida de 725.000 esclavos. Isabel no les concedió esta compensación, lo cual fue mucho peor para ella políticamente, pues este fue uno de los principales factores del golpe que la derrocó y que acabó con la monarquía brasileña en 1889, dando paso a la creación de la republica brasileña.[103]

En las últimas emancipaciones de esclavos en Cuba y Brasil, diversos y complejos factores internos económicos y políticos dividieron a las clases que tenían intereses en el sistema esclavista, pero la influencia del fin de la esclavitud en Estados Unidos desempeñó un papel fundamental que inspiró a los grupos abolicionistas cubanos y brasileños a presionar más a sus respectivos gobiernos para que avanzasen en la reforma, al tiempo que impulsó a los esclavos a participar en el camino hacia la libertad. Es probable que la esclavitud en Cuba y en Brasil hubiese durado mucho más tiempo si estos países no hubieran sufrido las presiones ejercidas por el mundo anglosajón.

EL LEGADO DE LA ESCLAVITUD

La esclavitud llegó a su fin en las Américas entre la revuelta de Saint-Domingue, a principios de la década de 1790, y el advenimiento de la libertad de los esclavos de Brasil en 1888. En todas las naciones en las que se produjo la emancipación transcurrió mucho tiempo antes de que las personas libres lograsen plenos derechos sociales y políticos. Ya fuese en Brasil, en Estados Unidos o en todo el Caribe, los antiguos esclavos tuvieron que librar una larga batalla para conseguir el derecho al voto, la igualdad legal, las oportunidades educativas y las perspectivas de un trabajo profesional. El racismo, y en muchos casos el colonialismo, proyectaron una larga sombra sobre el estatus de las personas de color. Pese a los persistentes esfuerzos de los abolicionistas, los efectos del racismo se dejaron sentir durante décadas después de que la esclavitud fuese abolida en las distintas jurisdicciones. El cese de la esclavitud requirió un gran reajuste por parte de las diversas élites blancas, y no cabe duda de que para los políticos blancos la adaptación a una nueva manera de relacionarse con los afroamericanos como personas libres, y no como esclavos, supuso un reto considerable. Por ello no es de sorprender que, en todas las sociedades en las que floreció la esclavitud, las élites blancas tuvieran que acostumbrarse gradualmente a la libertad de los esclavos.

El modelo para una transición gradual hacia la plena libertad de los antiguos esclavos lo fijó Inglaterra con su ley de emancipación de 1834, que marcó el inicio de un periodo de transición de la esclavitud a la libertad durante el cual los trabajadores negros se convirtieron en aprendices. El aprendizaje fue supervisado por magistrados especiales nombrados por el gobierno, que visitaban las plantaciones para intentar garantizar que ambas

partes actuasen correctamente, y se practicó en casi todas las islas caribeñas británicas, excepto en algunos territorios pequeños, como Antigua, donde en 1834 se decidió que la liberación se produjese inmediatamente.[1] Sin embargo, el periodo de aprendizaje provocó muchas disputas entre propietarios y esclavos. En 1838 el ministro de las Colonias, lord Glenelg, presionado por las campañas abolicionistas, anunció que el periodo de aprendizaje finalizaría antes de lo previsto. Así, el 1 de agosto de 1838, el aprendizaje terminó oficialmente en el Caribe británico.[2] Ahora los esclavos ya podían decidir dónde vivían y a qué trabajo se dedicaban. Sin embargo, su falta de estatus, de poder y de formación implicaba que las posibilidades de llevar una vida futura libre e independiente fuesen muy limitadas. Muchos libertos dejaron las plantaciones para asentarse en los terrenos disponibles y trabajar la tierra aunque, en algunas ocasiones, esto dio lugar a allanamientos. Los libertos asalariados compraban pequeñas parcelas al lado de las fincas, y podían ganarse la vida normalmente cultivando sus propias provisiones y vendiendo su producción.[3]

Cuando el aprendizaje se terminó, los hacendados mantuvieron sus producciones azucareras importando sirvientes asiáticos contratados (principalmente indios), para que trabajasen en sus plantaciones. Pero estos trabajadores y otros antiguos esclavos no lograron que la producción siguiera siendo competitiva a nivel internacional: la proporción de la producción mundial de azúcar correspondiente al Caribe británico cayó desde el 40 % en la época de la emancipación de los esclavos, en 1834, hasta el 2 % en 1900. Pese al declive de la industria azucarera del Caribe británico, a principios del siglo XX aún no había surgido ninguna alternativa al sistema de las plantaciones. Por otra parte, en esa misma época, la población negra de los territorios de las Indias Occidentales británicas empezó a experimentar un fuerte sentimiento de identidad criolla, aunque este no se vio acompañado por ningún avance político importante. Durante mucho tiempo los negros del Caribe permanecieron bajo la sombra del colonialismo. Los avances hacia los derechos políticos y el progreso social para estas personas se produjeron principalmente después de la segunda guerra mundial, y aun así a cuentagotas. Estos problemas solo pudieron

abordarse después de que los territorios caribeños británicos lograsen su independencia en la década de 1960.[4]

La historia de Haití tras convertirse en una república independiente en 1804 fue distinta. El fin de la esclavitud en la isla se caracterizó por la violencia y la fractura social. Jean-Jacques Dessalines, el primer gobernador de la Haití independiente, mantuvo un considerable ejército y gobernó gracias a la fuerza militar; las divisiones sociales producidas durante la revuelta de 1790 continuaron; los haitianos blancos fueron masacrados en 1804; e hicieron falta varios años para reconstruir la destrozada economía agrícola. Dessalines intentó que los antiguos esclavos descontentos siguieran trabajando en las plantaciones, pero estos se negaron rotundamente a ello. Dessalines fue asesinado por unos cuantos de sus propios oficiales en 1806, aunque la militarización de la sociedad haitiana, acompañada por los esfuerzos de los negros libres para forjarse una nueva vida en unas circunstancias económicas difíciles, continuó hasta la década de 1820.[5] Los negros haitianos se resistieron enérgicamente a trabajar en las plantaciones y también a las leyes que promulgaron los dirigentes del país para limitar su autonomía y sus movimientos. No obstante, tras años de lucha, los líderes haitianos permitieron que las tierras del estado se dividieran y se vendieran a los ciudadanos, lo cual llevó al desmantelamiento de las plantaciones.[6] Las granjas pequeñas y las ocupaciones ilegales de tierras proliferaron en Haití durante la década de 1840, y se convirtieron en una forma de vida consolidada para la mayoría de haitianos que habitaban en las zonas rurales en la década de 1870.[7]

Los esclavos de Estados Unidos lograron su libertad a partir de 1863 (véase capítulo 6). En los años inmediatamente posteriores a la guerra civil se produjeron avances positivos para las personas negras libres, que se combinaron con el racismo y los prejuicios contra los antiguos esclavos durante la Reconstrucción (1865-1877) y después de ella. Poco después del final de la guerra civil se aprobaron importantes derechos civiles. La decimocuarta enmienda (1868), aprobada tras duras deliberaciones y con la oposición de muchos políticos del sur del país, concedió los derechos de ciudadanía y de protección legal igualitaria a todas las personas que estaban bajo su jurisdicción. La decimoquinta enmienda (1870) prohibió que tanto

el gobierno federal como los de los estados negasen el derecho al voto a todos los ciudadanos adultos.[8] Con estas protecciones, los libertos negros participaron entusiásticamente en política en estados como Carolina del Sur y Misisipi, en los que la oligarquía hacendada tenía poderosos y arraigados intereses.[9] En diversas poblaciones sureñas, los negros se dedicaron inmediatamente a celebrar mítines masivos para pedir el sufragio y la igualdad de derechos. En las décadas de 1860 y 1870, los filántropos de las ciudades norteñas estadounidenses dedicaron muchos esfuerzos para formar y avanzar en la causa de los antiguos esclavos mediante numerosas sociedades de ayuda y auxilio a los libertos.[10] Una de estas asociaciones, que se constituyó como organización federal en 1865, ayudaba a los antiguos esclavos defendiéndolos en causas familiares ante los tribunales locales y nacionales. No obstante, en 1869 se recortaron gran parte de las subvenciones para este organismo, y el congreso las suprimió totalmente en 1872.[11]

Durante la Reconstrucción las tropas de la Unión permanecieron en el sur del país, y junto a las diversas asociaciones y a los esfuerzos realizados por los abolicionistas norteños, trabajaron duramente para mejorar la suerte de los libertos, aunque no les resultó fácil porque tuvieron que afrontar la pobreza y el analfabetismo de los negros y el resentimiento de muchos sureños por la pérdida de sus esclavos. Sin embargo, a mediados de la década de 1870 los esfuerzos norteños para ayudar a los negros empezaron a decaer. En 1877, el presidente Rutherford B. Hayes puso fin a la Reconstrucción mediante un decreto ejecutivo para retirar las tropas del sur. En aquellos momentos, los negros de todo el sur seguían luchando para conseguir su independencia económica más allá de las plantaciones. Los hacendados sureños desarrollaron un sistema de aparcería para que los negros libres siguieran trabajando para sus antiguos patrones. Este sistema de arrendamiento de las explotaciones agrícolas no contemplaba ningún tipo de pago de salarios. Para los negros, el acuerdo consistía en firmar un contrato anual que les proporcionaba un adelanto sobre la parte de la cosecha que les correspondía. No obstante, sus participaciones en las cosechas, a menudo deficitarias, provocaron un aumento de las deudas, a consecuencia de las cuales muchos hacendados se negaban a que los

aparceros se marchasen, manteniendo así una forma de peonaje en sus plantaciones. Como sucedió en el Caribe, en Estados Unidos los negros no consiguieron sus plenos derechos políticos y civiles hasta las décadas de 1950 y 1960, gracias al auge de las protestas en pro de los derechos civiles y a los cambios en la constitución estadounidense favorables a las personas de color.[12]

Tras el fin de la esclavitud en Cuba y Brasil, los negros libertos tuvieron que enfrentarse a muchos prejuicios y discriminaciones por parte de las élites blancas. Algunos antiguos esclavos de las zonas productoras de azúcar en Cuba se trasladaron a zonas boscosas, donde cultivaban las tierras que habían ocupado de manera ilegal. Los antiguos esclavos de las plantaciones brasileñas a veces se quedaron en las fincas en calidad de arrendatarios, cultivando su propia producción para su consumo privado o para la venta. Pero la caída de los beneficios de la producción cafetera en el sureste brasileño a principios del siglo XX forzó a los hacendados a despedir a gente, lo que hizo que muchos negros libres tuvieran que renunciar a sus arrendamientos. En 1900 muchos antiguos esclavos en Cuba y en Brasil habían emigrado a las grandes ciudades, en las que pasaron a formar parte de un numeroso proletariado negro y a vivir en barrios marginales. Era muy difícil conseguir un trabajo, porque muchos empresarios latinoamericanos fomentaban la inmigración europea a gran escala (con muchas personas procedentes de Italia, España y Portugal), para que sustituyera a la mano de obra negra libre. Esto cambió drásticamente la composición de la población obrera en las ciudades latinoamericanas entre 1880 y 1930. El Buenos Aires de 1914, por ejemplo, tenía 780.000 inmigrantes y poco más de 10.000 afroargentinos. En Río de Janeiro, São Paulo y Buenos Aires, los trabajadores negros vieron que, salvo excepciones, solo podían trabajar como jornaleros o criados, mientras que los afrocubanos solían verse abocados a emplearse en trabajos poco cualificados y mal pagados.[13]

En los últimos años, el legado de la esclavitud en el mundo Atlántico se ha mantenido vivo gracias a las campañas en pro de las compensaciones por la esclavitud y a los esfuerzos para conmemorar la experiencia de los esclavos. Las compensaciones son, inevitablemente, un asunto muy controvertido, porque implica que diversas potencias occidentales

reconozcan su participación histórica en la esclavitud y se planteen cómo afrontar los argumentos morales y legales según los cuales deben compensar económicamente a los países en los que florecieron la esclavitud y la trata de esclavos. En uno de los extremos del espectro están los argumentos según los cuales las naciones que practicaron la trata de esclavos deberían liquidar su deuda a los descendientes de los antiguos esclavos escribiendo un cheque en blanco ético; y en el otro los llamamientos para hacer borrón y cuenta nueva, aceptar el hecho de que en el pasado se produjeron muchos errores terribles, y concentrarse en la ayuda financiera a las naciones modernas cuya población negra sufre una pobreza extrema. También abundan los argumentos sobre si se puede responsabilizar a las actuales generaciones a nivel estatal por las acciones cometidas por sus ancestros durante un siglo y medio, y si hay que tener en cuenta la contribución de África a la explotación de los nativos africanos. Parece ser que el movimiento en favor de la reparación está cobrando ímpetu, pero ninguno de los grandes países implicados en la esclavitud y en la trata de esclavos ha accedido a pagar compensaciones ni decidido a quién y cuánto se debería pagar, y en qué medida.[14]

La conmemoración de la esclavitud ha aumentado a buen ritmo en los últimos años, con la apertura de galerías y museos sobre la esclavitud, como el Merseyside Maritime Museum y el Dockland Musem de Londres; con numerosas exposiciones dedicadas a la trata de esclavos trasatlántica; con los monumentos y placas dedicadas a hombres y mujeres notables que una vez fueron esclavos o que desempeñaron un papel importante en el abolicionismo. Las ciudades que se implicaron mucho en la trata de esclavos, como Bristol y Liverpool, han creado itinerarios relacionados con este comercio para los visitantes. La conmemoración es algo que hay que gestionar con cuidado, para ilustrar la entidad de los esclavizados y, al propio tiempo, conservar los símbolos del sistema opresivo en el que vivían. Erigir monumentos a antiguos esclavos también implica una gestión sensible del uso del espacio público, de manera que las comunidades multiculturales sientan que el reconocimiento a aquellos que alguna vez fueron indefensos, oprimidos y estigmatizados racialmente han mejorado su posición en la sociedad en los más de cien años transcurridos desde que se

abolió la esclavitud en el mundo atlántico. En la actualidad, Inglaterra tiene más galerías dedicadas a la esclavitud y a la trata de esclavos que monumentos públicos que los conmemoren, pero sin duda esto cambiará en el futuro.[15]

Aunque el recuerdo de la esclavitud trasatlántica se ha transmitido de una generación a otra mediante la interpretación y el estudio de los documentos, objetos y otros materiales, hoy en día siguen practicándose otras formas de esclavitud. Suelen darse en escenarios (como algunas zonas de Asia o de la Europa Oriental) que no han tenido ninguna relación histórica con la esclavitud trasatlántica. Suelen pasar más desapercibidas para muchas personas (como en el caso de la trata de mujeres y niños vulnerables), de lo que pasaron los esclavos que trabajaban en las plantaciones y en las ciudades y puertos de las Américas. Pero aunque estas formas de esclavitud moderna difieren en muchos aspectos importantes de los tipos de esclavitud abordadas en este libro, nos recuerdan que la explotación de las personas en una situación de falta absoluta de libertad sigue siendo un gran problema que aqueja a muchas sociedades en todo el mundo; un problema agravado porque la movilidad internacional es mucho más fácil de lo que lo fue hace un siglo, y que, para llegar a su fin,[16] requiere una movilización, una vigilancia y una acción continua por parte de los activistas contrarios a la esclavitud.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Ningún libro reciente ofrece una panorámica general de todo el alcance y la magnitud de la esclavitud trasatlántica y de las naciones relacionadas con la misma, pero podemos hacernos una idea del estado de los estudios sobre algunos temas y participantes concretos en David Eltis y Stanley L. Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery. Volume 2. AD 1420-AD 1804*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011. Algunos debates clave y la bibliografía más importante sobre la esclavitud trasatlántica (y de otras formas de la misma) se analizan en Gad Heuman y Trevor Burnard (eds.), *The Routledge History of Slavery*, Abingdon, Routledge, 2011. El impacto de la esclavitud en los imperios europeos se aborda en los ensayos publicados en Barbara L. Solow (ed.), *Slavery and the Atlantic System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

Algunas enciclopedias y manuales ofrecen buenas introducciones a la esclavitud en el Nuevo Mundo. Entre ellos se encuentran Paul Finkelman y Joseph C. Miller, *Macmillan Encyclopedia of World Slavery*, 2 vols., Nueva York, MacMillan, 1998; Seymour Drescher y Stanley L. Engerman, *A Historical Guide to World Slavery*, Oxford, Oxford University Press, 1998; y Robert L. Paquette y Mark M. Smith (eds.), *The Oxford Handbook of Slavery in the Americas*, Nueva York, Oxford University Press, 2010. Una accesible introducción a las fuentes documentales sobre la esclavitud y el tráfico de esclavos es la de Stanley L. Engerman, Seymour Drescher y Robert L. Paquette, *Slavery*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.

Otros libros importantes de carácter general sobre la esclavitud son Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994, publicado por primera vez en 1944; Robin Blackburn, *The Making of New World Slavery: From the Baroque to the Modern 1492-1800*, Londres, Verso, 1997; y David Brion Davis, *Inhuman Bondage: The Rise and Fall of Slavery in the New World*, Nueva York, Oxford University Press, 2006. La implicación de cada una de las naciones en la esclavitud y en el movimiento antiesclavista puede estudiarse en los siguientes libros: Kenneth Morgan, *Slavery and the British Empire: From Africa to America*, Oxford, Oxford University Press, 2007; Peter Kolchin, *American Slavery, 1619-1877*, ed. rev., Nueva York, Hill and Wang, 2003; Stuart B. Schwartz, *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia, 1550-1835*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; y Josep M. Fradera y Christopher Schmidt-Nowara (eds.), *Slavery and Antislavery in Spain's Atlantic Empire*, Nueva York, Berghahn Books, 2013.

Las estimaciones estadísticas más globales del flujo de africanos negros mediante la trata de esclavos a las Américas están disponibles en una página web generada por un equipo de historiadores, a la cual se puede acceder en la siguiente url: www.slavevoyages.org. Esta es una edición revisada y aumentada de una base de datos que estuvo disponible por primera vez en CD-ROM en 1999. Esta página web, en la que se encuentran todas las naciones que participaron en la trata de esclavos, dotada de figuras, gráficos, mapas y de un directorio de nombres africanos, puede ser utilizada para proyectar cualquier tipo de cálculos relacionados con la esclavitud trasatlántica. Las estimaciones contenidas en esta base de datos son la base de los mapas que aparecen en David Eltis y David Richardson, *An Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, New Haven, Yale University Press, 2010. Sigue siendo útil por sus aportaciones, pese a que las cifras que aparecen en él están un poco superadas, el texto de Philip E. Curtin, *The Atlantic Slave Trade: A Census*, Madison, University of Wisconsin Press, 1969. Las imágenes históricas de la esclavitud y del tráfico de esclavos están disponibles en línea en *The Atlantic Slave Trade and Slave Life in the*

Americas: A Visual Record, http://hitchcock.itc.virginia.edu/Slavery/index.php.

La nueva edición del libro de Herbert S. Klein, *The Atlantic Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, proporciona una buena panorámica de la esclavitud trasatlántica. Un estudio más pormenorizado es el de James A. Rawley y Stephen D. Behrendt, *The Transatlantic Slave Trade: A History*, ed. Rev., Lincoln, NE, University of Nebraska Press, 2005. Entre muchos y buenos libros especializados sobre el tráfico de esclavos encontramos la reimpresión de la obra de Roger Anstey, *The Atlantic Slave Trade and British Abolition, 1760-1810*, Farnborough, Gregg Revivals, 1993; Johannes Menna Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Robert Louis Stein, *The French Slave Trade in the Eighteenth Century: An Old Regime Business*, Madison, University of Wisconsin Press, 1979; y Joseph C. Miller, *Way of Death: Merchant Capitalism and the Angolan Slave Trade 1730-1830*, Madison, University of Wisconsin Press, 1988. Sobre la importancia de la trata de esclavos en uno de los principales puertos esclavistas, véase los ensayos reunidos en David Richardson, Suzanne Schwartz y Anthony Tibbles (eds.), *Liverpool and Transatlantic Slavery*, Liverpool, Liverpool University Press, 2007. El contexto de la trata de esclavos fuera de África se expone, con muchos ejemplos regionales, en Paul E. Lovejoy, *Transformations in Slavery: A History of Slavery in Africa*, 2.a ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2000. Las conexiones entre la esclavitud y la acumulación de capitales se estudian en el reciente texto de Joseph C. Miller, *The Problem of Slavery as History: A Global Approach*, New Haven, Yale University Press, 2012.

La centralidad de las plantaciones en la historia de la esclavitud en las Américas está claramente expuesta en Philip D. Curtin, *The Rise and Fall of the Plantation Complex: Essays in Atlantic History*, 2.a ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1998. El mundo de los hacendados en los primeros tiempos del Caribe inglés queda reflejado en el texto de Richard S. Dunn, *Sugar and Slaves: The rise of the Planter Class in the English West*

Indies, 1624-1713, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1972. Otros estudios que incluyen una explicación detallada de los hacendados son: Stuart B. Schwartz, *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia, 1550-1835*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; y Richard Follet, *The Sugarmasters: Planters and Slaves in Louisiana's Cane World, 1820-1860*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2006.

Los aspectos demográficos y culturales de la esclavitud son la base de los siguientes estudios: Michael Craton, *Searching for the Invisible Man: Slaves and Plantation Life in Jamaica*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1978; B. W. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean, 1807-1834*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1984; Bernard Moitt, *Women and Slavery in the French Antilles*, Bloomington, Indiana University Press, 2001; y Vincent Brown, *The Reaper's Garden: Death and Power in the World of Atlantic Slavery*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2010. El trabajo de los esclavos se estudia en Lorena S. Walsh, *Motives of Honor, Pleasure and Profit: Plantation Management in the Chesapeake, 1607-1763*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2010; Philip D. Morgan, *Slave Counterpoint: Black Culture in the Eighteenth-Century Chesapeake and Lowcountry*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998; y Justin Roberts, *Slavery and the Enlightment in the British Atlantic, 1750-1807*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013. El tratamiento más polémico del trabajo esclavo y la productividad en Estados Unidos es el de Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, Boston, Little, Brown and Company, 1974.

La resistencia de los esclavos implicaba estrategias cotidianas que obstaculizaban los planes de producción de las plantaciones, así como tácticas de huida y planificación de revueltas. Algunos ejemplos de la resistencia de los esclavos se muestran en Ira Berlin, *Generations of Captivity: A History of African American Slaves*, Cambridge, MA, Belknap Press, 2003, mientras que la dimensión femenina se explora en Stephanie

Camp, *Closer to Freedom: Enslaved Women and Everyday Resistance in the Plantation South*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004. En Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*, Nueva York, Vintage, 1976, encontramos sofisticadas explicaciones de la resistencia de los esclavos. Las fugas de los esclavos se describen en John Hope Franklin y Loren Schweninger, *Runaway Slaves; Rebels on the Plantation*, Nueva York, Oxford University Press, 1999; Gerald W. Mullin, *Flight and Rebellion: Slave Resistance in Eighteenth-Century Virginia*, Nueva York, Oxford University Press, 1972; y Alvin O. Thompson, *Flight to Freedom: African Runways and Maroons in the Americas*, Mona, Jamaica, University of the West Indies Press, 2006.

Un buen estudio general sobre las rebeliones de los esclavos es el de Eugene D. Genovese, *From Rebellion to Revolution: Afro-American Slave Revolts in the Making of the New World*, 1979; reimpresión, Nueva York, Vintage Books, 1981. Los levantamientos concretos de los esclavos se analizan en Emilia Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood: The Demerara Slave Rebellion of 1823*, Nueva York, Oxford University Press, 1994; Laurent Dubois, *Avengers of the New World: The History of Haitian Revolution*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004; y Matt D. Childs, *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle Against Atlantic Slavery*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2006. Un vivo intercambio de opiniones sobre hasta qué punto los esclavos fueron responsables de las iniciativas abolicionistas puede encontrarse en Seymour Drescher y Pieter C. Emmer (eds.), *Who Abolished Slavery? Slave Revolts and Abolitionism. A Debate with João Pedro Marques*, Oxford, Berghahn Books, 2010. Una revuelta extrañamente victoriosa es el objeto de estudio de Marcus Rediker, *The Amistad Rebellion: An Atlantic Odyssey of Slavery and Freedom*, Londres, Penguin, 2012.

Una trilogía de David Brion Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1966, nos proporciona una amplia panorámica de las actitudes hacia la esclavitud; *The Problem of Slavery in the Age of Revolution*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1975; y *The Problem of Slavery in the Age of Emancipation*, Nueva York,

Alfred A. Knopf, 2014. La idea según la cual la comprensión de la libertad depende de tener conciencia de la esclavitud se aborda en Orlando Patterson, *Freedom in the Making of Western Culture*, Nueva York, Basic Books, 1991. Un amplio material sobre las actitudes hacia los esclavos se analiza en Winthrop D. Jordan, *White over Black: American Attitudes towards the Negro, 1550-1812*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1968. El lugar de las actitudes abolicionistas en el auge y la caída de la esclavitud es un tema central en Seymour Drescher, *Abolition: A History of Slavery and Antislavery*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

Cristopher L. Brown, en *Moral Capital: Foundations of British Abolitionism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2006, nos ofrece un documentado estudio sobre los orígenes del activismo contra la trata de esclavos en Inglaterra. El crecimiento de las redes antiesclavistas entre diferentes países ha sido investigada recientemente por J. R. Oldfield, *Transatlantic Abolitionism in the Age of Revolution: An International History of Anti-Slavery, c. 1787-1820*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013. La actitud de los hacendados hacia sus esclavos se describe en James Oakes, *The Ruling Race: A History of American Slaveholders*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1982. La postura ideológica de los hacendados y sus partidarios es el tema que aborda Larry E. Tise, en *Proslavery: A History of the Defense of Slavery in America, 1701-1840*, Athens, GA, University of Georgia Press, 1987.

Podemos encontrar una interpretación panorámica del curso del abolicionismo en el mundo atlántico en Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Londres, Verso, 1988. En los ensayos publicados en David Eltis y James Walvin (eds.), *The Abolition of the Atlantic Slave Trade: Origins and Effects in Europe, Africa and the Americas*, Madison, University of Wisconsin Press, 1981. El accidentado progreso del abolicionismo francés queda expuesto en Lawrence C. Jennings, *French Anti-Slavery: The Movement for the Abolition of Slavery in France, 1802-1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000. El papel de la economía en la abolición de la trata de esclavos británica se

examina en Seymour Drescher, *Econocide: British Slavery in the Age of Abolition*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 1977; y David Ryden, *West Indian Slavery and British Abolition, 1783-1807*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

El papel de la diplomacia internacional respecto de la abolición de la trata de esclavos es el tema central de Leslie Bethell, *Abolition of the Brazilian Slave Trade: Britain, Brazil, and the Slave Trade Question, 1807-1869*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970. Una obra comparable sobre el Caribe español es la de David Murray, *Odious Commerce: Britain, Spain, and Abolition of the Cuban Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980. Otras obras sobre los aspectos diplomáticos del abolicionismo son: *Slavery, Diplomacy and Empire: Britain and Suppression of the Slave Trade, 1807-1975*, Brighton, Sussex Academic Press, 2009. El prolongado y gradual desmantelamiento de la esclavitud y de la trata de esclavos en Estados Unidos es el tema que aborda Don F. Fehrenbacher, completado y editado por Ward M. McAfee, *The Slaveholding Republic: An Account of the United States Government's Relations to Slavery*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.

Las difíciles transiciones de la esclavitud a la libertad en distintas zonas del mundo atlántico se exponen en Rebecca Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1985; Rebecca J. Scott, George Reid Andrews, Hebe Castro, Seymour Drescher y Robert Levine, *The Abolition of Slavery and the Aftermath of Emancipation in Brazil*, Durham, NC, Duke University Press, 1988; Eric Foner, *Nothing but Freedom: Emancipation and its Legacy*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1982; y William A. Green, *British Slave Emancipation: The Sugar Colonies and the Great Experiment, 1830-1865*, Oxford, Clarendon Press, 1976. La continuidad de la esclavitud después de las diversas aboliciones que se produjeron en toda Europa y las Américas es el objeto de estudio de Suzanne Miers, *Slavery in the Twentieth Century*, Walnut Creek, CA, Altamira Press, 2003.

La conmemoración de la esclavitud es un tema que abordan diversas obras, como la de Gert Oostindie (ed.), *Facing up to the Past: Perspectives on the Commemoration of Slavery from Africa, the Americas and Europe*, Kingston, Ian Randle, 2001; y J. R. Oldfield, *«Chords of Freedom»: Commemoration, Ritual and the British Transatlantic Slavery*, Manchester, Manchester University Press, 2007. La obra de Marcus Wood, *Blind Memory: Visual Representations of Slavery in England and America, 1780-1865*, Manchester, Manchester University Press, 2000. Las exposiciones sobre la esclavitud son el tema estudiado por Douglas J. Hamilton y Robert J. Blyth (eds.), *Representing Slavery: Art, Artefacts and Archives*, Londres, Lund Humphries, 2007. Por su parte, Hilary McD. Beckles, en *Britain's Black Debt: Reparations for Caribbean Slavery and Native Genocide*, Kingston, University of West Indies Press, 2013, expone las compensaciones a las sociedades que sufrieron la esclavitud.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

[1]. David Eltis y Stanley L. Engerman, «Dependence, Servility and Coerced labor in Time and Space», en David Eltis y Stanley L. Engerman (eds.), *The Cambridge Word History of Slavery. Volumen 3. AD 1420-AD 1804*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, págs. 1-21.

[2]. Para una buena introducción a estos amplios temas, véase David Brion Davis, *Inhuman Bondage: The Rise and Fall of Slavery in the New World*, Nueva York, Oxford University Press, 2006.

[3]. Kevin Bales, *Disposable People: New Slavery in the Global Economy*, ed. Revisada, Berkeley y Los Ángeles, CA: University of California Press, 2004.

[4]. http://www.antislavery.org, a la que se accedió el 18 de marzo de 2015.

1. Los flujos de la trata de esclavos

[1]. Los principales compiladores de esta base de datos en línea (www.slavevoyages.org), publicada originalmente en 2008, fueron David Eltis, David Richardson, Stephen D. Behrendt y Manolo García Florentino. Esta compilación aumenta la primera versión publicada, disponible en *The Transatlantic Slave Trade: A Database on CD-ROM*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, en la que se documentaban 27.233 viajes, y cuyos investigadores principales fueron Eltis, Richardson, Behrendt y Herbert S. Klein. La base de datos que hemos consultado supera anteriores estimaciones del volumen del tráfico de esclavos, la más importante de las cuales era Philip D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade: A Census*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1969, un libro que, no obstante, sigue ofreciendo una clara panorámica de la distribución de los esclavos en el tiempo y el espacio. Para mapas basados en la base de datos estudiada, véase David Eltis y David Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010.

[2]. David Richardson, «Involuntary Migration in the Early Modern World, 1500-1800», en David Eltis y Stanley L. Engerman (eds.), *The Cambridge World of Slavery, Volume 3. AD 1420-AD 1804*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pág. 572.

[3]. David Eltis y David Richardson, «A New Assessment of the Transatlantic Trade Slave», en Eltis y Richardson (eds.), *Extending the Frontiers: Essays on the New Transatlantic Slave Trade Database*, New Haven, CT, Yale University Press, 2008, págs. 8-9. Para los viajes negreros que aún están pendientes de identificar, véase Joseph E. Inikori, «The Known, the Unknown, the Knowable, and the Unknowable: Evidence and Evaluation of Evidence in the Measurement of the Trans-Atlantic Slave Trade», en Toyin Falola (ed.); *Ghana in Africa and the World: Essays in Honour of Adu Boahen*, Trenton, NJ, Africa World Press, 2003, págs. 535-565. Un estudio reciente ha identificado otros 69.056 esclavos embarcados en viajes negreros ilegales emprendidos por los holandeses que pueden añadirse a la base de datos: véase Karwan Fatah-Black y Matthias van Rossum, «Beyond Profitability: The Dutch Transatlantic Slave Trade and its Economic Impact», *Slavery and Abolition*, 36/1, 2015, pág. 72.

[4]. Bernard Baylin, «Considering the Slave Trade: History and Memory», *William and Mary Quarterly*, 3ª sere, LVCIII/1, 2001, págs. 246-247.

[5]. Joseph C. Miller, «A Theme in Variations: A Historical Schema of Slaving in the Atlantic and Indian Ocean Regions», *Slavery and Abolition*, 24/2, 2003, págs. 169-194.

[6]. James Walvin, *Fruits of Empire: Exotic Produce and British Taste, 1600-1800*, Nueva York, Macmillan, 1997; Carole Shammas, «The Revolutionary Impact of European Demand for Tropical Goods», en John J. McCusker y Kenneth Morgan (eds.), *The Early Modern Atlantic Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 163-185.

[7]. Buenas introducciones a la contribución de estas naciones al tráfico transatlántico de esclavos son Herbert S. Klein, *The Atlantic Slave Trade*, 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2010, y James A. Rawley con Stephen B. Behrendt, *The Transatlantic Slave Trade: A History*, ed. Revisada, Lincoln, NE, University of Nebraska Press, 2005.

[8]. Joseph C. Miller, *Way of Death: Merchant Capitalism and the Angolan Slave Trade 1730-1830*, Madison, WI, University of Wisconsin Press; Roquinaldo Ferreira, *Cross-Cultural Exchange in the Atlantic World: Angola and Brazil during the Era of the Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014; Daniel Domingues, «The Atlantic Slave Trade to Maranhão, 1680-1846: Volume, Routes and Organisation», *Slavery and Abolition*, 29/4, 2008, págs. 577-501; y Mariana Candido, *An African Slaving Port and the Atlantic World: Benguela and its Hinterland*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

[9]. Pieter Emmer, «Slavery and the Slave Trade of the Minor Atlantic Powers», en Eltis y Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery*, III, págs. 469-472; Per O. Hernaes, *Slaves, Danes and the African Coast Society*, Trondheim: Departamento de Historia, Universidad de Trondeim, 1998; y Andrea Weindl, «The Slave Trade of Northern Germany from the Seventeenth to the Nineteenth Centuries», en Eltis y Richardson (eds.), *Extending Frontiers*, págs. 250-271.

[10]. Pieter Emmer, «Slavery and the Slave Trade of the Minor Atlantic Powers», págs. 451-452; Stuart B. Schwartz, «A Commonwealth Within Itself: The Early Brazilian Sugar Industry, 1550-1670», en Stuart B. Schwartz (ed.), *Tropical Babylons Sugar and the Making of the Atlantic World*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2004, págs. 156-166.

[11].Investigaciones recientes han aumentado el número de esclavos apresados por la corona española en unos 500.000 cautivos, aunque estos datos aún no son de dominio público en línea, con los periodos de cuarto de siglo que aparecen en esta tabla. Véase Alex Borucki, David Eltis y David Wheat, «Atlantic History and the Slave Trade to Spanish America», *American Historical Review*, 120/2, 2015, pág. 440.

[12].Para el análisis de la magnitud, dirección y características de la primera época del tráfico de esclavos emprendida por las potencias ibéricas, véase António de Almeida Mendes, «The Foundations of the System: A Reassessment of the Slave Trade to the Spanish Americas in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», in Eltis and Richardson (eds.), *Extending the Frontiers*, págs. 63-94.

[13]. Miller, *Way of Death*; Manolo García Florentino, *Em costas negras: una história do trafico de escravos entre a Africa e o Rio de Janeiro (Seculos* xviii *e XIX)*, São Paulo, Arquivo Nacional, 1977; Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 39.

[14]. Las licencias emitidas cuando España empezó a controlar su tráfico de esclavos se estudian en Georges Scelle, *La traite négrière aux Indes de Castile: Contrats et traités d'assiento*, 2 vols., París, L. Larose y L. Tenin, 1906, y Pierre y Hugette Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1660)*, 8 vols. (París, Éditions de l'École, 1995-1960.) Los esclavos transportados por barcos con bandera española se estudian en Borucki, Eltis y Wheat, «Atlantic History and the Slave Trade to Spanish America», págs. 440-441.

[15]. Estas proporciones se basan en Shammas, «The Revolutionary Impact of European Demand for Tropical Goods», págs. 184-185.

[16]. Las principales tendencias cuantitativas de la trata de esclavos británica están resumidas en David Richardson, «The British Empire and the Atlantic Slave Trade, 1660-1807», en P.J. Marshall (ed.), *The Oxford History of the British Empire. Volume 2. The Eighteenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1998, págs. 440-464.

[17]. K. G. Davies, *The Royal African Company*, Londres, Longmans, 1957.

[18]. David Richardson, «Slavery and Bristol's "Golden Age"», *Slavery and Abolition*, 26/1, 2005, pág. 35-54. Las regiones en las que se desarrolló el tráfico de los viajes esclavistas organizados en Bristol están reflejadas en mapas en Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 51.

[19]. Kenneth Morgan, «Liverpool's Dominance in the British Atlantic Slave Trade, 1740-1807», y Stephen D. Behrendt, «Human Capital in the British Slave Trade», en David Richardson, Suzanne Schwarz y Anthony Tibbles (eds.), *Liverpool and Transatlantic Slavery*, Liverpool, Liverpool University Press, 2007, págs. 14-42, 66-97. Las regiones a las que se dirigían los barcos equipados en Liverpool se reflejan en los mapas de Eltis y Richardson, *Atlas of the Atlantic Slave Trade*, pág. 52.

[20].Jay Coughty, *The Notorious Triangle: Rhode Island and the African Slave Trade, 1700-1807*, Filadelfia, Temple University Press, 1981; David Richardson, «Slavery, Trade and Economic Growht in Eighteenth-Century New England», en Barbara L. Solow (ed.), *Slavery and the Atlantic System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, págs. 237-264. Las regiones del tráfico de viajes negreros despachados desde Rhode Island se reflejan en los mapas de Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 71.

[21].El panorama general más reciente sobre este tráfico es David Eltis, «The U.S. Transatlantic Slave Trade, 1644-1867: An Assessment», *Civil War History*, 54/4, 2008, págs. 347-378, en la que se revisa la doble contabilidad de los datos sobre la importación estadounidense de esclavos totalmente fundamentada en James A. McMillin, *The Final Victims: Foreign Slave Trade to North America*, 1783-1810, Columbia, SC, University of South Carolina Press, 2005.

[22]. Los flujos del tráfico de esclavos francés se detallan en Robert Louis Stein, *The French Slave Trade in the Eighteenth Century: An Old Regime Business*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1979, y en David Geggus, «The French Slave Trade: An Overview», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LVIII/1, 2001, págs. 119-138. Véase también David Todd, *Free Trade and its Enemies en France, 1814-1851*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pág. 41.

[23]. Geggus, «The French Slave Trade», pág. 122.

[24].Stein, *The French Slave Trade*, pág. 133.

[25]. Eltis y Richardson, *An Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 75.

[26]. Los mejores estudios del tráfico de esclavos holandés son obra de Johannes Menna Postma: véase *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, 1600-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, y «A Reassessment of the Dutch Atlantic Slave Trade», en Johannes Postma y Victor Enthoven (eds.), *Riches from Atlantic Commerce: Dutch Transatlantic Trade and Shipping, 1585-1817*, Leiden, Brill, 2003, págs. 115-138. Véase también Rik van Welie, «Patterns of Slave Trading and Slavery in the Dutch Colonial World, 1596-1863», en Gert Oostindie (ed.), *Dutch Colonialism, Migration and Cultural Heritage*, Leiden, Brill, 2008, págs. 155-260.

[27]. Emmer, «Slavery and Slave Trade of the Minor Atlantic Powers», págs. 470-471.

[28]. Eltis y Richardson, «A New Assessment of the Transatlantic Slave Trade», págs. 31, 34.

[29]. Para los flujos del tráfico de esclavos danés, véase Erik Gobel, «Danish Trade to West Indies and Guinea, 1671-1754», *Scandinavian Economic History Review*, 31/1, 1983, págs. 21-49, y Dan H. Anderson, «Denmark-Norway, Africa, and the Caribbean, 1660-1917: Modernization financed by Slaves and Sugar?», en P. C. Emmer, O. Pétré-Grenouilleau y J. V. Roitman (eds.), *A «Deus et Machina» Revisited. Atlantic Colonial Trade and European Economic Development*, Leiden, Brill, 2006, pág. 298.

[30]. Estas designaciones presentan algunos problemas. Históricamente, los europeos se referían a una región denominada «Alta Guinea» que en la tabla se representa en tres categorías separadas: Senegambia, Sierra Leona y la Costa de los Esclavos. Véase Paul E. Lovejoy, «The Upper Guinea Coast and the Transatlantic Slave Trade Database», *African Economic History*, 38/1, 2009, págs. 1-27, y «Extending the Frontiers of Transatlantic Slavery, Partially», *Journal of Interdisciplinary History*, XL/1, 2009, págs. 57-70.

[31]. Virginia Bever Platt, «The East India Company and the Madagascar Slave Trade», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, XXXVI/4, 1969, págs, 548/577.

[32]. Philip D. Morgan, «Ending the Slave Trade: A Caribbean and Atlantic Context», en Derek R. Peterson (ed.), *Abolitionism and Imperialism in Britain, Africa, and The Atlantic*, Athens, OH, Ohio University Press, 2010, págs. 111-113.

[33]. James Walvin, *Atlas of Slavery*, Harlow, Pearson Longman, 2006, págs. 55-57; Candido, *An African Slaving Port and its Hinterland.*

[34]. Los factores que influyeron en el suministro regional del tráfico de esclavos se abordan en Paul E. Lovejoy y Jan S. Hogendorn, «Slave Marketing in West Africa», en Henry A. Gemery y Jan S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*, Nueva York, Academic Press, 1979, págs. 213-235, y David Richardson, «Cultures of Exchange: Atlantic Africa in the Era of the Slave Trade», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6.ª serie, 19, 2009, págs. 151-179.

[35]. Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 90. Para un análisis anterior de las dimensiones de este tráfico, véase Joseph C. Miller, «The Number, Origins, and Destinations of Slaves in the Eighteenth-Century Angolan Slave Trade», en Joseph E. Inikori y Stanley L. Engerman (eds.), *The Atlantic Slave Trade: Effects on Economies, Societies, and Peoples in Africa, the Americas, and Europe*, Durham, NC, Duke University Press, 1992, págs. 77-115.

[36]. Daniel B. Domingues, «The Atlantic Slave Trade from Angola: A Port-by-Port Estimate of Slaves Embarked, 1701-1867», *International Journal of African Historical Studies*, 46/1, 2013, pág. 111.

[37]. Miller, *Way of Death*, págs. 140-153, 234-241.

[38]. Paul E. Lovejoy, *Transformations in Slavery: A History of Slavery in Africa*, 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 53-54; Joseph C. Miller, «The Slave Trade in Congo and Angola», en Martin L. Kilson y Robert I. Rotberg (eds.), *The African Diaspora: Interpretive Essays*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1976, págs. 75-113. Véase también Phyllis I. Martin, *The External Trade of the Loango Coast, 1576-1870*, Oxford, Oxford University Press, 1972.

[39]. Domingues da Silva, «The Atlantic Slave Trade from Angola», págs. 116-118. Las ubicaciones de los esclavos que eran obligados a abandonar el África Central Occidental y sus destinos en las Américas están reflejados en los mapas de Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 138-139, 141-143, 145, 147-149, 151, 153.

[40]. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, págs. 56-57; I. A. Akinjogbin, *Dahomey and its Neighbours, 1708-1818*, Cambridge, Cambridge University Press, 1967; Robin Law, *The Slave Coast of West Africa 1550-1750: The Impact of the Atlantic Slave Trade on an African Society*, Oxford, Clarendon Press, 1991.

[41]. Patrick Manning, «The Slave Trade in the Bight of Benin, 1640-1890», en Gemery y Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, págs. 107-125.

[42]. David Eltis, «The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade: A Reassessment», *William and Mary Quarterly*, 58/1, 2001, pág. 34; Robin Law, *Ouidah: The Social History of a West African Slaving Port, 1727-1892*, Athens, OH, Ohio University Press, 2005; Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 121-122.

[43]. David Eltis, «The Diaspora of Yoruba Speakers, 1650-1865: Dimensions and Implications», in Tonin Fayola y Matt D. Childs (eds.), *The Yoruba Diaspora in the Atlantic World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, págs. 23-24, 28-29.

[44]. El tráfico de esclavos desde el golfo de Biafra se ve reflejado en los mapas de Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 126-127, 129-132, 134-135.

[45]. G. Ugo Nwokeji, *The Slave Trade and Culture in the Bight of Biafra: An African Society in the Atlantic World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

[46]. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, págs. 59-60; Paul E. Lovejoy y David Richardson, «The Slave Ports of the Bight of Biafra in the Eighteenth Century», en Carolyn A. Brown y Paul E. Lovejoy (eds.), *Repercussions of the Atlantic Slave Trade: The Interior of the Bight of Biafra and the African Diaspora*, Trenton, NJ, Africa World Press, 2011, págs. 19-56; Kenneth Morgan, «The Slave Trade at the Bight of Biafra: An Overview», en Toyin Fayola y Raphael C. Njoku (eds.), *Igbo in the Atlantic World: African Origins and Diasporic Destinations*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 2016.

[47]. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, pág. 57.

[48]. Walter Rodney, «Gold and Slaves on the Gold Coast», *Transactions of the Historical Society of Ghana*, 10, 1969, págs. 13-28; David Eltis, *The Rise of African Slavery in the Americas*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 150-151.

[49]. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, pág. 58; Rebecca Shumway, *The Fante and the Transatlantic Slave Trade*, Rochester, NY, University of Rochester Press, 2011, págs. 57-58.

[50]. Kwame Yeboa Daaku, *Trade and Politics on the Gold Coast, 1600-1720*, Oxford, Oxford University Press, 1970; A. W. Lawrence, *Fortified Trade Posts: The English in West Africa, 1645-1822*, Londres, Jonathan Cape, 1969; Randy J. Sparks, *Where the Negroes are Masters: An African Port in the Era of the Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, MA, 2014.

[51]. Véase también Edward E. Reynolds, *Trade and Economic Change on the Gold Coast, 1807-1854*, Londres, Longman, 1974. Los enclaves de la trata de esclavos en la Costa del Oro están reflejados en los mapas de Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 112, 114, 116, 118.

[52]. David Eltis, Paul E. Lovejoy y David Richardson, «Slave-Trading Ports: Towards an Atlantic-Wide Perspective, 1672-1832», en Robin Law y Silke Strickrodt (eds.), *Ports of the Slave Trade (Bights of Benin and Biafra)*, Stirling, University of Stirling, 1999, pág. 18.

[53]. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, págs. 60-61.

[54]. Kenneth Morgan, «Liverpool Ascendant: British Merchants and the Slave Trade on Upper Guinea Coast, 1701-1808», en Paul E. Lovejoy y Suzanne Schwarz (eds.), *Slavery, Abolition and the Transition to Colonialism in Sierra Leone*, Trenton, NJ, Africa World Press, 2014, págs. 27-48.

[55]. Eltis, «The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade», págs. 33-34. El tráfico de eslavos desde la Alta Guinea se ve reflejado en los mapas e Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 96-97, 100, 102, 104-106, 108.

[56]. El tráfico de esclavos desde el sudeste africano se refleja en los mapas de Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 155-156, 158.

[57]. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, págs. 150-151.

[58]. Para una buena panorámica del sector de las plantaciones, véase Philip D. Curtin, *The Rise and Fall of the Plantation Complex: Essays in Atlantic History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

[59]. Michael Tadman, «The Demographic cost of Sugar: Debates on Slave Societies and Natural Increase in the Americas», *American Historical Review*, 105/5, 2000, págs. 1534-1575.

[60]. Borucki, Eltis y Wheat, «Atlantic History and the Slave Trade to Spanish America», págs. 434, 440.

[61]. Stuart B. Schwartz, *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia, 1550-1835*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985, págs. 36, 39, 45.

[62]. Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 264-267.

[63]. Eltis, «The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade», págs. 30-31.

[64]. Daniel Barros Domingues da Silva y David Eltis, «The Slave Trade to Pernambuco, 1561-1851», en Eltis y Richardson (eds.), *Extending the Frontiers*, págs. 95, 104, 113.

[65]. Daniel Domingues da Silva, «The Atlantic Slave Trade to Maranhão, 1680-1846: Volume, Routes and Organization», *Slavery and Abolition*, 29, n.º 4, 2008, págs. 471-501.

[66]. Curtin, *The Raise and Fall of the Plantation Complex*, págs. 190-191; Schwartz, *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society;* Alexandre Vieira Ribeiro, «The Transatlantic Slave Trade to Bahia, 1582-1851», en Eltis y Richardson (eds.), *Extending the Frontiers*, págs. 133-134, 136-137, 145-146, 148-149.

[67]. Manolo Florentino, «The Slave Trade, Colonial Markets, and Slave Families in Rio de Janeiro, Brazil, *ca*. 1790-*ca.* 1830», en Eltis y Richardson (eds.), *Extending the Frontiers*, págs. 278, 281. Las ubicaciones de los esclavos llegados a Brasil se reflejan en los mapas de Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 259, 261.

[68]. Alex Borucki, «The ‘African Colonists’ of Montevideo: New Light on the Illegal Slave Trade to Rio de Janeiro and Río de la Plata (1830-1842)», *Slavery and Abolition*, 30/3, 2009, págs. 427-444.

[69]. Trevor Burnard y Kenneth Morgan, «The Dynamics of the Save Market and Slave Purchasing Patterns in Jamaica, 1655-1788», *William and Mary Quarterly*, LVIII/1, 2001, págs. 205-228.

[70]. Richardson, «The British Empire and the Atlantic Slave Trade», págs. 456-458; J. R. Ward, «The British West Indies in the Age of Abolition, 1748-1815», en Marshall (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, II, págs. 415-439. Los orígenes costeros de los esclavos africanos importados al Caribe británico figuran en los mapas en Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 232, 234-235, 237, 245-247, 249, 252-253, 255.

[71]. Los flujos de esclavos entre las regiones africana y sudamericana están reflejados en los mapas de Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 257.

[72]. Borucki, Eltis and Wheat, «Atlantic History and Slave Trade to Spanish America», págs 454-455; Nicholas P. Cushner, *Farm and Factory: The Jesuits and the Development of Agrarian Capitalism in Colonial Quito, 1600-1767*, Albany, NY, State University of New York Press, 1980 e *idem*, *Lords of the Land: Sugar, Wine and Jesuit Estates of Coastal Peru, 1600-1767*, Albany, NY, State University of New York Press, 1980.

[73]. Sobre el flujo de esclavos desde África a Cuba, véase el mapa en Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 230.

[74]. David R. Murray, *Odious Commerce: Britain, Spain and the Abolition of the Cuban Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; David Eltis, *Economic Growth and the Ending of Transatlantic Slave Trade*, Oxford, Oxford University Press, 1987, págs. 56, 190-191.

[75].Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 269; Alex Borucki, «The Slave Trade to Rio de la Plata, 1777-1812: Trans-Imperial Networks and Atlantic Warfare», *Colonial Latin American Review*, 20-21, 2011, págs. 81-107. Sobre los puertos receptores de esclavos en Río de la Plata, véase Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 262.

[76]. Linda A. News on y Susie Minchin, *From Capture to Sale: The Portuguese Slave Trade to Spanish South America in the Early Seventeenth Century*, Leiden, Brill, 2007, págs. 136-137.

[77]. El flujo de esclavos a las colonias francesas se ve reflejado en Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 238, 243, 248.

[78]. James Pritchard, David Eltis y David Richardson, «The Significance of the French Slave Trade to the Evolution of the French Atlantic World before 1716», en Eltis y Richardson (eds.), *Extending the Frontiers*, pág. 215.

[79]. Stein, *The French Slave Trade*, págs. 20-40.

[80]. Geggus, «The French Slave Trade», pág. 126.

[81]. Johannes Postma, «Surinam and its Atlantic Connections, 1667-1795», en Postma y Enthoven (eds.), *Riches from the Atlantic Commerce*, págs. 287-322; Karwan Fatah-Black, «Paramibo as Dutch and Atlantic Nodal Point, 1640-1795», en Gert Osstindie y Jessica V. Roitman (eds.), *Dutch Atlantic Connections: Linking Empires, Bridging Borders*, Leiden, Brill, 2014, págs. 52-71. Los mapas que dibujan el flujo de esclavos desde África hasta las colonias holandesas se encuentran en Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 239, 241.

[82]. Eltis, «The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade», pág. 31.

[83]. Emmer, «Slavery and the Slave Trade of the Minor Atlantic Powers», pág. 469; B. W. Higman (ed.), Neville A. T. Hall, *Slave Society in the Danish West Indies: St Thomas, St John and St Croix*, Mona, University of the West Indies Press, 1992. Para los flujos del comercio de esclavos hacia las Indias Occidentales danesas, véase Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 250.

[84]. Peter H. Wood, *Black Majority: Negroes in South Carolina from 1670 through the Stono Rebellion*, Nueva York, W.W. Norton & Co., 1974.

[85]. Philip D. Morgan, *Slave Counterpoint: Black Culture in the Eighteenth-Century Chesapeake and Lowcountry*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1998, págs. 58-62, 134-135, 149-170.

[86]. Eltis, «The U.S. Transatlantic Slave Trade». Los esclavos que llegaban a los puertos norteamericanos se indican en los mapas en Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 207-208, 210.

[87]. Alex Borucki, «Trans-Imperial History in the Making of the Slave Trade to Venezuela, 1526-1811», *Itinerario*, 36/2, 2012, págs. 29-54.

[88]. Rachel Sarah O'Toole, *Bound Lives: Africans, Indians, and the Making of Race in Colonial Peru*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2012, pág. 40.

[89]. Tres estudios de Gregory E. O'Malley han documentado este tráfico: «Beyond the Middle Passage: Slave Migration from the Caribbean to North America, 1619-1807», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LXVI/1, 2009, págs. 125-172; «Slave Trading Entrepôts and their Hinterlands: Continued Forced Migrations after the Middle passage to North America», en David T. Gleeson y Simon Lewis (eds.), *Ambiguous Anniversary: The Bicentennial of the International Slave Trade Bans*, Columbia, SC, University of South Carolina Press, 2012, págs. 99-124; y *Final Passages: The Intercolonial Slave Trade of British America, 1619-1807*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2014. Véase también Nadine Hunt, «Scattered Memories: The Intra-Caribbean Slave Trade to Spanish America», en Ana Lucia Araujo, Mariana P. Candido y Paul E. Lovejoy (eds.), *Crossing Memories: Slavery and African Diaspora*, Trenton, NJ, Africa World Press, 2011, págs. 105-127.

[90]. O’Malley, «Beyond the Middle Passage», págs. 135-138.

[91]. David Eltis, «The Traffic in Slaves between the British West Indian Colonies, 1807-1833», *Economic History Review*, 2.ª serie, 25/1, 972, págs. 55-64; Higman, *Slave Populations of the British Caribbean*, págs. 79-85; Hilary McD. Beckles, «"An Unfeeling Traffic": The Intercolonial Movement of Slaves in the British Caribbean, 1807-1833», en Walter Johnson (ed.), *The Chattel Principle: Internal Slave Trades in the Americas*, New Haven, CT, Yale University Press, 2004, págs. 256-274.

[92]. Michael Tadman, *Speculators and Slaves: Masters, Traders, and Slaves in the Old South*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1989; *idem*, «Internal Slave Trades», en Robert L. Paquette y Mark M. Smith (eds.), *The Oxford Handbook of Slavery in the Americas*, Oxford, Oxford University Press, 2010, págs. 625-642; y Robert W. Slenes, «The Brazilian Internal Slave Trade, 1850-1888: Regional Economies, Slave Experience, and the Politics of a Peculiar Market», en Johnson (ed.), *The Chattel Principle*, págs. 325-370.

[93]. Steven Deyle, *Carry Me Back: The Domestic Slave Trade in American Life*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, págs. 4, 5, 153; Walter Johnson, *Soul by Soul: Life Inside the Antebellum Slave Market*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999.

[94]. Slenes, «The Brazilian Internal Slave Trade», págs. 329, 332; Herbert S. Klein, «The Internal Slave Trade in Nineteenth-Century Brazil: A Study of Slave Importations into Rio de Janeiro in 1852», *Hispanic American Historical Review*, 51/4, 1971, págs. 567-585; Richard Graham, «Another Middle Passage? The Internal Slave Trade in Brazil», en Johnson (ed.), *The Chattel Principle*, págs. 291-324.

[1]. Estos vientos y corrientes océanicas se ven reflejados en los mapas de David Eltis y David Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, New Haven, CT., Yale University Press, 2010, pág. 8.

[2]. Daniel Domingues da Silva, «The Atlantic Slave Trade to Maranhão, 1680-1846: Volume, Routes an Organisation», *Slavery and Abolition*, 29. N.o 4, 2008, págs. 485-486.

[3]. El modelo del tráfico triangular se aborda en B. W. Higman, *Writing West Indian Histories*, Londres y Basingstoke, MacMillan Education, 1999, págs. 188-191.

[4]. Sobre la historia de estas compañías, véase P. C. Emmer, «The West India Company, 1621-1791: Dutch or Atlantic?», en Leonard Blussé y Femme Gaastra (eds.), *Companies and Trade: Essays on Overseas Trading companies during the Ancien Regime*, La Haya, Springer, 1981, págs. 71-96; Abdoulaye Ly, *La Compagnie du Sénégal*, Dakar, Ifan Ch. A Diop, 1958; J. W. Blake, «The English Guinea Company, 1618-1660: An Early Example of the Chartered Company in Colonial Development», *Proceedings of the Belfast Natural History and Philosophical Society*, 3, 1945-1946, págs. 14-27; George Frederick Zook, *The Company of Royal Adventurers Trading Into Africa*, Lancaster, PA, BiblioLife, 1919; K. G. Davies, *The Royal African Company*, Londres, Longmans, 1957.

[5]. Adam Jones, *Brandenburg Sources for West African History 1680-1700*, Stuttgart, Steiner, 1985.

[6]. Davies, *The Royal African Company*, págs. 153-157.

[7]. Johannes Menne Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade 1600-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, págs. 61-62, 126-127.

[8]. Kwesi J. Anquandah, *Castles and Forts of Ghana*, Accra, Sedco Publishing, 1999; Rebecca Shumway, «Castle Slaves of the Eighteenth-Century Gold Coast (Ghana)», *Slavery and Abolition*, 35/1, 2014, págs. 84-89; Per O. Hernaes, «"Fort Slavery", at Christianborg on the Gold Coast: Wage Slavery in the Making?», en Per O. Hernaes y Tore Iversen (eds.), *Slavery across Time and Space*, Trondheim, Department of History, University of Trondheim, 2002, págs. 197-229.

[9]. K. G. Davies, «The Living and the Dead: White Mortality in West Africa, 1684-1732», en Stanley L. Engerman y Eugene D. Genovese (eds.), *Race and Slavery in the Western Hemisphere: Quantitative Studies*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1975, pág. 93.

[10]. Davies, *The Royal African Company*, págs. 241-251; William St Clair, *The Grand Slave Emporium: Cape Coast Castle and the British Slave Trade*, Londres, Profile Books, 2006.

[11].Eltis y Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 116, 118, 123. Sobre estos fuertes, véase A. W. Lawrence, *Fortified Trade-Post: The English in West Africa 1645-1822*, Londres, Jonathan Cape, 1969; Albert Van Dantzig, *Forts and Castles of Ghana*, Accra, Sedco Publishing, 1980; Edmund Abaka, *House of Slaves and «Door of no Return»: Gold Coast/Ghana Slave Forts, Castles & Dungeons and the Atlantic Slave Trade*, Trenton, NJ, Africa World Press, 2012. Los cambios de propiedad de estos fuertes se exponen en Kenneth Morgan (ed.), *The British Transatlantic Slave Trade. Volume 2. The Royal African Company*, Londres, Pickering & Chatto, 2003, págs. 330-345.

[12]. Davies, *The Royal African Company*, págs. 74, 87, 205; William Robert Scott, *The Constitution and Finance of English, Scottish and Irish Joint-Stock Companies to 1720*, 3 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1910-1912, II, págs. 20-35.

[13]. James Pritchard, *In Search of Empire: The French in the Americas, 1670-1730*, Cambridge, Cambridge University Press, pág. 218.

[14]. António de Almeida Mendes, «The Foundations of a System: A Reassessment of the Slave Trade to the Spanish Americas in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», en David Eltis y David Richardson (eds.), *Extending the Frontiers: Essays on the New Transatlantic Slave Trade Database*, New Haven, CT, Yale University Press, 2008, pág. 70.

[15]. Ibid, pág. 75; Linda A. Newson y Susie Minchin, *From Capture to Sale: The Portuguese Slave Trade to Spanish South America in the Early Seventeenth Century*, Leiden, Brill, 2007, págs. 9, 19.

[16]. Mendes, «The Foundations of the System», pág. 82.

[17]. Elizabeth Donnan, «The Early Days of the South Sea Company, 1711-1718», *Journal of Economic and Business History*, 2, 1930, págs. 419-450; Colin A. Palmer, *Human Cargoes: The British Slave Trade to Spanish America 1700-1739*, Champaign-Urbana, IL, University of Illinois Press, 1981.

[18]. Josep M. Delgado Ribas, «The Slave Trade in the Spanish Empire (1501-1808): The Shift from Periphery to Center», en Josep M. Fradera y Christopher Schmidt-Nowara (eds.), *Slavery & Antislavery in Spain's Atlantic Empire*, Nueva York, Berghahn Books, 2013, pág. 34.

[19]. Alex Borucki, David Eltis y David Wheat, «Atlantic History and the Slave Trade to Spanish America», *American Historical Review*, 120/2, 2015, pág. 443.

[20]. William A. Pettigrew, *Freedom's Debt: The Royal African Company and the Politics of the Atlantic Slave Trade, 1672-1752*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2013, pág. 20-21.

[21]. David Richardson, «Profits in the Liverpool Slave Trade: The Accounts of William Davenport, 1757-1784», en Roger Anstey y P. E. H. Hair (eds.), *Liverpool, the African Slave Trade, and Abolition*, ed. ampliada, Liverpool, Liverpool University Press, 1989, pág. 67; Robert Louis Stein, *The French Slave Trade in the Eighteenth Century: An Old Regime Business*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1979, págs. 151-156.

[22]. Stephen D. Berendt, «The Captains in the British Slave Trade from 1784 to 1807», *Transactions of the Historic Society of Lancashire and Cheshire*, 140, 1991, págs. 40-45. Para la situación en Francia, véase Stein, *The French Slave Trade*, pág. 159.

[23]. Para un ejemplo de un colectivo de comerciantes y trabajadores en un importante puerto esclavista, véase Stephen D. Behrendt, «Human Capital in the British Slave Trade», en David Richardson, Suzanne Schwartz y Anthony Tibbles (eds.), *Liverpool and Transatlantic Slavery*, Liverpool, Liverpool University Press, 2007, págs. 66-97.

[24]. David Richardson, «West African Consumption Patterns and their Influence on the Eighteenth-Century English Slave Trade», en Henry A. Gemery y Jam S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*, Nueva York, Academic Press, 1979, págs. 303-330; Stanley Alpern, «What Africans got for their Slaves: A Master List of European Trade Goods», *History in Africa*, 22, 1995, págs. 5-43.

[25]. Stephen D. Behrendt, A. J. H. Latham y David Northrup (eds.), *The Diary of Antera Duke, an Eighteenth-Century African Slave Trader*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

[26]. Marion Johnson, ed. J. T. Lindblad y Robert Ross, *Anglo-African Trade in the Eighteenth Century*, Leiden, Brill, 1990.

[27]. Richard Anderson, «West African Consumption Patterns», págs. 312-314.

[28]. Marion Johnson, «Technology, Competition, and African Crafts», en Clive Dewey y A. G. Hopkins (ed.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of Africa and India*, Londres, Athlone Press, 1978, pág. 268.

[29]. W. A. Richards, «The Import of Firearms into West Africa in the Eighteenth Century», *Journal of African History*, 21/1, 1980, págs. 43-59.

[30]. L. M. Pole, «Decline or Survival? Iron Production in West Africa from the Seventeenth to the Twentieth Centuries», *Journal of African History*, 23/4, 1982, págs. 503-513.

[31]. José Curto, *Enslaving Spirits: The Portuguese-Brazilian Alcohol Trade at Luanda and its Hinterland, c. 1550-1830*, Leiden, Brill, 2004.

[32]. Coughtry, *The Notorious Triangle*, págs. 80-86, 106-118.

[33]. Para un ejemplo de una carta al capitán de un barco negrero, véase Bruce L. Mouser, «“Keep hur Bottom Well Paid with Stuff”: A Letter of Instructions for a Slaving Venture to the Upper Guinea Coast in 1760», en Paul E. Lovejoy y Suzanne Schwarz (eds.), *Slavery, Abolition and the Transition to Colonialism in Sierra Leone*, Trenton, NJ, Africa World Press, 2014, págs. 51-67.

[34]. Behrendt, «Human Capital in the British Slave Trade», pág. 70.

[35]. En la página web www.slavevoyages.org podemos encontrar un sinfín de pruebas que apoyan esta generalización en lo referente a los viajes esclavistas individuales.

[36]. Ty Reese, «Facilitating the Slave Trade: Company Slaves at Cape Coast Castle, 1750-1807», *Slavery and Abolition*, 31/3, 2010, págs. 363-377.

[37]. Simon P. Newman, *A New World of Labor: The Development of Plantation Slavery in the British Atlantic*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2013, págs. 108-136.

[38]. Behrendt, «Human Capital in the British Slave Trade», págs. 67-69.

[39]. Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade*, pág. 136.

[40]. Randy J. Sparks, *Where the Negroes are Masters: An African Port in the Era of the Slave Trade*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2014, págs. 20-21.

[41]. Newson and Minchin, *From Capture to Sale*, págs. 9, 33, 57.

[42]. Véase Paul E. Lovejoy y David Richardson, «Letters of the Old Calabar Slave Trade, 1760-1789», en Vincent Carretta y Philip Gould (eds.), *Genius in Bondage: Literature of the Early Black Atlantic*, Lexington, KY, University of Kentucky Press, 2011, págs. 89-115.

[43]. Kenneth Morgan, «Liverpool Ascendant: British Merchants and the Slave Trade on Upper Guinea Coast, 1701-1808», en Lovejoy y Schwartz (eds.), *Slavery, Abolition and the Transition to Colonialism*, págs. 27-48.

[44]. Jan Hogendorn y Marion Johnson, *The Shell Money of the Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

[45]. Lars Sundsröm, *The Exchange Economy of Pre-Colonial Tropical Africa*, Londres, C. Hurst & Co. Publishers Ltd, 1974; Marion Johnson, «The Ounce Trade in Eighteenth Century West Africa», *Journal of African History*, 7/2, 1966, págs. 197-214.

[46]. Paul E. Lovejoy y David Richardson «The Business of Slaving: Pawnship in Western Africa, *c.* 1600-1810», *Journal African History*, 42/1, 2001, págs. 67-89; Toyin Falola y Paul E. Lovejoy (eds.), *Pawnship, Slavery ad Colonialism in Africa*, Trenton, NJ, Africa World Press, 2003.

[47]. Randy J. Sparks, «The Two Princes of Calabar: An Atlantic Odyssey from Slavery to Freedom», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LIX/1, 2002, pág. 560, 562.

[48]. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, págs. 96, 98.

[49]. Citado en Sparks, *Where the Negroes are Masters*, pág. 135.

[50]. Dane Kennedy, *The Last Blank Spaces: Exploring Africa and Australia*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2013.

[51]. David Northrup, «West Africans and the Atlantic, 1550-1800», en Philip D. Morgan y Sean Hawkins (eds.), *The Oxford History of the British Empire Companion Series: Black Experience and the Empire*, Oxford, Oxford University Press, 2004, págs. 38-39; Robin Hallett, *The Penetration of Africa: European Exploration in North and West Africa to 1815*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1965.

[52]. David Eltis, «African and European Relations in the Last Century of the Transatlantic Slave Trade», en Olivier Pétré-Grenouilleau (ed.), *From Slave Trade to Empire: Europe and the Colonisation of Black Africa 1780s-1880s*, Londres, Routledge, 2004, pág. 36.

[53]. Candido, *An African Slaving Port and the Atlantic World*, pág. 147.

[54]. Arlino Manuel Caldeira, «Angola and Seventeenth-Century South Atlantic Trade» y Mariana P. Candido, «Trade Networks in Benguela 1700-1850», en David Richardson y Filipa Ribeiro da Silva (eds.), *Networks and Trans-Cultural Exchange: Slave Trading in the South Atlantic, 1590-1867*, Leiden, Brill, 2014, págs. 116, 152-153.

[55]. Candido, *An African Slaving Port and the Atlantic World*, págs. 91, 99, 147, 162, 165-166, 176, 179, 181, 187-189, 214-234.

[56]. Sparks, *Where the Negroes are Masters*, pág. 135.

[57]. Philip D. Morgan, «African Migration», en Mary K. Cayton, Elliot J. Gorn y Peter W. Williams (eds.), *Encyclopedia of American Social History*, 3 vols., Nueva York, Charles Scribner, 1993, II, pág. 799.

[58]. Philip Misevich, «The Origins of Slaves Leaving the Upper Guinea Coast in the Nineteenth Century», en Eltis y Richardson (eds.), *Extending the Frontiers*, págs. 169-170.

[59].G. Ugo Nwokeji y David Eltis, «Characteristics of Captives Leaving the Cameroons for the Americas, 1822-1837», *Journal of African History*, 43/2, 2002, págs. 191-210.

[60]. Para ejemplos de la aplicacion de está coercion física, véase *Captive Passage: The Transatlantic Slave Trade and the Making of the Americas*, Washington DC: Smithsonian Institution Press, 2002, págs. 52-66.

[61]. Hay buenas descripciones concretas de estos tráficos en Lovejoy, *Transformations in Slavery*, págs. 9-18, 34-35, 112-133, 152-158, 191-251.

[62]. James F. Searing, *West African Slavery and Atlantic Commerce: The Senegal River Valley, 1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, págs. 34-35; Sean Kelley, «The Dirty Business of Panyarring and Palaver: Slave Trading on the Upper Guinea Coast in the Eighteenth Century», en Lovejoy y Schwarz (eds.), *Slavery, Abolition and the Transition to Colonialism*, págs. 89-107.

[63]. David Richardson y Filipa Ribeiro da Silva, «The South Atlantic Slave Trade in Historical Perspective», en Richardson y Ribeiro da Silva (eds.), *Networks and Cultural Exchange*, pág. 25.

[64]. David Northrup, *Trade Without Rulers Pre-Colonial Economic Development in South-Eastern Nigeria*, Oxford, Oxford University Press, 1978, págs. 105-151.

[65].David Eltis y Stanley L. Engerman, «Fluctuations in Age in Sex Ratios in the Transatlantic Slave Trade, 1663-1864», *Economic History Review*, nueva serie, 464/2, 1993, págs. 308-323; David Eltis y Stanley L. Engerman, «Was the Slave Trade Dominated by Men?» *Journal of Interdisciplinary History*, 23/2, 1992, págs. 237-257.

[66]. P. E. H. Hair, *The Atlantic Slave Trade and Black Africa*, Londres, The Historical Association, 1978, pág. 27.

[67]. Paul E. Lovejoy, «The Children of Slavery — The Transatlantic Phase», *Slavery and Abolition* 27/2, 2006, págs. 197-217; Audra A. Diptee, «African Children in the British Slave Trade during the late Eighteenth Century», *ibid*., 27/2, 2006, págs. 183-196.

[68]. Stephen D. Behrendt, «Ecology, Seasonality, and the Transatlantic Slave Trade», en Bernard Bailyn y Patricia L. Denault (eds.), *Soundings in Atlantic History: Latent Structures and Intellectual Currents, 1500-1830*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009, págs. 44-85, 461-485.

[69]. Marcus Wood, *Blind Memory: Visual Representations of Slavery in England America, 1780-1865*, Manchester, Manchester University Press, 2000, págs. 25-29.

[70]. Marcus Rediker, *The Slave Ship: A Human History*, Nueva York, Penguin Books, 2007, págs. 204-205, 251.

[71]. Colin A. Palmer, «The Middle Passage», en *Captive Passage*, pág. 60.

[72]. Para una descripción de la experiencia de los cautivos durante la travesía del Atlántico, véase Stephanie E. Smallwood, *Saltwater Slavery: A Middle Passage from Africa to American Diaspora*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2007, págs. 122-152.

[73]. J. Cuvelier, *Relations sur le Congo du Père Laurent de Lucques 1700-1707*, Bruselas, Institut Royal Colonial Belge, 1953, pág. 283.

[74]. «A Curious and Exact Account of a Voyage to Congo in the Years 1666 y 1667», en A. Churchill (ed.), *A Collection of Voyages and Travels*, 8 vols., London: assignment from Messieurs Churchill, 1752, I, pág. 507.

[75]. Olaudah Equiano, *The Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African*, Leeds, 1814; reimpr. Mineola, NY, Project Gutenberg, 1999, pág. 232.

[76]. Calculado a partir de www.slavevoyages.org, a la que se accedió el 18 de marzo de 2015.

[77]. Herbert S. Klein y Stanley L. Engerman, «Slave Mortality in the British Slave Trade 1791-1797», en Anstein y Hair (eds.), *Liverpool, the African Slave Trade, and Abolition*, págs. 113-122; Herbert S. Klein, Stanley L. Engerman, Robin Haines y Ralph Shlomowitz, «Transoceanic Mortality: The Slave Trade in Comparative Perspective», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LVIII/1, 2001, págs. 93-118.

[78]. Joseph C. Miller, «The Significance of Drought, Disease and Famine in the Agriculturally Marginal Zones of West-Central Africa», *Journal of African History*, 23/1, 1982, págs. 28-30.

[79]. Robert L. Stein, «Mortality in the Eighteenth-Century French Slave Trade», *Journal of African History*, 21/1, 1980, págs. 38-39.

[80]. Richard A. Steckel y Richard A. Jensen, «New Evidences of the Causes of Slave and Crew Mortality in the Atlantic Slave Trade», *Journal of Economic History*, 46/1, 1986, págs. 57-77.

[81]. Kenneth F. Kiple y Brian T. Higgins, «Mortality Caused by Dehydration During the Middle Passage», en Josep E. Inikori y Stanley L. Engerman (eds.), *The Atlantic Slave Trade: Effects on Economies, Societies and Peoples in Africa, the Americas, and Europe*, Durham, NC, Duke University Press, 1992, págs. 321-238.

[82]. James Walvin, *The Zong: A Massacre, the Law and the End of Slavery*, New Haven, CT, Yale University Press, 2011.

[83]. Patrick Richardson, *Empire and Slavery*, Londres, Prentice Hall Press, 1968, pág. 18.

[84]. Stephen D. Behrendt, «Crew Mortality in the Transatlantic Slave Trade in the Eighteenth Century», *Slavery and Abolition*, 18/1, 1997, págs. 49-71.

[85]. David Richardson, «Shipboard Revolts, African Authority, ant the Atlantic Slave Trade», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LVIII/1, 2001, págs. 69-92; Eric Taylor, *If We must Die: Shipboard Insurrections in the Era of the Atlantic Slave Trade*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2009.

[86]. Rediker, *The Slave Ship*, págs. 204-206.

[87]. Selwyn H. H. Carrington, *The Sugar Industry and the Abolition of the Slave Trade, 1775-1810*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 2002, págs. 192-194.

[88]. Para un estudio de caso de estos factores, veáse Nicholas Radburn, «Guinea Factors, Slave Sales, and the Profits of the Transatlantic Slave Trade in the Late Eighteenth-Century Jamaica: The Case of John Tailyour», *William and Mary Quarterly*, 3.a serie, LXXII/2, 2015, págs. 243-286.

[89].Para un ejemplo de las detalladas instrucciones que se proporcionaban a los capitanes de los barcos, véase Henry Bright *et al.* «To captain James McTaggart, 5 March 1759», en Kenneth Morgan (ed.), *The Bright-Meyler Papers: A Bristol-West India Connection, 1732-1837*, Oxford, Oxford University Press, 2007, págs. 348-349.

[90]. Citado en Richard Pares, *A West-India Fortune*, Londres, Longmans, 1950, pág. 121. Pares no proporciona la fuente de dicha cita.

[91].Christopher Fyfe (ed.), *Anna Maria Falconbridge, Narrative of Two Voyages to the River Sierra Leone during the years 1791-1792-1792 and the Journal of Isaac DuBois with Alexander Falconbridge: An Account of the Slave Trade on the Coast of Africa*, Liverpool, Liverpool University Press, 2000, págs. 216-217. Para «luchas» en otro lugar, véase Sean Kelley, «Scrambling for Slaves: Captive Sales in Colonial South Carolina», *Slavery and Abolition*, 34/1, 2013, págs. 1-21.

[92]. Kenneth Morgan, «Slave Sales in Colonial Charleston», *English Historical Review*, 113/453, 1998, págs. 1-21.

[93]. David W. Galenson, *Traders, Planters and Slaves: Market Behavior in Early English America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Trevor Burnard y Kenneth Morgan, «The Dynamics of the Slave Market and Slave Purchasing Patterns in Jamaica, 1655-1788», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LVIII/1, 2001, págs. 205-228.

[94]. Darold D. Wax, «Preferences for Slaves in Colonial America», *Journal of Negro History*, 58/4, 1973, págs. 371-401; Daniel C. Littlefield, *Rice and Slaves: Ethnicity and the Slave Trade in Colonial South Carolina*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1981, págs. 9-10; Trevor Burnard, «The Atlantic Slave Trade and African Ethnicities in Seventeenth-Century Jamaica», en Richardson *et al.* (eds.), *Liverpool and Transatlantic Slavery*, págs. 144-145; David Geggus, «The French Slave Trade: An Overview», *William and Mary Quarterly*, 3ª serie, LVIII/1, 2001, págs. 127-128.

[95]. Gwendolyn Milo Hall, *Slavery and African Ethnicities in the Americas: Restoring the Links*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2005.

[96]. Joseph C. Miller, «Retention, Reinvention, and Remembering: Restoring Identities through Enslavement in Africa and under Slavery in Brazil», en José C. Curto y Paul E. Lovejoy (eds.), *Enslaving Connections: Changing Cultures of Africa and Brazil during the Era of Slavery*, Amherst NY, Prometheus Books, 2004, págs. 81-121.

[97]. Rediker, *The Slave Ship*, págs. 251-252.

[98]. Jacob M. Price «Credit in the Slave Trade and Plantation Economies», en Barbara L. Solow (ed.), *Slavery and the Rise of the Atlantic System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, págs. 305-323; Kenneth Morgan, «Remittance Procedures in the Eighteenth-Century British Slave Trade», *Business History Review*, 79/4, 2005, págs. 715-749; Kenneth Morgan, «Merchant Networks, the Guarantee System, and the Slave Trade to Jamaica in the 1790s», *Slavery and Abolition*, 37, 2016.

[99].David Richardson (ed.), *Bristol, Africa and the Eighteenth Century Slave Trade to America*, 4 vols., Bristol, Bristol Record Society, 1986-1996, I, págs. xvi-xvii, IV, pág. xviii; David Richardson, «Liverpool and the English Slave Trade», in Anthony Tibbles (ed.), *Transatlantic Slavery: Against Human Dignity*, Londres, Stationary Office Books, 1994, pág. 75.

[100]. Trevor Burnard, «Kingston, Jamaica: Crucible of Modernity», en Jorge Cañizares-Esguerra, Matt D. Childs y James Sidbury (eds.), *The Black Urban Atlantic in the Age of the Slave Trade*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2013, págs. 126-127.

[101]. Guillaume Daudin, «Profitability of Slave and Long-Distance Trading in Context: The Case of 18th Century France», *Journal of Economic History*, 64/1, 2004, págs. 144-171.

[102]. Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1944, pág. 36.

[103]. Richardson, «Profits in the Liverpool Slave Trade», págs. 60-90.

[104]. T. S. Ashton, *Economic Fluctuations in England 1700-1800*, Oxford, Oxford University Press, 1959, pág. 187.

[*] Traducción al castellano, Williams, Eric, *Capitalismo y esclavitud*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1944. Edición en línea en «Traficantes de sueños», https://traficantes.net. (*N. de la t.*)

[105]. Williams, *Capitalism and Slavery*, pág. 105.

[106]. Una apreciación de la historiografía importante sobre las explicaciones de la economía de oferta e impulsada por la demanda de la industrialización británica se encuentra Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution: A Study in International Trade and Economic Development*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, págs. 89-155.

[107]. David Richardson, «The Slave Trade, Sugar and British Economic Growth, 1748-1776», *Journal of Interdisciplinary History*, 17/4, 1987, págs. 739-769.

[108]. David Eltis y Stanley L. Engerman, «The Importance of Slavery and the Slave Trade to Industrializing Britain», *Journal of Economic History*, 60/1, 2000, págs. 123-144.

[109]. Kenneth Morgan, *Slavery Atlantic Trade and the British Economy, 1660-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 97-98.

[110]. Eltis y Engerman, «The Importance of Slavery and Slave Trade to Industrializing Britain», págs. 123-144; Stanley L. Engerman, «The Atlantic Economy of the Eighteenth Century: Some Speculations on Economic Development in Britain, America, Africa and Elsewhere», *Journal of European Economic History*, 24/1, 1995, págs. 147-175; Pieter C. Emmer, «The Rise and Decline of the Dutch Atlantic, 1600-1800», en Oostindie y Roitman (eds.), *Dutch Atlantic Connections*, pág. 349.

[111]. Karwan Fatah-Black y Matthias van Rossum, «Beyond Profitability: The Dutch Transatlantic Slave Trade and its Economic Impact», *Slavery and Abolition*, 36/1, 2015, págs. 63-83.

3. La esclavitud en las plantaciones

[1]. Para estudios detallados de estos tipos de esclavitud, véase Verene A. Shepherd, *Livestock, Sugar and Slavery: Contested Terrain in Colonial Jamaica*, Kingston, Ian Randle Publishers, 2009, y David M. Stark, *Slave Families and the Hato Economy in Puerto Rico*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 2015.

[2]. David Wheat, *Atlantic Africa and the Spanish Caribbean, 1570-1640*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2015; Alex Borucki, David Eltis y David Wheat, «Atlantic History and the Slave Trade to Spanish America», *American Historical Review,* 120/2, 2015, págs. 454-455; George Reid Andrews, *Afro-Latin America 1800-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2004, págs. 14-15.

[3]. Entre los estudios sobre la producción de materias primas en las plantaciones se cuentan: J. H. Galloway, *The Sugar Cane Industry: An Historical Geography From its Origins to 1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, y Philip D. Morgan, *Slave Counterpoint: Black Culture in the Eighteenth Century Chesapeake y Lowcountry*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1998.

[4]. Carole Shammas, «The Revolutionary Impact of European Demand for Tropical Goods», en John J. McCusker y Kenneth Morgan (eds.), *The Early Modern Atlantic Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 163-185; James Walvin, *Fruits of Empire: Exotic Produce and British Taste, 1660-1800*, Nueva York, Macmillan Press, 1997.

[5]. Este párrafo sigue en gran medida a Philip D. Curtin, *The Rise and Fall of the Plantation Complex: Essays in Atlantic History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, págs. 11-13.

[6]. Orlando Patterson, *Slavery and Social Death: A Comparative Study*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1985.

[7]. Vincent Brown, «Social Death and Political Life in Some Recent Histories of Slavery», *American Historical Review*, 114/5, 2009, págs. 1231-1249.

[8]. Richard Price, «The Concept of Creolization», en David Eltis y Stanley L. Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery. Volume 3. AD 1420-AD 1804*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, págs. 513-537. Para la conservación y reconfiguración de las etnicidades africanas, véase Michael A. Gomez, *Exchanging Our Country Marks: The Transformation of African Identities in the Colonial and Antebellum South*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1998, y Gwendolyn Midlo Hall, *Slavery and African Ethnicities in the Americas: Restoring the Links*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2005.

[9]. Estas ideas se exponen y analizan extensamente en estudios como los de Winthrop D. Jordan, *White Over Black: English and American Attitudes toward the Negro, 1550-1812*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1968; Anthony J. Barker, *The African Link: British Attitudes to the Negro in the Era of the Atlantic Slave Trade, 1550-1807*, Londres, Frank Cass Publishers, 1978; William B. Cohen, *The French Encounter with Africans: White Response to Blacks, 1530-1880*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 1980.

[10]. Estas ideas fueron comunes durante muchos siglos: véase David M. Goldenberg, *The Curse of Ham: Race and Slavery and Early Judaism, Christianity and Islam*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

[11]. Davis, *Inhuman Bondage*, págs. 48-76.

[12]. David Eltis, *The Rise of African Slavery in the Americas*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 1-84.

[13]. David Brion Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1996, págs. 114-116.

[14]. Ibid., págs. 118-120; James Farr, «“So Vile and Miserable an Estate”: The Problem of Slavery in Locke’s Political Thought», *Political Theory*, 14/2, 1986, págs. 263-289; Wayne Glausser, «Three Approaches to Locke and the Slave Trade», *Journal of the History of Ideas*, 51/2, 1990, págs. 199-216.

[15]. Para la implicación de los africanos en la esclavitud y en la trata de esclavos antes de la era de la esclavitud trasatlántica, véase John Thornton, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1440-1800*, 2.ª edición, Nueva York, Cambridge University Press, págs. 72-125.

[16]. Kenneth Morgan, *Slavery and the British Empire: From Africa to America*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pág. 24.

[17]. Eltis, *The Rise of African Slavery in the Americas*, págs. 1-84.

[18]. David Eltis y Stanley L. Engerman, «Dependence, Servility, and Coerced Labor in Time and Space», en Eltis y Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery*, III, págs. 14-15.

[19]. Kris Lane, «African and Natives in the Mines of Spanish America», en Matthew Restall (ed.), *Beyond Black and Red: African-Native Relations in Colonial Latin America*, Albuquerque, NM, University of New Mexico Press, 2005, págs. 159-184.

[20]. John M. Murrin, «Beneficiaries of Catastrophe: The English Colonies in America», en Eric Foner (ed.), *The New American History*, ed. rev., Filadelfia, Temple University Press, 1997, pág. 8.

[21]. B. W. Higman, *A Concise History of the Caribbean*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pág. 76.

[22]. Morgan, *Slavery and the British Empire*, págs. 19-20.

[23]. Este argumento se ha elaborado para Chesapeake: véase James Axtell, «Colonial America without the Indians», en *After Columbus: Essays in the Ethnohistory of Colonial North America*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, págs. 222-243.

[24]. Burucki, Eltis y Wheat, «Atlantic History and the Slave Trade to Spanish America», pág. 457.

[25]. Morgan, *Slavery and the British Empire*, págs. 11, 27, 29. Véase también John J. McCusker y Russell R. Menard, «The Origins of Slavery in the Americas», en Mark M. Smith y Robert L. Paquette (eds.), *The Oxford Handbook of Slavery in the Americas*, Nueva York, Oxford University Press, 2010, págs. 275-292.

[26]. David Eltis y Stanley F. Engerman, «Fluctuations in Sex and Age Ratios in the Transatlantic Slave Trade, 1663-1864», *Economic History Review*, 2.ª serie, 46/2, 1993, págs. 308-323; Paul E. Lovejoy, «The Children of Slavery The Transatlantic Phase», *Slavery and Abolition*, 27/2, 2006, págs. 197-217; B. W. Higman, «Democracy and Family Structures», en Eltis y Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery*, III, pág. 490.

[27]. Philip D. Curtin, «Epidemiology and the Slave trade», *Political Science Quarterly*, 83/2, 1968, págs. 190-216; Morgan, *Slave Counterpoint*, págs. 80-95.

[28]. Borucki, Eltis y Wheat, «Atlantic History and the Slave Trade to Spanish America», pág. 458.

[29]. Laird W. Bergad, *The Comparative Histories of Slavery in Brazil, Cuba, and the United States*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, págs. 96-97.

[30]. Este es un tema central en Lorena S. Walsh, «The African American Population of the Colonial United States», and Richard H. Steckel, «The African American Population in the United States, 1790-1920», en Michael R. Haines y Richard H. Steckel (eds.), *A Population History of North America*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 191-240, 433-482.

[31]. Morgan, *Slavery and the British Empire*, pág. 85.

[32]. Andrews, *Afro-Latin America*, págs. 17-18.

[33]. Bergad, *The Comparative Histories of Slavery*, pág. 98.

[34]. Herbert S. Klein y Stanley L. Engerman, «Fertility Differentials between Slaves in the United States and the British West Indies: A Note on Lactation Practices and their Possible Implications», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, XXXV/2, 1978, págs. 357-374. Las pruebas de Barbados lo apoyan: véase Jerome S. Handler y Robert S. Corruccini, «Weaning among West Indian Slaves: Historical and Bioanthropological Evidence from Barbados», *ibid.*, XLIII/1, 1986, págs. 111-117.

[35]. Morgan, *Slave Counterpoint*, pág. 87.

[36]. *Ibid*., págs. 134-145.

[37]. Bergad, *The Comparative Histories of Slavery*, pág. 99; Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, Boston y Toronto, Little Brown & Co., 1974, págs. 109-117; B. W. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean, 1807-1834*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1984.

[38]. Argumentos en pro y en contra de esta aseveración se encuentran en Fogel y Engerman, *Time on the Cross*, págs. 78-86, y Richard Sutch, «The Breeding of Slaves for Sale and the Westward Expansion of Slavery, 1850-1860», en Stanley L, Engerman y Eugene D. Genovese (eds.), *Race and Slavery in the Western Hemisphere: Quantitative Studies*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1975, págs. 173-210.

[39]. Higman, «*Slave Populations of the British Caribbean*», pág. 325.

[40]. A. Meredith John, *The Plantation Slaves of Trinidad: A Mathematical and Demographic Enquiry, 1783-1816*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, págs. 116, 162.

[41]. Russell R. Menard y Stuart B. Schwartz, «Was there a Plantation Demographic Regime in the Americas?», en *The Peopling of the Americas*, 4 vols. Lieja, International Union for the Scientific Study of Population, 1992, I, págs. 51-66; Michael Tadman, «The Demographic Cost of Sugar: Debates on Slave Societies and Natural Increase in the Americas», *American Historical Review,* 105/5, 2000, págs. 1534-1575.

[42]. Kenneth Morgan, «Slave Women and Reproduction in Jamaica, ca. 1776-1834», en Gwyn Campbell, Suzanne Miers y Joseph C. Miller (eds.), *Woman and Slavery. Volume Two. The Modern Atlantic*, Athens, OH, Ohio University Press, 2008, pág. 31. Para una situación similar en las plantaciones azucareras de Luisiana, véase Richard Follett, «Gloomy Melancholy; Sexual Reproduction Among Louisiana Slave Women, 1840-1860», *ibid.*, pág. 61.

[43]. Morgan, «Slave Women and Reproduction», pág. 33.

[44]. *Ibid.*, pág. 45; Follet, «Gloomy Melancholy», pág. 69.

[45]. Kenneth Morgan, «The Struggle for Survival: Slave Infant Mortality in the British Caribbean in the late Eighteenth and Nineteenth Centuries», en Gwyn Campbell, Suzanne Miers y Joseph C. Miller (eds.), *Children in Slavery Through the Ages*, Athens, OH, Ohio University Press, 2009, págs. 187-203.

[46]. Richard B. Sheridan, *Doctors and Slaves: A Medical and Demographic History of Slaves in the British West Indies, 1680-1834*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, págs. 216-219, 236-237.

[47]. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean*, págs. 278-279; Kenneth F. Kiple, *The Caribbean Slave: A Biological History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

[48]. Sobre el mestizaje y la mezcla racial en las sociedades esclavas, véase Richard H. Steckel, «Miscegenation and the American Slave Schedules», *Journal of Interdisciplinary History*, 11/2, 1980, págs. 251-263, y Gary B. Nash, «The Hidden History of Mestizo America», *Journal of American History*, 82-83, 1995, págs. 941-964.

[49]. B. W. Higman, «The Slave Family and Household in the British West Indies, 1800-1834», *Journal of Interdisciplinary History*, 6/2, 1975, págs. 261-287; Higman, *Slave Populations of the British Caribbean*, págs. 364-373.

[50]. Morgan, *Slave Counterpart*, pág. 508-509.

[51]. *Ibid.*, pág. 500.

[52]. Emily West, *Chains of Love: Slave Couples in Antebellum South Carolina*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 2004, págs. 150, 157-158.

[53]. Bergad, *The Comparative Histories of Slavery*, pág. 169; Herbert G. Gutman, *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925*, Nueva York, Vintage, 1976; John W. Blassingame, *The Slave Community: Plantation Life in the Antebellum South*, Nueva York, Oxford University Press, 1972.

[54]. Véanse dos estudios de Alida C. Metcalf, «Searching for the Slave Family in Colonial Brazil: A Reconstruction from São Paulo», *Journal of Family History*, 16/3, 1991, págs. 283-297, y *Family and Frontier in Colonial Brazil*: *Santana de Parnaibá, 1580-1822*, Berkeley y Los Ángeles, CA, University of California Press, 1992.

[55]. Stuart B. Schwartz, *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia 1550-1835*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, págs. 395-399; Herbert S. Klein y Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pág. 228.

[56]. Richard Graham, «Slave Families on a Rural Estate in Colonial Brazil», *Journal of Social History*, 9/3, 1976, págs. 382-402.

[57]. Mary C. Karasch, *Slave Life in Rio de Janeiro, 1808-1850*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1987, págs. 287-298.

[58]. Bergad, *The Comparative Histories of Slavery*, págs. 175-176.

[59]. Karen Y. Morrison, *Cuba's Racial Crucible: The Sexual Economy of Social Identities, 1750-2000*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 2015, pág. 159.

[60]. La complejidad de la asignación ocupacional de los esclavos en las áreas rurales y urbanas está documentada en Higman, *Slave Population of the British Caribbean*, págs. 188-199, 274-250.

[61]. Morgan, *Slavery and the British Empire*, pág. 104. El despliegue del trabajo en cuadrillas en Virginia, Barbados y Jamaica está estudiado en Justin Roberts, *Slavery and the Enlightenment in the British Atlantic, 1750-1807*, Nueva York, Cambridge University Press, 2013, págs. 131-160.

[62]. Charles Joyner, *Down by the Riverside: A South Carolina Slave Community*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1984, pág. 43.

[63]. Morgan, *Slave Counterpoint*, págs. 105-106, 179-203; William Dusinberre, *Them Dark Days: Slavery in the American Rice Swamps*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, pág. 32.

[64]. Kenneth M. Stampp, *The Peculiar Institution: Slavery in the Ante-Bellum South*, Nueva York, Easton Press, 1956, págs. 45-46, 55.

[65]. Morgan, *Slavery and the British Empire*, págs. 108-109; Roberts, *Slavery and the Enlightenment*, págs. 120-127.

[66]. Sue Peabody, «Slavery, Freedom and the Law in the Atlantic World, 1492-1807», en Eltis y Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery*, III, págs. 600-601; Elsa V. Goveia, «The West Indian Slave Laws of the Eighteenth Century», *Revista de Ciencias Sociales*, IV/1, 1960, págs. 75-105.

[67]. Sue Peabody y Keila Grinberg, *Slavery, Freedom and the Law in the Atlantic World: A Brief History with Documents*, Boston, Palgrave Macmillan, 2007, pág. 21.

[68]. Peabody y Grinberg, *Slavery, Freedom and the Law in the Atlantic World*, págs. 594-628; C. R. Boxer, *The Golden Age of Brazil, 1695-1750: Growing Pains of a Colonial Society*, Berkeley, CA, Sociedade de Estudos Históricos Dom Pedro Secundo, Rio de Janeiro/California University Press, 1962, págs. 138-140.

[69]. Bernard Moitt, *Women and Slavery in the French Antilles, 1635-1848,* Bloomington, IN, Indiana University Press, 2001, págs. 38, 82, 104, 137.

[70]. C. Duncan Rice, *The Rise and Fall of Black Slavery*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1975, pág. 75.

[71]. William M. Wiecek, «The Statutory Law of Slavery and Race in the Thirteen Mainland Colonies of British America», *William and Mary Quarterly*, XXXIV/2, 1997, págs. 258-280; Thomas D. Morris, *Southern Slavery and the Law, 1619-1860*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1986.

[72]. Edward B. Rugemer, «The Development of Mastery and Race in Comprehensive Slave Codes of the Greater Caribbean during the Seventeenth Century», *William and Mary Quarterly*, LXX/3, págs. 429-458.

[73]. Goveia, «The West Indian Slave Laws», págs. 75-105; D. Barry Gaspar, «“Rigid and Inclement”: Origins of the Jamaica Slave Laws of the Seventeenth Century», en Christopher L. Tomlins y Bruce H. Mann (eds.), *The Many Legalities of Early America*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2001, págs. 78-96.

[74]. D. Barry Gaspar, «Ameliorating Slavery: The Leeward Islands Slave Act of 1798», en Robert L. Paquette y Stanley L. Engerman (eds.), *The Lesser Antilles in the Age of European Expansion*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 1997, págs. 241-258.

[75]. David Waldstreicher, *Slavery's Constitution: From Revolution to Ratification*, Nueva York, Oxford University Press, 2009; Kenneth Morgan, «Slavery and the Debate over Ratification of the United States Constitution», *Slavery and Abolition*, 22/3, págs. 40-65.

[76]. Morris, *Southern Slavery and the Law.*

[77]. Gary B. Nash y Jean Soderlund, *Freedom by Degrees: Emancipation in Pennsylvania and Its Aftermath: Emancipation in Eighteenth-century Pennsylvania and its Aftermath*, Nueva York, Oxford University Press, 1991; David N. Gellman, *Emancipating New York: The Politics of Slavery and Freedom, 1777-1827*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2006; James J. Gigantino II, *The Ragged Road to Abolition: Slavery and Freedom in New Jersey, 1775-1865*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2014.

[78]. Don E. Fehrenbacher (ed.), Ward M. McAfee, *The Slaveholding Republic: An Account of the United States Government's Relations to Slavery*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.

[79]. Lawrence W. Levine, *Black Culture and Black Consciousness: Afro-American Folk Thought from Slavery to Freedom*, Nueva York, Oxford University Press, 1977, págs. 132-133.

[80]. Roger D. Abrahams y John F. Szwed (eds.), *After Africa: Extracts from British Travel Accounts and Journals of the Seventeenth, Eighteenth, and Nineteenth Centuries concerning Slaves, their Manners, and Customs in the British West Indies*, New Haven, CT, Yale University Press, 1983, págs. 384-385.

[81]. Mary Turner, «Religious Beliefs», en Franklin W. Knight (ed.), *General History of the Caribbean. Volume III. The Slave Societies of the Caribbean*, Londres, Unesco Publishing/Macmillan Education, 1997, págs. 289.

[82].Thornton, *Africa and the Africans in the Making of the Atlantic World*, págs. 235-271. Véase también Mechal Sobel, *Trabelin' On: The Slave Journey to an Afro-Baptist Faith*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1988.

[83]. Sylvia R. Frey, «Remembered Pasts: African Atlantic Religions», en Gad Heuman y Trevor Burnard (eds.), *The Routledge History of Slavery*, Abingdon, Routledge, 2011, págs. 153-155; Linda M. Heywood y John K. Thorton, *Central Africans, Atlantic Creoles, and the Foundation of the Americas, 1585-1660*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, págs. 170-196.

[84]. James H. Sweet, *Recreating Africa: Culture, Kinship, and Religion in the African-Portuguese World, 1441-1770*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2003, págs. 191-215.

[85]. Jenny Shaw, *Everyday Life in the Early Caribbean: Irish, Africans and the Construction of Difference*, Athens, GA, University of Georgia Press, 2013, pág. 123.

[86]. Diana Paton, *The Cultural Politics of Obeah: Religion, Colonialism and Modernity in the Caribbean World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

[87]. Vincent Brown, *The Reaper's Garden: Death and Power in the World of Atlantic Slavery*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2008; Diana Paton y Maarit Forde (eds.), *Obeah and Other Powers: The Politics of Caribbean Religion and Healing*, Durham, NC, Duke University Press, 2012.

[88].Sobre el bautismo, véase Stephen Gudeman y Stuart B. Schwartz, «“Cleansing Original Sin”: Godparenthood and the Baptism of Slaves in Eighteenth-Century Bahia», en Raymond T. Smith (ed.), *Kinship Ideology and Practice in Latin America*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1984, págs. 35-58.

[89]. Levine, *Black Culture and Black Consciousness;* Brown, *The Reaper's Garden*, págs. 64, 66, 68, 212-216, 218.

[90]. Sweet, *Recreating Africa*, pág. 176.

[91]. Turner, «Religious Beliefs», pág. 298.

[92]. Albert J. Raboteau, *Slave Religion: the «Invisible Institution» in the Antebellum South*, Nueva York, Oxford University Press, 1978, pág. 230.

[93]. Frank Tannenbaum, *Slave and Citizen: The Negro in the Americas*, Nueva York, Vintage, 1947.

[94]. Colin A. Palmer, «Religion and Magic in Mexican Slave Society, 1570-1650», en Engerman y Genovese (eds.), *Race and Slavery in the Western Hemisphere*, págs. 312-313.

[95]. Herbert S. Klein, *Slavery in the Americas: A Comparative Study of Virginia and Cuba*, Chicago, Quadrangle Books, 1967, págs. 87-104; Margaret M. Olsen, *Slavery and Salvation in Colonial Cartagena de Indias*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 2004, pág. 61.

[96]. Gwendolyn Midlo Hall, *Social Control in Slave Plantation Societies: A Comparison of St Domingue and Cuba*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1971, págs. 102-103.

[97]. Rachel Sarah O'Toole, *Bound Lives: Africans, Indians, and the Making of Race in Colonial Peru*, Pittsburgh, University of Pittsburg Press, 2012, págs. 32, 34.

[98].Christine Hünefeldt, *Paying the Price of Freedom: Family and Labor among Lima's Slaves 1800-1854*, Berkeley y Los Ángeles, CA, University of California Press, 1994, págs. 149-150.

[99]. Andrews, *Afro-Latin America*, pág. 28.

[100]. Stuart B. Schwartz, *Slaves, Peasants, and Rebels: Reconsidering Brazilian Slavery*, Urbana y Chicago, IL, University of Illinois Press, 1992, pág. 140.

[101]. Kathleen J. Higgins, *«Licentious Liberty» in a Brazilian Gold-Mining Region: Slavery, Gender, and Social Control in Eighteenth-Century Sabará, Minas Gerais*, University Park, PA, Pennsylvania State University Press, 1994, págs. 123-124.

[102]. Frank Lambert, *Pedlar in Divinity: George Whitefield and the Transatlantic Revivals, 1737-1770*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1994, págs. 153-154. 204-205.

[103]. Sylvia R. Frey y Betty Wood, *Come Shouting to Zion: African American Protestantism in the American South and British Caribbean to 1830*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1998; Albert J. Raboteau, «The Slave Church in the Era of the American Revolution», en Ira Berlin y Ronald Hoffman (eds.), *Slavery and Freedom in the Age of the American Revolution*, Urbana y Chicago, IL, University of Illinois Press, 1986, págs. 193-213.

[104]. Frey y Wood, *Come Shouting to Zion*, págs. 143, 145, 147.

[105]. J. Harry Bennett, Jr, *Bondsmen and Bishops: Slavery and Apprenticeship on the Codrington Plantations of Barbados, 1710-1838*, Berkeley, CA, University of California Press, 1958. Véase también Travis Glasson, *Mastering Christianity: Missionary Anglicanism and Slavery in the Atlantic World*, Nueva York, Oxford University Press, 2012.

[106]. Richard S. Dunn, *A Tale of Two Plantations: Slave Life and Labor in Jamaica and Virginia*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2014, págs. 224-231, 268-270; Sue Thomas, *Telling West Indian Lives: Life Narrative and the Reform of Plantation Slavery Cultures, 1804-1834*, Nueva York, Oxford University Press, 2014, págs. 124-125.

[107]. Mary Turner, *Slaves and Missionaries: The Disintegration of Jamaican Slave Society, 1787-1834*, Urbana, Il, University of Illinois Press, 1998.

[108]. George Brandon, *Santeria from Africa to the New Wold: The Dead Sell Memories*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 1993.

[109]. Bergad, *The Comparative Histories of Slavery*, pág. 182.

[110]. Stuart B. Schwartz, *All Can be Saved: Religious Tolerance and Salvation in the Iberian Atlantic World*, New Haven, CT, Yale University Press, 2008, pág. 199.

[111]. Frey, «Remembered Pasts», pág. 164.

[112]. Luis Nicolau Parés, *The Formation of Candomblé: Vodun History and Ritual in Brazil*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2013, págs. 89, 95.

[113]. Kate Ramsey, *The Spirits and the Law: Vodou and Power in Haiti*, Chicago, University of Chicago Press, 2011.

[114]. George Reid Andrews, *Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2010, págs. 24, 26-27.

4. La resistencia de los esclavos

[1]. Richard D. E. Burton, *Afro-Creole: Power, Opposition and Play in the Caribbean*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1997, págs. 48-49.

[2]. David Barry Gaspar, «Slavery, Amelioration, and Sunday Markets in Antigua, 1823-1831», *Slavery and Abolition*, 9/1, 1988, págs. 1-28.

[3]. Kenneth M. Stampp, *The Peculiar Institution: Slavery in the Ante-Bellum South*, Nueva York, Easton Press, 1956, págs. 127-128.

[4]. Peter H. Wood, *Black Majority: Negroes in the Colonial South Carolina From 1670 through the Stono Rebellion*, Nueva York, W.W. Norton & Co., 1974, págs. 308-326.

[5]. Peter Charles Hoffer, *The Great New York Conspiracy of 1741: Slavery, Crime and the Colonial Law*, Lawrence, KS, University Press of Kansas, 2003, págs. 72, 98-99, 102-103.

[6]. Michael Craton, *Testing the Chains: Resistance to Slavery in the British West Indies*, Ithaca, Nueva York, NY, Cornell University Press, 1982, págs. 303-304, 310, 312.

[7]. Manuel Barcia, *Seeds of Insurrection: Domination and Resistance on Western Cuban Plantations, 1808-1848*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2008, pág. 108.

[8]. Michael Mullin, *Africa in America: Slave Acculturation and Resistance in The American South and the British Caribbean, 1736-1831*, Urbana, Il, University of Illinois Press, 1992, pág. 255.

[9]. Pieter C. Emmer, «Who Abolished Slavery in the Dutch Caribbean?», en Seymour Drescher y Pieter C. Emmer (eds.), *Who Abolished Slavery? Slave Revolts and Abolitionism: A Debate with João Pedro Marques*, Nueva York, Berghahn Books, 2010, pág. 109.

[10]. Justin Roberts, «The “Better Sort” and the “Poorer Sort”: Wealth Inequality, Family Formation and the Economy of Energy on British Caribbean Sugar Plantations, 1750-1850», *Slavery and Abolition*, 35/3, 2014, págs. 458-473.

[11]. Justin Roberts, *Slavery and the Enlightenment in the British Atlantic, 1750-1807*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, págs. 274-275.

[12]. Philip J. Schwartz, *Twice Condemned: Slaves and the Criminal Laws of Virginia, 1705-1865*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1988, pág. 95.

[13]. Emilia Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood: The Demerara Slave Rebellion of 1823*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pág. 82.

[14]. Trevor Burnard, *Mastery, Tyranny, and Desire: Thomas Thistlewood and his Slaves in the Anglo-Jamaican World*, Chapel-Hill, NC, University of North Carolina Press, 2004.

[15]. Stephanie M. H. Camp, *Closer to Freedom: Enslaved Women and Everyday Resistance in the Plantation South*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2004, págs. 15, 25.

[16]. Stuart B. Schwartz, *Slaves, Peasants, and Rebels: Reconsidering Brazilian Slavery*, Urbana y Chicago, IL, University of Illinois Press, 1992, págs. 105-108.

[17]. Manolo Florentino y Márcia Amantino, «Runaways and *Quilombolas* in the Americas», en David Eltis y Stanley L. Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery. Volume 3. AD 1420-AD 1804*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pág. 710.

[18]. John Ferdinand Dalziel Smyth, *A Tour of the United States of America*, 2 vols., Dublin, Arno Press, 1784, ii, pág. 102.

[19]. Para ejemplos de los anuncios de esclavos fugitivos, véase John Hope Franklin y Loren Schweninger, *Runaway Slaves: Rebels on the Plantation*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1999; Alvin O. Thompson, *Flight to Freedom: African Runaways and Maroons in the Americas*, Mona, University of West Indies Press, 3006; Billy G. Smith y Richard Wojtowicz (eds.), *Blacks Who Stole Themselves: Advertisements for Runaways in the Pennsylvania Gazette, 1728-1790*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1989.

[20]. Para un artículo reciente que explora estas cuestiones, véase Roberts, «The “Better Sort” and the “Poorer Sort”», págs. 458-473.

[21]. Gerald W. Mullin, *Flight and Rebellion: Slave Resistance in Eighteenth-Century Virginia*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1972, págs. 35-37, 46, 92.

[22]. James Sidbury, «Resistance to Slavery», en Gad Heuman y Trevor Burnard (eds.), *The Routledge History of Slavery*, Londres, Routledge, 2011, pág. 210.

[23]. B. W. Higman, *Slave Population and Economy in Jamaica, 1807-1834*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976, pág. 180.

[24]. N. A. T. Hall, «Maritime Maroons: Grand Marronage from the Danish West Indies», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, XLII/4, 1985, págs. 476-498.

[25]. Kenneth Morgan, *Slavery and Servitude in Colonial North America: A Short History*, Nueva York, New York University Press, 2000, pág. 99; Florentino y Amantino, «Runaways and *Quilombolas* in the Americas», pág. 716; David Geggus, «On the Eve of the Haitian Revolution: Slave Runaways in Saint Domingue in the year 1790», *Slavery and Abolition*, 6/3, 1985, pág. 117.

[26]. Marvin L. Michael Kay y Lorin Lee Cary, *Slavery in North Carolina 1748-1775*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1995, págs. 124, 268.

[27]. Mullin, *Flight and Rebellion*, pág. 192; Philip D. Morgan, *Slave Counterpoint: Black Culture in the Eighteenth-Century Chesapeake and Lowcountry*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1998, pág. 152.

[28]. Gad Heuman, «Runaway Slaves in Nineteenth-Century Barbados», *Slavery and Abolition*, 6/3, 1985, págs. 102-103.

[29]. Philip D. Morgan y Andrew Jackson O'Shaughnessy, «Arming Slaves in the American Revolution», en Christopher Leslie Brown y Philip D. Morgan (eds.), *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*, New Haven, CT, Yale University Press, 2006, págs. 180-208.

[30]. Silvia R. Frey, *Water from the Rock: Black Resistance in a Revolutionary Age*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1991; John N. Grant, «Black Immigrants into Nova Scotia, 1776-1815», *Journal of Negro History*, 58/3, 1973, págs. 253-270. Para una interesante evaluación de las cifras, véase Cassandra Pybus, «Jefferson Faulty Math: The Question of Slave Defections in the American Revolution», *William and Mary Quarterly*, 3.a serie, XLII/2, págs. 243-264.

[31]. Roger N. Buckley, *Slaves in Red Coats: The British West India Regiments, 1795-1815*, New Haven, CT, Yale University Press, 1979; idem, *The British in the West Indies: Society and the Military in the Revolutionary Age*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 1998.

[32]. Joseph P. Reidy, «Armed Slaves and the Struggles for Republican Liberty in the U.S. Civil War», en Brown y Morgan (eds.), *Arming Slaves*, pág. 275.

[33]. David Brion Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Emancipation*, Nueva York, Oxford University Press, 2014, pág. 255; Steven Hahn, *The Political Worlds of Slavery and Freedom*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009, págs. 13, 24, 27-38, 55-58.

[34]. Para un estudio de caso, véase Paul Lokken, «A Maroon Moment: Rebel Slaves in Early Seventeenth-Century Guatemala», *Slavery and Abolition*, 25/3, 2004, págs. 44-58.

[35]. Richard Price, «Maroons and their Communities», en Richard Price (ed.), *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas»*, 3.ª ed., Baltimore, John Hopkins University Press, 1996, págs. 1-30.

[36]. João Pedro Marques, «Slave Revolts and the Abolition of Slavery: An Overinterpretation», en Drescher y Emmer (eds.), *Who Abolished Slavery?*, pág. 9.

[37]. Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru, 1524-1650*, Stanford, CA, Stanford University Press, 1974, págs. 187-188.

[38]. Arcaya M. Pedro, *Insurrección de los negros de la Serranía de Coro*, Caracas, Pan American Institute, 1930, págs. 23-49.

[39]. Barcia, *Seeds of Insurrection*, pág. 49.

[40]. Aquiles Escalante, «Palenques in Colombia», en Price (ed.), *Maroon Societies*, págs. 74, 76.

[41]. Florentino y Amantino, «Runaways and *Quilombolas* in the Americas», pág. 715.

[42]. Anthony McFarlane, «Cimarrones and Palenques: Runaways and Resistance in Colonial Colombia», *Slavery and Abolition*, 6/3, 1985, pág. 134.

[43]. Francisco Pérez de la Riva, «Cuban Palenques», en Price (ed.), *Maroon Societies*, págs. 49-54, 57; Gabino La Rosa Corzo, *Runaway Slave Settlements in Cuba: Resistance and Repression*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2003.

[44]. Patrick J. Carroll, «Mandinga: The Evolution of a Mexican Runaway Slave Community, 1735-1827», *Comparative Studies in Society and History*, 19/4, 1977, págs. 488-504.

[45]. George Reid Andrews, *Afro-Latin America 1800-2000*, Nueva York, Oxford University Press, 2004, pág. 38; R. Anderson, «The Quilombo of Palmares: A New Overview of a Maroon State in Seventeenth-Century Brazil», *Journal of Latin American Studies*, 28/3, 1996, págs. 545-566.

[46]. Price, «Maroons and their Communities», págs. 10-13.

[47]. Andrews, *Afro-Latin America*, pág., 75.

[48]. Mavis Campbell, *The Maroons of Jamaica, 1655-1796: A History of Resistance, Collaboration and Betrayal*, Granby, MA, Bergin and Garvey, 1988, págs. 126-142.

[49]. Douglas Hall, *In Miserable Slavery: Thomas Thistlewood in Jamaica, 1750-1786*, Mona, University of West Indies Press, 1989, págs. 96, 110.

[50]. Campbell, *The Maroons of Jamaica*, págs. 209-249.

[51]. Roquinaldo Ferreira, «Slaving and Resistance to Slaving in West Central Africa», en Eltis y Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery*, III, págs. 123-130.

[52]. James F. Searing, *West African Slavery and Atlantic Commerce: The Senegal River Valley, 1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pág. 109.

[53]. Eric Robert Taylor, *If We Must Die: Shipboard Insurrections in the Era of the Atlantic Slave Trade*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2006. Véase también David Richardson, «Shipboard Revolts, African Authority and Atlantic Slave Trade», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LVIII/1, 2001, págs. 69-92.

[54]. Marcus Rediker, *The Amistad Rebellion: An Atlantic Odyssey of Slavery and Freedom*, Nueva York, Penguin Books, 2012.

[55]. Lynne Guitar, «Boiling it Down: Slavery on the First Commercial Sugarcane Ingenios in the Americas», en Jane G. Landers y Barry M. Robinson (eds.), *Slaves, Subjects and Subversives: Blacks in Colonial Latin America*, Albuquerque, NM, University of New Mexico Press, 2006, págs. 49-52.

[56]. Eugene D. Genovese, *From Rebellion to Revolution: Afro-American Slave Revolts in the Making of the New World*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1979, págs. 12-15.

[57]. Ray A. Kea, «“When I die, I shall return to my own land”: an “Amina” Slave Rebellion in the Danish West Indies, 1733-1734», en John Hunwick y Nancy Lawler (eds.), *The Cloth of Many Colored Silks: Papers on History and Society Ghanian and Islamic in Honor of Ivor Wilks*, Evanston, IL, Northwestern University Press, 1996, págs. 159-193.

[58]. Genovese, *From Rebellion to Revolution*, págs. 12-15.

[59]. *Ibid*., págs. 16-17.

[60]. Para un ejemplo de la represión brutal de una revuelta de esclavos, véase Wood, *Black Majority*, págs. 318-320.

[61]. James D. Rice, *Tales from a Revolution: Bacon's Rebellion and the Transformation of Early America*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

[62]. *Ibid*.; Edmund S. Morgan, *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia*, Nueva York, Oxford University Press, 1975, págs. 250-270.

[63]. Peter C. Hoffer, *Cry Liberty: The Great Stono River Slave Rebellion of 1739*, Nueva York, Oxford University Press, 2012, págs. 67-68, 77-121.

[64]. John K. Thornton, «African Dimensions of the Stono Rebellion», *American Historical Review*, 96/4, 1991, págs. 1101-1113.

[65]. Hoffer, *Cry Liberty*, págs. 127-131.

[66]. Douglas R. Egerton, *Gabriel's Rebellion: The Virginia Slave Conspiracies of 1800 and 1802*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1993; James Sidbury, *Ploughshares into Swords: Race, Rebellion, and Identity in Gabriel's Virginia, 1730-1810*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

[67]. Sidbury, *Ploughshares into Swords*, págs. 95, 120-128; Egerton, *Gabriel's Rebellion*, págs. 119-146.

[68]. Stephen B. Oates, *The Fires of Jubilee: Nat Turner's Fierce Rebellion*, Nueva York, Harper Perennials, 1990.

[69]. Eva Sheppard Wolf, *Race and Liberty in the New Nation: Emancipation in Virginia from the Revolution to Nat Turner's Rebellion*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2006, págs. 196-197, 199, 213, 217, 231, 235.

[70]. Trevor Burnard, «Powerless Masters: The Curious Decline of Jamaican Sugar Planters in the Foundational Period of British Abolitionism», *Slavery and Abolition*, 32/2, 2011, pág. 193.

[71]. Vincent Brown, *The Coromantee Wars: An Archipelago of Insurrection*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2015.

[72]. Trevor Burnard, «Slavery and the Causes of the American Revolution in Plantation British America», en Andrew Shankman (ed.), *The World of the Revolutionary American Republic: Land, Labor, and the Conflict for a Continent*, Nueva York, Routledge, 2014, págs. 58-59, 62; Diana Paton, *The Cultural Politics of Obeah: Religion, Colonialism and Modernity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pág. 41.

[73]. Claudius K. Fergus, *Revolutionary Emancipation: Slavery and Abolitionism in the British West Indies*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2013, págs. xii, 38-39.

[74]. Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Emancipation*, pág. 47.

[75]. Stanley L. Engerman, «France, Britain and the Economic Growth of Colonial North America», en John J. McCusker y Kenneth Morgan (eds.), *The Early Modern Atlantic Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pág. 237.

[76]. Fergus, *Revolutionary Emancipation*, pág. 79.

[77]. Carolyn E. Fick, *The Making of Haiti: The Saint Domingue Revolution from Below*, Knoxville, TN, University of Tennessee Press, 1990, págs. 240-241.

[78]. David Geggus, *Slavery, War, and Revolution: The British Occupation of Saint Domingue, 1793-1798*, Oxford, Clarendon Press, 1982, págs. 212, 383; Bernard Moitt, *Women an Slavery in the French Antilles, 1635-1848*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 2001, págs. 136-137.

[79]. John Thornton, «African Soldiers in the Haitian Revolution», *Journal of Caribbean History*, 25/1-2, págs. 58-81.

[80]. David Geggus, «Toussaint Louverture and the Haitian Revolution», en R. William Weisberger (ed.), *Profiles of Revolutionaries in Atlantic History, 1750-1850*, Nueva York, Columbia University Press, 2007, págs. 115-135.

[81]. Alfred N. Hunt, *Haiti's Influence on Antebellum America: Slumbering Volcano in the Caribbean*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1998, pág. 23.

[82]. *Ibid.*, pág. 24.

[83]. Laurent Dubois, *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2005.

[84]. Jeremy D. Popkin, *You are all Free: The Haitian Revolution and the Abolition of Slavery*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, págs. 379-380.

[85]. C. L. R. James, *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, Nueva York, Penguin, 1963, pág. 136.

[86]. Moitt, *Women and Slavery in the French Antilles*, págs. 127-130; Laurent Dubois, «The Promise of Revolution: Saint-Domingue and the Struggle for Autonomy in Guadeloupe, 1797-1802», en David P. Geggus (ed.), *The Impact of Haitian Revolution in the Atlantic World*, Columbia, SC, University of South Carolina Press, 2001, págs. 112-134.

[87]. Bernard Moitt, «Slave Resistance in Guadeloupe and Martinique, 1791-1848», *Journal of Caribbean History*, 25/1-2, 1991, págs. 136-159.

[88]. Moitt, *Women and Slavery in the French Antilles*, págs. 130-132; Rebecca Hartkopf Schloss, *Sweet Liberty: The Final Days of Liberty in Martinique*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2009.

[89]. David Geggus, «The Enigma of Jamaica in the 1790s: New Light on the Causes of Slave Rebellions», *William and Mary Quarterly*, XLIV/2, 1987, págs. 274-299.

[90]. Craton, *Testing the Chains*, págs. 183-190.

[91]. Matt D. Childs, *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle against Atlantic Slavery*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2006, págs. 120, 128, 147, 154.

[92]. Johannes Postma, *Slave Revolts*, Westport, CT, Greenwood Press, 2008, pág. 66.

[93]. Karen Robert, «Slavery and Freedom in the Ten Years' War: Cuba, 1868-1878», *Slavery and Abolition*, 13/3, 1992, págs. 181-200; Robert L. Paquette, *Sugar is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*, Middletown, CT, Wesleyan University Press, 1988, págs. 4, 71-72, 209-213, 219-222, 229, 233, 235, 264.

[94]. Craton, *Testing the Chains*, págs. 257, 259, 269, 294; Michael Craton, «Proto-Peasant Revolts? The Late Slave Rebellions in the British West Indies, 1816-1832», *Past and Present*, 85, 1979, págs. 99-125.

[95]. Hilary Beckles, *Black Rebellion in Barbados*, Bridgetown, Antilles Publications, 1984.

[96]. Craton, «Proto-Peasant Revolts?», págs. 99-125.

[97]. Mary Turner, *Slaves and Missionaries: The Disintegration of Jamaican Slave Society, 1787-1834*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1982; Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood*, págs. 9-15, 99-100.

[98]. Craton, *Testing the Chains*, págs. 295-297.

[99]. *Ibid.*, pág. 291.

[100]. Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood*, pág. 229.

[101]. Craton, *Testing the Chains*, pág. 321.

[102]. *Ibid*., págs. 254-290.

[103]. *Ibid.*, págs. 291-321; Gelien Matthews, *Caribbean Slave Revolts and the British Abolitionist Movement*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2006, pág. 107.

[104]. Craton, «Proto-Peasant Revolts?», págs. 99-125.

[105]. Genovese, *From Rebellion to Revolution*, pág. 30; João José Reis, «Slave Resistance in Brazil: Bahia, 1808-1835», *Luso-Brazilian Review*, 25/1, 1988, págs. 111-144.

[106]. Marques, «Slave Revolts», pág. 51.

[107]. Andrews, *Afro-Latin America*, págs. 75, 77; Dick Geary, «"Atlantic Revolution" or Local Difficulty: Aspects of Revolt in Brazil, 1780-1880», *Australian Journal of Politics and History*, 56/3, 2010, págs. 339-341, 346; Stuart B. Schwartz, «Cantos and Quilombos», en Landers y Robinson (eds.), *Slaves, Subjects and Subversives*, pág. 248-249.

[108]. João José Reis, *Slave Rebellion in Brazil: The Muslim Uprising of 1835 in Bahia*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1993, págs. 40, 93, 96; R. K. Kent, «African Revolt in Bahia: 24-25 January 1835», *Journal of Social History* 3/4, 1970, págs. 334-356.

[109]. Marques, «Slave Revolts», pág. 73.

5. La abolición de la trata de esclavos

[1]. Richard Hellie, «Russian Slavery and Serfdom, 1450-1804», y Ehud R. Toledano, «Enslavement in the Ottoman Empire in the Early Modern Period», en David Eltis y Stanley L. Engerman (eds.), *The Cambridge World History of Slavery, Volume 3. AD 1420-AD 1804*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, págs. 25-46, 275-295.

[2].David Brion Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture*, Ithaca, NY, Oxford University Press, 1996; *Inhuman Bondge: The Rise and Fall of Slavery in the New World*, Nueva York, Oxford University Press, 2006.

[3].Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture*, págs. 116-117.

[4]. Christopher L. Brown, «Slavery and Antislavery», en Nicholas Canny y Philip D. Morgan (eds.), *Oxford Handbook on the Atlantic World, c. 1450-1820*, Oxford, Oxford University Press, 2011, págs. 602-617.

[5]. Andrew O'Shaughnessy, *An Empire Divided: The American Revolution and the British Caribbean*, Filadelfia, Temple University Press, 2000; David Beck Ryden, *West Indian Slavery and British Abolition, 1783-1807*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009; B. W. Higman, «The West India Interest in Parliament, 1807-1833», *Historical Studies*, 13/49, 1967, págs. 1-19.

[6]. Ryden, *West Indian Slavery and British Abolition*, págs. 21-24, 40-82.

[7]. Larry E. Tise, *Proslavery: A History of the Defense of Slavery in America, 1701-1840*, Athens, GA, University of Georgia Press, 1987, págs. 109, 115.

[8]. Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture*, págs. 394-396, 402-408.

[9]. Roger Anstey, *The Atlantic Slave Trade and British Abolition, 1760-1810*, Londres, Macmillan, 1975, págs. 98-106, 113-115.

[10]. Seymour Drescher, *The Mighty Experiment: Free Labor versus Slavery in British Emancipation*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, págs. 29-32.

[11]. Dee E. Andrews, *The Methodists and Revolutionary America, 1760-1800: the Shaping of an Evangelical Culture*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000.

[12]. Jean R. Soderlund, *Quakers and Slavery: A Divided Spirit*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1985.

[13]. Anstey, *The Atlantic Slave Trade and British Abolition*, págs. 126, 130-133; Christopher L. Brown, «Christianity and the Campaign against Slavery and the Slave Trade», en Stewart I. Brown y Timothy Tackett (eds.), *The Cambridge History of Christianity. Volume 7. Enlightenment, Revolution, and Reawakening, 1660-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, págs. 517-535.

[14]. Maurice Jackson, *Let This Voice be Heard: Anthony Benezet, Father of Atlantic Abolitionism*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2009; Geoffrey Plank, *John Woolman's Path to the Peaceable Kingdom: A Quaker in the British Empire*, Filadelfia, PA, University of Pennsylvania Press, 2012.

[15]. David Brion Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution, 1770-1823*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1975, págs. 213-254; Soderlund, *Quakers & Slavery*.

[16]. J. R. Oldfield, *Transatlantic Abolitionism in the Age of Revolution: An International History of Anti-Slavery, c. 1787-1820*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

[17]. Christopher Leslie Brown, *Moral Capital: Foundations of British Abolitionism*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2006, págs. 391-433; Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Londres, Verso, 1988, págs. 133-144.

[18]. Seymour Drescher, «The Shocking Birth of British Abolitionism», *Slavery and Abolition*, 33/4, 2012, págs. 571-593.

[19].Stanley L. Engerman, «Emancipations in Comparative Perspective: A Long and Wide View», en Gert Oostindie (ed.), *Fifty Years Later: Antislavery, Capitalism and Modernity in the Dutch Orbit*, Leiden, Brill, 1995, pág. 227.

[20]. Svend E. Green-Pedersen, «The Economic Considerations behind the Danish Abolition of the Negro Slave Trade», en Henry A. Gemery y Jan S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*, Nueva York, Academic Press, 1979, págs. 402-417.

[21]. Daniel P. Hopkins, «The Danish Ban on the Atlantic Slave Trade and Denmark's Colonial Ambitions, 1787-1807», *Itinerario*, 25/3-4, 2001, págs. 154-184; Pernille Røge, «Why the Danes Got There First – A Trans-Imperial Study of the Abolition of the Danish Slave Trade in 1792», *Slavery and Abolition*, 35/4, 2014, págs. 576-592.

[22].Eric Gøbel, «The Danish Edict of 16th March 1972 to Abolish the Slave Trade», en Jan Parmentier y Sander Spanoghe (eds.), *Orbis in Orbem: Liber amicorum John Everaert*, Gante, Academia Press, 2001, págs. 252-262 (cita de la página 262).

[23]. Hans Christian Johansen, «The Reality behind the Demographic Arguments to Abolish the Danish Slave Trade», en David Eltis y James Walvin (eds.), *The Abolition of the Atlantic Slave Trade: Origins and Effects in Europe, Africa, and the Americas*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1981, págs. 224, 229.

[24]. El historial de ambos abolicionistas se estudia en muchos libros, entre los que se encuentran Anstey, *The Atlantic Slave Trade and British Abolition;* Seymour Drescher, *Econocide: British Slavery in the Era of Abolition*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1977; W. E. B. Du Bois, *The Suppression of the African Slave Trade to the United States of America 1638-1870*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1986; Don E. Fehrenbacher con Ward M. McAfee, *The Slaveholding Republic: An Account of the United States Government's Relations to Slavery*, Nueva York, Oxford University Press, 2001, págs. 135-150.

[25]. Véanse los comentarios contemporáneos citados en Matthew Mason, «Keeping up Appearances: The International Politics of Slave Trade Abolition in the Nineteenth-Century Atlantic World», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LXVI/4, 2009, págs. 809-810.

[26]. Datos extraídos de www.slavevoyages.org, página a la que se accedió el 18 de marzo de 2015.

[27]. David Eltis, «The U.S. Transatlantic Slave Trade, 1644-1867: An Assessment», *Civil War History*, 54/4, 2008, pág. 370; David Eltis y David Richardson, «A New Assessment of the Transatlantic Slave Trade», en David Eltis y Davis Richardson (eds.), *Extending the Frontiers: Essays on the New Transatlantic Slave Trade Database*, New Haven, CT, Yale University Press, 2008, pág. 48.

[28].Estas tradiciones políticas diferentes respecto a la política contraria al tráfico de esclavos están bien expuestas en Dale H. Porter, *The Abolition of the Slave Trade in England, 1784-1807*, Hamden, CT, Archon Books, 1970, y Fehrenbacher con McAfee, *The Slaveholding Republic*. Véanse también dos artículos de Paul Finkelman: «Regulating the African Slave Trade», *Civil War History*, 54/4, 2008, págs. 379-405; «The American Suppression of the African Slave Trade: Lessons on Legal Change, Social Policy, and Legislation», *Akron Law Review*, 433, 2009, págs. 458-461.

[29]. Esta fue la frase pronunciada por Edward Stanley, el secretario colonial, en 1833: véase Drescher, *The Mighty Experiment*, pág. 123.

[30]. Las principales tendencias de los numerosos estudios sobre estos temas pueden encontrarse en Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution*; Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*; Seymour Drescher, *Abolition: A History of Slavery and Antislavery*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009.

[31]. J. R. Oldfield, *Popular Politics and British Anti-Slavery: The Mobilisation of Public Opinion Against the Slave Trade, 1787-1807*, Manchester, University of Manchester Press, 1995; Kenneth Morgan, «Proscription by Degrees: The Ending of the African Slave Trade to the United States», en David T. Gleeson y Simon Lewis (eds.), *Ambiguous Anniversary: The Bicentennial of the International Slave Trade Bans*, Columbia, SC, University of South Carolina Press, 2012, págs. 1-34.

[32]. Sobre estos temas, véanse Anstey, *The Atlantic Slave Trade and British Abolition*, págs. 264-273; James Walvin, *Black Ivory: A History of British Slavery*, Londres, Harper Collins, 1992, págs. 46-48; James Walvin, *The Zong: A Massacre, the Law and the End of Slavery*, New Haven, CT, Yale University Press, 2011.

[33]. Arthur Zilversmit, *The First Emancipation: The Abolition of Slavery in the North*, Chicago, University of Chicago Press, 1967.

[34]. Estas generalizaciones se justifican en diversas estudios; por ejemplo, Gary B. Nash, *Race and Revolution*, Madison, WI, Rowman & Littlefield Publishers, 1990, y Richard S. Newman, *The Transformation of American Abolitionism: Fighting Slavery in the Early Republic*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2002. Las leyes de emancipación gradual fueron aprobadas en Pensilvania en 1780, en Nueva York en 1799, y en Nueva Jersey en 1804.

[35]. Morgan «Proscription by Degrees», pág. 9; Eva Sheppard Wolf, *Race and Liberty in the New Nation: Emancipation in Virginia from the Revolution to Nat Turner's Rebellion*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2006, págs. 14, 24-25, 28; Gary B. Nash y Jean Soderlund, *Freedom by Degrees: Emancipation in Pennsylvania and its Aftermath*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, pág. 102.

[36]. David N. Gellman, *Emancipating New York: The Politics of Slavery and Freedom 1777-1827*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2006, págs. 52-53; Graham Russell Hodges, *Root and Branch: African Americans in New York and East Jersey, 1613-1863*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1999, pág. 169; Patrick S. Brady, «The Slave Trade and Sectionalism in South Carolina, 1787-1808», *Journal of Southern History*, 38/4, 1972, págs. 601-620; Ruth Scarborough, *The Opposition to Slavery in Georgia prior to 1860*, Nashville, TN, University of Tennessee Press, 1993, págs. 108-110.

[37]. Anstey, *The Atlantic Slave Trade and British Abolition*, págs. 269-270, 275, 330-331.

[38]. Bruce A. Ragsdale, *A Planter's Republic: The Search for Economic Independence in Revolutionary Virginia*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1996, págs. 145-251.

[39]. Rachel N. Klein, *Unification of a Slave State: The Rise of the Planter Class in the South Carolina Backcountry, 1760-1808*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1990, págs. 131-132.

[40]. James LoGerfo, «Sir William Dolben and “The Cause of Humanity”: The Passage of the Slave Trade Regulation Act of 1788», *Eighteenth-Century Studies*, 6/4, 1973, págs. 431-451.

[41]. Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution*, pág. 24.

[42]. Morgan, «Proscription by Degrees», págs. 7-8.

[43]. Paul Finkelman, «Slavery and the Constitutional Convention: Making a Covenant with Death», en Richard R. Beeman, Edward C. Carter II y Stephen Botein (eds.), *Beyond Confederation: Origins of the Constitution and American National Identity*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1987, págs. 195-217.

[44]. Kenneth Morgan, «Slavery and the Debate over Ratification of the United States Constitution», *Slavery and Abolition,* 22/3, 2001, pág. 45.

[45]. Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution*, págs. 123-125.

[46]. Véase, por ejemplo, Nash, *Race and Revolution*, págs. 27-29; Gary B. Nash, *The Forgotten Fifth: African Americans in the Age of Revolution*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2006, págs. 79-85.

[47]. Paul Finkelman, «The Founders AND Slavery: Little Ventured, Little Gained», *Yale Journal of Law & the Humanities*, 13/2, 2001, págs. 79-85.

[48]. Donald L. Robinson, *Slavery in the Structure of American Politics, 1765-1820*, Nueva York, W.W. Norton & Co., 1971, págs. 302-310; Howard A. Ohline, «Slavery, Economics, and Congressional Politics, 1790», *Journal of Southern History*, 46/3, 1980, págs. 335-360.

[49]. Fehrenbacher, *The Slaveholding Republic*, pág. 136.

[50]. Brady, «The Slave Trade and Sectionalism», pág. 601-620.

[51]. Brown, *Moral Capital*.

[52]. Oldfield, *Popular Politics and British Anti-Slavery*, pág. 114.

[53]. *Ibid.*, págs. 155-166; Marcus Wood, *Blind Memory: Visual Representations of Slavery in England and America, 1780-1865*, Manchester, University of Manchester Press, 2000, págs. 16-21, 25-29; M. Guyatt, «The Wedgwood Slave Medallion», *Journal of Design History*, 13/2, 2000, págs. 93-105.

[54]. David Geggus, *Slavery, War and Revolution: The British Occupation of Saint Domingue, 1793-1798*, Oxford, Clarendon Press, 1982.

[55]. Jed Handelsman Shugerman, «The Louisiana Purchase and South Carolina's Reopening of the Slave Trade in 1803», *Journal of the Early Republic*, 22/2, 2002, págs. 253-290.

[56]. Michael Duffy, «The French Revolution and British Attitudes to the West Indian Colonies», en David Barry Gaspar y David Geggus (eds.), *A Turbulent Time: The French Revolution and the Greater Caribbean*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 1997, págs. 78-101.

[57]. Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution*, págs. 441-443.

[58].Los datos pueden consultarse en la página www.slavevoyages.org (a la que se accedió el 18 de marzo de 2015).

[59]. Anstey, *The Atlantic Slave Trade and the British Abolition*, págs. 364-402.

[60]. Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1944; Drescher, *Econocide*. Véase también Ryden, *West Indian Slavery and British Abolition*, págs. 254-270; Selwyn H. H. Carrington, *The Sugar Industry and the Abolition of British Slave Trade, 1775-1810*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 2002; David Richardson, «The Ending of the British Slave Trade in 1807: The Economic Context», en Stephen Farrell, Melanie Unwin y James Walvin (eds.), *The British Slave Trade: Abolition, Parliament and People*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2007, págs. 127-140.

[61]. Lacy K. Ford, *Deliver Us from Evil: The Slavery Question in the Old South*, Nueva York, Oxford University Press, 2009, págs. 96-102, 105.

[62]. Michael Tadman, *Speculators and Slaves: Masters, Traders, and Slaves in the Old South*, 2.ª ed., Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1996; Steven M. Deyle, *Carry Me Back: The Domestic Slave Trade in American Life*, Nueva York, Oxford University Press, 2006.

[63]. Stephen J. Goldfarb, «An Inquiry into the Politics of the Prohibition of the International Slave Trade», *Agricultural History*, 68/2, 1994, págs. 29-30.

[64]. Morgan, «Proscription by Degrees», pág. 1.

[65]. Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*, pág. 286.

[66]. La historia legislativa de ambos proyectos de ley se estudia en Du Bois, *Suppression of the African Slave Trade*, págs. 107-115.

[67]. Ford, *Deliver Us from Evil*, pág. 125.

[68]. Drescher, *Abolition*, págs. 135-136.

[69]. Para un resumen de los debates, véase Robinson, *Slavery in the Structure of American Politics*, págs. 324-327. Véase también Matthew Mason, «Slavery Overshadowed: Congress Debates Prohibiting the Atlantic Slave Trade to the United States, 1806-1807», *Journal of the Early Republic*, 20/1, 2000, págs. 59-81.

[70]. David Eltis, «Was Abolition of the U.S. and British Slave Trade Significant in the Broader Atlantic Context?», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LXVI/4, 2009, págs. 722-724.

[71]. Christopher Lloyd, *The Navy and the Slave Trade: The Suppression of the African Slave Trade in the Nineteenth Century*, Londres, Longmans, Green and Co., 1949.

[72]. Christopher L. Brown, «Abolition of the Atlantic Slave Trade», en Gad Heuman y Trevor Burnard, eds., *The Routledge History of Slavery*, Londres, Routledge, 2011, págs. 287, 290-291; James F. King, «The Latin American Republics and the Suppression of the Slave Trade», *Hispanic American Historical Review*, XXIV/3, 1944, pág. 391.

[73]. Leslie Bethell, «The Mixed Commissions for the Suppression of the Transatlantic Slave Trade in the Nineteenth Century», *Journal of African History*, 7/1, 1966, págs. 79-93; Farida Shaikh, «Judicial Diplomacy: British Officials and the Mixed Commissions Courts», en Keith Hamilton y Patrick Salmon (eds.), *Slavery, Diplomacy and Empire: Britain and the Suppression of Slave Trade, 1907-1975*, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2009, págs. 42-64.

[74]. Robin Law, «Abolition and Imperialism: International Law and the British Suppression of the Atlantic Slave Trade», en Derek R. Pearson (ed.), *Abolitionism and Imperialism in Britain, Africa, and the Atlantic*, Athens, OH, Ohio University Press, 2010, págs. 150-174.

[75]. David Eltis y David Richardson, *Atlas of the Transatlantic Slave Trade*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010, pág. 272.

[76]. Andrew Lambert, «Slavery, Free Trade and Naval Strategy, 1840-1860», en Hamilton y Salmon (eds.), *Slavery, Diplomacy and Empire*, págs. 65-80; Brown, «Abolition of the Atlantic Slave Trade», pág. 292.

[77]. Eltis, «Was Abolition of the U.S. and British Slave Trades Significant in the Broader Atlantic Context?», pág. 729.

[78]. Marika Sherwood, *Abolition: Britain and the Slave Trade Since 1807*, Londres, I.B. Tauris, 2007; Chris Evans, «Brazilian Gold, Cuban Copper and the Final Frontier of British Anti-Slavery», *Slavery and Abolition*, 34/1, 2013, págs. 118-134.

[79]. Johannes Menne Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, 1600-1815*, Nueva York, Cambridge University Press, 1990, págs. 290-291.

[80]. Pieter C. Emmer, «Abolition of the Abolished: The Illegal Dutch Slave Trade and the Mixed Courts», en Eltis y Walvin (eds.), *The Abolition of the Atlantic Slave Trade*, págs. 177-192.

[81]. Lawrence C. Jennings, *French Anti-Slavery: The Movement for the Abolition of Slavery in France, 1802-1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 1-5.

[82]. Paul Michael Kielstra, *The Politics of Slave Trade Suppression in Britain and France, 1814-1848*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2000, pág. 58.

[83]. Victor Bulmer-Thomas, *The Economic History of the Caribbean since the Napoleonic Wars*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pág. 52.

[84]. Jennings, *French Anti-Slavery*, págs. 32, 36; Serge Daget, «The Abolition of the Slave Trade by France: The Decisive Years 1826-1831», en David Richardson (ed.), *Abolition and its Aftermath: The Historical Context, 1790-1916*, Londres, Cass, 1985, págs. 141-167.

[85]. João Pedro Marques, *The Sounds of Silence: Nineteenth-Century Portugal and the Abolition of the Slave Trade*, Nueva York, Berghahn Books, 2006, págs. 35-98.

[86]. C. Duncan Rice, *The Rise and Fall of Black Slavery*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1975, pág. 234.

[87]. Hugh Thomas, *The Slave Trade: The History of the Atlantic Slave Trade: 1440-1870*, Nueva York, Simon and Schuster, 1997, pág. 739.

[88]. Leslie M. Bethell, *The Abolition of the Brazilian Slave Trade: Britain, Brazil, and the Slave Trade Question, 1807-1869*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, págs. 13, 15, 19.

[89]. David Eltis, *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade*, Nueva York, Oxford University Press, 1987, pág. 93.

[90]. Bethell, *The Abolition of the Brazilian Slave Trade*, págs. 47, 60-61, 72, 85, 121, 150.

[91]. Jeffrey D. Needell, *The Party of Order: The Conservatives, the State, and Slavery in the Brazilian Monarchy, 1831-1871*, Stanford, CA, Stanford University Press, 2006, pág. 152.

[92]. Marques, *The Sounds of Silence*, pág. 165.

[93]. Dale T. Graden, *Disease, Resistance, and Lies: The Demise of the Transatlantic Slave Trade to Brazil and Cuba*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2014, págs. 62, 70, 78-79, 149.

[94]. Bethell, *The Abolition of the Brazilian Slave Trade*, págs. 214, 267, 284, 310, 321, 324, 330. Véase también Jeffrey D. Needell, «The Abolition of the Brazilian Slave Trade in 1950: Historiography, Slave Agency and Statemanship», *Journal of Latin American Studies*, 33/4, 2001, págs. 681-711.

[95]. Eltis, *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade*, pág. 213.

[96]. Bethell, *The Abolition of the Brazilian Slave Trade*, págs. 327-263. Véase también John Macmillan, «Myths and Lessons of Liberal Intervention: the British Campaign for the Abolition of the Atlantic Slave Trade to Brazil», *Global Responsibility to Protect*, 41/1, 2012, págs. 98-124.

[97]. Eltis, *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 214-217; Drescher, *Abolition*, págs. 290-291.

[98]. David Murray, *Odious Commerce: Britain, Spain and the Abolition of the Cuban Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, págs. 67, 69, 71, 78, 90, 97, 100-101, 201.

[99]. Graden, *Disease, Resistance, and Lies*, págs. 12-25.

[100]. Murray, *Odious Commerce*, págs. 241, 248, 269; Lambert, «Slavery, Free Trade and Naval Strategy», págs. 74-75.

[101]. Eltis, *Economic Growht and The Ending of the Transatlantic Slave Trade*, págs. 218-219; Murray, *Odious Commerce*, págs. 305-306, 308.

[102]. *Ibid.*, pág. 219; Drescher, *Abolition*, págs. 333-335; Murray, *Odious Commerce*, págs. 311, 315-316, 319, 322-323.

6. La emancipación de los esclavos

[1]. Para ejemplos de este procedimiento en Chesapeake en el siglo XVII, véase T.H. Breen y Stephen Innes, *«Myne Owne Ground»: Race and Freedom on Virginia`s Eastern Shore, 1640-1676*, Nueva York, Oxford University Press, 1980, págs. 72-77.

[2]. Hubert H. S. Ames, «Coartación: A Spanish Institution for the Advancement of Slaves into Freedom», *Yale Review,* 17, 1909, págs. 412-431: Herbert S. Klein, *Slavery in the Americas: A Comparative Study of Cuba and Virginia*, Chicago, University of Chicago Press, 1967, págs. 196-200.

[3]. Laird W. Bergad, *The Comparative History of Slavery in Cuba, Brazil, and the United States*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, pág. 196.

[4]. Sue Peabody y Keila Grinberg, *Slavery, Freedom, and the Law in the Atlantic World: A Brief History with Documents*, Boston, Bedford/St. Martin's, 2007, pág. 137.

[5]. Philip D. Morgan, «The Black Experience in the British Empire, 1680-1810», en J. Marshall (ed.), *The Oxford History of the British Empire. Volume 2. The Eighteenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1998, pág. 471.

[6]. Jerome S. Handler y John T. Pohlmann, «Slave Manumissions and Freedmen in Seventeenth-Century Barbados», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, XLI/3, 1984, págs. 390-408.

[7]. Stuart B. Schwartz, «The Manumission of Slaves in Colonial Brazil: Bahia, 1684-1745», *Hispanic American Historical Review*, 54/4, 1974, págs. 603-635.

[8]. Lyman L. Johnson, «Manumission in Colonial Buenos Aires, 1776-1810», *Hispanic American Historical Review*, 59/2, 1979, págs. 258-279.

[9]. Esto se ilustra en Kathleen J. Higgins, *«Licentious Liberty» in a Brazilian Gold-Mining Region: Slavery, Gender, and Social Control in Eighteenth-Century Sabará*, University Park, PA, Pennsylvania State University Press, 1999, págs. 145-174.

[10]. Carl N. Degler, *Neither Black nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*, Nueva York, Macmillan, 1971, págs. 38-47.

[11]. Estos temas se abordan en Andrew Fede, *Roadblocks to Freedom: Slavery and Manumission in the United States South*, Nueva Orleans, LA, Quid Pro, 2011.

[12]. T. Stephen Whitman, *The Price of Freedom: Slavery and Manumission in Baltimore and Early National Maryland*, Lexington, KY, University Press of Kentucky, 1997, págs. 93-118.

[13]. Herbert S. Klein, «The African American Experience in Comparative Perspective: The Current Question of the Debate», en Sherwin K. Bryant, Rachel Sarah O'Toole y Ben Vinson III (eds.), *Africans to Spanish America: Expanding the Diaspora*, Urbana, Chicago y Springfield, IL, University of Illinois Press, 2012, pág. 211.

[14]. Bernard Moitt, *Women and Slavery in the French Antilles, 1645-1848*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 2001, pág. 151.

[15]. David Brion Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Emancipation*, Nueva York, Oxford University Press, 2014, págs. 54-55.

[16]. Wayne Ackerson, *The African Institution (1807-1827) and the Antislavery Movement in Great Britain*, Lampeter, Edwin Mellen, 2005.

[17]. B. W. Higman, «Slavery and the Development of Demographic Theory in the Age of the Industrial Revolution», en James Walvin (ed.), *Slavery and British Society, 1776-1846*, Londres, Macmillan, 1982, págs. 164-194.

[18]. David Brion Davis, *Slavery and Human Progress*, Nueva York, Oxford University Press, 1984, págs. 179-182.

[19]. Citado en Vincent Harlow y A. F. Madden (eds.), *British Colonial Developments 1774-1834*, Oxford, Oxford University Press, 1953, pág. 560.

[20]. Citado *ibid*., pág. 560.

[21]. Las similitudes entre la mejora y la emancipación gradual, aunque se esperasen distintos resultados, se estudian en Christa Dierksheide, *Amelioration and Empire: Progress and Slavery in the Plantation Americas*, Charlottesville, VA, University of Virginia Press, 2014.

[22]. Michael Craton, *Sinews of Empire: A Short History of British Slavery*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, págs. 273-274.

[23]. Kenneth Morgan, *Slavery and the British Empire: From Africa to America*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pág. 181.

[24]. Emilia Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood: The Demerara Slave Rebellion of 1823*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, págs. 252-274, 290-291.

[25]. James Walvin, «The Propaganda of Anti-Slavery», en Walvin (ed.), *Slavery and British Society*, págs. 60-63.

[26]. Clare Midgley, *Women against Slavery: The British Campaigns, 1780-1870*, Nueva York, Routledge, 1992, págs. 1-118.

[27]. Seymour Drescher, «Two Variants of Anti-Slavery: Religious Organization and Social Mobilization in Britain and France, 1780-1870», en Christine Bolt y Seymour Drescher (eds.), *Anti-Slavery, Religion and Reform*, Folkestone, Archon Press, 1980, pág. 48.

[28]. Mary Turner, *Slaves and Missionaries: The Disintegration of Jamaican Slave Society, 1787-1834*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1982, págs. 65-101.

[29]. David Brion Davis, «The Emergence of Immediatism in British and American Antislavery Thought», *Mississippi Valley Historical Review*, 49/2, 1962, págs. 209-230; Morgan, *Slavery and the British Empire*, pág. 187.

[30]. Craton, *Sinews of Empire*, págs. 277-278; Turner, *Slaves and Missionaries*, págs. 148-191.

[31]. Seymour Drescher, *The Mighty Experiment: Free Labor versus Slavery in British Emancipation*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, págs. 54-59.

[32]. William A. Green, *British Slave Emacipation: The Sugar Colonies and the Great Experiment 1830-1865*, Oxford, Oxford University Press, 1976, pág. 118.

[33]. Ibid. págs. 120-122. Los detalles de la compensación pagada se analizan en Nicholas Draper, *The Price of Emancipation: Slave-ownership, Compensation and British Society at the End of Slavery*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

[34]. Craton, *Sinews of Empire*, pág. 280.

[35]. Richard Huzzey, *Freedom Burning: Anti-Slavery and Empire in Victorian Britain*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 2012.

[36]. Neville A. T. Hall, ed. B. W. Higman, *Slave Society in the Danish West Indies: St Thomas, St John, and St Croix*, Mona, University of the West Indies Press, 1992, pág. 208.

[37]. *Ibid*., pág. 209; Drescher, *Abolition: A History of Slavery and Antislavery*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009, pág. 280.

[38]. Laurent Dubois, *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004.

[39]. Lawrence C. Jennings, *French Reaction of British Slave Emancipation*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1988.

[40]. Lawrence C. Jennings, *French Anti-Slavery: The Movement for the Abolition of Slavery in France, 1802-1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 8-10, 16-19, 166-168, 193-195, 263-264, 283-284.

[41]. Ibid., págs. 203-204, 239.

[42].Seymour Drescher, «Public Opinion and the Destruction of British Colonial Slavery», en Walvin (ed.), *Slavery and British Society*, pág. 26.

[43]. Andre Midas, «Victor Schoelcher and Emancipation in the French West Indies», *Caribbean Historical Review,* 1, 1950, págs. 110-130.

[44]. Jennings, *French Anti-Slavery*, págs. 273-284; Lawrence C. Jennings, «Cyril Bissette, Radical Black French Abolitionism», *French History*, 9/1, 1995, págs. 48-66.

[45]. John J. McCusker y Russell R. Menard, *The Economy of British America, 1607-1789*, 2.ª ed., Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1989, págs. 118-125, 130, 132, 175-180.

[46]. Mary Ellison, *Support for Secession: Lancashire and the American Civil War*, Chicago, University of Chicago Press, 1972; Peter Kolchin, *American Slavery,* Harmondsworth, Penguin, 1993, pág. 95.

[47]. Michael Tadman, *Speculators and Slaves: Masters, Traders, an Slaves in the Old South*, 2.ª ed., Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1996; Walter Johnson, *Soul by Soul: Life Inside the Antebellum Slave Market*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999.

[48]. Joseph C. G. Kennedy, «Population of the United States in 1860; Compiled from the Original Returns of the Eighth Census under the Direction of the Secretary of the Interior», Washington, DC, HardPress Publishing, 1864, pág. viii.

[49]. Los asuntos principales se abordan en Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, Boston, Little Brown & Co., 1974; Herbert G. Gutman, *Slavery and the «Numbers Game»: A Critique of Time on the Cross*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1975; Mark M. Smith, *Debating American Slavery*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

[50]. Para las actitudes sureñas respecto a la esclavitud, véase James Oakes, *Slavery and Freedom: An Interpretation of the Old South*, Nueva York, W.W. Norton & CO., 1998.

[51]. Larry E. Tise, *Proslavery: A History of the Defense of Slavery in America, 1701-1840*, Athens, GA, University of Georgia Press, 1987. Los comentarios de Calhoun sobre la esclavitud como «bien positivo» se hicieron en el senado estadounidense el 6 de febrero de 1837: véase Richard K. Cralle (ed.), *Worksof John C. Calhoun*, Nueva York, n.p., 1856, págs. 631-632.

[52]. Matthew E. Mason, «Slavery Overshadowed: Congress debates Prohibiting the Atlantic Slave Trade to the United States», *Journal of the Early Republic*, 20/1, 2000, págs. 59-72.

[53]. Gloover Moore, *The Missouri Controversy, 1819-1821*, Lexington, KY, University of Kentucky Press, 1954; Richard H. Brown, «The Missouri Crisis, Slavery, and the Politics of Jacksonianism», *South Atlantic Quarterly*, 65, 1966, págs. 55-72; Robert Pierce Forbes, *The Missouri Compromise and its Aftermath: Slavery and the Meaning of America*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2007.

[54]. Peter J. Parish, *Slavery: History and Historians*, Nueva York, Perseus, 1989, pág. 26.

[55]. Para una exposición que cuestiona la existencia de una conspiración, véase Michael P. Johnson, «Denmark Vesey and his Co-Conspirators», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, LVIII/4, 2001, págs. 915-976.

[56]. William W. Freehling, *Prelude to Civil War: The Nullification Crisis in South Carolina, 1816-1836*, Nueva York, Oxford University Press, 1965.

[57]. Martin B. Duberman, «The Northern Response to Slavery», in Duberman (ed.), *The Antislavery Vanguard: New Essays on the Abolitionists*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1965, págs. 395-413.

[58]. Leonard L. Richards, *«Gentlemen of Property and Standing»: Anti-Abolition Mobs in Jacksonian America*, Nueva York, Oxford University Press, 1971.

[59]. William W. Freehling, *The Road to Disunion: Secessionists at Bay, 1776-1854*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, págs. 213-286.

[60]. Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Emancipation*, págs. 53-54, 61-63, 79, 172, 176, 179, 185.

[61]. David M. Potter, *The South and the Sectional Conflict*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1968.

[62]. Richard H. Sewell, *Ballots for Freedom: Antislavery Politics in the United States, 1837-1860*, Nueva York, Oxford University Press, 1976, págs. 234-235; James Brewer Stewart, *Holy Warriors: The Abolitionists and American Slavery*, Nueva York, Hill & Wang, 1976, págs. 160-162.

[63]. Thomas B. Alexander, *Sectional Stress and Party Strength: A Study of Roll-Call Voting Patterns in the United States House of Representatives, 1836-1860*, Nashville, TN, Vanderbilt University Press, 1967, pág. 111.

[64]. Robert W. Fogel, *Without Consent or Contract: The Rise and Fall of American Slavery*, Nueva York, Norton & Co. 1989, págs. 370-371, 379-380.

[65]. Don E. Fehrenbacher, *The Dred Scott Case: Its Significance in American Law and Politics*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.

[66]. Kenneth M. Stampp, *America in 1857: A Nation to Brink*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.

[67]. Robert W. Johanssen, *Stephen A. Douglas*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1973, págs. 664-666, 668-677.

[68]. James Oakes, *The Scorpion's Sting: Antislavery and the Coming of the Civil War*, Nueva York, W. W. Norton & Co., 2014, pág. 85.

[69]. Citado en Wiliam E. Gienapp, *Abraham Lincoln and Civil War America: A Biography*, Nueva York, W. W. Norton & Co., 2002, pág. 124.

[70]. Eric Foner, *The Fiery Trial: Abraham Lincoln and American Slavery*, Nueva York, W. W. Norton & Co., 2010.

[71]. Los mejores estudios sobre la guerra en un solo volumen son Peter J. Parish, *The American Civil War*, Nueva York, Holmes and Meier Publications, 1975, y James M. McPherson, *Battle Cry of Freedom: The Era of the Civil War*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.

[72]. Para esta interpretación, véase Ira Berlin, «Who Freed the Slaves? Emancipation and its Meaning», en David W. Blight y Brooks D. Simpson (eds.), *Union and Emancipation: Essays on Politics and Race in the Civil War Era*, Kent, OH, Kent State University Press, 1997, págs. 105-121.

[73]. James Oakes, *Freedom National: The Destruction of Slavery in the United States, 1861-1865*, Nueva York, W.W. Norton & Co., 2013, pág. 379; Steven Hahn, *A Nation under our Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003, págs. 91-92, 95-96, 99; James McPherson, *The War that Forged a Nation: Why the Civil War Still Matters*, Nueva York, Oxford University Press, 2015, pág. 101.

[74]. Oakes, *Freedom National*, pág. 380; Paul D. Escott, *«What shall we do with the Negro?: Lincoln, White Racism, and Civil War America»*, Charlottesville, VA, University of Virginia Press, 2009, pág. 136. Para otro argumento según el cual la resistencia de los esclavos contribuyó a la derrota de la Confederación, véase Armstead Robinson, *Bitter Fruits of Bondage: The Demise of Slavery and the Collapse of the Confederacy, 861-1865*, Charlottesville, VA, University of Virginia Press, 2004.

[75]. Eric Foner, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877*, Nueva York, HarperCollins 1988.

[76]. Escott, *«What shall we do with the Negro?»*, págs. 242-243.

[77]. Seymour Drescher, «The Long Goodbye: Dutch Capitalism and Antislavery in Comparative Perspective», en Gert Osstindie (ed.), *Fifty Years Later: Antislavery, Capitalism and Modernity in the Dutch Orbit*, Leiden, Brill, 1995, págs. 35-36, 44.

[78]. Marten Kuitenbrouwer, «The Dutch Case of Antislavery: Late and Elitist Abolitionism», en *ibid*., pág. 72.

[79]. *Ibid*., págs. 78-79; Gert Oostindie, «Same Old Song? Perspectives on Slavery and Slaves in Suriname and Curaçao», *ibid*., págs. 143, 148; Pieter C. Emmer, «The Ideology of Free Labor and Dutch Colonial Policy, 1830-1870», *ibid*., pág. 207.

[80]. Pieter Emmer, «Between Slavery and Freedom: The Period of Apprenticeship in Suriname (Dutch Guiana), 1863-1873», *Slavery and Abolition*, 14/1, 1993, págs. 87-113.

[81]. George Reid Andrews, *Afro-Latin America 1800-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2004, págs. 64-65.

[82]. Camilla Townsend, «In Search of Liberty: The Efforts of the Enslaved to attain Abolition in Euador, 1822-1852», en Darién J. Davis (ed.), *Beyond Slavery: The Multilayered Legacy of Africans in Latin America and the Caribbean*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield Publishers, 2007, págs. 37-56.

[83]. Peabody y Keila Grinberg, *Slavery, Freedom, and the Law*, pág. 122.

[84]. Véanse dos estudios de Christopher Schmidt-Nowara: *Empire and Antislavery: Spain, Cuba, and Puerto Rico, 1833-1874*, Pittsburgh, PA, University of Pittsburgh Press, 1999, págs. 105, 115; «Anti-Slavery in Spain and its Colonies, 1806-1886», en William Mulligan y Maurice Bric (eds.), *A Global History of Anti-Slavery Politics in the Nineteenth Century*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2013, págs. 137-138.

[85]. Rice, *The Rise and Fall of Black Slavery*, págs. 381-382, 384.

[86]. *Ibid*., págs. 383, 387-388.

[87]. Drescher, *Abolition*, pág. 342; Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba during the Nineteenth Century*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1970, pág. 168.

[88]. Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery*, págs. 49-50.

[89]. Franklin W. Knight, *Slavery Society in Cuba during the Nineteenth Century*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1970, pág. 168.

[90]. Véanse dos estudios de Ada Ferrer: *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898*, Chapel Hill, NC, University of New Carolina Press, 1999, págs. 8, 15, 29, 72, 74, 77; «Armed Slaves and Anticolonial Insurgency in the Late Nineteenth-Century Cuba», en Christopher Leslie Brown y Philip D. Morgan (eds.), *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*, New Haven, CT, Yale University Press, 2006, págs. 304-329.

[91]. Laird Bergad, *Cuban Rural Society in the Nineteenth Century: The Social and Economic History of Monoculture in Matanzas*, Princeton, Princeton University Press, 1990, págs. 25-253.

[92]. Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, pág. 107.

[93]. *Ibid*., págs. 127-129; Drescher, *Abolition*, págs. 346-347.

[94]. César J. Ayala, *American Sugar Kingdom: The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1989-1934*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1999, págs. 188-189, 191.

[95]. Este tráfico de esclavos interno se estudia en Robert Edgar Conrad, *The Destruction of Brazilian Slavery, 1850-1888*, 2.ª ed., Malabar, FL, Krieger Publishing, 1993, págs. 33-47.

[96]. James Walvin, *Crossings: Africa, the Americas and the Atlantic Slave Trade*, Londres, Reaktion Books, 2013, pág. 212.

[97]. Drescher, *Abolition*, págs. 352-354.

[98]. P. A. Martin, «Slavery and Abolition in Brazil», *Hispanic American Historical Review,* XII/2, 1993, págs. 172-174.

[99]. Roderick J. Barman, *Citizen Emperor: Pedro II and the Making of Brazil, 1825-1891*, Stanford, CA, Stanford University Press, 1999, pág. 208.

[100]. Drescher, *Abolition*, pág. 357; Rice, *The Rise and Fall of Black Slavery*, págs. 376-377.

[101]. Conrad, *The Destruction of Brazilian Slavery*, págs. 87-89; Dale Torston Graden, *From Slavery to Freedom in Brazil: Bahia 1835-1900*, Albuquerque, NM, University of New Mexico Press, 2006, pág. 158.

[102]. Drescher, *Abolition*, págs. 360, 363, 367; Rice, *The Rise and Fall of Black Slavery*, págs. 378-379.

[103]. Drescher, *Abolition*, págs. 368-369; Rice, *The Rise and Fall of Black Slavery*, págs. 379-381.

[1].William A. Green, *British Slave Emancipation: The Sugar Colonies and the Great Experiment, 1830-1865*, Oxford, Clarendon Press, 1976, págs. 124-125.

[2]. Thomas C. Holt, *The Problem of Freedom: Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1992, págs. 55-112.

[3]. Douglas Hall, «The Flight from the Estates Reconsidered: The British West Indies, 1838-1842», *Journal of Caribbean History*, 10/11, 1978, págs. 16-23.

[4]. Michael Craton, *Sinews of Empire: A Short History of British Slavery*, Garden City, NY, Anchor Press, 1974, pág. 286.

[5]. Laurent Dubois, *Haiti: The Aftershocks of History*, Nueva York, Oxford University Press, 2012, págs. 48-54: Jeremy D. Popkin, *You Are all Free: The Haitian Revolution and the Abolition of Slavery*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pág. 137.

[6]. Dubois, *Haiti*, págs. 105-107; David Nicholls, *From Dessalines to Duvalier: Race, Colour, and National Independence in Haiti*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pág. 54.

[7]. B. W. Higman, *A Concise History of the Caribbean*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, págs. 166-167.

[8]. Eric Fener, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877*, Nueva York, Harper Collins, 1988, págs. 253-261, 446-449.

[9]. V. L. Wharton, *The Negro in Mississippi, 1865-1890*, Chapell Hill, NC, University of North Carolina Press, 1965, págs. 363-417.

[10]. Richard B. Drake, «Freedmen’s Aid Societies and Sectional Compromise», *Journal of Southern History*, 29/2, 1963, págs. 175-186.

[11]. C. Duncan Rice, *The Rise and Fall of Black Slavery*, Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 1975, pág. 359; Paul A. Cimbala y Hans L. Trefousse (eds.), *The Freedmen's Bureau: Reconstructing the American Soul after the Civil War*, Huntington, NY, Kreiger Publishing, 2005.

[12].Roger L. Ransom y Richard Sutch, *One Kind of Freedom: The Economic Consequences of Emancipation*, Nueva York, Cambridge University Press, 1977, págs. 87-103.

[13].George Reid Andrews, *Afro-Latin America 1800-2000*, Nueva York, Oxford University Press, 2004, págs. 120, 126, 132, 134-136, 142-144.

[14]. Muchos temas relacionados con las compensaciones se estudian en Hilary Beckles, *Britain's Black Debt: Reparations for Caribbean Slavery and Native Genocide*, Kingston, University of the West Indies Press, 2013.

[15]. Entre los estudios modernos sobre la conmemoración y la representación de la esclavitud se cuentan Gert Oostindie (ed.), *Facing up to the Past: Perspectives on the Commemoration of Slavery from Africa, the Americas and Europe*, Kingston, James Currey Ltd., 2001; Douglas Hamilton y Robert J. Blyth (eds.), *Representing Slavery: Art, Artefacts and Archives in the Collections of the National Maritime Museum*, Farnham, Lund Humphries, 2007; J. R. Oldfield, *Chords of Freedom: Commemoration, Ritual and British Transatlantic Slavery*, Manchester, Manchester University Press, 2007.

[16]. Véanse dos libros de Joel Quirk: *Unfinished Business: A Comparative Survey of Historical and Contemporary Slavery*, París, United Nations Educational, 2009; *The Anti-Slavery Project: From the Slavery Trade to Human Trafficking*, Filadelfia, PA, University of Pennsylvania Press, 2011.

Cuatro siglos de esclavitud trasatlántica
Kenneth Morgan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Transatlantic Slavery*

© 2016, Kenneth Morgan. Publicado con acuerdo con I.B. Tauris & Co Ltd, London

© de la traducción, Carmen Castells, 2017

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de cubierta, James Hakewill

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-16771-64-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

ÍNDICE

PORTADA
LISTA DE MAPAS, TABLAS E ILUSTRACIONES
PREFACIO
CRONOLOGÍA
INTRODUCCIÓN
1. LOS FLUJOS DE LA TRATA DE ESCLAVOS
2. EL NEGOCIO DE LA ESCLAVITUD
3. LA ESCLAVITUD EN LAS PLANTACIONES
4. LA RESISTENCIA DE LOS ESCLAVOS
5. LA ABOLICIÓN DE LA TRATA DE ESCLAVOS
6. LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS
EL LEGADO DE LA ESCLAVITUD
LECTURAS COMPLEMENTARIAS
NOTAS
CRÉDITOS